

## OBRAS del AUTOR

---

### *Publicadas:*

- Hostias de Fuego— (Prólogo de Medardo Angel  
Silva)  
Aurora Boreal— (Carta— Prólogo de Salvador  
Rueda) (versos)  
La Esfinge Interior (prosa)  
Un Pedagogo Terrible (novela)  
Arbol que no da fruto (novela)  
Novelas del Páramo y de la Cordillera.

### Por publicarse:

- Cuentos de Inga y de Mandinga  
Arbol que no da fruto 2ª edición.

### En preparación:

- Cuentos Confidenciales  
El Hijo del Diablo y el Hijo de Dios (novela  
medianímica)  
Poemas de Reconcentración y de Conseja (prosa)  
Sed— (versos)  
Circunferencia (novela)
-

860-31/866

Nº 73c

Ej 1

SERGIO NUÑEZ

# NOVELAS DEL PARAMO

# Y DE LA CORDILLERA

9493 1993

004113-J.  
Prólogo de Isaac J. Barrera

IMPRENTA «ECUADOR»

QUITO

1934

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

01:00

## A MANERA DE PROLOGO

---

El escritor Sr. Sergio Núñez ha querido que le escriba unas cuantas líneas que sirvan de Prólogo a su último libro. No podía negarme a ello. Núñez es un veterano de la prensa y de la literatura y ha obtenido merecidos elogios de personas de alta valía en las letras españolas, para que yo pueda pretender que mis palabras le sirvan de presentación.

El libro que va a publicar es una colección de relaciones novelescas que lleva el título de *Novelas del Páramo y de la Cordillera*. No sé exactamente el número de estas narraciones; pero sé que todas ellas tienen la amenidad necesaria para esta clase de lecturas, que prestan el mayor interés, por el asunto y por la manera de tratarlo.

El género novelesco, al cual pertenecen las relaciones de este libro, va teniendo en el Ecuador una tendencia de enorme importancia para el estudio de nuestra vida social. Antiguamente se concebía la novela como la aventura extraordinaria, en la cual tomaban parte solamente personas de cierta selección: el pueblo estaba desterrado de él y mucho más el indio, como sujeto de estudio.

Es indudable que la tendencia actual en el Ecuador responde al desenvolvimiento que el género ha tenido en los centros en los cuales va a renovarse la tradición intelectual nuestra. Si el naturalismo de Zola fue abominado, porque altas autoridades lo condenaron, el realismo de Pereda, castizo y elegante, hizo escuela entre nosotros. Y esta fue la más renovadora de las influencias en materia novelística; bien es verdad que el cultivo de la novela fue descuidado por nuestros escritores, la mayor parte de los cuales se contentó con el verso esporádico y con la obra que no exigía esfuerzo mayor y continuado.

Pero renovándonos siempre en las fuentes de mayor vigor intelectual, al tiempo que recibíamos el populismo de Francia, nos llegaban también las novelas que se escribían en la Rusia revolucionaria. Y de allí salieron dos tendencias: el afán de estudiar a las clases pobres y el desce de proselitismo generoso, al tomar su defensa en contra de los abusos de las clases acomodadas. En el primer caso se quiso tan solamente acometer la tarea de estudiar una determinada clase social. El arte, que antes se había detenido en las clases altas, y que, a lo sumo, había bajado al campesino acomodado, fue a buscar al gañán, que es nuestro deshecho social, y de una manera sistemática se hizo la novela del indio y del montuvio, unas veces pintándole en su primitivismo candoroso, estudiando sus costumbres, descubriendo el copioso folklore de estas tierras, y en otras tratando de

hacer literatura de revolución social. Esta última manera no ha pasado de la intención; pues que para la reivindicación del indio o del montuvio hace falta que un Panait Istrati se levante de entre esos hombres misérrimos para descubrirnos los dolores de su pensar o de su falta de pensar.

Núñez, hombre de su época, da a la literatura ecuatoriana una contribución de la naturaleza exigida al escritor en la actualidad: sus novelas cortas recorren los campos ecuatorianos en busca de tipos y de costumbres: son el indio, el campesino, el proletario rural, los que pasan por sus cuentos, de los cuales se desprende todo un ambiente de miseria y corrupción: el indio es un animal salvaje que hasta en sus reivindicaciones procede con torpeza; el campesino es tierra abonada para los buenos cultivos, pero, falto de instrucción, participa de la esclavitud a que está sometido el señor de la tierra, el indio; la propiedad es una institución nociva, que lo acanalla todo y lo pervierte todo.

Los relatos que contiene este libro son pinturas fáciles de un verdadero realismo; pero su autor no las narra con el único deseo de hacer literatura, sino que se siente uno de los evangelistas de la redención social, y los cuentos nos llevan necesariamente al convencimiento de que necesitamos de una revolución en la que se revisen fundamentalmente ciertos conceptos que han formado parte de la vida nacional. Las costumbres, o, más

bien dicho, los vicios de nuestros malos hábitos, son tomados con predilección por tema de estas relaciones, que se puede decir q' son recuerdos de la vida de andanzas de su autor, quien trata ante todo de mostrar aspectos sociales que merecen reformas. Y se podría decir que el autor se siente entre los expoliados, porque se coloca completamente, sin restricciones, de lado de ellos.

Y por este dolor de humanidad que pone en sus escritos, las *Novelas del Páramo de y la Cordillera*, se salen de la literatura anodina, para convertirse en documento viviente, que recorren velos de realidad y que sustentan acusaciones planteadas en el tiempo, y que tendrán que resolverse tarde o temprano.

Este libro no es de mera literatura, sino una requisición en busca de una reforma sancionadora. ¡Bien por el escritor que en sus obras no puede prescindir de lo objetivo y que entiende que el arte no debe ser recreación pura, sino ante todo cooperación social!

*Isaac J. Barrera.*

---

# HUASIPUNGO





## I

Al fin, después de años le había tocado en suerte una lenguaza de terreno en donde alzar su chozo.

Correspondíale, por tanto, ubicarse allí con lo que pudiera adquirir, en calidad de semovientes, hacer uso del hilillo de agua que serpeaba socorridamente roturando los sembríos exigüos, trazarse su vía derecha hacia cualquier lugar, contando conque tenía o llegaría a tener casa con patio, gallinero, corralito de cinco varas de fondo y hasta un pozo de agua.

Tamaño dádiva dependía de la bondad de un amo como el suyo, que no se fijó en pequeñeces, siempre que se trataba de la gente de *servicio*; por mas que algunos, no sólo algunos, casi todos, hablaban pestes de su persona, atrás, donde sólo las paredes tenían oídos.

Realmente una dádiva digna de un dios. Porque el retazo alcanzaba a medir casi tres solares en cuadro: parte constaba de un espinar pedregoso, parte caía en un plano suave, apenas socavado, terreno virgen, en una palabra. Lo que produciría ; Dios santo ! abonándolo debidamente con sus dos cabezas de ganado, sus ocho ovejas y tal o cual cerdo del tamaño de un *pericote*, todos ellos enca rgados por pronta providencia en *huasipungo* ajeno.

Ahora ya contaba con cosa propia donde extender las piernas. Ya no le veía la cara tanto malquerient que no faltaba. En particular le metería por los ojos la realidad al Melchor Tacuri *cara de tusa*, hablador como pocos, y más *endeudado* que un sacerdote de Corpus. Este, precisamente éste no le dejaba con vida cuando se topaban los días domingos, a veces él medio tomado también. Por puro gusto le salía al camino con insultos, con las mismas invectivas de la laya.

—¡*Llucho*, más pelado que la pepa de guaba! Sinvergüenza, ¿quién te hace caso?... Yo no ando bajo el apoyo de nadie, ni busco patrón. Solito me han conocido, y sin embargo soy hombre de obligaciones; no soy *longo* como...

«Ser hombre de obligaciones» ¡ajá! No era poca cosa recriminarle a un pobre *runa* con aqueso de las obligaciones, es decir, del fiesterío en el propio pueblo, gastándose lo que había y lo que no había, hasta quedarse en sota. Al no ser así, el hombre quedaba al margen de las consideraciones de sus congéneres; no era ni gente. ¡qué iba a serlo! A mucho llegaba a la categoría de *longo*, equivalente a un perro, a quien cualquier *charqui* de esos lo denigraba, lo desollaba, más que a un ciudadano privado de sus derechos naturales.

Conque bien, ya le llegaría su turno; ya no estaba en media calle. Se iría esforzando poco a poco; ¡gracias a Dios! todavía era fuerte, criaría animales, recibiría gallinas al partir.

Su mujer tampoco vivía con las manos amarradas: hilaba, juntaba leña, hacía lo posible por vender el euro sobrante a buen precio; y por fortuna los quesitos de

tanta leche desnatada, su ración diaria, le rendían algunos reales a la vuelta de algunas horas.

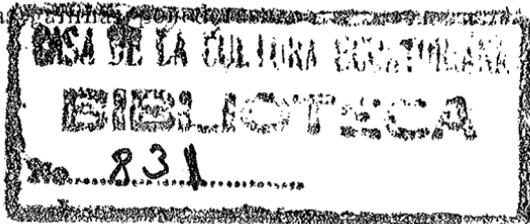
A ver, antes de pensar en cosas grandes, primero había que conocer el terreno en que pisaban. ¿Se acondicionaría él en un cobertizo de paja como los otros? ¿No sería mejor levantarse un pisito de teja, estando a la mano CHOCOTO, piedras, madera y sus dos brazos robustos? Pues, sí señor, no sería el único. En la misma hacienda existían como una docena de casas de adobes. Pero la gracia estaba en no valerse de nadie, como ellos los muy *limpios*, que se daban la mano entre compadres, ahijados y conocidos, fuera de que con la gente de hacienda, según daban a decir, se construían techos de porcelana en un abrir y cerrar de ojos.

Sólo así se comprende — se dijo con aplomo egoísta semejante *ancheta*. Si parecen patronos... Con alicento ajeno, claro, cualquier pelagato vive en un palacio. Yo... ya verán cómo les doy en cara con mis propios lomos.

En pocos días fue cambiando el aspecto del solar, con la ayuda igual de su Dumi y de su hija mayor que tiraba a mujer y manejaba la pala y el azadón, tanto como ellos.

La noche, pues gran parte de la noche empleaban en la empresa romana de preparar el suelo, expurgándolo de piedras, ensuavizándolo y viendo el modo de aplanarlo solidificando su gradiente desigual, en el espacio de ocho varas de frente y doce de fondo.

Era suficiente para asentar su casa, siquiera una *media agua*, con la garantía del barranco, porque por el lado trasero siempre habría un barranco, a modo de muro, para resguardo de la



Cómo que no se hubo fijado bien. Quedaba como una cuadra libre; un plano suave, bien cercado por todos los lados, como exprofeso, con una ventaja más, la vecindad de la acequia principal que llevaba la abundosa riqueza en su cauce, para provecho de la hacienda misma, «*El Yanaguaico*» de don Agustín Merino, el gran don Augusto, dueño, además de «*Encalada*» y «*El Tablón*»

Allí se regalarían sus manos, esas manos que Dios le había dado, sembrando papas, maíz, cebada, lo que se le antojara, con tal de contar con la salud del cuerpo y la voluntad de... pues, ¿de quién había de ser! de su patrón Merino, que no parecía mirarle mal a veces. Este, que no perdonaba una «raya» ni un borrego muerto atorozonado, se portaba de lujo, por pascuas -ógase bien por pascuas, de Resurrección-regalando un tercio de papas gruesas, una mula de «redrojas», un costal de morocho y un almud de trigo, después de bajarles los calzoncillos a todos, como disciplina establecida desde sus mayores, a fin de mantener latentes el respeto, el acato de mayor a menor. ¡Miren que liberalidad! Y todos, exactamente todos, aguardaban el gran día con las manos juntas, agazapados como conejos en el patio, pensando en la cuenta de látigos que recibirían según y conforme los cargos habidos en su contra en el curso del año

Casito dió un brinco de potro *chúcaro* el Mateo Lluccha, adueñado de su *huasipungo*. ¡Qué rabioso gusto de indio elevado a gran señor! ¡Caracho! Ninguno como él ahora, ni el amo Merino, con ser quien era, ya que él mismo no sabía a ciencia cierta cuánto tenía! En tanto que él, como indio corto de ambiciones, a mucho un pobre concierto desde sus antepasados, no mere-

cía tanto. Le bastaba con unas cuantas varas de tierra, con tal que le dejaran gozar de su trabajo y...nada más.

Mateo Llucca se crió en la hacienda ¡vamos! sirviendo como *pongo*, como vendedor de leche en tarros, como vaquero en casos urgentes, luego ¿cómo no iba a llegar a mayoral? Conocía de cabo a rabo la ilustre posesión, la había recorrido centenares de veces a cualquiera hora. Su olfato de perro venadero percibía el menor ruido, alcanzaba a conocer una infinidad de secretos en cada hueco de la tierra, entendía tanto como el mayordomo y el escribiente en lo tocante a trabajos de *chacarería* y faenas peculiares de la peonada; se percató de lo que se venía haciendo en potreros, corrales, cuadradas, zanjones y acquias. Su cálculo distributivo en épocas de siembra andaba por igual con el que primaba en la producción, a fin de tenerle al patrón al tanto del movimiento de su casa.

Algún otro que Merino talvez hubiera contado con él directamente, creyéndole útil, realmente útil, confiándole cierta intromisión directa, siendo que al disimuló le pedía consejos, sujetándose por lo bajo a su clarividente previsión de jornalero y hombre de confianza.

Pero las cosas se iban disponiendo de otra manera. Lo de siempre. El, Yuccha, pondría el bayo...Y no sólo esto. A cada paso le interrogaban aviesamente. Sino era el mayordomo Tejada, llamado por mal nombre *Cuscungo*, eran los otros lameplatos que rondaban la casa del niño o de la niña de mañanita, con una ristra de quejas, cuentos y chismes cerdosos.

—Oyes, verdugo, me estás buscando...casi ni pones los pies aquí.— roncó un día Merino — ¿Crees que no sé todo?

— ¿Qué pasa, patrón?

— No hay día que no reciba quejas de vos... Que no trabajas gran cosa, que respondes al escribiente, que te marches de los caves con lo mejor...

— No es cierto patrón. ¿Cuándo faltó de aquí? Ayer no mas.....

— Vas a ver lo que te pasa... A patadas te zumbo del huasipungo.

— Pero, patrón.....

— A ustedes hacerles bien es para peor. Mi longo Antonio no miente; mucho peor el mayordomo y el Lucho.

Este Lucho era un granuja vago extraído de Quito, que andaba apando moscas por doquiera, en calidad de mimado y consentido por el patrón. Yuecha veía esto con la misma crudeza de atención que puso en lo mucho que se extendía a sus ojos, por la vastedad de los alrededores. El, con sus manos que se harían tierra, desmontó la parte cubierta con papas y más allá con un almácigo de alfalfa; él se alzó una lechigada de eucaliptos en número de miles, y por cerca del jardín — de ese jardín en el nombre, desgarrado, inculto, lleno de malezas por paredes y escondrijos — se abrían a la luz meridiana plantaciones de hortalizas en comparsa lozana, sin contar con que él curaba el ganado, él estaba en todo con su iniciativa y con todo el empuje de su cuerpo. Y ahora le venían con que el Antonio, el Lucho, el mayordomo, la lechuza... ¡Misericables! en ese espejo no se habrían de ver! Trabajaría, trabajaría como un burro, por si la Providencia quisiese librarle algún día... Aunque tal pretensión era demasiada locura. Estaba verde su liberación, y más aún ahora que estaba vendido a la hacienda. Su alma

saldría después de muerto y ni un hilo del poncho que cargaba apenas la una hoja en el hombro.

--*El cuzcungo* del mayordomo sobre todo no tiene cara de santo... Se ha soplado las papas de la *pueiva*. Tres parvas de alverja han desaparecido de la toma, y luego más de dos litros de leche diarios. Y yo no digo nada, a nadie me quejo....

Pues no le habría dado crédito Merino por una señalada trayectoria fatal de su destino. Bien le echó de ver, tragándose un suspiro impotente.

En tal virtud, asumiendo una actitud de luchador optimista y enfrascándose en un futuro más tolerante, enfiló los primeros adobes de las paredes. Desganos terribles le entraba de emprender en una obra formal como una vivienda, en medio de tantos dimes y directes de grandes y pequeños, de la envidia, del renegrido pudridero de situaciones por cambiarse o disolverse del todo.

En fin de fines, ya estaba metido hasta las cejas en el empeño de fabricar su cosa y ¡adelante!

La Dumí abundaba en valor a prueba de todo; la Dumí parecía de piedra, cuando no se amilanaba por nada, y en cuanto dependía de su boca, hablaba y hablaba por diez, más y mejor que una mindala de la plaza. Porque le asistía la justicia, porque estaba en su derecho. No se iba a dejar que le comieran los perros, por no decir esta boca es mía. Pues, a despecho del mundo entero, entraría y saldría en la hacienda y en su choza, al que se atreviese por desgracia a ponérsele por delante, agua sucia le echaría encima o.... con un buen garrote le partiría la crisma.

. ° .

Los tiempos no fueron mejores ni peores. Yuccha logró alzar su techo de tejas, tal como se propuso, sudando la gota gruesa. Y si cuando se vió con su huasipungo a secas ansiaba beberse un barril de aguardiente, ahora volaba muy alto derritiéndose de gozo. Hizo cocinar chicha, mató dos gallinas, ahogó en manteca unas costillas de su borrego *macho*, más bravucón que un toro, y bajo su techo recién fresco, como quien no quiere la cosa, comió, bebió y brindó por su naciente ventura personal.

Si tuvo con quién expandirse, fuera de sus tres longuitos *churrientos* y su hija grande María Rosario, espigadita y de buen sabor para el mal pensamiento de los que se le rozaban, fueron sin duda el compadre Pedro, la comadre Petita, el ciego arpista, y pare de contar. Este Pedro Poaquiza, esta Petita Llamuca, y algún allegado sin apelativo ni procedencia, trabajaban en «La Quinua», hacienda de don Joaquín Heredia, lo más distante y alejado que ésta, a efecto de que surgiera la concordia, y no se sacaran tirones de honra, al influjo maléfico de las copas, los hijos del mal ambiente.

. ° .

Se acercaba el medio día. Los ojos de Yuccha sabían ver bien en la esfera sin manecillas del cielo anubarrado. A ellos se atenía, y no a los toques de la campana que convocaba al trabajo desde muy demañana.

En el huasipungo hacían vida de sociedad, cam-

pantes con el bienestar que respiraban, los hijos de Yucha, semidesnudos, entregados como pollangos a restregarse contra el suelo.

La *huambra* de ellos, crecida lo bastante para ocuparse con los pequeños en bajos pasatiempos, estimaba la hebra de lana hilada en la ruca de carrizo, suspendida del brazo. De rato en rato con los dedos índice y pulgar retorecía el estambre del copo seboso y rebuscaba por ahí en su garganta un llorido, a modo de canto triste, pudibundo, hendiente, el de su penita gris, de su desgracia anónima que empezaba a roerla, y que ya no sería escuchada. La cuita de la longa casadera, que se ha fijado en alguien, si es que se ha fijado ella por llevar los ojos bajos, y tener que inclinarse a una selección ajena, antes de lograr ser ella también la ama de casa, la que manda, ordena, impone y doblega al marido, desde el dintel afuera eso sí, ya que adentro tendrá que soportar una tunda diaria a boca chica.

María Rosario cantaba, la María Rosario no pretendida por nadie aún; y que se estaba criando, criando en la soledad a toda leche.

Se veía ella, y los dos viejos, con delectación mutua, iban complaciéndola en algo, pesando en silencio sus dejadeces y a ratos hurgándola al deber, al deber arduo de hacerlo bien, sin necesidad de repetir una cosa dos veces, con vista de que a su edad ya debía prepararse a un puesto de mujer casada, y por tanto, había que estar al corriente de lo más mínimo, porque si le tocase un compañero bravo ahí las había de pagar con *llapa*.

Mateo había buscado la mancha de sombra que lamía el enlucido del patio *cangahuoso* con la ocupación por de-

lante de torcer a mano hilo de cabuya. En esa actitud de estar sentado, con las piernas extendidas, pensaba pasar la tarde, remendando sus costales, ensanchando las sogas y amontonando cordeles, por sí los hubiese menester muy pronto.

La Dumí era la madre del más tierno, llorón y enclenque como pollo de dos días, y por consiguiente, despiojaba, llevándose a la boca los insectos uno tras otro, con particular regusto.

Dos perrillos cutres, baboseados de cabo a rabo, andurriaban de aquí para allá fisgándose de los longuitos que les perseguían. Iban hasta el cebollar recién humedecido, anuncio de huerto o jardinejo, excrementado por ellos mismos; ladrábanse, jugando como bien hartos que estaban, haciendo uso del sol que era de todos, así como la alegría campestre que se aumentaba, a medida que la sombra venía bajo las laderas y se alejaban los cabuyales en la combustionada arena del camino real.

De pronto, la esbelta figura de ño Jorge, montado en su enorme caballo *chugo* se divisó.

— ¡ Jesús ! ño Jorge ! ¿ A qué vendrá ño Jorge ? anunció María Rosario.

— Parecía cambiar de dirección a causa del rodeo que le produjo dar, por no pisotear un pedazo recién sembrado de maíz. Era el mismo por la facha y por el caballo que montaba. Además que vestía una camisa de deporte, por la holgura del cuello y el chambergo *alón* que le enseñoreaba mucho más; sí, el mismo que ya se venía directamente, hostigando al caballo con el foete con mango de plata.

— Saca el puerco para matar; Yuccha, saca el puerco ! gritó estentoreamente.

Diole una media vuelta al chugo, que resoplaba con el impulso de la espuela, a tiempo que Mateo respondió:

— Bueno, patrón, en seguida.

De veras que en ese día les tocaba degollar los tres puerco gordos indicados por don Augusto, a fin de aprovechar el precio corriente de la manteca. Y no era cosa de burla empujarlos hasta el corral, a semejantes burrazos. Eran tan disformes que ni se movían para comer, y por eso, corrían peligro, el de que fueran a parar quien sabe dónde, o que pasara la época de lograr la manteca, de puro gordos.

Mateo se levantó azoradamente, y luego de dar órdenes, él también— sobre lo que estaba ya hecho o había que hacer en el año venidero— sacudió la hoja del poncho y tomó el tole por el mismo camino.

Se dió a pensar en que él y no otro sería el matarife de los cerdos, y que tanto la conducción como la degollina demandaban tiempo y mucho. Pues se llevaría hasta la noche fuera de su casa, debiendo comer y beber antojos delante de la presa. Ya era sabido que los indios no tocan ni con el dedo los manjares de la mesa real, así sean, por desgracia, mujeres preñadas y por este motivo, suelten el crío antes de tiempo. Olió en los aires probando a ver si alguien acudía por los contornos. Sólo la brisa peatona iba sacudiendo las cabecitas de las matas. Soplaban en las antenas de insectos apretados en enjambres, torcía el cuello de ciertos arbustos grandulones encaramados en los breñales, y corría derechito a las ramas del capulí esquilimoso. La brisa de invierno sí, pero amansada, interín no le apretujaran desde lo

alto, obligándola a predisponer el ambiente de la lluvia copiosa con aquese modo de soliviantar un puñado de hojas secas hacia arriba, fustigando la enramada, desgajándola despiadadamente.

Los gritos por las lomas no se dejaron esperar, gritos espaciados de uno que otro concierto que acudía al llamamiento del patrón.

Por lo tanto, Mateo era el primero, como siempre.... Todavía la sílaba última de ño Jorge rondaba en el tímpano del aire, y él allí presente, dispuesto a ponerse en cuatro, en último caso, por santa obediencia. No se le puso que los demás vendrían arreados como puercos por el mayordomo, y que en cuanto a ño Jorge, bien inspirado estaba en cierto asunto que le andaba por el mágn desde días atrás.

Con tal objeto, éste descuidó el asunto principal y dió en merodear por los recovecos del camino, dejando que corriera el tiempo con la misma lentitud que el *churgo*. No atinaba cómo proceder en el caso de la Dumi, que no se movía de la casa. Y como no le estaba vedado llegarse a allá, ver y oler, azuzó al caballo, y en una zancada estuvo de nuevo en el redondel del patio.

—Se fué el Mateo a matar el pueco ?

—Sí, patrón, enseguidita.... A pesar de que no puede salir casi.... del todo. Se le ha clavado un espino en el talón,

— ¡Ajá ! ¿No está con dolores de parto ?

A la india Dumi le causó gracia más bién la ironía del dicho ño Jorge. ¡ Como si un cari pudiera parir algún día !

—Bueno, y tú ?

—Ya mismo me voy al ordeño, patrón.

—Sí, sí prontito.

Porque caía el sol a plomo, y bien podía llover temprano. Las nubes por el lado de Quito estaban muy bajas, y cuando por allí oscurecía, era la señal.....

Jorge abrió sus ojazos sobre la longa María Rosario. Se encontraron sus miradas, las de él soflamadas por la pasión dominante y las de ella de encogimiento, de pudoroso encogimiento de ave tierrera perseguida por el *Chucuri*.

No se había equivocado. Estaba rebuena la longa en ese estado pimpollecete, gordita como el pan moreno, rebuena para él, hasta decir basta.

Pues no cabía otra cosa dentro de su criterio gamonalista.

Las hijas de los indios, cuando son dignas de interés para los blancos, quedan en su beneficio, sin más explicaciones.

De ahí que en ciertos lugares los chiquillicuatro de las haciendas, abusivos como sus progenitores, se despierten a la vida inoceril arremetiendo con cuanta hija del alcor hallan a su paso. Las cazan en grupos, las persiguen como cuyes, las asechan como a tórtolas, y jugando, jugando con esa carne percurdida por el infortunio y las intemperies, aprenden a ser donjuanes; son los irresponsables natos de los pueblos, en cuyo bajo fondo pujan bríos de nobleza los genuinos zambaigos y mestizoides con la enseña de nobles.

Ño Jorge era uno de estos nobles a la fuerza o por la fuerza.

No era la primera vez que salía en esta clase de aventuras. Se pasaba de listo yéndose tras de las ancas de una longa rolliza, vista al soslayo por bajo del sombrero mugriento que la tapaba hasta las narices,

eu horas de ordeño, o cuando se acurrucaban en el adokinado del corredor cerca de la cocina para esperar órdenes.

Ño Jorge era tratado con respeto entre los suyos por esto mismo. Sus fechorías en la hacienda sumábanse a las que consumaba en poblado. Un primor de chico, con ser que apenas iba pisando en los veinte años y a duras penas sabía leer y escribir. No lo sabía porque como él se vanagloriaba a careajadas - despechó a todos los maestros con su gracioso desplanta, imitado fielmente por el resto. ¿Qué hacía el ciudadanito ejemplar en la escuela? Entre mil cosas horripilantes apuntalar alfileres, y aún hojas de cortaplumas en el asiento de las sillas del profesor; maniobra certera que calaba bien. Sólo faltaba que los petardos y los disparos de revólver en el salón de clase hicieran blanco, como los explosivos de los anarquistas bien situados bajo el auto o el edificio que debe volar a los quintos.....

Hecho el recorderis del ordeño a la Dumi, fingió volver la grupa con destino a otra parte. No convenía infundir sospechas graves, y peor a la misma María Rosario, no fuera que salvara el hulto pegándose como piojo a su madre.

Correrían unos segundos cuando Jorge se empujó con dirección al chozo de Yuccha. La longa, al verlo así como así plantado a caballo en el patio, sufrió un estupor mayúsculo. Intentó hacer el papel de la lagartija de la zanja. ¿Qué iba a decir ella a ño Jorge en son de invitarle a tomar asiento? ¿Ni cómo comenzar mal él, entendido que era, él un sér razonable que se enfrentaba con otro, aunque de clase inferior?



— ¿Verdad que no te imaginabas?... Adrede he dispuesto que te dejen sola para estar contigo.

Esperó oír alguna palabra comprensible. Pero la longa estaba azogada de pies a cabeza, como si viera que el techo se le venía encima.

— No es para que te pongas a temblar. María Rosario, oyes, María Rosario, ¿por qué tiemblas?

Ella, como primer recurso, llamó a sus hermanitos que jugaban cerca del cebollar.

Jorge se apeó del caballo. El poyo del corredor estaba cerca enjalbogado apenas, cómodo para que se sentaran más de dos.

María Rosario buscó el rincón situándose en medio de los longuitos que acercó a su lado. Ya estaba abochornada y llorando. Abandonó el copo seboso para raspar en el suelo.

— María Rosario, María Rosario... María Rosario!

— ¿Qué dice ño Jorge? — respondió con triste asperidad la soltera, apartándose más y más de las manos aviesas posadas en su cuello—parece el diablo ño Jorge. Adivina que taita Mateo.....

— Pero si yo mismo les he mandado.....

— Y ahora, ¿qué quiere? En vez de cuidar como buen patrón.....

— No seas tonta. Yo te quiero, te juro que te quiero de veras.

— Váyase ño Jorge, váyase; ya mismo viene taita Mateo..

— Ve hijita, conmigo no pierdes nada. Con tal que..... yo te preferiré en todo.

— Váyase ño Jorge... Madre mía, ¿no sabe sumerécé que soy una pobre longa? Búsquese una igual.

— ¡Qué tonta! Ya digo que te quiero demasiado....

Por tí...

— No sea así, ño Jorge, no sea así. Peor que animal.

— Si no te hago nada todavía.

— Váyase por Dios! ¿qué diría sumercé mismo?

— Nadie, pero nadie llegará a saber.

Y se le fue acercando.

La *huarmi* optó por gritar. Y gritó con un acento lacrimoso, aullante, como plañido de india viuda que sigue el derrotero de un cadáver querido.

— Pero, ¿a qué lloras?

— Váyase ño Jorge ¡Déjeme!

— ¿Déjeme?

Y comenzó la refriega de dos contendores desiguales. La ofensiva estaba de parte del más fuerte, y la defensiva no era defensiva, sino una repulsa nimia, apenas impulsada por un cuerpo tembloroso, por una constitución femenina recién disciplinada, y por el respetuoso miedo al patrón que equivalía más bien a ceder el campo.

Cobarde, cien veces cobarde, Jorge desoyó súplicas vencidas, ululantes requiebros doloridos de animal que apenas se da perfecta cuenta de un desliz, y que necesita por lo mismo una luz en su interior, y aunque no se lo han dicho nunca nada de eso, barrunta el mal y se horroriza acercarse siquiera.

¿.....?

— Ya verás cómo me porto contigo, longa tonta. Nunca te he de quitar el huasipungo. Además, pienso regalarte una vacona. ¿Quiéres venirme mañana o pasado .... para escoger de lo mejorcito?

— Yo no quiero nada.... ¡U....u....u!

— Y ahora mismo sin falta te doy una camisa bordada de Otavalo y unas cinco varas de bayetilla morada.

— ¡U...u...u...u...!

— Me muero, como si hubieras cometido una muerte!

La víctima sólo se contentaba con llorar aullando, sentada en su camastro de esteras y *chaguarqueros*.

Y así permaneció hasta el oscurecer en espera de su madre ó de su taita, de éste mas bien, porque era hombre, y él sabría qué remedio buscar. Sin embargo, le entraron ciertos temores agudos. ¿No le saldría la bigotera al revés?

Dicho y hecho.

Matco, como bruto que era, dejándose llevar de sus prontos, le echó toda la culpa del atentado. Sin más preámbulos, y por sobre los lamentos interesados y maternales de la Dumí, cayó sobre el cuerpo desangrado de la pobre longa con una reverenda paliza, que por poco no le deja en tierra.

— Por qué no te defendiste, longa animal? ¿estabas durmiendo? ¿no tenías un palo, por ventura? Vos misma le has buscado, vos, vos... perra!

Estaba cegado por la ira y no admitía razonamiento.

Veía al enemigo por las paredes, por la socarrina, por debajo de la cama. Entraba y salía con una cachaba de leña en la mano. Se disponía a rematar con la Dumí; pero esta puso pies afuera con la velocidad de una gata. Vociferaba a voz en cuello, escupía amenazando volverse reo, si alcanzaba, como debía alcanzar, al bandido.

— ¿Conque para esto le estaba criando con tanto cuidado Para él, para que venga suavcito ¡carajo!... aunque sea mi patrón... vamos a vernos los dos. Mi longa no

ha sido pila de agua bendita, ni un grano de maíz. ¡Véanlo!... no le ha bastado lo que hizo con la hija del Pacho Tigi, con las dos hermanas del *Guascango* Julián Cacho, y con unas tantas. Si es una picardía, *Huambra* que se va criando para él.... Sinvergüenza.... Pero vamos a ver. Aunque me saquen del huasipungo ahora mismo. Y, sin más armas que una sogá doblada en circunferencias en torno del brazo, salió en busca del ño Jorge. En busca de él, y no de otro, porque se olvidó de su haja extracción de runa, y se sentía fuerte, igual y ofendido en la niña de sus ojos. Que le hubieran castrado, por último y no que a su única hija, a su María Rosario.....

Todo era que la nombrara siquiera alguno en un velorio o en la chingana para que no se contuviera..... Era capaz de ahuecarlo torciéndolo por el cuello del poncho. Bueno, uno que otro longo era respetuoso con él; le pasaban un papelillo, le brindaban con cariño una copa doble, le mimaban con palabras dulzonas, siempre que lo veían de humor.

Una de las semanas pasadas -- lo recordaba como hoy -- el Jacinto Torcachi, apenas le vió, se le votó con un plato colmado de fritada. Bebieron después largo, gastando por igual, por igual no. Torcachi le llevó a un estanco hasta que le soltó *bien chumado*. Y ¿qué sucedió? Que el longo le quiso decir una cosa. El alcanzó a comprenderlo .... Longo bien portado, buen mozo, de posibles, ¿qué más se quería él? buen mozo, trabajador, si; no debía *un calé*; mas bien le debían a él....

Por dos ocasiones pasó la fiesta de Reyes, y para este año era sacerdote de Noche Buena. Tenía demasiado para llegar a ser de la casa. Lo malo

que quería apresurar el gasto, y su hija estaba criándose todavía.

Y al recordarlo, se le hincharon las venas del cuello y le produjo una especie de vómito, como si fuera a reventarle la hiel.

Pero le haría entender en granos al ladrón, y si fuese posible.....

Aunque Dios no daría licencia para tanto; él, como padre, allanaría de algún modo. ¡ Bonita manera de allanarse con su hija malferida para siempre, a tiempo que la dicha parecía visitarle por la puerta. !

— ¡ Oiga ño Jorge, ¿ por qué es así ? — le recriminó Yuccha, apenas le alcanzó entre oscuro y claro — ¡ Que bien le pareciera.....

— ¡ Qué te pasa ? ¿ Estás loco que me vienes con.....

— Oiga ño Jorge, no se haga el nene. Lo que ha hecho sumercé con mi hija no debe quedar olvidado. Somos hombres y estamos en el mundo.....

— Lárgate a un cuerno, runa atrevido, con tus leyes.... ¡ Somos hombres !

— Para Ud. no es nada, para mí..... Mire ño Jorge

— Para mí..... ¡ maldita sea !

— Bien digo que estás loco.

— No estoy loco, ño Jorge; sumercé ha dañado ahora tarde a mi longá, usted..... Ud. ¿ es posible ?

— No me jodas; te digo que no me jodas— replicó el sujeto encarándose airado yá, como el zumo de cebolla recién picada.

— ¡ Como que no me jodas ! Patrón. — Correspondió demudado Yuccha, acercándosele un poco— Así que debo

decirle por su linda cara, muchas gracias? Con razón era el apuro que salga, que venga a matar el puerco.... Estas dos manos tengo para trabajar duro y parejo y también.....

— Y también para qué, aver dime, verdugo..... ?

¿Quieres faltarme ?

— Para hacer valer los derechos de padre, ¿ me oye ?

— Tú ?

— Yo !

— Tú ?

Yo, sí; *ño* Jorge, yo, Mateo Yuccha, aunque me vaya de la hacienda, que sí me he de ir, pero matando uno.....

Una desgracia, cuando está para suceder, no necesita de mucho. Jorge Merino ya no miró sino el bulto del mitayo, que pico a pico se había enfrentado con él, y afectándose él primero, cehó mano a su pistola.

— Mátame mejor. Para verme así. Mátame, o lo hago yo.

— ¿Te callas o nó ? — Emplazó Jorge, rozándose con el otro.

— Pedazo de canalla, mala conciencia, después de lo que has hecho.....

— ¿ No te callas ? ¡ Conque, no te callas !

Y aplastó el gatillo del arma apuntando al azar. El tiro hizo blanco en el indio Yuccha que cayó derribado, como un tronco de magucy en pleno vértigo de oscuridad, con el espumarejo de rabia cuajado en la boca.

Jorge ganó a trancos largos el trayecto sinuoso del callejón que conducía a la entrada, medio asustado, medio sobrecoigido de lástima. Al fin era hombre ofendido el que le había salido al paso. Al fin se trataba también de un hecho que iba a quedar impune a la postre, un ca-

so baladí que lo habría suavizado a él con buenos modos, cediendo un poco a favor del otro, arrojándole a la boca el hueso de una oferta, u ofertas, como lo hizo con su hija violada. ¿Por qué se dejó tentar del diablo? ¿Por qué no midió primero el paso que iba a dar? ¡Y bien, ya era un asesino! Por más que no quisiera aceptarlo, era un reo, cuando apenas comenzaba su juventud.

El mismo se sorprendió de su remordimiento. No quería dejarse llevar por él. Un indio, ¿qué importaba un indio...., y más si lo provocó él primero? Pues un indio era un hombre. Había apagado a un hombre inocente, a un elemento inerme ¡qué valentía! ¡qué hombrada de prócer!

Se palpó el corazón, que se le escapaba corrido de espanto. No quiso ver ni saber nada. Sintióse mal, pidió un caballo al *huasicama*. Nadie sabía lo sucedido, ni se atrevería a inquirirlo. Su padre andaba en ajetreos de ajustar cuentas de leche, de quesos al mayordomo. Lo más práctico era desaparecer a esta hora... ¡Qué demontre! En el «Tablón» estaba uno como su amigo, el Administrador, aunque meses no asomaba las narices el tal Administrador. Pero al verlo de repente no lo recibiría mal: pues allá debía ir, y allá se fué, sin consultar a nadie, como a cosa de las nueve de la noche, a semejanza de un can herido de hidrofobia el rato menos soñado.

° ° °

La Dumi había dejado encendida la fogata familiar. Vendría su hombre a cualquier hora con una hambre atroz. Estaba de su deber esperarlo y esperarlo con la comida caliente.

Antes bien, la *huarmi*, toda ella llorosa, y con la deshonra encima, y la tunda vibrándole aún en las carnes, avivaba el fuego con rastros de cebada, que crepitan como cohetes chinos. Después tendería la tortera ahollinada, una gran tortera de barro en donde podía caber un almud de cebada. La tostaría en un santiamén, y luego se aprestaría a molerla hincándose de rodillas, remoliendo en su pensamiento lo pasado y lo que vendría, que ya había venido allá por el filito del potrero pajizo, y que ella no lo sabía.

La Dumi, sin embargo, no se hallaba ecuánime; le estaba mordiendo un presentimiento intruso, el de que talvez había pasado algo con su marido y el *ño* Jorge. Algo pasaba, sin duda alguna, cuando ni por noticias se asomaba el pobre. Y volvió pues a asumir el tono acusador de su marido contra la longa, que casi ni oía con el ruido de la piedra de moler.

Por ella podía suceder horrores, por semejante animal. Algún principio hubo, alguna esperanza le dió al patrón, cuando éste se quiso atrever, y se atrevió al fin.

María Rosario no chistaba ¡qué iba a chistarle, en el temor de caer de nuevo en manos crueles. La Dumi tampoco era de las buenas, y lo que no hizo al principio, lo ejecutaría ella a pedir de boca con cualquier diablo que tuviese a la mano.

— Por esta bandida . . . Nadie tiene la culpa—refunfuñó al salir.

Estaba resuelta a buscar a su hombre, como con palo de romero. Iría preguntando por las vecindades ¡Al fin, qué iba a hacer! Tenía que pedir favor en situación semejante.

Caminó a tientas, hendiéndose en los pozos de sombra, desgarrando la niebla de lluvia que se arropaba en los boquerones inhóspitos y tenía miedo de besar el suelo húmedo. Había llovido al oscurecer menudito. Después arreció el aguacero hasta formar charcos en la arena rebelde del pedregal.

Anduvo más de una hora exerutando al azar.

En los *huasipungos* vecinos dormían los runas agobiados de cansancio. ¿Qué iban a saber ellos nada, si cuando ocurrió el lance trágico ya eran las siete pasadas. Fuera de que la noche era tan oscura y élla misma andaba como perro dado en la cabeza sin derrotero cierto.

Volvióse desolada graznando al vacío, aguzando su quejido de presentida viudez. Porque una de dos, o ño Jorge no le había aguantado, o él, Mateo, que por esta vez estaba más furioso que un tigre.

— Longa *Ilucha*, vamos buscar a tu taita. ¿Qué hacís aquí? Ahora vas a darme a taita.....

Tomaron por el mismo vestigio del camino, hasta dar un poco cerca del patio del mayordomo.

Emprendieron por otra parte, esta vez saliéndose al llano, pasando por entre los sembrados recientes de papas, haciendo crujir a las matas de choclos.

Pegaban el oído a los árboles que dormitaban formando grupos estrechos de puro miedo. Aguzaban los oídos aquí y allá, como si les fuera dable percibir algún indicio cierto, en una palabra, se desesperaban llamando a gritos.

Lo que convenía era esperar la venida del día, y a ello se resolvió la Dumi, contra su voluntad, hundida de cansancio y angustia. ¡Qué iba a dormir toda la noche! To-

do era volver sobre lo mismo y lo mismo. . . . que la longa puta decidida por el ño Jorge, que los malos hijos, peores enemigos de los padres; que debía irse con el mismo; que nada tenía con ella, que la había de freír; que esto y lo de más allá.

No bien quería amanecer, cuando la india madre, más rabiosa que compungida, levantó a su hija, a empellones.

Salían de nuevo a buscar al Mateo, y ahora en la hacienda, hasta en el último corral. Sabría por boca del patrón Augusto el paradero del más antiguo de sus indios lecheros, el más apegado a él, el más fiel de todos.

Desde muy temprano hubo sol, un océano de sol pomposo, que hacía arder el panorama vitreo, visto desde el huasipungo de Yuccha.

La hacienda del señor Merino se destacaba como un coliseo romano. Más parecía de oro macizo, y con su espesor, la gran dilocuencia material de uno como personaje feudal. Ya no era el edificio sólo de piso bajo, de fachenda solariega, como las haciendas colindantes.

Eran varios, y hasta de tres pisos, con sus techos de pizarra, límpidos cuajados de ventanas y balcones, con ojo avizor por todos sus lados. Jardines, azoteas, platabandas, glorietas y fuentes parleras por doquier, siempre que fuera el amparado, la florescencia ingenua desperdigada por techumbres y paredes el atavío abundoso de la señorial morada.

¿ Dónde se hallaría el gran señor en medio de tanta magnificencia, del refinado capricho de vivir a un tiempo en sus cuatro o cinco posesiones ?

Por fuera de ellas debían abrir el ojo tipos senti-

mentales que emigran con su imaginación a Europa o a la India en pos de material exótico para sus lucubraciones ultrarealistas. ¿ Por qué no internarse en el valle de los Chillos, en los cármenes del río Ambato, v. g. o ganar las aguas de la laguna de San Pablo o del río Daule, seguir por la hoya del Patate, vencer los caprichos geológicos de la Naturaleza trepándose al anfiteatro del Tungurahua, por el cordillera abrupto de Baños ?

¿ Por qué se llamaba *Yanaguaico* la hacienda de don Augusto ? No había por dónde hallarle un hueco negro, no siendo que fuera por los desfiladeros esposos que cruzaban y se entrecruzaban en todo el circuito. Pero ¡ qué desfiladeros ! qué torrenteras, si quereis ; Contienen más agua pura que los ríos trazados por Dios en el Paraíso. Con razón no se daba un punto en que no macollaran lindamente tanto hierbazal mal avenido en los eriales pedregosos.

En general el suelo era propicio para la fecundación instantánea. Agua estruendosa como de torrentes cantaba su balada de felicidad. Respiro ronco que semejaba al vahir del viento en general. Y éste, por más de la mitad del día, recorría con voz perecuente el escenario de norte a sur. Parecía mordizco, parecía ladrado.

En efeto, por ahí ladrados de perros flacos salían a defender el paso del caminito pisoteado por la manada. Ladraban y gañían desusadamente, como temiendo siempre al enemigo invasor de la heredad pobre. Muy posible que se cargaran con el asnillo pachorronto amañado en la estaca o con la astrosa prole de puercos, o con una que otra gallina más bullanguera que una cotorra; por esto se píraban ellos por el calcañar del transeunte; por eso tren-

zaban sus acometidas encaramándose en el dorso velludo de la cerca.

Que se cometieran robos en la gente de servicio, no era de admirarse: casi a diario se registraban muy gordos de mayor a menor, luciéndose una terminología ideal, siempre que se echaban al rostro cargos de a leguas. Pero que alguno se permitiera llegarse a las bardas de la hacienda con malas intenciones, no cabía en la cabeza mas dura, y menos que llegar a desaparecer un pollo des-criado, un gato sarnoso, por ventura.

Las cosas mas pequeñas eran del altar mayor, y el gran sacerdote, el mayordomo más cicatero que el dueño, andaba con sus prédicas llamando a unos, buscando a otros, dejando caer las plagas de Egipto sobre la cabeza de todo mitayo, «peón de hacienda.»

Por otra parte, la misma naturaleza iba tapiando todo circuito con celosa habilidad. En el largo transeurso de años, ¡cuántas reformas, cuántas reparaciones, un sin fin de esfuerzos en tierra firme y en torno del retazo incólume, de la ladera ácrata, del bajío sumido en el pedrisquero egoísta.

Por arriba y abajo, por el frente y a todo lo largo del valle cuadrículado por zanjones y vallados de chilca, sauco, borragíneas y gramíneas, no clasificadas por herbolario alguno, se llegaba a presenciar una gran parada militar..... ! Qué señorío de finca por el escalonado conjunto de eucaliptos, de estos señores eucaliptos, moviéndose a compás al mando del viento más osado que ganaba sus copas!

En parte se habían dado cita los sauces de las ri-

beras risueñas, los huabos, que con sus yataganes de color café jugaban esgrima, los alisos que no se acomodaban solos, ni en compañía de los soldados de Australia llamados eucaliptos y el palaciego ciprés. ¿Se podría, por tanto, pensar en algo como en una conmiseración en una naturaleza tan montaraz, tan cerrada a la luz meridiana, como la de Merino, dueño de «Yanaguaico»?

° ° °

Apenas quiso moverse de la cama éste; cuando le anunciaron que unas dos indias lloraban a moco tendido en el patio.

— Amo bonito — comenzó la Dumi desatada en ronco llanto — ¿cómo ha de ser posible que no parezca mi marido?

— ¿Quién, el Mateo?. Estará bebiendo por ahí.

— ¿Dónde pues, patronsito, si desde ayer.....

— ¿Cómo desde ayer!

— Sí, patrón, ayer vino a matar el puercito.... No Jorge le sacó del cuarto en persona. ¿Dónde está ño Jorge,

— Entonces el se ha comido a tu marido, animal.....?

— No digo eso; pero ño Jorge.....

— Dale con ño Jorge.

— Sí, patrón, el niño tiene la culpa. ¿Por qué no he de hablar claro?. Vino al huasipungo a dañarme a la larga.... a ésta.... Habla pues, bruta, ¿no es cierto que te forzó el niño.....?

— Sí, patrón, ayer a las dos de la tarde.....

Y no pudo continuar, porque le ahogaba el miedo remojado en lágrimas.

— Conque ño Jorge.... No te creo, no te creo....

— *Helé véale* sino—repuso la Dumi intentando no sé qué demostración objetiva.

—Bueno, bueno, basta. No tienen más ustedes, cuando quieren plata.... Tú, al menos, no debes decirme nada. No estás de balde. Debes servirme de rodillas.

— Cierto, patrón. Pero mi hija y mi marido? ¿Dónde está mi marido?

Y alzó el tono, mordida en lo más hondo, convenciéndose de que no habría de sacar un ardite.

— Y ahora, ¿qué quieres? ¿de dónde traigo a tu marido? ¿Voy a ser Dios?

— No diga eso, ño Augusto,— contestó la Dumi haciendo girar el ruedo del sombrerajo en la mano....—Vengo a ver, patrón, dónde está.... Después de lo hecho con la longa, *vuelta* con mi Mateo. ¡Justicia del cielo!

Venga a ver ño Augusto debajo de la zanja, ahí está con un balazo en la cara....¿Quién sino el ño....Jorge?

Y se siguió con el trémolo del llanto, lo mismo que su soltera, semi tapada con una baraja áspera por rebozo. Un dúo que hubiera comovido a un dios de la fría Escandinavia, menos al gamonal Merino, ya sulfurado con la declaración repetida de que su hijo era el homicida.

— Conque mi hijo.... ¿no dices que mi hijo?

— Y quién otro va a ser? Se ha tragado de punta al que más le ha servido. ¡Bandido!....Ahí está mi longo botado como un perro;ahí está, patrón, y yo y mi pobre longa en la calle.... ¿Dónde está ño Jorge?

Merino se puso de pie, rojo como ají de Patate.

— Sigues, verduga bruta, sigues? Ya mismo te largas. ¡Habrase visto!

—Mi marido, mi Mateo, devuélvame ño Augusto, ¿Cómo voy a quedarme así?

— Y ahora, ¿qué quieres que haga?

— Pues, al fin.... entíérrelo sumercé....!

— ¡Yo ¡ Crees que yo ?

— Sumercé, claro que sumercé. Cualquiera persona décente, no digo sumercé. No me de ir de aquí, sin que me dé siquiera para un paquete de *espermas*.

— Pues ni eso.... basta que.... ¡Qué lisural ño Jorge..

— Eso ca Dios me perdone....

— Luego no permito ni un segundo que se queden en mi hacienda. Ya me conoces, verduga. ¡Fuera del huasipungo! por deslenguada, por brutal ! Sácale a patadas, Ambrocio!

Y él mismo le dió el empellón de estilo, que se esperaba.

o ° o

Venía otra vez el medio día para buenos y malos, con los mismos baruntos de primavera, si bien más tarde se resbalaría la lluvia de marzo.

Así fué. Después de secar la ternura mojada de la llanura y la cara llorosa de la longa violada, de esa carita oblonga como el *pilche* seco, en la cual se espejeaba el amor del Yuecha muerto por el victimario adolescente, el sol se iba retirando al disimulo.

Sólo en las quiebras peladas quedaba una resolana blanquecina añorando al indio ausente. Oleo de nubes modorrientas empañaba el descampado distante.

De súbito se veló el rostro azul. Se venía el diluvial paréntesis. Los árboles en suspenso comenzaban a dialogar; cabeceaban de ensueño otros. Se desperezaba el cerro echado de bruces y alzaba las espaldas a la colina fantasmal. El lecho pajizo del potrero sesteado

por el rebaño, que había cambiado de mesa, resoplaba de calor. Cada baharada era un revolver de mosquitos punzadores o gorriones que caracoleaban en el aire.

Llovió. Lós alfilerazos de lluvia mezclada con granizo agujereaban el enredado, y el techo rojo de tejas se panizó por completo.

No era chubazco, sino tempestad preparada con tiempo.

Los toros mugían escarchados el lomo al borde del repecho. Abajo, entre tanto, dos pasos fuera del tapial, casero, los gallos zancarrones de golilla roja sacudían la zaraza del plumaje, juntándose azoradamente a su prole.

Luego soltaron su canto. Segura cosa de que cesaría la lluvia, y más si alguna dueña de casa, precisamente sentada al filo del camino de los de a pie, arrojaba ceniza al aire en un plato de barro.

.....

Como a eso de días, Augusto Merino tomó a pechos la ausencia de su hijo Jorge. ¿Qué se le dió al muchacho? Bonito es esa largarse así no más, para que dijeran tantas cosas de él!

Cuando vino, le vió el viejo de pies a cabeza con esa reticencia fría de hombre que mira a otro hombre.

— Van ya cuatro veces que te emporcas, pedazo de salvaje. Yo no sé qué hacer contigo.

— Se refiere usted, papá, a lo del verdugo Mateo?

Pero si es mentira, papá....

— No aludo a eso. Puede ser, puede no ser. Lo que te digo es que me admira tu buen gusto con una longa su-

cia. Busca una de tu clase, y cástate de una vez, si más apura.

— Todo es mentira....

— No da de ser mentira. Si te acostumbras, va a darse el caso de que no podrás escoger tu puesto debidamente.



# CONTRABANDO





Había amanecido ojerosa como pocas veces. El espejito de mano que llevaba consigo en su bolso de terciopelo carmesí no mentía, como no había mentido ese su malestar de días. Un malestar continuo que le llevaba el cuerpo de acá para allá. Endebles de los nervios, grosor de la lengua, nauseas que provocaban una salivación copiosa.... sobre todo los ojos; ¿quién le quitaba la depresión de los ojos?

No cabía duda. Estaba perdida!

Se dió a pensar en los mínimos aspectos de aquel día.... Talvez la vez última, cuando sin guardar precaución alguna, como a eso de las once, ella lo recibió acostada en la cama. Bien lo recordaba..... Fué un espasmo de horas, una aberración del instinto en abandono salvaje.

Alumbraba ya el día, cuando ella fue la que lo despertó.

Habían dormido como dos esposos felices, sin temor al dueño....provocándose ensueños futuros al vuelo de cada caricia, deseándose más y más.

— No seas así, Humberto, pueden habernos visto.

— Yo no me fuera de aquí.

— Pero, hijito, tú sabes lo que son las *chinas*.....

En fin, tuvo que salir, con algún escozor, mirando a un lado y otro.

No parecía nadie. Ni la neblina matinal permitía distinguir sino tal o cual *mitayo* arriero encajado en su sombrero de a tres arrobas.

— Pero ¿Cómo pudo ser? - se repetía ella - si me ha bajado la sangre hasta ayer no mas. Será talvez un mal aire....! Camila! ¡eholaaá!

La chola preparó una tizana de rosas de castilla con gotas de vinagre. Debía tomarla muy caliente y proceder a arroparse. Con algún sudorífico esperaría.... el efecto inmediato. Sin embargo nadie le quitaba la idea clavada en el costado como una punzada letal. No era sólo idea; el cuerpo mismo lo tenía molido de pies a cabeza.

La Camila era una hembra *catira* como el pelo de choelo. Y maliciosa por añadidura. Claro, si le había tocado parir más de tres veces de varios sinvergüenzas, que no le daban ni para los pañales.

Qué tendrá la niña? Está una melcocha desde ayer. ¡Dios me perdone! el *chugo* del guarda no ha venido en vano..... Esto para mi sola. No me gusta hacer juicios temerarios.

Le nombró un baño tibio; después se recurriría— talvez al día siguiente— a un lavaje interior.

— La *niña* Lucrecia sabrá lo que se hace.... No me vengan!

Lucrecia, la señorita Lucrecia — como le seguían llamando por allí por su edad juvenil— se revolvía con inquietudes pungentes. No se conformaba conque unos días

pasaba mejorcita unos días y otros.... Al principio sufría sola en su dormitorio, fingiendo haber pasado un insomnio traidor. Después se lo dijo a su criada. Lo dijo buscando modos de encubrir el mal.

—¡Hija, ya no me enseñe aquí. ¿Te figuras?. Siempre achacosa. Si no me manda a traer, yo sabré lo que hago.

En Quito hubiera sido diferente la cosa. Con las amigas que tenía, en especial con su primita Chavela Gándara, de más confianza. Entre las dos no se conocían camisa. Por otra parte, su confesor, el Padre Albán de la Merced. Era un sabio y un santo. Ante él todo quedaba en claro. Adivinaba los malos pensamientos de un vistazo, por lo que pocos, muy pocos trataban de encubrir su historia. Le habría pedido un consejo oportuno, eficaz en aquel trance. Pero ahora, sola en la hacienda, privada de un agente leal, se creía hundida sin remedio.

Hizo un esfuerzo para levantarse envolviéndose en un pañolón de lana amplísimo como chal de moda. Y ensayó el canto de un airecillo popular tan en boga, que lo silbaban los muchachos:

«La percanta está triste  
¿qué tendrá la percanta? etc.

La *percanta* era ella, Lucrecia Portilla, mujercita del señor Eduardo Vivero, gamonal con cuenta y razón allá por el año de 1.915

Era ella, prisionera en la misma heredad paterna, por el capricho de su esposo, que hacía y deshacía en Quito de sus emolumentos.

¡ Hombre del diablo ! por él habría de pasar desgracias, por él que sólo en el nombre era su marido, pro

él, el muy lindo, que se las pasaba en la ciudad, tirándose la pera una barbaridad de tiempo.

Su maridito que Dios le había dado ¡qué primor! Por más que le decían los amigos, acerca de la joya que tenía en su casa, nunca se dió por notificado. Con tal de seguir su vida acostumbrada, alternándose en cantinas y bares, con las chiquillitas de renombre, hubiera perdido todo. No le afectaba nada. Lo mismo le daba una mujer, que una prenda de vestir. Era para darle uso unas cuantas veces y nada más. Mas, en lo que tocaba a su mujer, pensaba con un poquillo de mesurada entereza. Era su esposa legítima al fin, perteneciente a la rancia nobleza de la capital, la misma que sacrificó casándose con él, su ingente fortuna. Razón máxima por la que merecía un trato diverso. Esto no obstaba para verse privado de sus relaciones sociales, ni había de obstaculizarle ello el camino empezado.

Y luego que ella nunca le decía— ¡qué la había de decir! estos labios son míos. A la vista estaba su gran carácter conformista, de una blandura sin igual. — Mi fiata nunca me dice nada— exclamaba campante el gamonal— aunque me vea hacer una muerte.

Atenido a este proceder, él soltó la correntada. «El Chilcal» daba para mucho más. La mitad tenían en arriendo unos señores Montenegro. Quedaba la otra mitad. A roerlo pues por los flancos, que el queso contenía mantequilla por libras.

Habían pasado cinco años en andar a medias. De zaguán adentro era casado, de zaguán afuera soltero, con un solterío aventurero y dispendioso, sin dejar pasar un día por feriado.

Comía y bebía a destajo, rodeándose del perro y

del gato, con tal de que fueran de su círculo. Los Mancheno, los Enriquez, los Gángotena y Freile Contreras y hasta diez *huambronas* de chuparse el dedo, casaditas unas, lo que no era de extrañarse, sabiendo que tal bocado era el más codiciado, por ser el más sabroso— le comían a dos carrillos.

Y que supieran que era el patrimonio de su mujer lo que se escurría por sus bolsillos. ¡Quia! ¡No hicieron hasta la fecha lo propio unos cuantos? Por sí acaso había que anotar en su favor una cosa. El se portaba relativamente bien, en comparación con otros. Bueno, tan bueno que podían envolverlo en una hoja de papel de despacho. Jamás trataba mal a su Lucrecia, no sólo por el que dirán, sino porque le placía remirarse en ella. ¡Pobrecita!

Recluida en la hacienda le soportaba todo, todo. ¿Quién como ella, de una pasta angelical por lo condescendiente?

Ella también iba experimentando lo propio en su Eduardo; no habría hallado otro igual, ni buscando con palo de romero. Sólo que, como todo hombre, tenía su lado flaco, pero que con el tiempo se reformaría; Dios era muy grande; se apiadaría de los malos como ella, obligándolo a buscar su casa, es decir, a su compañera.

Tal como el perro viejo eriado con adulo, que, dando vueltas al rededor de la cuadra, vuelve ondeando la cola, después de un exilio de horas.

Y ahora debía de venirse, y sin demora de un segundo. Ella le obligaría a venirse, valiéndose de los santos de su devoción. Y en último caso, ella en persona iría a buscarlo.

No hubo necesidad de esperarlo mucho. Encontró

de perlas participarle la nueva de que caía su onomástico allá por la semana próxima.

En efecto, tanto bregó Lucrecia que un buen día se animó Vivero a mirar por su casa. Llegó un poco *chispo*, según se le puso a la aviesa penetración de Camila. —Ahora se compone la ña Lucrecita. Un hueco se va a tapar con otro.

Como había sido larga la temporada de espera, se intensificaron las relaciones de los dos esposos. Mas parecían novios. Cogiditos de la mano tomaban por aquí, por allí, brincando, saltando, corriendo entre jocundas risotadas.

Ya no se iría, ya no se volvería ir el muy badulaque. . . . . ¿No tenía en sus brazos a la beldad del Cielo, más sabrosa, ahora que la sentía pegadita a él como parche poroso? ¡Qué brutalidad de hombre haberla visto de otro modo durante tantos meses! ¿Dónde tuvo la sesera al fijarse en las perrísimas aquellas, que en vez de darle, le quitaban hasta el apellido?

Ya estaba con ella de nuevo, ya le había hallado más suavecita que la pasa sin pepitas. Ya se comprendían de hito en hito, sin hacerse de rogar, sin darse tregua un día, como si la tarea hubiese consistido en agotar las energías por esa vez sólo.

Lucrecia participó sus temores en seguida. Era lo muy natural y sencillo, después de una braga así. Y como los síntomas, según ella, asomaron ipsofacto, con más crudeza. . . . .

Vivero se llevó un alegrón mayúsculo. ¿Sería posible? y ¿por qué nó, con una hembra como la suya, que

so había propasado de robusta durante tan larga abstinencia? Al fin pues, el tiempo venía a decidir sobre su suerte equívoca. Se resignaría a vivir para ella y por ella. Basta de perradas costosas, basta de tanto tiempo barato, a razón de veinte o treinta suces la jornada nocturna allá por el Aguarico o algún rincón pecaminoso de consabida notoriedad.

A Lucrecia se le sentó el corazón. Estaba salvada de culpa y pena. Había conseguido convencer con hechos. Eso en el caso de que hubiese necesidad, que no la había, porque ella supo portarse a las mil maravillas. Al fin era mujer, y sólo en calidad de tal, logró atajar el peligro con habilidosidad suma; lo que la finchaba de orgullo en cierto modo.

Pensaron de común acuerdo salir a Quito a su propia casa, situada en la Alameda. Quedarse más tiempo en la hacienda equivalía a exponerse a la muerte por todo evento. ¿Quién iba a ser el santo que se conformara a esperar éxito alguno en el campo? El viaje quedó planeado para después de una semana, hasta que la casa estuviera expedita. Entre tanto, no sentaba mal las bromas campestres.

Se dieron a las distracciones variadas, al esparcimiento diario fuera de la casa, echando mano del argumento de ciertas novelas de folletín escritas por Paul de Kock Ponsón du Terrail.

A veces se animarían a pasarlo en la choza de Pascual Pacari, un runito de confianza que les hacía las compras en el pueblo. *Huasicama* viejo Pacari, acompañó al patrón en sus borracheras de rechupete en poblado y en despoblado. Le ayudaba a montar, alzándole del

suelo; era el correo a domicilio a través de muchas partes en donde tuviera algo que hacer Vivero. Si bien es cierto que su boca era una tumba para un secreto, así lo desollaran vivo.

La casa del mayordomo servía también de punto de cita. Quedaba como un poste de telégrafo al borde de un camino polvoso, y asentada en el cruce mismo de tres caminos divergentes. Por el lado delantero del corredor, cercado de un poyo de adobes, en donde preparaban a diario frituras de lo bueno y lo mejor, se entraba y salía con la idea de beber chicha madura al paso, a la salud de los pobres, que se pasaban el domingo con solo un sucecito en el bolsillo.

Y en realidad que era domingo ese día. Domingo feriado, con una mar de gente, de poncho y bolsición de bayetilla, que se abocaban a la población a pie en juto, ávidos de alcanzar a la misa de doce.

Y no es que fuese domingo por la misa, por la feria de choclos, plátanos enracimados, naranjas de Puéllaro, pepinos y pan de agua por doquier, sino por la ufana excelcitud del ambiente. Un solcito de medio día hacía piruetas en el dorso de los cerros dormidos. Se revolcaba por las pendientes; se bañaba en los charcos de lluvia a medio secar; subía al alero de las casitas de paja cerril a conversar con los hierbajos friolentos. Siempre parecía medio día; no iba a moverse el andariego celeste de su sitial barnizado de azul desleído en agua límpida. Disponía de un programa deportivo, siguiendo el gusto de la época. Nadie le impedía irse de brazo con los chagritos enchaquetados en casinete de Chillos a través de la llanada con la tabletilla forrada de cuero, a jugar a la pelota.

Con los «guambras» desarrapados de la zanja había que andar solo a gritos y con centavos sueltos para soltearlos en la bomba.

¡Qué alegría fiestera! ¡Qué diafanidad de almas recostadas en el telón de arriba en figura de nubecillas doradas! ¡Cuánto suspirillo barato, cuánta furibunda exclamación resoplada por quienes, como los indios andurrialeros enlazados en sus conversaciones congéneres, desconfiaban de su destino perro a cada paso!

Domingo rural, sorteo de almas agrestes en el alba-ceazgo de la misa mayor, nombramiento de priostes para la fiesta de un San Vicente, pascado en urnas de lata de casa en casa, romería de estómagos tragantones en busca de la fritada, del *llapingacho*, de las empanadas de morrocho, de las patas *emborrajadas*; descenso de cordura por la pendiente del tragullo por copitas de a real; trata confianzuda y untantó almizclada con resentimientos a porrillo entre compadres y comadres a todo lo largo de un camino cercado de cabuyos, de saucos jóvenes y geranios caídos cabeza a bajo en el barranco roído por agua de a-equia; este era el escenario que ansiaba cruzar desde cuando se sintió con malestar agudo.

La alegría, y no tan ficticia como su poema de ternura de esposa, le hizo salir los colores al rostro. Se sentía duplicada — sensación dichosa bajo cualquier aspecto y mejor para ella — cruzaban anhelos de loca puerdad por su mente. De buena gana no hubiera disimulado su nuevo estado físico al mundo entero, con tal de que lo oyera su marido, ese maridito tan ángel custodido que no le dejaba medio segundo sola.

Un poco tardecita, hubo un bullón inusitado. Por allí asomaron unas cataduras boquiabiertas haciéndose cruces. Los jugadores de pelota, las mindalas de la plaza, los muchachos que jugaban a la bomba, los chagras adacentados, con sus sombreros de paja arriscados por delante, poncho de dos caras y alpargatas nuevos, y uno que otro mayordomo que rodeaba por las chicherías tiznadas de hollín, formaban grupos curiosos.

Por allá, por la esquina más frecuentada, en la tienda de don Hilario Dueñas, se veía escolta armada. Hablaban varios a tiempo. El corrillo se animaba adensando el aire con carajos de a dos leguas. Uno, que parecía el jefe del piquete, montado en una *yunga* alazana, mandaba con gesto tonante.

— Sí señor, aquí está... Abra esa puerta ¡Chagras sin vergüenzas, ésta es la tercera.

— Oiga mi capitán, aquí no hay nada — resongó furibundo el dueño de la cantina — si gusta, puede entrar.

— Claro que voy a buscarlo hasta en la cama.

Adentro se oían ajetreos pesarosos. Alguien se ocultaba; algo era conducido en peso, empujado por la ansiedad que gravitaba en el claro-oscuro del cuarto.

Desde afuera la mirada de los policías, con un pie en el dintel empuñaba el cuerpo del delito.

Encendieron un cabo de vela por un rincón abarrotado de *féferes* viejos. Oía, y bien que oía a taberna.

Los rumores volaban por los cuatro ángulos de la plaza como pedacillos de papel.

— Me muero, ya cayeron con el contrabando.

— ¿ Deveras ?

— Como me oyes. Pero ¡ qué brutos ! ¿ Qué se imaginaban ? tener el alambique casi a la puerta funcionando día y noche.....

Las puertas de la tienda sindicada cedieron a los culatazos repetidos.

Y arreció el decomiso de cuarto en cuarto, sin dejar a salvo ni el corral, ni el chiquero de puercos.

Buscaban, arañaban, huzmeaban, como viejos expertos, por las esteras de la sala como las frazadas de la cama, el suelo, el santo suelo escarbado hasta con las uñas, sufrieron el escrutinio de estilo.

Se les ocurrió remover dos tablas de cierto rincón. Se enfriaron los ánimos complicados en el asunto. Presentíase con toda claridad. De un puntapié quedó al descubierto la oquedad soñada.

— ¡ Ajá ! — rugió el jefe satisfechísimo — para que vean ¡ carajo ! cuando digo yo una cosa. Aquí está el queso.

Don Hilario iba a desmayarse. Otros sujetos medio alclados, con las piernas temblequeantes querían hablar.

— Pero señor ¡ por Dios !

— Todo va conmigo — concluyó en redondo el titulado capitán del piquete.

— Pero vea, mi capitán — suspiró don Hilario — soy un pobre padre de familia; créame, no es mío nada. Si Ud. supiera como ha sido.....

No le dejaron hablar. Ni se dignaron mirarlo siquiera.

— Yo nunca me he metido en esto. El pueblo entero lo puede decir.

— ¿ No has estado destilando ? ¿ Dices que no has estado destilando ?

La mirada del capataz de la Policía rebrotaba iracunda . . . Trepanaba los huesos. Iba de la cabeza a los pies midiendo por decímetros de pulgada. ¡ Qué cínico ! ¡ Y se atrevía a negar ! Y se empeñaba en echarle el muerto a otro ¡ Merecía el cepo de gallina, o una tanda de látigos !

Tuvieron conmiseración de él muchos. ¡ Pobre don Hilario. lo que vendría contra él ! Por lo pronto, se quedaría sin su casita de teja. Pero ya era el colmo ¿ verdad ? Toda su vida, desde sus antecesores, se había dedicado al oficio, hasta llegar a llenarse. Ahora se cargarían con todo; no le dejarían ni una *puchuela* en la tienda; más todavía estando como estaban prevenidos. Si señor, prevenidos desde el Teniente Político; nada menos que ya lo había dicho éste: « El patojo Hilario está en mis manos, si sigue destilando, lo hago coger »

Además decían que este sujeto encabezaba — los denunciadores secretos no pueden mentir — levantamientos contra los guardas. Por dos ocasiones con plata y persona él fue quien avió a la otra vida al pobre *nicle*, el Daniel Rojas. Se le acusaba también de haber tomado parte en la muerte del *lluro* Mayorga, otra víctima del deber, en medio de semejantes pavas.

Fue suficiente para que rompieran su curso los comentarios. Uno — el que hablaba por diez con aire doctoral — se propuso hacer la historia del contrabando, acodándose en el mostrador de una chingana del frente.

Fumaba enhebrando el humo con las cerdas plateadas de la barba. Por eso escupían a una, más que hablaban, los que hacían de mirones.

Ya habían pedido lo racional y conveniente, algo como media bota que la sorberían en una copa como dedalito de mujer.

— Bien dicen que Dios tarda, pero no olvida. Este debía ser el fin del pendejo este.

— No digas eso. ¡ Pobre patojo !

— No es que me alegro. Pero me admira que no se curen, después de tanto chicotazo. Ya tienen con qué vivir, y ¿para qué quieren más ?

— Y tú ¿no has contrabandeado ? Dime.

— ¿Yo ?

— Hazte el santo.....

— No digo que nó, pero con algún disimulo un barrillito, a veces una dos botijitas. Lo que ellos, con tontera y todo ! No les ha faltado *mogolla*. Don Hilario con el yerno, con los verdugos Llamucas han recorrido medio mundo, para que sepan ustedes. Nañitos con los más pícaros de Angamarca y Simiatug, han hecho liga también con tantos machazos del lado de Baños, Guanujo y Patate. Me acuerdo lo que me contaban. Sería de repetirlo en un velorio. ¡Qué de peripecias, cuántos lances curiosos, a veces a la media noche, desarmados y detrás de ochenta, de cien botijas cargadas ! En esto, mi compadre Jacinto Illánéz ha sido también una *mamada*. Solito con Dios y el Angel de la Guarda venía a caer a la madrugada en la plaza de Pomasqui. El *sarando* Zúñiga es otro que juega bien..... ¿Se acuerdan cuando estaba de guarda en Tabacundo ? En una noche sola se tragó más de cien *zurrunes* de aguardiente a cuenta de jodido. Después los vendió por la nada por tercera mano.

— Cierto que los mismos guardas.....

— Vaya, claro los mismos guardas. Cuando les conviene dejan pasar un tonel cada cinco minutos. Pero se necesita.

estar en gracia de Dios.

— Es decir, calentarles la mano.

— Lo que sucede siempre. Ahora mismo oigo decir que Humberto Gómez ha comido y bebido hasta tocarse con el dedo. . . . . Vea lo que sucede.

— No es que ha comido solamente. Recibió una fuerte cantidad por vía de propina. Pero, no se crea, también le ha tocado su San Martín. Ya está fuera del cargo por bruto.

No había mentido una línea. El guarda en cuestión estaba fuera de cántaro, precisamente por haber venido percibiendo sueres de parte y parte.

Podía ser y no podía ser. El hombre estaba como al principio más pobre que una rata. Tanto que debía por dos meses de comida en la fonda de mamá Gabriela Camacho. Y andaba con un ternito ¡Dios mío, qué ternito! Decían que no había aprendido ni a fumar, que no bebía, y que en calidad de mujer, no le conocieron ni una gata. ¿Qué hizo entonces la plata que ganó durante cinco años seguidos? Ni de chiripa sacaba la mano del bolsillo con un medio para un pobre. Ni que tuviera enterrada la *mollapa*. En fin estaba *fregado*.

Lucrecia vino a saberlo casi al día siguiente, y ya mismito se animaba a reparar la injusticia. Por lo menos debía enviarle algo al pobre cesante. Ahora, era día jueves. Por lo pronto no faltaría tiempo. Ahogó la intención prima, con la idea de armonizar mejor la intención con la obra. Todo sería en llegando a Quito. Allí contaba con quienes no podrían negarle un empleo para él, y menos si su esposo mismo era el que se encargaría de arreglar el asunto con el Director del Estanco.

Su Eduardo era bueno, a ciencia cierta que era

bueno. ¿Iba a negarse él en esto de hablar hasta con el Presidente de la República, en caso dado, en bien de tal guarda? Pero ¿por dónde y cómo comenzar? ¿Qué iba a pensar un por sí de élla, interesada por un cualquiera? ¿De cuando acá le trafa por los cabellos a un desconocido como su recomendado? Halló una mentirita. Mentira con necesidad no era un delito grave. Pues este tal fulano era nada menos que el hijo de su comadre. . . . a quien no le podía negar ningún servicio, un mero servicio como tantos, de ínfima significación, al ponerse a remover la causa y el fin.

Poco o nada vino a preocuparle a Vivero el decomiso de tragos. Vió la cosa con indiferencia, sin adentrarse en ningún pormenor. Un hecho ordinario como cualquier otro. Contrabandos *cogían* a cada paso, y muy gordos, por sí acaso. ¿Y qué? ¿No contrabandeaban los mismos empleados y quizá el mismo Ministro del Ramo? Lo esencial estaba en saber acomodarse y guardar un equilibrio astuto en la maroma, como el inspector A. con relación al productor B. Sistema requetesa-bido por algunas generaciones dirigentes en la política de alcoholes desde el año mil antes de Jesucristo.

— Hasta el Cura de aquí es un gallazo, si no me equivoco — asentó Vivero, exagerando la opinión — aquí se aprende en corto tiempo, si es que uno no nace sabiendo. ¿Habrá un pueblo en el Ecuador, en donde no haya corrido el *puro* clandestinamente como el agua de una acequia? ¡Patarata! ¡Que *chupen* alguna vez siquiera!

— Pero, ¿qué culpa tienen los pobres guardas?

— Qué sabes tú? Ellos negocian hasta con la sangre de la res despostada, si saben que es aguardiente. ¿Crees que no se *arrifionan* con tiempo?

o ° o

Buscaba ella, Lucrecia, un pretexto para remover el asunto guarda. Porque le interesaba como nunca la suerte del hombre aquel. ¿Cómo las pasaría el pobre, sin el sueldito de cincuenta sucres seguros? Corazonada generosa que repercutía en el fondo de su alma. Y es que en su vientre palpitaba un ser, el que no podía ser del otro por ningún lado, por más que ella. . . . . en fin, ya pasó; seguiría el dúo de su esposo día a día más suavcito, un modelo de marido, a Dios gracias.

Por la noche cucharceaba el viento en las ventanas, Quería balbucir barbaridades. O si no, venía en nombre del queridito anónimo con cierto mensaje. Ella lo había adivinado metiendo la cara entre las sábanas. La noche era un libro de meditaciones que leía absorta. ¿Qué culpa tenía ella, después de tanto tiempo? La palabra tiempo repetían lentamente los gallos de las doce, en cuya hora descansaron los dos amantes, como casados por la Iglesia, ni más ni menos. Salía el amante acompañado del silencio, galgo ciego de la soledad, que permitía que sucediera unas tantas veces, y no se enteraran ni los gatos del tejado.

Estaba por verse si el silencio había llenado su cometido. Porque, como dicen que las paredes tienen oídos. . . . .

— Patrón, Ud. cree que no le falta nada en la hacienda?

— ¿Y por qué lo dices, Petita?

— Digo porque los viejos sabemos mucho. . . . . ¿qué le parece, patrón, si yo le contara? Pero no me conviene removerlo.

— Suelta no mas ¿qué has visto? ¿me han lleva do

alguna cabeza de ganado ?

— ¡ Ay ¡ patroncito, el que tiene una mujer como la suya no debe..... respirar en otra parte..... y no digo más.

Vivero dió un paso atrás. Se cortó desde la coronilla.

— Petita, repite ¿ que has visto ? ¿ qué me quieres decir con esto ? ¿ te refieres a ña Lucrecita tal vez ?

— No patrón, nunca. ¡ Me cortaría la lengua ! Digo por lo que pudiera suceder.

— Pero ¿ qué puede suceder ? ¿ tu sabes qué puede suceder ?.

— Ya digo, ño Eduardo, no tenga aprensión..... Son cosas que le vienen a una por el cariño que tiene a la casa ..... aunque no le hayan criado.....

— Eso no importa.

— Pues, por lo mismo, no desearía para sumercé y ña Lucrecita ningún mal. Eso es todo.

Vivero recobró la serenidad. Por fortuna era él linfático de temperamento. Con cierta facilidad lograba dominarse, y no por otra razón. que por su poca trastienda de vida. Jamás había puesto atención, ni en los contornos de las situaciones apuradas. Nada quedó subrayado por la reflexión, a menos que como ahora se tratara de escarbarle un tantito.

Después, y a lo largo de toda la semana, sus ocupaciones agrícolas no le dieron tregua. Se fatigó tanto, fueron tan intensas sus actividades que no volvió acordarse de la Petita, ni de su media mecha ¿ Estaba en sus cabales la muy animal ? Lo que le importó a la vuelta de otra semana..... Mejor se intimó con más gana con su situación presente, la que se desarrolla-

ba con vívidos colores entre su esposa y los quehaceres y viceversa,

Sentíase padre ya, y como tal hizo parir a su imaginación proyectos rotundos, renuevos verdes y algo que había muy pronto, si le daban lugar sus compromisos o sus acreedores, para lo cual necesitaba trabajar con tezón, con verdadera gimnasia de voluntad, vindicándose ante el futuro.

En Quito tuvo que llevar como un fardo pesado la recomendación de Lucrecia. Poco a poco se fue dando cuenta de la calidad del cometido, que a regañadientes aceptó desempeñándolo él, si sus ocupaciones lo permitiesen. Más o menos él, Vivero, iba a ser el paño de lágrimas del tal guarda llamado Humberto Gómez ante el Director de Alcoholes. ¿Era pues de su incumbencia meter el brazo por él? Si esto era así, con mayor razón no le tocaba a su esposa tocar ningún pito. ¿Bueno pues, a cuenta de qué? ¿razones de parentesco por ventura.....? Que era hijo de su madre, más claro, que había cierto compadrazgo con ella. Quizá. Mas ello no le daba tanto derecho para abogar tesoneramente por él. No era ningún borrego. Averiguaría despacio, primero los motivos de este interés sumo, y luego de este su apersonamiento tan singular.

— Así es que ¿te pesa mucho, hacer un pequeño servicio?

— Es que me llama la atención que seas tú la más interesada — corrigió Vivero con tono malicioso — ¿qué antecedentes de familia?.....

Lucrecita adoptó un aire de seriedad dominando el mimoseo que acostumbra con su hombre, siempre que le pedía algo.

— Nada más sencillo, Eduardo, que decir sí o nó. Pedir referencias, desmenuzar la vida ajena, es impropio de personas decentes. Yo me he comprometido a ayudarle a este joven, por tratarse de mi comadre Eúlalia,

— Pues ni al hijo, ni a la madre los conozco yo.

— Yo sí.

— Eso es otra cosa.

— Una insignificancia desde luego, cuando está en las manos de una hacerlo.

— No veo la razón. Porque en tal caso, debían haber contado conmigo antes.

— Es que mi comadre, como es natural, tenía más confianza en mí.

— Ahora te digo que se vayan a la punta . . . . . Fuera de que voy a ver qué es lo que saco en limpio de este asunto.

— ¿ Qué asunto ?

— Déjame pensarlo con calma esto de tu comadre. Por lo menos he de saber si el interesado es persona decente. ¡ He de verle la cara siquiera.

Ya no pudo quedarse él muy ecuánime. Una especie de sospecha le pasó rozándole apenas. Intentó detenerla en su vuelo y quedarse con ella, aún cuando, siendo ave de rapiña, llegase a roerle las vísceras.

Inmediatamente deshechó todo mal pensamiento y se empeñó en ir juntando material combustible con qué calcinar. ¡ Qué diablo ! ¡ Sería posible dudar de la integridad de una mujer como la suya ? ¿ Qué se imaginaba él ? ¿ que un guarda, un miserable guarda, había de atreverse a tanto ? Con todo, había que saber qué clase de gentes eran los tales empleaditos de aguardiente en cuanto a cometer alguna mataperrada.

Lo que son las cosas: nadie sabe para quien trabaja. Cuando el dueño duerme, el ladrón se traga las tapias. Las viejas son todo refranes cuando ven los acontecimientos desde lejos. La Petita había estado aguaitando desde la cuadra de su casa ¡conque otra vez el buen hombre entraba al aposento! ¡qué temerario! Era el mismo Humberto Gómez, con sus pelos y señales. Aprovechando la ausencia misteriosa de Vivero hacía sus visitas, figurándose el muy animal que no era visto por nadie. Y ahora ¿a qué entraba?

Ellos se lo sabían. Talvez porque les convenía hablarse de más cerca, combinar sus planes, contarse sus secretos, recriminar la conducta egoísta del marido, tomar alguna providencia extrema. O es que se estaban queriendo más que nunca, ¡Y quién sabe si ella más que el otro!

Estaban al tanto de lo que pasaba en Quito con Vivero por sus mismas cartas enviadas con los indios recuantes de la leche. Las pasaba malucamente por causa de sus negocios desquiciados por completo. Tres haciendas hipotecadas; el embargo de su casa que se llevaba a cabo ya trajeándolo de la Escribanía al estudio del Dr. Cortés.

Luego las deudas pequeñas que le cercenaban los bolsillos. Añádase a ello el parto de su mujer que se acercaba con paso marcial. En fin, el hombre estaba rematado. Debía disponer de un Banco, si quería salir adelante.

— En fin, ya estoy sobre el potro ¡paciencia! — suspiró el hombre con una hoja de papel sellado en la mano.

Hasta la víspera del regreso a la hacienda, se le vió al gracioso guarda escurrirse por el filo de sombra, siguiendo el plano inclinando de la pared. Estaba en su derecho hacerlo, una vez que faltaban unos pocos meses..... para la fiesta real. No se iba a cruzar de brazos, sabiendo que el amor a la fruta ajena viene por obra de brujería. Le pide el cuerpo sortearlo de cara al peligro al que lo profesa, como el guarda, confiando en su buena estrella.

Supo el retorno de Vivero, con una hora de anticipación, y ahora él era el que tomó el camino más derecho hacia Quito, provisto de algunos realejos.

Era que Lucrecita no se paraba en chiquitas cuando se trataba del suyo..... importándole mucho su insolvencia. Y que se metiera en salva sea la parte el empleillo ofrecido por los que disponían de la suerte de algunos solicitantes.

Hubo un pequeño altercado por iguales o parecidas causas. Vivero volvía con el recuento de la pretensión aquella del guarda. La Portilla le trataba de egoísta, solo por el delito de ser un pobre joven el interesado de su influencia. Total, que venció la una, afectando un anuncio de parto, si continuaba echándose ciscos de palabras contundentes.

—Por último- disparó él con manos y brazos- nada tengo que ver con tu estado de salud ¿Crees que estoy convencido de que será mi hijo?

— A ver, repite, deslenguado, repite — gimió Lucrecita, remojando con lágrimas su resentimiento. — Creo que estás borracho.

— Y ¿de dónde se sabe? A mí ya me lo han dicho.

— Y ¿ qué te han dicho ? Es el colmo Dios mío ! Dí mejor que soy.....

— Yo no digo nada; pero a mí se me pone.

Hubiera continuado; pero se atarugó mas bien con lo que le había dicho o sugerido la Petita. Iba a dar a lo mismo. Lo que faltaba era aclararlo un poco. Aunque él, como dispuesto adrede, se arrojó en el mar de sus reminiscencias antiguas. ¡Uf! tantas historias, que más valía no revolverlas, y que estaban fresquitas y a la mano.

Hablando en oro, su mujer era quien era. No había necesidad de ahondar mucho. Muchísimos en Quito estaban enterados de principio a fin. ¿ No fue famosa su aventura de cinco o seis años atrás?

Que lo recordara sino la muy puta, cuando hizo de su honra lo que han hecho la mayor parte y con la mayor sangre fría, las peluconas ricas ? Si parece que no quiebran un plato. Son tan honradas que de repente aparecen los testigos con manos y pies, y con un parecido exacto al señor M. o N., que no hay mas que ver. Y eso cuando les dejan con vida y pasan al poder de seres caritativos como los menos pensados y que no tienen por qué cargar sobre sus hombros, mientras que la que debió ser la madre, aparece ante la sociedad con la pureza virginal por delante, por sí acaso valga la pena ostentarla muy en alto, con fines de alta política social.

— Pariendo del Jorge Gangotena, se casó conmigo — prorrumpió Vivero con despejo brutal — ¿ acaso no lo supé con tiempo ? Lo que pasa que no me convenía hacer escándalo. Y me tragué la píldora a sabiendas.

Quizá no lo supo todo ! ¡vamos! Algunos andan muy equivocados, cuando se jactán de saber al dedillo

porquerías de la vida matrimonial. De seguro que le ocultaron lo más interesante, y lo más interesante era la odisea infame llevada a cabo por ella una noche memorable. Mediante un plan preconcebido por esta diva humana, se arregló dentro de casa como para una ligera indisposición de salud, un desarreglo de la sangre, v. g. y procedió rectamente a la victimación, aplastando a la criatura el rato del alumbramiento. Lo desempeñó a maravilla con la cooperación de una partera muy idónea para el caso.

Después, ¡ ah ! después era indispensable salir del estorbo. No faltó una chola que se hizo cargo del envoltorio con la consigna de seguir por la Loma Grande, camino de la quebrada de los Milagros.

La noche estaba tan clara como el día. Por el estadio estrellado procedían a la instalación de maquinarias de hacer hielo. Las narices y las puntas de los dedos se replegaban como cuero puesto al sereno. Lunas esfumadas bajo la acción del frío eran las nubecillas acoquinadas en los flancos de las montañas. En las llanuras, en los claros abiertos por algún meteoro loco, visible sólo para los árboles insomnes, se presentía el asomo de relámpagos astrales, de algún bólido con cariz humano, o una conjunción astral examinada en su mínimo desarrollo. Los ojos de las ventanas se habían plegado al sueño, sin sin apagar la luz. Era que la ciudad soñaba, acerbillada de pesadillas, sin atinar qué postura adoptar en el lecho duro del silencio.

Antes y después del parto siempre virgen, Lucrecia no tuvo inconveniente alguno en seguir con la iglesia. Se confesaba tres veces por semana. La señorita Portilla.

no había de faltar en ningún cumplido en el gran mundo. Menguada habría sido la reunión aristocrática sin su disputada persona. La damita exhibía su exhuberancia juvenil vistiéndose con capricho; sabía acicalarse profusamente; en ella comenzaba y terminaba la moda costosa, en ella, que parecía una muñeca de celuloide, una niña caprichosita, amiga de las amigas andariegas por calles y parques, en lo más florido de la afluencia señorial, pasadas las ocho matinales del domingo.

Jugaba al *tennis* con primor, encajada en traje de hombre, con el que montaba a caballo a horcajadas. Se le puso aprender a manejar un auto, y lo consiguió. Ingresó en el club Rotario de Mujeres. Se abalanzó a la conferencia sobre feminismo, eso sí aventajándose en exponer ideas escritas por otros. Poco daba meterse en problemas de cultura con el apoyo ajeno, con tal de ser la primera. La cuestión era buscarse un trono, como reina que era y seguiría siendo entre sus émulas, que con más riquezas que ella, apenas daban señales de vida.

Era la preferida pareja en los bailes de sociedad y el anfitrión obligado en tanto convite a diplomáticos y gachupines manumisos de la tutela paternal. Sus admiradores, que fueron muchos jóvenes desde luego, se acercaban hasta ella que los acogía con su mohincito especial, lo que les revolvió el caletre y les hacía pensar en algún paraíso terrenal con una hembra tan guapa, allá por los Chillos o por Machachi.

Estaba encantadora con todas sus letras. Un blanco mate bañaba sus mejillas suavísimas. De sus ojos emanaba un fluido eléctrico de una radio-actividad infernal, la finura de la boca intensamente roja, con una co-

misura atrayente de fruta fresca, la frente bien dispuesta para el conjunto, fuera de que su busto, la imponentia de su busto, arrancaba un verso endecasílabo de la boca de alguien que se sintiera poeta, viéndola detenidamente. Esta vez se propusieron ambicionarla con buenas intenciones. No había otra cosa en definitiva. ¿Quién sería el preferido? Don Rafael Fernández Salvador parecía un hombre mejor inclinado, aún cuando empezaba a chochar. Pero tenía plata como cebada, y no debía a nadie un centavo. El señor Alfredo Guarderas también era una gran persona, pero de unos celos bárbaros. A ser por él hubiera confinado en un monasterio con hábitos monjiles.

Además tuvo dos pretendientes jóvenes: Floresmi-  
lo Ampudia y Cristóbal Proaño, un dije de chiquillos de buena procedencia, medianamente acomodados, por desgracia. Mas el que frecuentaba su casa no se parecía a ninguno. Desde el principio se manifestó decidido por ella, con arrostos de paladín romántico. Quizá no pasaba de los 25 años, aunque por su estatura recia, su aplomo en los ademanes, parecía tener cerca de cuarenta. Pulcro, remirado, de acento firme, demostraba conocimientos de hombre maduro y por ende, adecuado para una empresa seria, muy seria, como de matrimonio. Lo malo que no contaba con muchos recursos. El hablaba de una quinta que tenía por la Magdalena; se mataba por hacerse pasar como electricista mecánico, graduado en los Estados Unidos. Lo cierto que vivía muy alcanzado, echando mano de un sueldito ínfimo en el Ministerio de Hacienda. Alguna vez dizqué estuvo al frente de tal o cual hacienda, como administrador. Conocía el manejo de un predio rústico, y llegado el caso, podía refrescar la lec-

no había de faltar en ningún cumplido en el gran mundo. Menguada habría sido la reunión aristocrática sin su disputada persona. La damita exhibía su exhuberancia juvenil vistiéndose con capricho; sabía acicalarse profusamente; en ella comenzaba y terminaba la moda costosa, en ella, que parecía una muñeca de celuloide, una niña caprichosita, amiga de las amigas andariegas por calles y parques, en lo más florido de la afluencia señorial, pasadas las ocho matinales del domingo.

Jugaba al *tennis* con primor, encajada en traje de hombre, con el que montaba a caballo a horcajadas. Se le puso aprender a manejar un auto, y lo consiguió. Ingresó en el club Rotario de Mujeres. Se abalanzó a la conferencia sobre feminismo, eso sí aventajándose en exponer ideas escritas por otros. Poco daba meterse en problemas de cultura con el apoyo ajeno, con tal de ser la primera. La cuestión era buscarse un trono, como reina que era y seguiría siendo entre sus émulas, que con más riquezas que ella, apenas daban señales de vida.

Era la preferida pareja en los bailes de sociedad y el anfitrión obligado en tanto convite a diplomáticos y gachupines manumisos de la tutela paternal. Sus admiradores, que fueron muchos jóvenes desde luego, se acercaban hasta ella que los acogía con su mohincito especial, lo que les revolvía el caletre y les hacía pensar en algún paraíso terrenal con una hembra tan guapa, allá por los Chillos o por Machachi.

Estaba encantadora con todas sus letras. Un blanco mate bañaba sus mejillas suavísimas. De sus ojos emanaba un fluido eléctrico de una radio-actividad infernal, la finura de la boca intensamente roja, con una co-

misura atrayente de fruta fresca, la frente bien dispuesta para el conjunto, fuera de que su busto, la imponencia de su busto, arrancaba un verso endecasílabo de la boca de alguien que se sintiera poeta, viéndola detenidamente. Esta vez se propusieron ambicionarla con buenas intenciones. No cabía otra cosa en definitiva. ¿Quién sería el preferido? Don Rafael Fernández Salvador parecía un hombre mejor inclinado, aún cuando empezaba a chochear. Pero tenía plata como cebada, y no debía a nadie un centavo. El señor Alfredo Guarderas también era una gran persona, pero de unos celos bárbaros. A ser por él hubiera confinado en un monasterio con hábitos monjiles.

Además tuvo dos pretendientes jóvenes: Floresmi-  
lo Ampudia y Cristóbal Proaño, un dije de chiquillos de buena procedencia, medianamente acomodados, por desgracia. Mas el que frecuentaba su casa no se parecía a ninguno. Desde el principio se manifestó decidido por ella, con arrestos de paladín romántico. Quizá no pasaba de los 25 años, aunque por su estatura recia, su aplomo en los ademanes, parecía tener cerca de cuarenta. Pulcro, remirado, de acento firme, demostraba conocimientos de hombre maduro y por ende, adecuado para una empresa seria, muy seria, como de matrimonio. Lo malo que no contaba con muchos recursos. El hablaba de una quinta que tenía por la Magdalena; se mataba por hacerse pasar como electricista mecánico, graduado en los Estados Unidos. Lo cierto que vivía muy alcanzado, echando mano de un sueldito ínfimo en el Ministerio de Hacienda. Alguna vez dizqué estuvo al frente de tal o cual hacienda, como administrador. Conocía el manejo de un predio rústico, y llegado el caso, podía refrescar la lec-

ción, enfrentarse . . . . .; la cuestión consistía en probar fortuna prácticamente, evidenciándose en trabajo de alguna índole, haciéndose cargo de algo en grande, por sí acaso pusieran en duda sus capacidades.

Y la ocasión de ser se le presentó, a pedir de boca. Lucrecia Portilla empezó a quererle de veras para marido. ¡Qué felicidad! Se le hizo ver lo conveniente que resultaba el enlace con un hombre laborioso, honrado, que viera a ser como segundo padre, en vista de que no contaba con nadie de su familia por lo pronto. Parientes suyos asomaban como hormigas; pero para tragarla de punta. Ambiciosos, botarates, pleitistas, todos propendían arruinarle. Un titulado tío administraba «El Chilcal», y jamás rendía cuentas a nadie. «Ungüipicho» estaba en total abandono desde la muerte de su padre y en manos de unos indios Calvaches años de años. Ellos se comían el último *guacho* de papas. «El Trojesito» también estaba como perro sin dueño, y lo peor embargado por las costas de un pleito perdido en ambas instancias.

Recuerdos enojosos de su pobre padre, que se pintaba el solo en achaques mujeriles.

En suma, ella necesitaba un hombre de pelo en pecho, y éste fue Eduardo Vivero, hijo del coronel retirado Francisco Vivero, que pasaba revista en Guayaquil.

Se casarían por Año nuevo, sin muchos alardes de vanidad. Decía ella que no había por qué ni para qué hacer ostensible la cosa, ya que unos se alegrarían y otros . . . . . la mayor parte del mundo estaba compuesto de malquerientes. Verdad tan meridiana que lo reconoció Vivero, sin discrepar un ápice.

Lo más que hizo fue esperar a sus compañeros de oficina para pasar un rato en su departamento de solte-

ro. Después se marcharía con su novia al «Chilcal». Y allí se quedaría Dios sabe hasta cuando. La luna de Enero sería de miel, por ser de principios de año; pues bien, bajo el efluvio del astro femenino dejarían correr los días, amándose como dos gorrioncitos absorbidos por la soledad dichosa del campo, visionario siempre, con la idea del noviazgo próximo, como dos iniciados en las primeras caricias.

Entre copa y copa, su amigo Ernesto Narváez fue despejando el secreto. Realmente no era un secreto para ellos, que en grupos dicharacheros desmenuzaban el pasado de tanta ex-doncella, con el dictado de señorita.

Narváez se le pegó al hombro de Eduardo, un poco alegrón con el recargo de vapores del champaña brindado por el más liberal de los compañeros allí presentes.

— No me propongo reprobar tu conducta en lo más mínimo— expuso con espontáneo calor de amigo— tú sabes mejor que yo: el mundo está dispuesto de tal modo que nadie ha visto su fondo, porque se apartaría espantado. Lucrecia es muy simpática, y más que todo, la que te convenía, por sus recursos sobre todo..... por lo demás, está bien que se olviden sus..... aspectos de vida.

— ¿Qué quieres decirme con ésto ?

— Que debes convenir con el destino que te ha tocado. Una hembra con plata como la tuya, no se encuentra fácilmente.

— Explícate mejor, Ernesto. Algo me ocultas.

— Es que no cuadra.....

— ¡Cómo que no cuadra?. Sé explícito, si eres mi amigo.

— Te digo, que todo está bien. En cuanto al pasado de una mujer, sólo a Dios toca averiguarlo.

— De modo que Lucrecia.....

— Lucrecia será una gran esposa ¿quieres más?... mira, cuando ambiciones una virgen, acude a los altares.

— No digas eso, Ernesto. ¿por quién me tomas entonces? ¿te has propuesto abrirme las venas?

— Doblems la boca mejor. Veo que soy un animal. De-  
bía coserme la boca, o volverla donde no da el viento.

— No señor. Tienes que hablarme la verdad. ¿qué sa-  
bes de Lucrecia? Bien ves que ya no tiene remedio. Así  
se hubiera acostado con el Papa. Las mujeres son así, en  
vez de ser francas.....

— ¡ Qué van hacerlo ! Pero, en fin.

— lo que te ruego es que me descubras todo; no seas así.  
No me hace ningún daño, te juro, cholito, ninguno. Una  
curiosidad como cualquiera otra.

— Lucrecia tuvo un desliz, Eduardo, perdóname. Fué tan  
notoria la cosa con Don Jorge Gangotena, que se supo  
en dónde y cómo. La tuvo en su hacienda en Tambillo  
a pocas leguas de aquí, hasta que un buen día la dejó en  
poder de la tía, marchándose él a Europa, el rato menos  
pensado.....

— ¿ Y después ?

— Después, es de suponer que fué madre, para lo cual tu-  
vo que ir a parar en su hacienda. De allí vió que era me-  
jor permanecer dos años asilada como una expósite cul-  
pable en la Recoleta. No hay duda que hizo lo mejor,  
arrepentirse..... Vivero salió como en huída de su cuar-  
to..... La realidad le puso de manifiesto que debía a-  
ceptar los hechos consumados. Ahora, a trabar una  
cruenta lucha con medios decentes allá en el campo, co-  
mo si le hubiesen confiado la administración de una ha-  
cienda, lisa y llanamente, fuera de otros compromisos.

La casa de la hacienda tenía visos de forma distinguida. A la vista estaba, como una especie de iglesita rural, recién cubierta de tejas y coronada de un campanario febril. Sumida en el vaporoso crepúsculo en medio del escondite tupido de eucaliptos, con unos cuantos árboles y arbolados alineándose como para una parada militar, en distintos altosanos verdes, por lugares sinuosos, deprimidos en el estómago de una quebrada, se mantenía en actitud de asombró.

A veces era una persona con su voz de mando, con plenitud de poderes para ordenar trabajos agrícolas, hasta donde se podía abarcar con los ojos. Contaba la ganadería desperdigada por las zanjas. Iba detrás de los indios que se perdían con las yuntas por el llano barrigudo barbechado sólo a trechos. Sabía cuántos y cuáles probaban su brazo en los sembríos de papas, cuajados de maleza. Estaba en asecho de las ovejas encaramadas en la pendiente pajiza puntuada de piedras.

Se levantaba tempranito antes del mayordomo y del escribiente. La mañana le daba los buenos días desde las colinas ociosas, recostadas como cetáceos de acero, y le ofrecían una moneda de oro reluciente, que llegaba y no acababa de llegar a sus brazos.

En el patio desembozado como plazoleta de aldea, se efectuaba el juego deportivo de las aves de corral con las aves del cielo; un encuentro reñido de horas, sin reglamento alguno, con el público selecto, como los cementallos reunidos allí y los arbustos entusiastas que batían palmas a una, con más frecuencia que una barra adicta

en un Congreso.

Lucrecia estaba embargada por la tristeza de la maternidad.

Se desesperaba por recorrer a pie leguas enteras de campo. Caminaba con la mente de brazos con alguno que le llevaba sin rumbo, a eso del medio día, con un charrón de sol rasgando la urdimbre oscura de los matorrales. ¡Qué desfallecimiento tan dulce del horizonte! ¡Qué luz tan ligera, y al mismo tiempo palpitante, en el aire pacífico! ¡Que deseos de ser una avecita oscura, como la tórtola que rastrea por los breñales, escondiéndose, hurgando en las hojas secas que bordean el torrentel!

Sentía piedad de ella misma, tan débil, tan aprensible como nunca, desde que se le puso que la acritud de su marido iba cobrando cuerpo.

Y ahora estaba sola. Más de quince días hacía que Eduardo andaba en Quito ocupado dizqué en asuntos ruidosos judiciales. No le había dicho él claro, pero alcanzó a comprender su inmensa desazón. Sus disimulados arrebatos, su prevención contra el que llamaba ya su enemigo.

¡Oh sí! se puso de mal humor con el último bicho. Nada hallaba a su gusto. Si hubiera sido posible que los objetos cambiaran de lugar, que las cosas tuvieran otro nombre, que la casa misma cambiara de sitio. Cualquiera incidencia ocurrida fuera de su casa le ponía temblorosa. Se figuraba que sobre ella iban a gravitar responsabilidades y percances horribles; que ya se veía abandonada, sin el halago de sus bienes: todo por causa de ella misma que no supo escoger a su hombre. Tan cierta estaba de su descalabro, que imaginariamente trajo a su presencia a unos cuantos, de quienes se podía esperar me-

jores resultados, colocados en el estadio de acción de su marido.

Otros días ganaba en optimismo rebotante. Refa por todo. Su conversación era más pintoresca, como si estuviese en consorcio con los querubines de lo alto. Distinguía nuevas formas en lo más recóndito de su alma. Desaparecía convertida en brisa frutal, por las desnudas interioridades del campo teñido de resolana. Se entreaabría su pecho sintiendo la suavidad amorosa por el padre del nuevo ser, descubierto quizá por el otro. Aunque también es cierto que éste otro tenía razón, y con sobra de justicia, la comería el alma, si es que la tuviese en su puesto. Luego pensó en él con más fijeza, haciendo abstracción de sus defectos morales. Le juzgó bueno, asequible, bienquisto aún en la sociedad, que se pondría de su lado el día que se pesquizase el hecho. Aunque viéndolo muy bien, ¿era ella la culpable en suma? ¡Qué iba a serlo! Si desde que se casaron faltó por él. Considerábase sin duda él como un bulto solo, cuando se portó de semejante manera con una mujer joven, de temperamento ardoroso, incontenible para los afectos promovidos en hora temprana. Se asustó al recordar que vivió casi abandonada en la hacienda cinco años seguidos.

Vivero se acercaba solo en son de visita, con la misma frialdad acostumbrada, con su displicencia gris, oxangue, mortecina, que confinaba con el desprecio. Bien claro lo demostraban los recuerdos. ¿Acaso estuvo loca de remate para cometer semejante canallada? Procedió con calma, midiendo uno a uno los aspectos de su vida, aparte de que el santuario estaba vacío, y era natural que en él penetrase alguien. A cualquiera otra le hubiera dado la situación para q' desafiara con los tres enemigos del al-

ma, a ver qué hacía.

¡ Honradas ! Señoras honradas dentro de sus casas, y con hombres comprensivos ! Qué gracia con una vida así ! ¿ dónde el sometimiento a prueba ? ¿ cuál era su trofeo de virtud adquirida a fuerza de batallas bien libradas ? ¡ Hipocritonas, majaderas ! Se permitían hablar de las mujeres extraviadas que no pudieron luchar hasta el fin; fiscalizaban ellas en vez de Dios, contando como contaban con medios de defensa al escoger. Así eran sus reputaciones, forjadas con material deleznable. Que salieran un paso al circo de mundo, a ver si se libraban del embate común.

Vivero no había dormido una hora aquella noche. Era lo increíble pasarse de claro en claro revolviendo proyectos trágicos como restos de cadáveres. Desde el momento de su llegada, todo fue comenzar cuando ella se lanzó con más insolencia. Sin tener en cuenta su estado, ni lo inopinado de la hora, y mas que todo, el cansancio del viaje, todo él a caballo, se soltó en desvergüenzas.

— Si lo sabías todo, ¿ para que te casaste ? ¡ Aguántatelo !

Vivero sintió que la sangre le caleinaba el corazón. La sobrecogió un espasmo de ira impotente. Se hubiera tomado el trabajo de aplastarla como a una pulga, pero se dominó,

— Conque ¿ así me respondes ? ¿ De dónde has sacado que me aguante ? Bandida, estúpida. Si no fuera un racional.....

— No mereces otra cosa, por bruto, más que bruto, porfiado. Te he dicho que nó que nó y dale !

— ¡ Como que no !

— ¿ Qué pruebas tienes ? ¿ Has visto un pelo de hombre

en esta casa? ¿En qué fundas tus sospechas? Porque te han dicho. . . . . ¿Quiénes te han dicho?

— Ahí verás. Nada queda oculto ante los ojos de Dios  
— Mentira cerdosa. Quisiera que me partan la barriga para que me veas. — dijo lloriqueando.

La oscuridad se tragaba las palabras.

En el caos de sombra se enterraban susademanos. Si no hubiera sido porque estaba lejos, se habrían arrancado de uno en uno los tendones.

— Pero te he de matar!

— ¿Tú, a mí?

— Yo. ¿crees que no tengo fuerzas?

— Al contrario, te sobran, claro que te sobran con. . . . . lo mío! ¡Valiente con lo mío!

Era lo que le faltaba. El hombre sintió la cuchillada muy adentro. Intentó moverse en dirección de la cama. . . . . De buena gana se hubiera quedado reo.

— ¿A qué vienes con esto? — gangoseó exasperado.

— Fuiste un pobre cuando te casaste conmigo. ¡Yo te he hecho gente! ¿quieres más?

— Y tú en mi poder recuperaste la honra. ¿Piensas que lo ignoro? Y sin embargo, nunca te he dicho. He guardado ocultas estas cosas; pero ahora que se ofrece. . . . .

— Puedes decirme cuanto se te antoje. Yo te hice gente.

— Cuanto se me antoje, nó. Fresquita está la historia. ¿Qué se hizo el hijo que tuviste del Jorge Gangotena? ¡Puerca! ¿Te lo comiste, verdad? Vive todavía la longa Andra de la Ronda, a quien le confiaste la comisión. Más bien me santiguo. . . . !

Una cosa como botella o florero de cristal fue tintinando a estrellarse contra la pared. La hembra se ar-

maba de bragas viriles en el vórtice de la alcoba muerta. Se oyeron pasos entrecortados con una premura misteriosa.

Ella fue la que inició el toque de alarma con estallido de mujer dividida por el ombligo.

Y Camila la que acudió desde la cocina.

— Estúpida, ¿por qué gritas?— dijo con voz cobarde Vivero.

— Señor Eduardo, ño Eduardito, por Dios....

— Si ni la toco.

— Considere que la niña..!

— ¡Qué carajo! Me importa un comino, después de lo que me ha hecho.

— Si no le ha hecho nada...Mire ño Eduardito.

— Y ahora mismo me largo.. ¡no soy ningún pendejo!

— Puedes irte, Nada tienes aquí.

— Rogadora: Quieres decir que me has pagado para que.....

— ¡Exacto!

— Puedo desgraciarme... pero tengo sesos todavía... Aún cuando ya veremos. Hoy me lo va a pagar el cholo viejo.. Soy un *chambón* después de todo, cuando debo tenerlo cogido por el gañote.

Las últimas palabras resbalaron apretadamente por la garganta del abismo. Fueron a parar en la fibra más delicada de Lucrecia.

Se puso en jarras a oscuras, figurándose que ya estaba de parte del otro. Y sin perder con el oído los pasos de Vivero, que se alejaban por la selva hirsuta de sus hipótesis, concibió no sé qué planes defensivos y ofensivos.

La sangre convertida en aluvión dentro de su organismo le inundaba la garganta. Las pulsaciones se

aceleraron, junto con un estrepitoso movimiento del corazón, loco por escaparse. Logró ponerse en pie con todo, presa de miedo, no por ella, sino por el hombre suyo, víctima quizá a esas horas de algún desalmado como su marido, siendo, que aún podía salvarlo a tiempo, con solo salir a fuera.

Se engañaba porque, apenas rozó el suelo, se le fué el cuerpo transido de un ataque nervioso.

Camila, que velaba la amargura de la hora, la llevó en peso a la cama.

— Madre mía del Quinche, ahora falta que bote la criatura antes de tiempo !

— Me muero, Camila, me muero !! Fuera bueno que llames a la partera... o a taita Cura, porque me parece que de ésta no me levanto.

Y comenzó con una fatiga tal, como si llevara encima la base del Pichincha.

Vivero se abrió campo a través de las marañas tenebrosas. No atinaba a dar con la casa de la Petita. Las piernas se le doblaban como bejuocos, coartándole el paso. Estando como estaba en posesión de lo que iba a hacer, dudaba llevarlo a cabo, Y aunque se prestara otro, todavía se tomaban las señales del guarda.

— ¿ Quién te dijo que estaba aquí ese perro ?

— Me parece que lo ví ayer tarde— respondió la Petita, haciendo crujir la puerta de una sola hoja de su choza — Lo que pasa que es muy *sabido*... Hay días que se marcha a Quito.

— Tengo dos apostados por ahí.

— ¿ Ud., lo conoce ño Eduardo ?

- ¿No me has dicho que es más alto que yo?  
 — Más alto sí; terno azul marino a rayas, zapatos de lona blancos.  
 — Basta, con estas indicaciones están sobre aviso.

Su fantasía comenzó a ver en el espejismo de las probabilidades. Tal vez iba a dar con él más pronto de lo que creían. Eran zorros los hombres que se buscó para el efecto: uno Lucas Garzón, expresidiario, y el otro un avispa de muchacho, criado en Guayaquil, y que olía en lo más recóndito de la corteza terrestre.

De Cotacollao a Quito tenían unas treinta o cuarenta chinganas bajo su nariz, después de ocho días de búsquedas clandestinas quizá.

¿Dónde estaba Humberto Gómez a esas horas? Nadie podía ni imaginarlo siquiera: a dos pasos de los espías bebiendo en un estanco de la Rosa Almeida, vieja chichera, cara de *chamela*.

La noche dormía bien arropada en su jergón de tinieblas, después de haber llorado de rato en rato. Los gallos se despertaban sobre su balancín de carrizo, creyendo que venía la aurora, y empezaron a cambiarse sobresaltos. De dónde se sabe que sospechaban la suerte que le podía caber al guarda perseguido por los galgos de Vivero a través de dos loguas a la redonda. Lanzaron después su clarinada, abarcando un desenlace feliz en el conflicto.

— No salga D. Humberto, si sabe que lo siguen a la pata. . . . .

— Algo me han dicho, pero. . . . . yo me voy ¡Qué carás-pita!

— Y con el Sr. Eduardo. . . . . Cuando le tiene en diente a alguno. . . . .

— Soy tan hombre como él.

— Le parece.

Y se *abarrajó* al camino que no se veía. Siguió a tientas nervioso, haciéndose a un lado, por si acaso fuera víctima de una acometida de parte de ciertas sombras que tomaban cuerpo acercándose. Eran cholos arrieros que tomaban la madrugada, distanciándose unos de otros, según lo que conducían, Mazorcas de choclos bien envueltos parecían a causa del frío invasor. Era la hora de saber hasta dónde avanzarían en una jornada, y así mismo, de ver la forma de hacer llegar el contrabandito de *trago* por sobre el olfato de los diez guardas empedrados a lo largo de la carretera, Hasta creía reconocer en las zanjas de cabuya que seguía su andar a los contrabandistas de profesión, a quienes tuvo que amedrentarlos con un disparo al aire. Eso en otro tiempo.

Ahora le tocaba a él escurrirse como la lagartija hacia el cabuyal reseco. No huía. Iba sorteando el peligro, sacando fuerzas de flaqueza, y eso, por tratarse de un hombre pudiente como D. Eduardo Vivero.....

— Me hará matar, bueno pues, una sola vida tengo—resolló buscándose en los bolsillos, como si se tentara una arma --- Pero dejarla también no la deajo.

¡ Qué la iba a dejar! ahora que era su Lucrecia el baluarte de su cesantía irremediable. Ya lo sabía él; bien que lo supo ya que había de pasar tal cosa..... También él no dejaba pasar detalle alguno desde donde estaba.

Golpeó en una tienda para tomar un *lapo* doble. No le abrieron. Prosiguió haciendo cruces y cruces de un lado a otro, siempre en provisión avisora. Y logró abocarse

cerquita de la hacienda. . . . . Ni él mismo creía haber andado tanto, en pocos momentos.

— Mariano, Mariano. . . . .

Ladró un perro, como si estuviera también pagado por el patrón.

— Dile, dile que estoy aquí, si está sola. . . . .!

— ¿ Sumercé no va a entrar ?

— ¿ Cómo créés tal cosa ?

Comprendió que ella tendría todo listo. En efecto, venía.

— ¡ Estás resuelto ?

— Más allá de resuelto.

— Está bien.

El longo Mariano sacó del patio estrecho los dos caballos ensillados, tomando la delantera, tan pronto como los ginetes se afirmaron sobre los estribos.

Temían ser sorprendidos por el día, antes de recorrer una legua completa. Iba aclarciendo gradualmente, despejándose la extensión del Norte, atiborrada de ensueño, más ilusorio que una felicidad que pudo ser y no fue.

¡Qué remedio! Iría a parir en Ibarra o Tulcán.

Pero ya con otras miras. No la quedaba más que unos milos de sueres con que hacer frente, y que se los guardó con tiempo. Y pare de contar. Su bonito marido le había dejado sin «El Chilcal», que ya estaba en remate redondo. . . . ¿ No era pues más allá de justo marcharse a Colombia a ver la suerte o la muerte ?

El viento de la mañana despierta se montó a las ancas, y les fue soplando a los oídos la elegía cruda de la separación. Fue el primer compañero de viaje, que les obligaba a cerrar los párpados para no llorar sino para adentro. . . . .!

# MACHICA

---

A

JOAQUIN GALLEGOS LARA



Soñaba, o mejor dicho, acabó de soñar que se resbalaba por una pendiente arisca perseguida por el mayordomo Patiño.

Y de cierto que un súbito resquemor lo despertó, y entonces echó pie afuera.

— Pero ¿qué te pasa, Maño... Maño?— gritó su mujer exasperada.

— He soñado, y no es que haya soñado no mas, sino que es la verdad.

— ¿Qué tienes?

— Se me pone que esta noche se han sacado el caballo del patrón.

— No seas loco. Acuéstate. ¿Quién te lo ha dicho?

— ¡Déjame, so animal! Ni siquiera eres capaz de hacerme levantar....

— No ha pasado nada.

— Se han sacado el caballo, no hay duda.... Cuando a mí se me pone.

Y diciendo esto, dió un salto de gato hacia la puerta del corral, con las manos buscando a tientas, temblándole las quijadas, la boca reseca, con una acidez tal que le hizo recordar haberse atracado una arroba de *máchica* la víspera.

Todavía no se barruntaba ningún indicio de madrugada. Solamente allá por el lado de San Juan o de

Calpi se extendía una vaguedad de luna en menguante. — ¡Jesús! ¿qué dirá el patrón cuando lo sepa?... No hay el caballo.... no hay. Claro, los sueños no mienten.

Quería restregarse los ojos como copos de *quinua* húmeda y entreveía meteoros en la semioscuridad lacrimante. Porque más parecía *garúa* rezagada la que estaba menudeando sobre el aterrido estadio de la puna.

Durante más de una hora mortal se puso a repasar la pesebrera, el patio, la cuadra, y sobre todo, la pesebrera de la hacienda.

Iba y venía, sin dejar un solo rincón.

Estiraba las manos anhelantes, como en son de medir, digamos más bien de repeler, la dimensión de su nueva desgracia....

¿Qué diría el patrón al saber que su mejor caballo, *el Sangay* había corrido la suerte de pasar a otras manos? Le daría su merecido, y con razón. Animal de estima, joya de valor ingente, hallazgo de los señores Mancheno— ex-dueños de la prenda— allá en plaza peruana, apenas lo tocaba el mismo, con ser el jinete propio. Cuando ni a su hermano Cristóbal, ni a su mujer les hizo la merced de franqueárselo por una vez!

En dos mil sures lo adquirió por tercera o cuarta mano de poder de don Gerardo Dávalos, propietario de «La Envidia», quien recibió además de *paitana* una yeguita alazana preñada. Y éste sí que lo iba a conservar bien cuidado y bien manejado contra su costumbre gitana de estar en cambalache continuo de animales con mayordomos y administradores zorrísimos.

Y no por el mordizco de frío, sino presionado por el susto, corrió *donde* su mujer, arrumada aún entre los cueros de la cama.

- Susto y cólera de aborígen contra la pobre *huarmi*
- Para nada sirves, perra. ¿No te lo decía? El caballo de ño Juanito se han robado.
- Robado? ¿por dónde?
- Inútil, animal, te estaba cantando.
- Pero, ¿por dónde?

Y se dió a santiguarse incorporándose apenas en la cama.

- Te voy a responder con un buen garrote—añadió Maño, arañando por cierto rincón.
- En vez de hacerme despertar al primer ladrido....
- No han ladrado una sola vez. Nada, ni el viento ha pasado por el patio...
- Tú ¿qué sabes, bruta? Más dormilona que una piedra. Ahora yo voy a convertirme en caballo... ¡qué horror! ¡Virgen Santísima!
- Es que no creo; no es posible que se lo traguen así no más. Se puede ya *cogerles* la pisada.

El indio se enardecía más y más contra su compañera que hablaba y hablaba alentándolo, suavizándolo con no menor sobresalto, con el mismo desaliento de la noche, que se iba a ratos diluyendo al fin.

El tono gris de la madrugada se percibió del todo.

Maño realmente aturdido iba y venía de su choza al corralón de la hacienda — unas cuantas cuadras de llano ya barbechado — con la sola idea de emprenderlas contra la única culpable, que maldita la gracia que le hacía sirviéndole de consejera u ofreciéndole un estulto confortativo..... ¡Conque la pisada!

Pudo dominarse más bien, y viendo apenas la cinta arenisca que entraba en pleno páramo, pensó en su

amo, en el caballo robado, en el derrotero incongruente seguido por los abigeos, en su perrito *Laurel*, perfecto guía alguna vez en iguales desdichas, y desde luego, en aqueoso de la pisada.

.....

— Si viene ño Juanito le dices que es cierto lo del caballo. Claro, ¿a qué ocultarlo?

— Nñ Dios permita. Nos rajaría el alma. Que es cierto....

— Que yo he sabido y que los voy siguiendo la pisada....

— No cabe más..... la pisada.

— Y que puede que dé con ellos..... Por dos ocasiones Dios me alumbró — dijo para sí el indio — palpándose el corazón que le salía por la boca.

Y no le faltaba razón. Perder un caballo de lujo del Sr. Salem era cosa de conmover cielos y tierra. Sólo cuando se extraviaba o se desmanaba un novillo o una vaca antes o después del rodeo, montaba en cólera y empezaba a llamar de uno en uno a los sirvientes.

Ya se sabía de fijo para qué. No estaba en sus adentros perdonarlos la más leve falta. De mayordomo para abajo les aplicaba una tunda sabrosa, encerrándolos bajo llave, alternando el garrote, el látigo o el trapiche. Individuo que intentaba protestar recibía la deferencia suprema de su pasaporte final.

Maño Pucalema oía a sus espaldas algo como el grito del patrón Salem, a medida que se deslizaba en cuclillas por el *chaquiñán*.

A tientas hizo como para humear el suelo, como alguien que ha dejado caer una aguja,

Apuntaba con el dedo a ratos, aplicaba la oreja a

ras del suelo, lo olfa, intentaba introducirse todo él en las huellas semiborradas, semidelincadas que él creía encontrar aún *calientes* con el robo.

De seguro que eran de alguien que pasó con el animal. No habían transcurrido dos horas; sí ahí, estaban determinando tiempo y lugar, con más que el desconocido había tenido la maña de ir alternándose a pie y sobre el caballo para despistar.

Y así encorvado y saliéndosele los ojos tras de cada vestigio extraño, recorrió trechos y trechos del camino ovejero.

Miraba a lo lejos, más con las narices como perro cazador que era.

El horizonte entraba en un sopor de niebla y de lenta pereza agreste.

Habían caído algunas gotas menudas a eso de las dos o tres de la mañana.

Mal tiempo a su modo de ver. Con semejante *lancha* no había de esperarse en ese año gran cosa. Las sementeras de papas medraban hasta aquí con regularidad, si bien es cierto que los retazos de *cangahua* iban amarilleando.

En meses anteriores cayeron muchas heladas, y con previsión y todo del mayordomo Patiño, que conocía el movimiento de los astros, se sembró a tiempo maíz en la *puelva* y veinte fanegas de trigo sobre el desmonte del cerro.

Con todo, había que fijarse en esos lienzos de alverjas como de un cuarto de legua de extensión, en los habales y ocales, en tantos retazos de lenteja y cebada, que cubrían el dorso *chaguarejo* de la colina.

Realmente que ahora se había trabajado con alma

y vida. Y tanto que el patrón saboreaba un poquito la esperanza de iniciar algún día la siembra de unos cien mil eucaliptos en el último repecho, hasta llegar a un ventisquero del Chimborazo por el Oeste.

°°

— ¡Por dónde se habrían largado esos malcristianos—se preguntaba lleno de ansiedad. — Y no es que desmientan un punto las señales. . . . . Por aquí van bien. Parece que son dos de la misma casa: altos, bien los veo. . . . . Tal vez el mismo hijo del mayordomo, el *verdugo* Luis Charqui, que procura hacerme quedar mal ante el patrón. . . . Bandido, no es otro. . . . . O sino, el hijo de la india Paula Tacuri, cogido no hace mucho con diez gallinas. . . . ¡Santo Diosito! si no atino. . . . por más que doy vueltas. Pero han de caer. . . . Casi nunca he perdido el rastro, ni cuando ha nevado una barbaridad.

Y reanudó la búsqueda con más ahinco, siguiendo el dorso de barrancos y zanjas, volviéndose hacia atrás y haciendo cuartas y jemes sobre las estelas pejagosas del caracol; se trazó un derrotero, y luego de contar ya con el hilo de la cosa, se topó con un maldito desfiladero que se arrojaba a la quebrada y ahí se borraban los indicios.

Le asaltó una nueva conjetura.

Talvez no se fijó bien en el cuadrado de las tapias.

Y con esto de que debía comenzar por la pesebrera, se volvió alelado a casa. . . . .

. . . . . Pero si ahí estaban las señales. Ni mas ni menos como lo pensó, se habían valido del sistemita aquese. . . . .

¿Ni cómo creer que penetraran por la puerta de calle, frente a unos muros tan altos? No cabía otro recurso ?

Y en prueba de ello, ahí estaban las sogas junto al trozo de pared aserrada y dividida. ¡Bandidos! Pues por ahí . . . . . ¿ Y después ? . . . . . Ya no descubriría más!

o . o

-- ¿Te acuerdas cómo sabía soltarse con facilidad y dar vueltas por la cuadra?

— Y yo misma lo reducía al corral -- corroboró la india en seguida, ya gimotendo.

-- El rastro se pierde en la acequia. Más allá ni un solo casco de caballo.

Se dispusieron a soportar la catástrofe los dos.

Pucalema como hombre de *a todo* haría la parada, como dicen. De vez en vez sabía apreciar a su Chana. Le dolía en el alma su estado actual de cacharro roto.

Apenas se valía ya para sus bajos menesterosos. Servía de cocinera, de lavandera y en reajo de la hacienda.

Todavía con ese cuerpo tajado por los talones y resquebrajado del todo, cargaba alfalfa y enormes sacos llenos de abono. Recorría los corrales de ovejas y acuestas con leña y paja trillada por los llanos y llanuras peladas en plena intemperie de enero, cumplía a satisfacción su negro cometido.

Quizá por esto interesaba a su marido, *runa* fuerte, muy fuerte, castigado mucho tiempo por el infortunio en mano de tres amos crueles y más del Salem de Galte, que le molía a puntapiés. ¡Da pena el decirlo!

El Maño a ratos se fruncía con algo que le minaba la vida. Pues en cierto día, a raíz de una paliza brutal, recibió en las ingles el halago puntiagudo de la bota de montar.

Gestos heroicos del *amu* bonito. Desde entonces no se encontraba bien. ¡Qué iba a estarlo!

Le aconsejaron el uso de una faja y alguna cataplasma de linaza y belladona. Se quedaría baldado para siempre. No podría uncir la yunta, ni menos valer-se para el rodeo en vez del vaquero o del mayoral.

Un golpe, o más de un golpe en los testículos, ¡guay! por ahí venía su derrumbe. Nadie le haría caso. Le mirarían como a un perro sarnoso; se quedaría por ahí tendido en espera de la mujer.... de la mujer nó, que ya pasaría a mejor trato ella también, corroída de hambre y de suciedad! Ese mejor trato que esperan los indios viejos, no han ansiado hasta ahora que sepamos, ningún privilegiado del agro. ¡Como que los cielos para los infelices humanos se asientan día tras día muy lejos!

— Me duele aquí, aquí— exclamó Pucalema palpándose más abajo del abdomen— Y si no fuera porque me canso pronto, me hubieras visto.... No dejaría que se traguen como un grano de maíz mi *Sangay!*

— Puede resultarte un incordio.... Lo que yo he dicho.

— Y todo sin motivo... No Juan se cree de todo.. Con tal que sea el *shua* del mayordomo, allá vamos contra uno. Pero Dios es muy grande.

— La Virgen de Balsameda no se olvida de los pobres.

— No me de quedar, ¿qué crees? Soy tan hombre como él.

— ¿Qué estás diciendo, Maño?

— Y ¿por qué abusa conmigo? ¿por qué? Ni qué fuera peor que el perro «Laurel». Vean pues sólo por un ca-

ballo, no digo del *Sangay*, que vale un mundo. ¡Como si tuviera la culpa uno de que se pierdan, se despeñen o atorozonen.

— Calla, calla, que puede venir.

— Que venga y me descuartice de una vez.

— Bonita excusa.

— Y ¿qué más? Pero que no me venga con que yo solo debo entregarle el caballo.... Le aguantaré hasta.... En fin, yo no sé.....

— No hay más remedio que ....

— ¿Huír yo? Estás soñando, Chana,.... El otro día.... Pero nó, mejor es que me mate del todo, como lo hizo con el Samuel Tigse, ahora tres semanas.

La Chana se puso a llorar copiosamente ocultando su mucca en el rebozo de jerga. Del cartón sucio de su cara se deshilachaba la baba del dolor, y esto no compungía a nadie; así fuese rozuido de puerca o graznido de raposa parida.

Le remordía la misma cuita de años, como el grosor áspero de esa bayeta impregnada de máchica.

Era miserable y débil como una lagartija, que se oculta en la zanja a la hora de la lluvia, o una gata flacucha emporcada, toda filamentos y podre.

A nada tenía derecho *donde* su patrón Salem como su Maño — Manuel o Mariano en cabal romance — a no ser al látigo o la horea.

En casos como éste se presentaría en vez de él, que lo cobijaba con sus brazos dentro de la choza de *sigse*, en el santo suelo, después de compartirse un puñado de máchica de una cebada molida por ella con granza y todo.

Y ¿qué otro bocado podían llevar a la boca, como almuerzo y merienda en días ordinarios y feriados?

¿No es verdad que la máchica, molida a medias por la más robusta *longa* de la vecindad, venía a ser pan del cielo, regalo de boda, ofrenda sagrada en el altar mayor de un *runa* cualquiera?

Con este polvillo sabroso, empujado a la boca con destreza en horas de hambre cruel, el indio se olvidaba de su suerte. Pues bien, habría dado su historia toda preineica por un puñadito envuelto en manteca o raspadura. Sabía a bienestar, a holganza de agro bien cultivado, a promesa matrimonial.

Cogida por el olfato, calidad y sitio, la percibían los que después de largos viajes a pie desnudo caían de hocicos en algún *tambo*, o se veían perurgidos a pasar la noche a cielo raso y con los de la piara por Sanancajas, Chuquipogüio o Pungupala, por ejemplo.

A máchica pura olían las manos desolladas del *runa*, que apilaba tierra negra para el tapial, su tez broncea, su aliento entrecortado, hasta las asperosidades de su poncho de lana burda tejido por el mismo.

Por la máchica se hacía deudor y gañán, peón *concierto*, burro de carga de este o del otro, a real por día.

La buscaba asándose de sol a sol, y realizando viajes largos, cuando escaseaba la cebada.

Aumentaba su ración espiga tras espiga en los despenaderos ríspidos de la loma inhóspita.

No se estaba quieto cuando disminuía la producción, pues debía emprender una conquista por tierras de Guaranda y Latacunga, en donde se millonificaba el dorado grano en una zona prolífica cuajada de sol, de intemperante sol, abaniqueado por un viento disolvente.

° ° °

Maño Pucalema era del pueblo de Cebadas, es decir, laderas y sabanas abarrotadas con esta mies.

Aprendió a manejar el arado, a uncir bueyes bravos, a caminar con varios quintales al hombro muchas leguas a la redonda, así como a reunir las reses por cientos en días endiablados de invierno.

Se casó muy joven y fue a dar con su longa a Ovejería, hacienda de un tal Javier Dávalos por las inmediaciones de Tigsán.

Entró después a servir en una hacienda cerca de Palmira. Su mujer hacía quesos grandes, y guardaba el suero como oro en polvo.

Reuniendo algunos centavitos compró una vaquita *perla*, unas pocas ovejas, que podían rivalizar en gordura después con las de algún Punina de esos.

La Chana hubiera allegado más, a no ser porque a su *cari* se le puso en la cabeza buscar el arrimo de los Salem de Galte. ¡Qué personotas! Se arbitraría el modo de hacerse su *concierto*. Ella, la Chana, tenía regulares habilidades para el ordeño.

Llegaban a doscientos indios los que se esparcían por los pedregales de Galte, señal de que el ganado vacuno, ovejuno, caballuno, etc. se propagaba como las pulgas en un cuarto vacío. De ahí la fama de Salem que recorría el alto y bajo fondo de la provincia como de grande hombre. Le temían unos, le divinizaban otros.

Para los blancos un caballero sin tacha, para los mestizos, un avaro sin provecho, para los indios un dios Moloch irritado por una higa cualquiera. Punín, Licto, Licán, Calpi, S. Juan, Alausí, dominios indisputables de su política casera, y Palmira, la pungente Palmira, el cementerio general de sus víctimas.

° ° °

Pucalema recorrió con la mente este escenario complejo y se puso a temblar como los estambres canijos de la grama.

Lo que habría *soplado* el Fidel Patiño, ese *adulón* del mayordomo. Pues el miserable vivía de esa oración diaria.

Extraña acusaciones espesas como zumo de cabuya. Se había hecho odioso, más odioso que el mismo Salém. Era nada menos que el perro bravo entre los suyos, y en tris estuvo el año pasado de pagarlo diente por diente.

¡Cuidadito pues, que el borrego sebo del indio llega a sacudir la carga y a dar coces! Si se aburre de veras resultará que desea saber el cómo y el por qué de su negra ignominia, y entonces querrá resarcirse a su modo.

— Tengo que decirle todito a ño Juanito — refunfuñó el runa, limpiándose la espuma de la boca.

Corría un viento filudo por la sementera de chochos, que le hizo volver la cara aplanada por el estupor. Podía aparecerse el rato menos pensado, montado a caballo, con ese sombrero, ese poncho, esas espuelas disformes como su cogote de hipopótamo.

— Vamos a ver si le digo carita a cara. No ha de ser que

a tirones le obliguen a uno a mentir, a devolver lo que no robó ni con el pensamiento.

— ¿Y si no te crece? — objetó la Chana.

— Y si no me crece, ¡pues que no me crea!

— ¿No te importa?

— Me importe, o no me importe, el hecho es que esta vez ya veremos.

— Le rogaremos, en todo caso.

— Yo no ruego, te digo que ahora no ruego. Dios y la Virgen lo saben. Yo no ruego ni pido nada. Hablaré lo que pueda, si no me escucha ¡qué hacer!... Sonará e castigo, me pateará de nuevo... Después pensará en algo más serio... Ya lo veremos. ¿Cómo quiere sacar-me el animal de la barriga?

° ° °

— Yo creí que ya habrías tomado tu camino, después de lo que me has hecho—dijo Juan Salem, opacando el tono del pletórico y gordo.

— Patrón, no tengo la menor culpa.

— ¿Crees que te voy a perdonar, *verdugo* bandido? Es el colmo... Mi gran caballo *Sangay*... Y todo por este *mitayo* enemigo!

— No se encolerice, patrón. Bien pueden perderse más de entre las barbas del mayordomo con semejante plaga.

— ¡Qué plaga ni que alforjas!

— Han aserrado la pared con *cabrestos*.

— ¿Y tú estabas muerto?

— El hijo del mayordomo dormía en la pesebrera.

— Tú, tú tienes la culpa; tú, tú... me has de pagar.

— Y ¿de dónde voy a pagar?

— Te he de secar en la cárcel.

- Es posible, patrón?
- Si es que no debo proceder en otra forma....
- Puede *sumercé* sepultarme en el fondo de la tierra... yo no me quedo a pagar ni un chocho.
- ¿Qué dices, *rosca* abusivo? —gritó Salem, dando un impulso adelante a su caballo.
- Nada, patrón; sino que se fije bien. Yo no he robado hasta ahora un grano de nada.
- Pues ahí verás.... No te sacaré en dinero....
- Ni en dinero ni en *rayas*.
- Lo que dicho se cumple, carajo !! Ya me conoces.

Salem revoloteaba a caballo en el patio de la choza. Parecía un general mandando a sus cuerpos beligerantes, con vista a un plan topográfico admirable.

Su otro caballo era *bayo* y de una estatura flamígera.

A cada palabra Salem hacía crujir el correaje de la montura nueva: Y a compás de ese rozar del cuero hablaba recio y asentaba más firme las posaderas, y el runa le miraba con recelo.

El hombre iba cobrando bravura roja, al ver que el indio le replicaba defendiéndose. Arremetió a la bestia y se fue contra él, enarbolando las riendas.

- Puede *sumercé* pelarme como al *cuy*, aquí estoy, pero yo no le debo *medio*.
- Conque ¿no me debes?
- En último caso, patrón, seguiremos el *rastro*. Me sujetaré a buscarle por las quebradas, por el páramo.... Saldremos juntos.
- ¿Luego sabes dónde está?
- Por esta cruz, patrón.... Se imagina que puedo atreverme?.

- De dónde se sabe. Ustedes son capaces de todo.  
— No piense así ño Juan. Sumercé me ha de acompañar.  
— Te voy a acompañar, claro que te he de acompañar...  
Pero ya sabes.....  
— Lo sospecho, patrón. A todo me resigno, con tal que me crea que soy inocente.  
— Inocente, un indio *resabiado* como vos?

El runa por todo remate se encogió de hombros y se metió en su choza.

— Mañana se verá si damos con el caballo -- se dijo-- Que yo le entregue el pellejo no cabe duda. El caso es más grave.... Pero una sola vida tengo». Aunque, como dicen en el dicho: «las cañas se vuelven lanzas. No digo más.

Se engrifó en forma, como su perro gateado *Laurel*, luego que le vió partir por el callejón de cabuyas. Era por cerca del medio día.

El suelo negro recién arado se calentaba, lanzando el vaho de su vientro. Los cerros remotos, las crestas y superposiciones azuladas, sumidas en el espasmo de la distancia, ondulaban como aguas desencadenadas. Se achataban sus formas, se esfumaban sus contornos en el laberíntico esfumarse de las nubes. Y ante los ojos torpes del indio se encrudecía el cuadro semejando un campamento de muertos encaramados unos sobre otros.

Por otro lado, alcanzaba a distinguir en el enfaldo de las cuestas, multitudes, chuzmas en apretadas filas en actitud de irse contra otras.

Los arbolados, que se cortaban en el horizonte blanqueco empolvoreado de niebla mustia, se daban la mano para el ataque.

- Es posible, patrón?
- Si es que no debo proceder en otra forma....
- Puede *sumercé* sepultarme en el fondo de la tierra... yo no me quedo a pagar ni un chocho.
- ¿Qué dices, *rosca* abusivo? —gritó Salem, dando un impulso adelante a su caballo.
- Nada, patrón, sino que se fije bien. Yo no he robado hasta ahora un grano de nada.
- Pues ahí verás.... No te sacaré en dinero....
- Ni en dinero ni en *rayas*.
- Lo que dicho se cumple, carajo !! Ya me conoces.

Salem revoloteaba a caballo en el patio de la choza. Parecía un general mandando a sus cuerpos beligerantes, con vista a un plan topográfico admirable.

Su otro caballo era *bayo* y de una estatura flamígera.

A cada palabra Salem hacía crujir el correaje de la montura nueva. Y a compás de ese rozar del cuero hablaba recio y asentaba más firme las posaderas, y el runa le miraba con recelo.

El hombre iba cobrando bravura roja, al ver que el indio le replicaba defendiéndose. Arremetió a la bestia y se fue contra él, enarbolando las riendas.

— Puede *sumercé* pelarme como al *cuy*, aquí estoy, pero yo no le debo *medio*.

— Conque ¿no me debes?

— En último caso, patrón, seguiremos el *rastro*. Me sujetaré a buscarle por las quebradas, por el páramo.... Saldremos juntos.

— ¿Luego sabes dónde está?

— Por esta cruz, patrón.... Se imagina que puedo atreverme?.

- De dónde se sabe. Ustedes son capaces de todo.  
— No piense así, ño Juan. Sumercé me ha de acompañar.  
— Te voy a acompañar, claro que te he de acompañar...  
Pero ya sabes.....  
— Lo sospecho, patrón. A todo me resigno, con tai que me crea que soy inocente.  
— Inocente, un indio *resabiado* como vos?

El runa por todo remate se encogió de hombros y se metió en su choza.

— Mañana se verá si damos con el caballo -- se dijo-- Que yo le entregue el pellejo no cabe duda. El caso es más grave.... Pero una sola vida tengo». Aunque, *como dicen en el dicho*: «las cañas se vuelven lanzas. No digo más.

Se engrifó en forma, como su perro gateado *Laurel*, luego que le vió partir por el callejón de cabuyás. Era por cerca del medio día.

El suelo negro recién arado se calentaba, lanzando el vaho de su vientre. Los cerros remotos, las crestas y superposiciones azuladas, sumidas en el espasmo de la distancia, ondulaban como aguas desencadenadas. Se achataban sus formas, se esfumaban sus contornos en el laberíntico esfumarse de las nubes. Y ante los ojos torpes del indio se encrudecía el cuadro semejando un campamento de muertos encaramados unos sobre otros.

Por otro lado, alcanzaba a distinguir en el enfaldo de las cuestras, multitudes, chuzmas en apretadas filas en actitud de irse contra otras.

Los arbolados, que se cortaban en el horizonte blanqueco empolvoreado de niebla mustia, se daban la mano para el ataque.

Y ¡qué cariz de casa la del Maño!

Refugiada en el barranco ocioso, que repudió la ladera de más allá, bien parecía topera o chiquero de puerocos.

Mejórese la comparación con decir que por querer asentar el techo y cubierta en el lecho podrido de barro, el chocil era tan humilde y bajo, como ratería de runa y talvez semejable a un bulto humano aplicando las posaderas en ademán de dar descenso a las tripas.

Y así vivían cientos de seres embrutecidos en su dejadez corriente y aventados al estado de la nada por unos pocos pudientes de cutis más limpio, pero de procederes cochinos.

Su Chana no fue así, deveras que no fue así: vieja, apañuscada, de mugre y de bagazo como ahora. Alguien lo había formado con cierta gracia en esa tez de pan bazo.

Y dicen los buenos catadores de mujeres que con este material se fabrican las cholas que embaucan a los hacendados y administradores de rumbo, calándose un buen bolsicón y un sombrero de fieltro color pulga.

Quien sabe si al acicalarla y adularla un hombre de gusto, la burra hubiera resultado yegua, sin otros requisitos. Sólo que se encorvaron sobre ella dos o tres donjuanes de hacienda, y la soltaron sin darle ni un pañuelo de nariz.

La máchica afea el rostro a la postre, empujada a la boca por el viento del pajonal. Cuánto no habría comido la india Chana en sus habituales refacciones por esas soledades, frecuentadas de cuando en cuando por los del rodeo.

Se ajó su cara como calabaza a medio madurar;

se derrengaron sus formas juveniles, quedándole una rechonchez inapetecible. Ya no un blanco, que escoge en el rebaño la presa intocada y pura, ni siquiera un longo *bien puesto*, podía ambicionarla, con sólo subir algunos tramos de loma.

Y fue así, por la frecuencia de verse, de lanzarse cuchufletas en su lengua, de ayudarse en sus faenas de labranza, con el intercambio de empellones y pedradas, cómo llegaron a gustarse. Se obsequiaban cariños baratos y promesas ilusorias junto con un puñado de maíz tostado, de un par de choclos cocidos, una bolsita de máchica recién molida, a *mano*.

¡Qué *huarmi* la Chana en eso de sacar una alma del Purgatorio con esto de la máchica!

Y como no les quedara otro bocado para lo sucesivo, subió de punto su voracidad.

No eran indios *sueños*, sino *gañanes*, y por ende, canes hambrientos que se resignarían a roer y sorber en el suelo. El caso era que del suelo brotara polvo blanco, harina mitigadora y elemento, y que hubiera aplomo y rigidez para buscarla.

A eso de las nueve de la noche, La Chana empezó a quejarse como animal atacado de insolación.

— ¡Me muero con la barriga! ¡Jesús, Jesús! Maño Maño!

El indio se incorporó transido de sueño y de susto. A despecho de sus resoluciones, tenía poco valor, se doblegaba fácilmente ante lo más mínimo.

— Y ¿qué hacemos a estas horas?

Con todo, se puso a expurgar por los huecarrones ahollinados de la pared. Ni una rama de nada, ni un tro-

zo miserable de raspadura.

— Y yo que tengo que madrugar.....

— Me muero Maño, ¡Ayayay! ¡Ay, Ay!

— No es otra cosa qué cólico — rezongó en silencio él, palpándola por el abdomen, que se iba insuflando poco a poco.

Y la infeliz reforzó el grito, porque el dolor la atenaceaba sin piedad. Se retorció, se revolcaba como ovillo llevado al azar, se golpeaba el vientre invocando a los santos de su devoción, y terminaba en gañido la ansiedad suya de que le desalojaran el monstruo que le andaba por la barriga..... Porque bebió agua y solo agua fría la muy animal, después de atracarse de máchica.

¿Qué se hizo el torongil que consiguió donde la *co-má* Brígida? La yerbaluisa, el cedrón, o la yerba buena sentaban admirablemente al principio; pero ni noticias por esos lugares.

Los ricos acudían por pronta providencia, a las píldoras de éter, al anís estrellado, al *elxir* paregórico, en tanto que ellos, es decir, que ella suplicaba por una agüita cualquiera.

Pues la agüita caliente que pedía se hizo, a duras penas, y gastando una barbaridad de paciencia y de tiempo, y hasta se tuvo la maña de meter en el rescoldo tenue de paja el platito de barro consabido.

Quizá con este emplasto o cataplasma singular se conseguiría algo.

El Maño se esforzó en creer que el monstruo cedería; y se dió a pensar en el recorrido con su amo.

Era las dos de la mañana por lo menos.

— Me muero, Mañito lindo..... es que me muero. No te vayas.

— Y ¿te figuras que puedo quedarme? Ya mismito viene a sacarme de aquí a puntapiés.

— Ya ves que me desmenuzan las tripas..... De esta no paso. ¡Uyuyuy! me muero! No hay más, me muero!

Y no mentía la enferma, pues que llevaba tres horas mortales de intenso alarido, quebrantado por un llanto, a veces incoherente, a veces espaciado por un resoplido seco de fuelle roto.

Cesaron los quejidos de la moribunda por un segundo, lo que puso en cuidado al runa, que con un mechón de paja medio encendido espiaba el menor gesto de la Chana.

-- Maño! Maño, ¿dónde estás?

--- No me vís ?

— Ya es tiempo. Yo me voy..... Es que yo me voy!

El hombre sintió como que le subía el corazón empapado en lágrimas.

— Lo único q' te suplico es que salgas de aquí. Eres hombre y todavía puedes trabajar en alguna hacienda de la Costa.

— No digas eso. Voy a buscar un curandero. Talvez sea un *mal viento*, sí un mal viento.

Pero la cara de la Chana se demudaba deveras, y los ojos ahogados en un licor hialino, y ese sudor que precede al segundo acto de la comedia humana, le inclinó a la triste evidencia.....

Y luego creyó oír distintamente pasos lejanos.

Era Salem sin duda.

Maño de una sola resolución cortó el hilo del acto, levantándose lleno de ira, de dolor cruel.

Dejó morir a su mujer, y trepó a una sola idea, temeraria, aventurada, inverosímil. ¡Qué importaba ya!

Lo mejor era no darse tregua hoy que se hallaba a merced de la suerte ruin.

¡Conque más valía el caballo del patrón que su mujer de toda la vida!

Se iba a verlo.

Darí con el perillustre animal vivito y coleando, solo por dar gusto al patroncito.

Puso bajo el sobaco no sé qué instintivamente, no mañosamente, porque hasta ese momento no tenía el brío necesario para alguna embestida.

Apenas divisó a Salem por entre el cendal espeso de la noche, vencida un poco por la aurora, y yéndose hacía él, concluyó:

— Patrón, ya es hora. Por aquí!

Y tomó la delantera cruzándose los brazos hacia atrás, por encima del poncho que le cubría a media espalda.

Solo el *acial* terciado al hombro delataba al peón caminero que iba a Quito, a Cuenca, a Bodegas escoterito, muchas veces en comisión ajena, y sin más friambre que una bolsita de cabuya reenchida de máchica, si es que le daban tiempo.

Caminaron, como que caminaron unas cuantas horas por entre los repliegues de la cordillera.

— ¡Qué te propones conmigo, indio bandido?—prorrumpió exaltado Salem, — Que ya por aquí, que ya por allí.... Al fin, ¿en dónde está el caballo?

— Con tal que dé con él, no importa andar un poquito, patrón.

— ¡Cómo no importa!

— Sumercé bien montado y yo *a pura pata* ¿no es verdad que es el colmo? Y sin embargo, yo sigo y sigo.....

— ¿O es que me engañas, renegrado?

— ¡Engañarle yo!. Y ¿para qué. Hay que tomar mi estado, patrón, para creer que ando con bromas..... Mi mujer.....

— Y qué me importa tu mujer?

— Pues a mí sí, y mucho en este momento, en que ya es cadáver. La he dejado en la casa con cólico miserere, debiendo cerrarle los ojos. Pero venía..... Ud.

— Y no cabía otra cosa. Ya sabes cómo hay que andar conmigo.

— Así es que sí me importa mi mujer muerta por emprender en esto.....

— Luego ¿te atreves?

— No me atrevo a nada, patrón. El caballo debe aparecer por alguna parte. No es que se lo tragó la madre tierra,

— Y ¿dónde está?

— No Julio, los que *cogen* lo ajeno buscan el camino más largo. Luego son las broñas y.....

— Pues avancemos allá.

— Avancemos; y es que tú lo sabes todo....

— Bien puede ser.

— Bien puede ser, dices?

— Digo que puede ser que tengamos suerte, la suerte de dar con él. El *Sangay* es un caballo de estima, y bien merece una hora más de.... rastro.

Subieron, en efecto, por espacio de una hora. A compás de la reticente *garúa* que lentejuelaba la lana del *pellón*. Crujía todo el aparato de cuero de la montura nueva, y la bestia fatigada enarcaba la crin resoplando sudorosa.

Salem casi se dejaba llevar por las palabras del indio, la monotonía del movimiento, la hora palaciega de la mañana y una curiosidad insólita de dar talvez con alguna madriguera.....

Después perdió la noción de curiosidad, y hasta el dominio de su voluntad de amo.

El Maño le hablaba y le hablaba con cierto despejo valiente, y tuvo que ceder.

— El caballo debe estar por ahí. Lo empujaron muy arriba, eso es todo.

Y entonces se puso a atar cabos Salem.

Ciertamente que las cosas no pertenecen a sus dueños.

Fuese Maño o no fuese de la pandilla, podía suceder que conociese el laberinto.

¡Cuántos mayores y mayordomos se aseguraban con tiempo, aprovechándose del rodeo! ¡Cuántos que pastoreaban lo ajeno, sin ser vistos casi, y cuántos, así mismo que cambiaban la marca, como de su nombre de pila al trasponer la cerca de un potrero, vamos al caso, y llevaban hasta el cráter el fruto de sus rapacerías! ¡Bah! Los Alomoto, Basantes, Novillo no habían desaparecido del todo de la escena.

Vivían sus nietos y revivirían sus fieles imitadores.

Y por otra, que los mismos hacendados, esos que se hacían llamar a boca llena García, Merino, Dávalos, ambiciosos, viles ambiciosos como ellos solos....

Pues un caballito de fina sangre, un torete, unas dos docenas de chivitos, una que otra vaca desmanada por quiebras y escondites abruptos. ¿Qué más daba que se dieran maña de incrementar la secuela de sus semovientes?

De súbito se le ocurrió esconderse al sol de medio día detrás de una nubarrada espesa. Iba a llorar sin duda, o a burlar el plan del destino trazado ya para tal momento. O si estaba para llover seriamente, ellos no tenían dónde guarecerse.

El ambiente tan congelado como se presentaba con la amenaza de una tempestad en pleno páramo, ¿les serviría de lecho y sepultura?

Salem no pudo contenerse entonces:

- Verdugo miserable, ¿a dónde me llevas?
- Patrón, ya creo que vamos cerca.....
- A dónde me llevas ¿te digo ?

Y sin esperar respuesta, dió un salto al suelo, resuelto a acabar a foetazos con el redomado bandido.

- Vas a decirme a dónde nos vamos.
- Esta cuesta y luego una bajada.....
- A dónde nos vamos, te digo canalla. ¡Contéstame !

Y las arremetió contra el Maño, que se dió a correr como venado herido.

El indio realmente era dueño de sus piernas, y desde luego, de sus fuerzas, cuando en pocos minutos coronó la eminencia y se sentó a esperar a Salem.

— Buen almuerzo, ño Julio, para un pobre indio que no ha comido ni bebido nunca en su mesa.

— Y ¿por qué me engañas?— añadió Salem desde su caballo otra vez, y bajando en seguida a tierra, siempre en pos del runa:

— ¿No ves que ya voltea el medio día?

— Unos pasos más. . . .

— Pues yo no doy uno de aquí.

— No dista ni dos cuadritas. . . . Bajemos patrón.

— Bajemos, dices?

— Fijese en el fondo. Allí me parece. . . . Bajemos juntos.

— Toma, para que me digas bajemos. . . . .

¡Chaz, chaz y chaz !!!

— Oiga, patrón, no me pegue tanto.

— Toma verdugo ladrón. Conque ¿aquí tenías tu cueva? . . . . Con razón. . . . .

— Le digo que no me pegue sin motivo. . . . .

Salem estaba que ardía de rabia, de una rabia de años con el indio. Empuñado de su foete, le cruzaba por la espalda, por la cara, por las piernas, acorralándole en una especie de cañada cuajada de espinares.

— Patrón, no me pegue más. Ya me tiene baldado para siempre, ya no tengo mujer. . . . y todavía. . . .

— Te robas mi Sangay y me haces andar un día entero.

. . . . ¿qué te has creído? Pues de una vez. . . .

— Así es que quiere matarme?

— No mereces otra cosa.

Y diciendo y haciendo, lanzó a un lado el foete y se dió por ir a buscar en las alforjas de la montura.

Maño se interpuso como una muralla, tal que perro, tendiéndose a sus pies.

— Dame paso, verdugo sucio.

— Debe saber, patrón, que soy hombre también, y más hombre que sumercé, puesto que no he robado a nadie.

— ¿Qué dices?

Se puso en jarras entonces el runa, velados los ojos de lágrimas quemantes.

— Que aquí estamos frente a frente, y que de los dos caballos que debía Ud. llevarse de aquí, éste—dijo dándole un solo latigazo en las ancas con el acial que tenía a mano— se va con viento fresco a la... y el que está abajo, debe ser recogido por su propio dueño por Ud. ! sí, por Ud. !!

No se amilanó Salem con la desenvoltura suprema de Maño, y buscó de prisa el foete.

Estaban precisamente al filo de un declive espectral.

La quebrada profunda, que se abría a sus pies, era una garganta de agua, una de las mil y tantas que tiene en su espina dorsal el Carihuairazo en la época de los deshielos....

— ¿Conque te propones?—escupió el gamonal alzando el látigo con mayor crudeza.

Maño desesperado, aturdido con los trallazos del amo, se daba cierto modo de obrar sobre seguro....

No se puede dudar que lo concibió desde su casa y que lo venía rumiando como buey viejo.

Desató la amarra del sobaco y metió la mano en la bolsa llena.....

Con un puñado esperó a la fiera en forma de hombre, que le tundía por las costillas.

— Pues yo también entonces— dijo Maño, lanzándole a Salem máchica a los ojos con tino certero.

Salem llevándose las manos a la cara, dió un paso atrás.

— Indio bruto, ¿qué has hecho ?

Maño respondió incontinenti con el cabo de su acial q' le hizo vacilar. Repitió la caricia por el cuello y por la cabeza, hasta conseguir derribarlo, no del todo, porque supo hacerlo mejor.

Antes de otra cosa, le dió un empujón descomunal por la espalda, cosa de obligarlo a descender rodando por el desfiladero.

Maño era de buen natural. No le hurtó un huevo a nadie. Por supuestas inculpaciones fue a dar alguna vez a la cárcel de Guamote o de Riobamba.

Quizá no pensó más que en simple atentado, pero cuando vio lúcidamente a Salem dentro de la quebrada contorsionándose como una culebra, se animó, cobró un nuevo impulso de acabar con él de una vez, ya que no cabía otra cosa.....

Se disipó la tormenta anunciada en la vaga extensión que miraba hacia los otros páramos, encrucijadas y rreuestos del nevado poliforme.

Y resurgió un sol mortecino y tibio como la melancolía apenas consciente del indio de Luisa, San Juan, Licto y Punín.

Maño bajó corriendo la loma sin nadie, que le vió erguirse como todo un hombre.

A veinte pasos quedaba la huella del crimen, de su primer paso de justicia, esparcida en muchos puntos blancos.

Era la máchica, y la máchica de su Chana difunta, que había de servirle para una determinación, o como arma sencilla de una determinación niveladora.

# LA PENA DEL TALION

---



Desde muy temprano Angela se puso a recorrer febril las vastas dependencias de la hacienda.

La mañana fría, como la indiferencia de la buena estrella para con los desgraciados, no sugería buenas reflexiones. Un pesimimo perro la corroía las entrañas desde tiempos atrás, y nadie sino ella misma sabía la causa de tamañas destemplanzas de espíritu. Porque ni a su marido le confiaba por entero lo arduo de su situación. Vivía debatiéndose acerbamente, dando la vuelta a la cosa, como oveja maniatada a la estaca, aunque ahora, a fuerza de llorar y maldecirse, tocaba en el linde de una reacción reivindicatoria. Llegaría a hacerse entender al fin. Por la fuerza, más que por la razón, doblgaría a esa alimaña de hombre enseñoreado de su destino.

Dió unos cuantos pasos en dirección del dormitorio señorial para ver si el patrón estaba en pie, después de un sueño de doce horas de sibarita. Había llegado la víspera en viaje precipitado, y como siempre, se marcharía el rato menos pensado: costumbre adoptada por los potentados, cuyos actos no están, no pueden estar, bajo el criterio de sus simples súbitos. Lo sabía ella, como mayordoma, encargada del movimiento de la casa, es decir, del silencio de esta mansión adusta, constreñida por el cierzo de agosto que la embadurnaba de polvo tamizado por la crinera de tantos arbolados insurgentes.

Sabía también q' tan insólita llegada venía a coincidir con la reyerta última acaecida con su marido, conminado a desocupar ya el campo, aunque se encomendara a los santos y santas.

Una semana había pasado del incidente aq'ueste, en que el uno, desde su debilidad moral y en calidad de simple mayordomo, le había emplazado ante Dios, que lo castiga todo, pues que tamaña injusticia de verse despojado de su ocupación por naderías o quisicosas de perjuicios ocasionados en la hacienda, podía mover en fin de fines algún poder de lo alto en su favor, devolviéndole a él también el ejercicio de sus derechos.

El magnate lo rebatió nada más que con una carajada disoluta, más bien dicho pifante, desafiadora: manifiesto empaque del victimario que intenta repetir el golpe sobre un cuerpo inerte.

-- Modere sus abusos, don Fernando, porque hay una Providencia arriba.

-- Y ¿quién eres tú para que me vengas con amenazas?

No eran amenazas. El sirviente deseaba resollar un poco, defenderse en retirada, o conmover quizá al que no supo nunca que existía un ser compasivo allá en la infinitud desconocida.

Todo esto agrandado en su imaginación y convertido en materia prima de un dolor exorbitante, había roto las cavidades del sentimiento, haciendo que Angela cobrara unos ímpetus atroces, que resultaban ser bríos valientes con que aprestarse a resolver el conflicto por sí misma.

Parece que otra clase de exasperación sentimental la llevaba de aquí para allá, sin ofrecerle un acomodo seguro, ajada y deshonrada; pero aún en el regazo de su propio hombre, aunque pobre.

— Ahora mismo me entenderé con él— pensó— porque de lo contrario se sale con la suya. No ha de ser que me vaya de aquí, y se quede el gato con haberse comido la manteca.

Y por el ojo de la llave observó anhelosa. Sin más miramientos se decidió a entrar.

— D. Fernando.....

— Y cómo?

— Como Ud. puede irse de un rato a otro .....

— Y a tí, ¿qué se te da?— prorrumpió el patrón incorporándose un poco sobre la cama.

— Mucho se me da Sr , que hablemos y hablemos todo.

— Nada tengo que hablar.

— Nada?

Se le anublaban los ojos al dirigirse a su interlocutor, que se amartelaba las barbas arriscadas con la mano brillantada y velluda.

— ¿Así es que Ud. no toma en cuenta mi situación?

— ¿Qué quieres pues? ¿qué me exiges?

— Yo no exijo nada. Mi reclamo se concreta a esto: La voz se le enrronqueció, porque se mojaba en lágrimas. No nos arroje de aquí! ¿Qué le ha hecho mi marido?

— ¿Tu marido?

— Mi marido, sí, mi marido. Pues según veo, están las cuentas al día; no falta un pelo de nada.

— Y qué se han hecho las dos vaconas q'sesteaban hasta el lunes pasado por *La Ramada*? El potrillo de *La Codiciosa* aparece muerto por que sí, y las diez ovejas merino trasquiladas por el longo Alejo, han volado con lana y todo.

— Asi es que de todo este desbando o robo que Ud. llama, tiene la culpa él, que ha pasado en cama hasta ayer?

— Nada tengo que ver con estos porcances. El se hizo cargo un buen día de mis cosas, él debe responder de ellas.

— No sea Ud. cruel. ¿No sabe que es otro el que ha venido entendiéndose en el manejo . . . . .

— ¿Luego, ¿qué papel corresponde a ustedes?

Angela no pudo resistir. Adelantó el pie y se irguió diciendo:

— Mi papel. . . . . pues mi papel se ha reducido a criar a dos hijos. . . . . suyos.

— ¿Míos?

— Suyos, sí, suyos, malaconciencia, infame. Porque no ha sido de otra manera. Mientras el pobre Pedro — que dice ser mi marido — ha sudado el hopo por Ud. día y noche, yo he desempeñado un gran papel. . . . .

Fernando se estremeció de sorpresa y cerró los ojos bruscamente.

— No me hables de lo pasado, Angela. No tiene importancia alguna ahora.

— Bonito puesto me ha designado Ud. desde hace unos cinco años. Mírelo bien; no cierre los ojos no se haga el olvidadizo. La conciencia debe morderle por el hecho sucio de haber sido Ud. la causa de tantas desgracias.

— Angela. ¿a esto has venido?

— He venido a decirle la verdad; he venido a explicarme y a obligarle a ser gente. Siendo yo su querida la bicoca de. . . . . años, con la *ancheta* de los hijos, la deshonra y la ofensa ante Dios, ¿cómo se imagina que voy a soportar el deshauicio de su casa.?

— Pues se irán ustedes; ya no me conviene detenerlos. Tu marido no es apto para nada. No se apersona deve-

ras. Y luego que se pone pico a pico conmigo. ¡Qué cambio tan enorme en su conducta! Amen de que pienso vender o arrendar la propiedad.....

— Pues se equivoca Ud. Yo no me moveré de aquí un paso.

— ¿Y por qué?

— Porque tengo derecho pleno sobre usted por mis hijos, que se le parecen hasta en el pelo y que ya tienen boca para comer. ¿Qué se ha figurado? ¿que yo iba a quedarme tranquila con lo que me ha hecho? No señor, Ud. se ha ido metiendo entre mi esposo y yo; me ha deshonrado y me ha emporcado, abusando de sus dos reales; usted me ha hecho mala, perversa; Ud. me ha cambiado en otra, hasta querer repudiar al que me dió un nombre, por Ud. he soportado en silencio..... Porque al fin, sí me dolía en algún grado su suerte. Por otro lado, me veía impelida a defenderlo, como era mi deber, ante la idea de que se trataba del hombre mío. Fíjese pues en lo que he venido a parar.....

Metió el rostro en el pañoloncito de Chillo que la envolvía apenas, y que no obstante enmarcaba su figura rozagante y un tanto atractiva aún, a pesar del esponjamiento de la maternidad.

Se entregó a un sollozo incontenible, con tal cual reticencia de palabras entrecortadas, que caían en la piel del amo inconstreñible y duro de por vida.

Repantigado indolentemente en el cabezal de una lujosa cama Ymperio, muy de soslayo hería con sus miradas en la facha de la que pretendía haber sido su querida. La vio contorsionarse desesperada, y un frío muy hurraño—ese que siente el hombre al ver a la hembra gastada ya por la vida— le sopló adentro. Hubiera querido

pegarla, arrojarla fuera, empujarla con ambas manos lejos; pero se contuvo.

Le perurgía el querer saber a dónde iría a parar ella con sus razones.

— Al fin ¿dónde me llevas con tus simplezas?

— No son simplezas. El derecho que me asiste como mujer deshonrada se impone ante cualquiera consideración.

— No te necesito; me inspiras asco.

— Conque ahora no valgo nada. Entre tanto, no cuento con un hombre para mis chicos, porque mi marido... mejor dicho, no cuento con él ¡Demonio! Ud. lo recuerda más claro.

— Acabemos....

— Sí, que debe recordarlo socínico.

Al oír esta palabra el hacendado hizo ademán de buscar algo con qué lanzarse. Arrojó a un lado las mantas de la cama y dió trazas de comenzar a vestirse.

— No le tengo miedo a Ud. Ni mi marido— él, que al ser otro tenía para rajarme el alma— no me ha pegado nunca; él que está baldado para siempre... Y ¿ahora se sulfura Ud. conmigo, con la que permitió y ayudó tácitamente a eliminarlo?... Está lisiado, ¿me oye? está lisiado, y no podrá levantar una paja del suelo... ¡Conque de nada se acuerda! Conque no quiere verlo así! Claro, como la cosa está a la vista, quiere arrojarlos a la calle, después de habernos aniquilado.... Le ha escupido a él en la cara, y a mí me desprecia con la misma boca que me saboreó algún día... No se disguste. Los hechos son de ayer. He venido a removerlos de uno en uno.... No debe darme este pago. No es justo que Ud. se maneje como un chagra, Ud, que se precia de bueno y bien nacido.

— Basta, basta— dijo don Fernando, levantándose — sé lo que me hago y nada más. Tengo mis razones. Voy a vender la hacienda.

— Pues entonces, llévenos a otra; nos resignaremos a todo.

Angela se fijaba bien en lo que decía, a pesar de su desequilibrio de ánimo. Se permitía llevar la cosa hasta un extremo consabido.

— No es un rompecabezas para Ud. nuestra situación. Tiene tantas haciendas en la región del Norte. ¿Qué le cuesta entregarnos una?

— En *La Dehesa* le tengo al Daniel Garzón, que es de mi absoluta confianza. En *El Tambo* existe uno de mis mejores sirvientes, Julio Regalado. En *El Sigsal* me conviene sostenerle al Abraham Mejía. No hay dónde..... En Quito vive José Brito diez años, y me soporta como un burro.

Angela se acreó un poco más, y se le quedó mirando con aguzada fijeza.

— ¿Qué me ves?

— Le veo el alma..... y el cuerpo, todo, todo, y no creo un punto en lo que me dice. Si parece mentira. Creo que estoy pasando por un sueño horrible. ¿Usted? ¿Quién? Usted? no es posible.

Se sentó al borde de la cama con audaz confianza, mientras el otro se acicalaba frente a un espejo de cuerpo entero, que reflejaba un retazo de horizonte con las dulces añoranzas del ambiente matinal absorto en un relente de cristal húmedo,

Mediaron unos minutos de silencio, en los que bogaba la memoria del hombre rico, despreocupado e irregular en medio de holgura.

Le interesaba mas bien el aspecto nuevo que imprimiría a sus negocios, librándolos de las garras de administradores y mayordomos ladrones. Ninguno de estos logró satisfacerle, con aquesa estudiada idiosincrasia de tipos interesados en sacar tajada en la mejor coyuntura. Esto de comer gallina gorda por mano ajena le parecía un absurdo. Siempre tendían ellos hacia su lado, y mentira hubiera sido que al cabo de años, con economías, raeduras y sobrantes no formaran su rancho aparte. Ahí estaba el ejemplo de Melchor Pérez, ese chagra infeliz, burdo y tonto, que hasta hace poco, con la *pata al suelo* se achicaba ante el padre de Julián Ordóñez, terminando por hacerse gran señor. ¿Y el dueño de *Patati-urco*, el bandido de Fabián Arcos, y ese cara de burro llamado Joaquín Araujo, dueño de todo *Ingauco*, y que venía a hombrarse con él en un negocio de vacas de vientre?

Mas, de súbito se dignó fijarse en los azogados ojos de Angela, que oprímía su cara humilde, sumida en otras divagaciones.....

¡Pobre Pedro Granda! Cierto que no era gran cosa en el trabajo, que no se valía ni para enlazar un torete en media hora. Pero su docilidad, su buen modo de ser con él y su reserva en un caso tan peliagudo como el de su mujer.... ¡Porque de saberlo él todo, lo sabía. Si, ahí estaban vivitas las facciones de los dos vástagos, tan parecidos a él, Ordóñez, como una nuez a otra.

Y es que así sucede, por desgracia. El esposo estrujado por otro en su mujer, se vuelve un carnero castrado; acaba por hacerse el disimulado, y más bien levanta en alto con ternura de padre legítimo a los que son hechura ajena.

Pero, a tiempo fue rechazando de su mente el eflu-

vio de bondad, que le iba a resaltar por los ojos. Con gesto de adustez se hizo cargo de su valsa nobiliaria y de lo que significaba su procedimiento ante los hechos consumados.

— ¡Qué suerte la de uno!—exclamó con la displicencia ríspida del principio— Jamás sale uno bien librado con esta clase de gentes. Por un hijo que le acomodan, le exigen esta vida y la otra.

— Ya le he dicho que no le exijo.

— Entonces. ¿qué quieres?

— Quedarme contigo... digo con Ud.

— ¿Quedarte? ¿Te has vuelto loca?

— ¡Qué! ¿No lo merezco? Pues me quedaría con él, y seguiríamos los dos como antes.

— Ni tú ni él. Te he dicho que hemos terminado y punto aparte.

Angela no se dió por vencida. Recordó que alguna vez ejerció algún incentivo en su amante; que su táctica había primado con alguna ventaja, siempre que se proponía llevar a cabo algún plan difícil. Lo que pasaba era que careció de ciencia económica, que se creyó segura de todo, viviendo allí a menos de medio sueldo, sin contar con sinecuras, ni el pie de altar suficiente para medio lustro.

Amaestrada por el propio Ordóñez, que las cortaba en los aires en eso de refinamiento y desenvoltura carnal, élla supo hacer y decir unas cuantas cosas del agrado de ambos. De ahí que se propuso hacer un esfuerzo supremo en orden a trocar su papel planífero.

Rompió a reír desenfadadamente, estudiando el efecto que podía causar.

— ¿De qué te ríes Angela?

— Me vienen descos de ponerme alegre. ¡Qué gusto!

Me río de mi suerte, que nunca ha sido mala.

La imaginación de Ordóñez revolaba muy lejos. Como nunca, después de un rato de orgía incontenible, los recuerdos pululaban como gorriones azorados. Iba y venía de Quito, emporio de diversiones y francachelas, Le cosquilleaban las chicas aqueasas, que comenzaron adjudicándose el pomposo título de novias y terminaron de amantes postergadas.

Era un irrumpir denso de situaciones pintorescas, de sucedidos alegres en medio de amigotes salerosos, de elemento nuevo recién llegado a la Capital en pos de rumbo; rumió en tal o cual compromiso de sociedad, en el que se le colocaba en primer término, siendo en el baile el tenor buscado, el vaso de elección de sucesivas leopardas, con el nombre efímero de mujeres, comprometidas desde la antevíspera, o de casaditas de veinte años, con quienes daba gusto pasar una noche de jaleo y de pecaminosa comprensión.

La noche anterior verbigracia, había pasado de lo lindo en *La Florida* con las Angulo y Benalcázar. ¡Qué primor de heredad! ¡Qué clima aqueose aledaño a los cármenes del prodigioso valle de Chillo! Y luego, ¡cuántas cosas inolvidables cruzadas con él, que le obligaron a jugarse ingenio y malicia con cada una, afanada en incautárselo como una joya oriental! Si se hizo novio de la una, ¿por qué no ofrecerle a la otra los reinos de Golconda? Y si pasaba por Tenorio a ratos, era natural también presentarse como un macho cabrío listo a resbalarlo contra la más liviana. ¡A tanto habían llegado los temperamentos con las libaciones generosas! Y por algo daba cuerda ortofónica al carácter reservado de las que poco salían al campo.

Volvió a insinuarse la hilaridad de Angela; esta vez tomando cuerpo de confianza, como de amante a amante.

— Oyes, Fernando, me baila la idea de que lo pasaremos mejor de hoy en adelante.

— ¿Quién te ha ofrecido nada?

— Yo misma, que tengo seguridad de vencerte.

— Vete a un cuerno, descarada. Cómo te figuras que voy a tomarte para toda la vida? ¿no sabes que he sido tu patrón? ¿no sabes que puedo enviarte a pasear con cinismo y todo? ¡Bonito! ya me tuteas como a un igual! ¡Sal de aquí inmediatamente!

— No me he de ir. ¡Mátame!

— ¿Quieres que te trate de otro modo?

— Siempre me considero tuya, no por otra cosa que por nuestra historia.

— Déjate de majaderías. O sales de aquí, o...

— Me sacarás en pedazos; pero, te haré decir que sí, que no me dejarás nunca, que te seguiré, porque no puedo proceder de otra manera... Te amo como nunca, más que a él, óyeme, Fernando, más que a él.

— ¿Qué te propones, animal?

— Trátame como gustes, como animal sí, como un animal; no me importa. Pero te amo, no lo puedo prescindir. Con tal que me soportes en tu casa... me contentaré con verte, con saber que has sido mío, que alguna vez gozamos juntos y que eres el padre de mis criaturas.

Se entusiasmaba la mujer, rendida a los pies de Ordoñez. Lo medía desde abajo, cogida de las piernas, mientras el otro con visaje imperioso, repulsivo sondeaba por los rincones, anhelante, medio aturdido, con ganas de salirse por el techo.

Le venía ímpetus de arrimarla un puntapié; no obs

tante se recogió en algún rezago de ternura, en vista de semejante rendimiento.

¡Pobre mujer! Parecía un perro baboso, deshilachado por el frío de un camino en declive. Con esos ojos ensuavecidos por una afectada alegría podía labrar la felicidad de cualquiera. Su boca recién consumida por el recrudesciente desprecio suyo, pedía quizá un beso viril, y por cierta morbidez de caderas, que insufló en su interior la comezón de sojuzgarla muy despacio, sugirióse la tentación de escucharla hasta el fin. No llegaría al extremo abominable de pisotearla del todo.

Me has tratado de cínico y de unas cuantas manceras— dijo Fernando casi sonreído.

— ¡Perdóname! Si es que estoy perdiendo el juicio. Si ya no sé cómo me llamo. Es que no sabes lo que sería de mí sin tu abrigo. Sé que no valgo gran cosa. Me vienen tantas reflexiones como aquello de que te casaras algún día.

— Claro y muy pronto.

— Me hago cargo de esto y de nuestra posición desigual. Al fin, ¿qué culpa tengo de haber nacido pobre y desgraciada?

Don Fernando Ordóñez pasaba el mejor tiempo en *La Dehesa*, hacienda colindante con el pintoresco pueblo de Cotocollao. Los que vivieron cinco o seis lustros antes deben tener noticia de lo mucho que valía y significaba *La Dehesa* para los Ordóñez de Quito, avicinados en gran parte con esos lugares prolíficos, con el derecho de legítima posición y poder expansional de terratenientes adinerados.

Residencia de príncipes ecuatorianos debía llamarse a boca llena, *La Dehesa*.

Allá iban a parar los primates de Quito, los tozudos señorones del barrullo político desde Urbina para adelante, atraídos por la fama de su clima y esplendor primaveral. Nuestros condescendientes Mandatarios en sus horas de ocio burgués disponían de arrestos juveniles con qué dispararse muy lejos. Mozalladas de mujeres y almidonados señoritos formaban el núcleo divertido impresionista.

A veces las emprendían por el camino de Pomasqui, haciendo alto por esas atiborradas aldehuelas dos o tres días. Había que tocar de regreso en *La Dehesa*, con ánimo de concluir, es decir, de gastar el resto, sin contención alguna.

«*La Dehesa* es el paraíso terrenal», decían Paco Orejuela y el chusquisimo Lucho Merizalde. *La Dehesa*

vale por todo el juego de haciendas de los Ordóñez», repetían los católicos y turiferarios con una borrachera de órdago encima, colgados como monos de los guabos velludos que sombreaban en el trecho de cuatro cuadras a la redonda, formando una especie de dosel a las tapias del huerto en sazón.

De seguro que era un compuesto de cuatro o cinco fincas pequeñas. La codicia, con el calificativo sonoro de esfuerzo propio, fue juntando en una las heredades de cholos e indios. Resultó cosa mejor, a cargo de un dueño acucioso, de un señor tan incansable como don Diego Ordóñez y Mariño, español de horca y cuchillo, de legendaria brillantez nobiliaria, pulcro, valiente, decidor, aventurero, obsequioso con los suyos. Con los pequeños y pobres no se portó bien, digámoslo con la lengua, y lo testificaban los sobrevivientes que escaparon con vida de su iracundia irresponsable. Costumbres, resabios, caprichos, excentricidades de tales tiempos han constituido el acervo novelesco en la fantasía de esos sencillos moradores, que tienen para dar y prestar a los extraños.

Cinco hijos tuvo Dn. Diego. Fernando, el más querido, por ser el último, imitó fielmente al padre en sus menores hazañas.

El mismo lo contaba con mucha gracia, perurgido por quienes se gozaban en oír estas gloriosas porquerías, relatadas entre sorbos de aguardiente y gorgoritos de risa satisfecha.

Don Diego, como todo hijo de España, transportado a estos rincones andinos, manejaba hombres y toros bravíos. Sabía enlazar en un segundo al torete más arisco y en lo más arriscado de las breñas. De donde se

desprende que exponía el bulto cada y cuando se le antojaba librar un lance ante un bicho atezado como el carbón, que rebramaba como un volcán.

Capeaba con el poncho y con el sombrero, y hasta llegó a cabalgarse sobre el lomo escurridizo de la fiera, con la mayor frescura. Los indios de Cayambe, Cangahua y más comarcas fiesteras del 29 de Junio, se hacían lenguas de este valiente rejoneador, que bebía a cántaros chicha, guarango y aguardiente, mataba caballos sin miedo y derribaba gente sin conmiseración persiguiendo como a ratas por el ruedo de la plaza.

Después salía con estribo en mano al borde de los caminos. Ya le tenían ahí al ilustre matasiete; ya estaba con la espuma de la provocación en la boca, blandiendo el sombrerote de paja, espoleando a su caballo *chugo*, de color nigüa. Ya mataba y resucitaba a ciento, según lo que se desprendía de esa boca infernal. Y de verdad que al divisarlo los caminantes torcían de dirección, haciéndose cruces y encomendándose a la Virgen del Quinche.

Una vez, por una quisicosa de inmoralidades cometidas en su hacienda *El Sigsa!*, mereció que el Sr. Cura se ocupara de él en el púlpito; lo que concitó el merecido correspondiente.

Ordóñez pegó al cura y se enfrentó contra todo un pueblo con su peonada. Llamado a Quito por el arzobispo Yerovi, consiguió más bien ser absuelto de culpa y pena. Lo que le dió facilidades para peores fechorías.

Hizo una apuesta, según él, muy digna de arriesgarse entre sujetos de pantalones. Se propuso penetrar a caballo en la Iglesia de Tumbabiro, y lo hizo a pedir de boca. La gente en masa abandonó el templo creyen-

do que llegaba el Anticristo. Nadie protestó de otra manera que con rogativas, romerías y procesiones.

Años más tarde el hijo llenaba los mismos números del programa matonesco, y con más aplomo y originalidad. . . . Y aún parece que se excedió en inventiva. Como gozaba de simpatías en el Gobierno y había sembrado el terror en el elemento cholocrático del Norte, nadie abría la boca, ni se le ponía delante.

Fernando Ordóñez y Mariño fue mujeriego a lo Casanova, Lovelace y Barba Azul. Apenas llegó a los quince años, «sacó fuera de cancha» a dos esposos honorables de Quito, llevándose simultáneamente a sus mujeres a una de sus haciendas. Entró a saco después en los bienes de unos Vega, haciéndose novio oficial de la más joven, ya liviana, aunque viuda arrepentida.

Ya de mayor edad, actuó sobre un terreno más firme con un abogadazo tan conocido en asuntos cochinos de poderdancia y tutoría. Triunfó en la demanda, con el consiguiente trofeo de una soberbia casa en la *Guaraha* y una hacienda en Sangolquí.

Empero, no había por qué descuidar el ejercicio de otras actividades. Fomentó escándalos mayúsculos en chinganas y estancos por una higa, dejando por tierra sillas, botellas y algunos seres racionales.

En las fiestas populares se hacía pasar por regalón y botarate. Daba él los toros por costumbre, y aún costea ba la bebezona de los indios dos días enteros. Sus cholas endomingadas confeccionaban las colechas y echaban fuera el toro *emplatado*.

También como su padre provocaba a los cornúpedos montado en su caballo *mirlo* con una botella llena

en alto, mordizqueando ajos y cebollas que era un contento. A ver ¿cuál se le acercaba a competirle en nobleza, cuál era el osado en mirarlo cara a cara? Sinvergüenzas, perros, más limpios que una pepa de guaba, confian y bebian a su costa. Ninguno pesaba una cáscara de chicho; nadie era digno de hombrearse con él. Chagras miserables, apenas tenían qué comer en su casa, en tanto que él, noble, bonito, valiente, con harta plata en los bolsillos, no necesitaba de nadie.

Ninguno de los que le rodeaban chistaba un término. Ni cómo enderezarle una observacioncilla a semejante majestad. Se hubiera descabalado el firmamento; se habría eclipsado el sol o rodado en pedazos la nieve del Cayambe, si alguien hubiera intentado alzar el dedo siquiera.

Todo lo que alcanza la vista es mío— decía a gritos— y si no, lo será, a despecho de cualquier hijo de su buena madre. Ni los santos de la Iglesia deben quejarse. Campanas, púlpitos, comulgatorios se han trabajado con mi peculio.

Y sin embargo, por lo bajo murmuraban pestes los que algo sabían de estas cosas.

— Está peleado con su esposa, porque la seca de hambre.  
— No es casado— replicaban otros— Lo que sucede es que a sus mujeres las despide a poco menester.

De ahí que no se explicaban lo absurdo de semejante conducta, al ver el esmero empleado en el cuidado de su hacienda *La Dehesa*.

Según se ha visto, era el Edén del Ecuador, con la adehala de que la Naturaleza derrama sus dones epitalámicos a manos llenas por esas comareas.

Figúrese cualquiera una creación de un pintor fla-

menco con influencias del siglo XIII en plena exuberancia andina. Medía algunos kilómetros de extensión, hasta perderse en el flanco de las cordilleras más lejanas. Hacienda de ganado en la verdadera acepción de la palabra, contaba con unos cuantos potreros y sabanas, propicias por su frescura y por lo accidentado de su topografía.

Remansos de agua para el ganado, arroyuelos vagabundos, el menor hilillo de agua dulce tenía nombre y objetivo, y no digamos los rinconetes y guaridas de animales de ceba y de estima, que eran tantos y con su mote característico. «Trebolpamba», «Borrego Azul», «Loma Brava» «Yuta - Guagra», «Moras - Llaeta», «Zímbalo», «Runa - Chilca», era el campo de acción de los rumiantes allá por esas estaciones diferentes, lugar de recreo, así mismo, por el suavísimo césped, que se iba distendiendo indiferentemente, concorde con una primavera eterna, con una holganza patriarcal, sentida apenas por los pocos moradores circunvecinos.

Toros, torrejones, vacas de vientre, hueyes de ceba, novillos en número de veinte mil, caballos de sangre, ovejas de muchas clases, llamas del Perú, alpacas de Bolivia, cerdos de California pacían alegremente por esos campos de Dios armando una algarabía de égloga griega.

Si este mortal venturoso se hubiera entregado por algún sino celeste a la delectación poética dentro de su agro, no hubiera atinado por dónde comenzar. A la hora de siesta se hubiera tendido sobre el césped, aliándose con el viento juguetón de las tres de la tarde.

¡Qué fruición aquella de recoger sorbo a sorbo los efluvios de la grey silvestre! Había que aceptar el convite señoril de florecillas y arbustos, que reavivaban con

sus idilios inocentes el poema inextinto de la vida primitiva.

El llantén, la grama, y el tomillo de gran indumentaria presidían la corte de amor de la floresta humildemente.

El escenario era extenso, obedeciendo a un capricho renacentista del tiempo de no sé qué Luis de Baviera. El señor llantén usaba chambergo con plumaje blanco, que revolaba coquetamente. La retama se tocaba de tul amarillo enredándose en toda conversación; tan pispireta como la trinitaria y la verbena, hacía piniños por el dorso velludo de los barrancos. La altamiza con su genio acre competía con el cardo y el aleve chamico de flores moradas.

Sin embargo, estos últimos buscaban el halago de colegas inofensivos, cuya suave vestimenta era su mayor contraste. Alternaban después la uvilla dulce de frutos amarillos, a modo de bolitas para niños, el *canayuyo* y *chanchilva*, armada de panderetas y arrequives de pies a cabeza.

En derredor del campo enflorado por doquier se apostaban los cercados de chilca provistos de escudos normandos. El sauco tenía junto a sí en formación compacta un sinnúmero de campeones vestidos de fiesta: helechos, culantrillos, geranios, acribillados de rojo y la madreSelva en perpleja adolescencia.

La achicoria diseminada con profusión semejaba un as de oros, tendida en el tapete, la misma que rendía su pleitesía a la amapola carmesí, que coronada como un rey visigodo, observaba sus dominios.

Había muchas flores aún, todas desconocidas y libres en su ambiente.

Los muros de los jardines les servían de alféizar y celosía ¡Cómo sacaban fuera las cabecitas miriadas de trepadoras confinadas en el emparrado del patio! Sabían buscarse y darse un abrazo a través de las miipas o del laberfntico urdimbre de árboles frutales en amigable convivencia con el matorral agreste. Algunas parecían pendientes de doncella hebrea, cintas de chapín engarzadas al tronco de un arrayán o ceñidores de seda rodeando el tronco del alizar.

Caléndulas, hortensias, pomas, miosotís, pensamientos, dondiegos de noche se multiplicaban milagrosamente, sin contar con que en los tres o cuatro jardines de la casa, inextricables y jucundos a la vez, abundaban flores que parecían hojas de cuchillo recubiertas de esmalte bronceíneo y hojas reventándose en pétalos y pistilos amarillentos.

Ya por esa época legiones de eucaliptos adolescentes simulaban una marcha cívica por los repechos y quiebras de los alturas.

Sin descuidar las labores del sembrío, y por renovar caprichosamente el gusto de la floración, se había buscado acomodo y ciudadanía para el eucalipto australiano. Cualquier ficción fantástica se adaptaba poniéndose bajo este ensalmo de árboles ensoñadores, llenos de sensibilidad nerviosa, que escogían posturas y mostraban visajes extraños, estrujados por el viento.

Reunidos en grupos disconformes, ensayaban una asonada heroica con dirección a una ciudad envuelta en las oriflamas de una conquista sarracena. Sacudían sus estandartes a tiempo; el polvo del camino impregnaba de oleosas tonalidades el aire y con un golpe de luz hacían caer en las lejanías sus jirones de sombra dardeantes.

Otras veces se mantenían enhiestos en la agrestez del alcor, inmóviles, en espera de alguna voz de mando, de alguna señal para aprestarse al movimiento unánime. Al sentirse tocados por la magia del estremecimiento, hervían sus arterias. Dentro de su organismo latía un impulso loco de acometividad salvaje. Entrecruzaban sus brazos gigantescos; agobiaban sus cabezas esmeriladas por sol meridiano; se agitaban por avanzar, pero la empresa era muy ardua, pues que recién empuñaban por el enfaldo de la colina, y así en esta posición de subir y volver a empezar, se gastaba el tiempo.

Eucaliptos de variada prestancia se alzaban en hileras, en columnas, en corrillos parleros, en animadas turbamultas al borde de una cañada nemorosa, al filo de un oterillo rematado en lanza, a todo lo largo de un llano sentencioso, amojonado por matorrales diminutos y sobre el dorso versátil de tanto declive pedregoso, en donde se complacían en desgajarse la corteza leñosa y dar qué hacer al transeunte con tal o cual disparo furtivo con la perinola de su semilla,

¡Qué árboles tan inquietos! Con sus hojas carraspeantes chicoleaban en el silencio dormido, sin permitir el acercamiento del ave bohemia.

Y era a la tarde cuando se encabritaban más, en sayando posturas diferentes e interpretando el sentido del color y el poema ingénito, encerrado en el infolio de su copa en incontenible ascensión al espacio.

Siguiendo la ruta del eucalipto se perdía en un laberinto de sensaciones desconocidas. La historia humana se perdía en el conjunto parabólico de estas vidas milagrosas, cuyas proyecciones inexplicables revelan mari-

dajes, afinidades, concatenaciones y engarces sucesivos de pasiones e instintos inexplorados a primera vista.

El eucalipto es insociable, alzado a mayores.

Abarca espacio y suelo. Reabsorbe la savia de tantos seres minúsculos, sin contenerse ante lo abrupto, ni lo crepitante, buscando apoyo y sustentáculo, sirviéndose de medios propios y ajenos para su encumbramiento: bosco, bravío, disolvente. Y sin embargo, le dan la razón de su soberanía, le asignan un puesto preferente a la entrada del pueblo febril, en el núcleo del barrio, en la esplanada amarillcada por el estío, y hace un alto en la carretera triunfal, vuelta a los cuatro puntos cardinales del progreso, y por último, es el alcalde de la ciudad, que empina su enseña social ante el estupefacto semblante del día azul.

Comenzaba y terminaba *La Dehesa* con la invasión teutónica de eucaliptos, como si el dichoso dueño se forjara el capricho de poblarla de boscajes y sólo de boscajes, a imitación de alguna época glupológica, remota hasta en el perímetro inhabitado e inculto.

Después y siempre se confió a la mano de la Naturaleza el atavío, la eclosión, el desborde y refinamiento de la flora en el último intersticio, para lo cual arrancaba mil torrentes de agua pura del seno inexhausto de la Cordillera.

### III

Poco o nada añadió Fernando Ordóñez a su enorme heredad.

A la obra material de su padre vino a juntarse solo, el sistema opresivo y punitivo del hijo. Usurero, como él solo, repartió dinero a mutuo entre ciento y mil, con la condición expresa de ser redituado con el trabajo personal. De tal suerte que los parroquianos de los pueblos más lejanos: Pifo, Tumbabiro, Pimampiro, Tumbaco, San José de Minas, Nayón, etc. estaban bajo el rol de D. Fernando. Pagaban con creces los intereses, o se les sometía al despojo, con el nombre de remate, sus propiedades, si contaban con algo. Y no solo como deudores típicos, sino como perros de caza o bueyes de carga, contribuían al incremento de la hacienda.

Y cuenta con pasarse de listos o entablar reclamos de palabra o proponerse llamar en su favor a la justicia por algún desmán en su honra: caro les había de costar a buen seguro, porque el amo Ordóñez poseía poderes sobre-humanos y terribles, hasta la quinta generación.

Con esta estrategia se dió mañas de prosperar con poco esfuerzo, y así fue cómo a la vuelta de unos pocos años compró *El Almirante* de Dn. Lucindo Salazar; redendió los alrededores de *Piti-singa* con algunas parcelas restantes, convirtiéndolas en potreros. Aumentó con el ciento por uno del ganado de ceba, y mediante *mingas* sucesivas con los desgraciados vecinos y allegados de la cer-

canfas, abrió caminos y desagüaderos indispensables en donde convenía, levantó chozas para los trabajadores, como levantó también a su debido tiempo la horca en el patio de *La Dehesa* para quien resultare culpable.

¡Lo que significaban las tales *mingas* en los cotarros de chagras y cholos infelizotes! Animación rebañega, mezclada con la esperanza de ser agasajados por el patrón con un tasajo de cariño, junto con un cantarillo de chicha, narigadas de máchica, tal cual trago de aguardiente, el renombrado pan *de burro* de Puenbo y el consiguiente ¡viva mi gente! a eso de las seis de la noche, cuando la sombra vespertina velaba la estolidez de esas caras escoriadas de polvo y de sudor inútil. La minga venía a ser día de fiesta y de jolgorio choluno, porque ahí explosionaba a sus anchas la alegría deprimida dentro del poncho y de la camisa de lienzo.

Sólo por este día se gastaban dicharachos con el mismo patrón, que aceptaba sonriente el besamanos sentado en el santo suelo. Bien lo sabían ellos que su genio estaba dispuesto al esparcimiento excepcional, y que no andaría el látigo por sus espaldas, ni el infaltable carajo a cada rato, si no más bien la melcocha de palabras paternales moduladas por quien era y no era el padre común de la meznada.

A raíz del rodeo de fin de año, al que no pudo concurrir Pedro Granda, se realizó una gran minga de peones de las seis haciendas juntas con el objeto de reparar en forma las zanjas y limpiar los corrales y la lechería. Si nó fracasó de hecho el programa de trabajos, por falta del mayordomo, por lo menos no se hizo gran cosa. No hubo orden, ni tuvo la trascendencia que era de esperarse.

Al contrario, con el acopio de tanta gente, se gravó en demasía el erario del patrón.

Montó en cólera éste, y envió por el remiso sirviente, con la consigna de que se presentara en el término de la distancia.

Granda no pudo moverse de la cama, a causa de la lesión mortal que le aquejaba.

Se mostró como todo un hombre, mientras le quedaban bríos, y desoyendo los consejos del curandero, que le prohibió montar a caballo y levantar un peso considerable. Pomadas, emplastos, baños calientes, de nada le servían. Tizanas, purgantes, corrosivos no le aliviaban en lo mínimo. La misma sensación, la ansiedad cruel de que se le caía el abdomen, le tundían la rabadilla. Apenas intentaba volverse de un lado, los dolores en los testículos le hacían dar diente con diente. Se acordó del llantén, de la belladona, del alcanfor, del conjunto amazacotado de ingredientes y hierbas que le mareaban, sin más resultado que ver cómo se le iba hinchando como una vejiguita de jebe.

Hubiera escogido la muerte que semejante estado, más bien la muerte que una mutilación de ese género. ¿Por qué no le abrieron más bien en cuatro partes la cabeza con un garrote o le arrojaron una piedra encima como a una rana y no inhabilitarle del todo?

¡Qué brutalidad de hombre! ¡Qué injusticia! Servirse de su mujer propia y patearle a él en... la parte más delicada del hombre, hasta destruirle, no la virilidad y la fuerza, la posibilidad de valerse para alzar una cáscara del suelo!

— Dile que me mate mejor—exclamó dolorido en su lecho Granda—Ya sé que me anda buscando desde ayer.

A tí te oye todo. ¡Que me mate más bien!

— No hables disparates. Que yo le mande. Dios me está viendo.....

— Infame, mentas a Dios para burlarte de mí. Anda, anda *onde* él.

Y volvía por los ayes gemebundos, revolcándose hacia la pared forrada de estera, ennegrecida por el humo.

El longo Félix Salache le había cedido su camastro de *chaguarqueros* a escondidas de ño Fernando.

En la hacienda no era posible subsistir en tal estado, y por otra, ya no le quedaban ganas de seguir viviendo allí contra el torrente del dueño, que cien veces al día le echaba como a un perro. Con todo, hasta unos cinco días antes le vieron a caballo. El fue quien ordenó a los indios que se aprestaran a la minga del jueves. Fue esta la causa de su peoría. Cayó de redondo con una fiebre fulminante. No siéndole dable buscarse un cuarto, de pronto se escurrió hasta la choza de Salache.

Y ni te muevas desde entonces. Desde su escondite sintió el remolinear de jinetes que pasaban y repasaban. Se dió cuenta del movimiento en la hacienda, exacerbado por la voz tajeada de Ordóñez, y del mayoral, que recorrían los rincones con aquello de ¡*Don Pedro*, ¡*Don Pedrooó!* ¡*mayordomoooó!* en la boca.

Total, que ante percance extremo de no haber el mayordomo por ninguna parte, se le dió por muerto y enterrado para la hacienda; y esperó la última suerte por sí dieran con él.

Granda media una regular estatura extendido en la cama. Con gran dificultad se suspendía en arco, cohibido de sacar las manos afuera, por la dificultad de aparar con ellas los órganos afectados por la hernia. Se creyó que era orquitis aguda. Pero los sítomas a-

nunciaban otra cosa. Y no podía ser de otro modo, según lo explicaba el curandero con su peculiar aplomo irrefutable. Los testículos habían sufrido un golpe maestro, debido a un gran puntapié con la bota herrada del patrón.

El paciente no se cuidó nunca, en previsión de algo grave, sin darse cuenta de que la montura, la agitación diaria, el abuso de comidas y bebidas nocivas y de adhehala el contacto con su mujer, remataban con el más resistente. La patada con la bota ¡sí! y la recibió en un día claro, sin más motivo que ser él un trasto inservible y tener en calidad de mujer, unas caderas infernales, con una carita sin una desmejora leve en su tersura juvenil.

¡La patada! Y después de que los dos le habían pateado en el alma! ¡Y después de la hernia moral, ésta que le destruía lentamente, quitándole su personalidad.

- ¿Qué más quieres? Estoy *jodido* para siempre.
- Es que te afectas demasiado pensando en lo mismo y en lo mismo.
- Bueno sería que me impidas hasta el quejarme.
- Cosa de las copas.... Por más que te he dicho: No tomes.....
- Buena salida la tuya. Estás a tu gusto y no hay más.
- No me calientes.
- Ambos, ambos deben rematarme. Ahora es tiempo...

## I V

Angela salió del chocil, presa de confusión.  
Lanzó una mirada de perra husmeando el horizonte.

Los cerros se desleían en el vagoroso ambiente morigerado por el viento.

Se vió sola al lado de su estrujado esposo. Nada significaba ya su desairado papel frente al desprecio manifiesto de Ordóñez. Es que lo amaba aún. En cambio no le quedaba la ilusión de convencerlo en su favor, mucho peor, en bien de su marido impotente. Se había entregado en sus manos con el ánimo de ser ella la dueña de su persona, de sus caprichos, y por último, de sus bienes.

Se le puso entre ceja y frente que ella, con ser hija del Quinche, educada en el Colegio de la Providencia, sobrepasaba a las otras en color, olor y sabor. Pero si se lo habían repetido unos cuantos. . . . La boca pequeña, la gama de los dientes limpios, las cejas perfiladísimas y espesas en un contorno aristocrático; ojos salerosos, mirada cosquilleante, sonrisa impregnada de una familiaridad nada vulgar; siempre rozagante, desenvuelta, decidora, estaba en su plenitud, y al más elegante le hubiera soliviantado a la vuelta de unos segundos.

Bueno, y ¿qué de menos tenía Pedro Granda, su esposo legítimo, que la honró deveras, dejando a un lado obstáculos de distinto orden? Era joven y apuesto

como ella, con más que decía pertenecer a una familia-respetable de Ibarra, de regulares comodidades económicas.

Lo criaron con mimo, dándole una educación poco más que pasajera en el Seminario de San Luis, empeñados con ceguedad suma en inclinarle al sacerdocio.

El presunto levita ahorcó la sotana, de órdenes menores, tan pronto como conoció la suya allá en el Quinche, con ocasión de cierta oportunidad de romería.

Resultó—como se cree hasta ahora—que el esfumado sacerdote reunía condiciones de esposo modelo, y tan modelo, y tan esposo, que ahí se vió desde el primer día consagrado a su compañera, la más apetecible del mundo.

Tierra tan ignorada como el Quinche, era propicia en echar de sí mujeres que hacían rabiar de pasión a un cartujo.

Ibamos diciendo que Granda no cedía a nadie en apostura varonil. Su mujer al principio, y sin equivocarse un punto, le vió alto, con facciones impecables en ese rostro blanco. Los ojos querían ser azules, sin degenerar en esa azulidad impasible de ciertos albinos. La frente revelaba cierta inteligencia, de cuyo desarrollo se había de encargar el factor vida, si esta se hubiera dignado simpatizar con él.

La forma de enfrentarse con ella fue de mal gusto, por desgracia; lo encaminó a la ruina. Dejar las aulas del Seminario, y creyéndose incapaz de mayores engendros, precipitarse de bruces, en calidad de sirviente de una hacienda, ¡qué cursi! ¿No estuvo en sus manos seguir alguna trayectoria más decente, aprender un oficio, realizar algún viaje de esfuerzo a Guayaquil, hacerse aconsejar por la experiencia de los suyos, que siempre vie-

ron en él el futuro lustre de la casa.

Sólo llegó a mayordomo, pero ni a mayordomo siquiera. Ya lo había demostrado Ordóñez con displicencia magistral. Era un ente cualquiera, una calabaza con estómago para digerir desdichas y malandanzas por todo remate.

Ahora estaba de patitas en el camino, y era su Angela la que le dió el empujón en persona, la mujer hecha para él y que no lo fue nunca.

— No he de vivir mucho con esto—susurró con tono oprimido—de modo que no te esfuerces, no me insultes... Me has cogido asco.

— ¿Cómo no he de recordarte el maldito vicio?

— Una vez al año no es vicio ¿Qué tiene una copita por ahí?

— Ya te hubieras sanado... No es que te odie, te lo juro... más bien te tengo lástima.

— Eso es, me tienes lástima. Sería mejor que nos separemos. Déjame solo.

Angela se sintió tocada ese momento por no se quién... El rictus acerbo del enfermo le cortó en carne viva. Le vino una ternura tal, un asomo de bondad que le abrió el cauce, un nuevo cauce del sentimiento. Muy cerquita del baldado se sentó, tapándose la vergüenza húmeda de la cara.

— No soy tan mala como crees, Y suponiendo que lo fuera, perdóname, ¡por Dios! ¡Quiero morir contigo! Ya veo lo mal que hice, lo sucios que son estos hombres... Ven en una algo que les gusta y allá van, sin reparar en que un mayordomo también tiene honor, sabe ser hombre, le duele una acción cochina cometida a mansalva en lo que es suyo propio.

- ¿Así es que ya lo ves claro? ¿Ya te reconoces?  
 — Soy una malagradecida.  
 — No te pido sino que me saques al Hospital de Quito.  
 Lo demás me importa poco. Allá Uds.  
 — No es que no te importe. Viva o muerta te seguiré a todas partes.  
 — Al Hospital, hija, allá quiero morir tranquilo.  
 — Bien está; pero antes una cosa, aún cuando no conviene....  
 ..— Habla, ¿por qué te reservas?  
 — Después lo sabrás: esto no ha de quedar así.  
 — Debemos dejar a Dios.  
 — Ya verás.

Y al decir esto, Angela llena de lucidez, pensó en algo que realizaría pronto, si es que no lo venía pensando. Eso que no le arredraba esclarecerlo ante nadie. Metió pues su asunto muy adentro de su alma, disponiéndose a saborear el plan.

Reaccionó poco a poco en sus sentimientos de dignidad, sumiéndose en la suposición de lo que hubiera podido ser, sin cometer un desliz ni con el más potentado... ¡Cómo se hubiera lanzado como una fiera contra el verdugo gratuito de su esposo! ¡Bandido! ¡Infame! Equivalía a castrarlo gradualmente dejándole en semejante estado, sin contar con que ya estaban sin pan ni pedazo y fuera de la hacienda.

Ahora le tocaba a ella. ¿No es verdad? De lo contrario, se habrían de reír a mandíbula batiente muchos de esos tozudos caballeretes, acostumbrados a esquilmar honras y abusar de cuantos no tienen un Jesús en la boca, en forma de queja. No digamos de protesta, a causa del plan desigual en que se situaban o llegaban a situarse los hombres.

—¿Que no me las paga el canalla? ¡Virgen Santísima! Sólo que me trague la tierra en estos días.

Contaba con que Ordóñez bebía esta vida y la otra, una vez hallada la oportunidad; que le gustaba gastarse buen humor con las cholas que le adulaban y le convidaban y que no se haría de rogar el rato que estuviera tendida la cama, como dicen por ahí.

Hacía un mes que se perdió ocho días seguidos. Pesquizado por el Norte y Sur, le hallaron en paños menores en casa de un compadrito de esos, José Chile, sirviéndose choclós con queso de *El Vínculo* en compañía de una bolsicona de lamerse los dedos.

Suavizaban, por lo visto, los rigores de una borrachera papal, haciendo ascos al traguito mañanero, que con dos o tres dosis más caldearía el horno de los tres jóvenes hebreos.

El pretexto de un cumpleaños era fiesta de guarda para él, y de preferencia, el de su Angelita, que, por cierto, pasaba de las exigencias al imperativo categórico desde la víspera.

Le ponía un dogal al cuello de su amante obligándole a gastar con alguna largueza. Cosa excepcionnal en el Sr. Ordóñez, al tratarse de dinero; pero como le cortaban el ombligo, es decir, le hacían emborrachar con *aguados* y más aguados incontrovertibles, el diablito bailaba, cantaba, alentaba en el arpa, se zurraba en su abo-lengo, a la postre.

La mañana se presentaba heladísima, no obstante su limpidez bermeja de patena de oro.

— Yo no salgo hoy día — se dijo D. Fernando — Me repugna como nunca.

Además que era día viernes, y por una razón y por

otra, Fernando Ordóñez era de los que temían casarse o embarcarse por martes o viernes, ¿Simulaba temerlos, o de verdad era supersticioso? Lo cierto es que se mantuvo firme en su propósito de no salir de *La Dehesa*.

— No me he de ir de aquí sin llevármelo — insistió un tipo que había llegado de parte de Angela — Oiga, patrón, ya conoce a la señorita Angela. . . . . Un ratito. Con ese carácter que ella tiene. . . . .

Ordóñez refrescó recuerdos recientes. Todos los años la había festejado en forma. *La chola* sabía portarse con él de una manera. . . . . ¡Qué humor de la bandida! Y más que todo, era el último año!

— No la veas más, te comprometes — le repetía una voz interior.

A lo que replicaba él:

— Un momento no mas! Debe estar sola.

Claro que estaba sola y más apetitosa que nunca. Se había dado modos de presentarse con cierto desgaire, con una ostensible desenvoltura, atavió y limpieza, como si no tuviera director de conciencia. Y era que su marido estaba ya instalado en el Hospital Civil, sentenciado a una operación quirúrgica o quizá a la muerte, si le daba la gana a su destino fatal.

. . . . . Se decidió Ordóñez.

Bueno pues, no estaría mal, por ser el último año, y porque esta Angela era capaz de echar abajo las tapias con cuatro tragos bien malos.

Se encontraban reunidos en casa de Anselmo Zúñiga, uno de los ex-mayordomos de *La Dehesa*. No andaba mal de recursos el chagra. Se había arriñonado con tiempo, a despecho de Larreas, Ordóñez y Zaldumbides, a

quienes sirvió en buen tiempo con sumisión de can y sin tocar una paja. Edificó su gran casa de tejas con capacidad para ciento, con un patio desmedido por delante, atento siempre a necesidades, contingencias y contingencias propias de su estado social. Al fin, no faltaban ocasiones en que brincaban y saltaban en el patio, como en una plaza, los de su clase en los días festivos o en los de rumbo matrimonial.

Ordóñez con la imaginación midió el palenque de la diversión, y fue contando una a una las de rechupete: las tres hijas de Anselmo, casaderas ya, y que no dejaban de mirarle con unos remilgos especiales, la Vicenta Rosales, las primas de la comadre Miche, la Yánez, un primor de *guaguas*, con mayúscula; y la misma Angela, que siempre fue la que fue para él.

El también sabía cantar, después de un turno de copas rebosantes. Tocaba la guitarra *en Galindo*, y si apuraba la cosa, subía hasta sol, sin lanzar gallos como otros.

Tres mujeres le tomaron en peso apenas llegó.

¡Conque así eran los amigos!

— No pensé salir. Tengo tanto que hacer.

— Como yo no valgo nada, razón — asentó Angela, haciéndose la resentida.

Dió una media vuelta, rozándose adrede en los hombros de su amante, y fue la primera que le trajo la gran copa de anisado, la que daba comienzo a dos, tres o cuatro que le vaciarían en la boca extendiéndole los brazos. Tenía que pagar la multa en el banquillo de los acusados. ¡Bribón! ¡Conque a esa hora venía a asomarse, sabiendo que se trataba de la comadre Angelita!

!A la cantina!

— No tanto, no tanto. . . . . Después de un ratito.

-- No señor; el llanto sobre el difunto; para que sepa sus deberes,

--- Es que deveras no he sabido.

--- No ha sabido! -- repitió rezongona la santa.

-- ¡Viva la santa! ¡Viva la diversión! ¡Viva el patrón Ordóñez!

Corearon como unos cincuenta con una ebriedad salvaje, acompañando con estridentes palmadas.

Había de todo en el personal de la a modo de sala, alfombrada a mucho con una estera nueva de totora. Estaban casi a oscuras, a pesar de lo avanzado del día.

Tapizadas a trecho las paredes de arcilla con esteras de carrizo, era altar, museo de pintura y exposición gráfica de cosas incoloras la tal sala. Una Virgen de Mercedes, un S. Jacinto de Yaguachi. Por allá unos cuantos cromitos de cigarrillos *El Progreso*, *El Amor en el Sueño* y del cognac *Biscuit*. Páginas sueltas de Revistas, que contenían la buena estrella de toreros y artistas teatrales, encoladas con papel de periódico desvaído por aquí y por acullá, como para hacer olvidar el color ocre del conjunto, ahumado por la cocina y por el tiempo.

Unas guitarras de Otavalo, rasgadas por dos burdos personajes de poncho, amenizaban el rato con sus sanjuanitos y yaravies inconsolables.

Con este típico atractivo podían pasarse siglos los resignados concurrentes.

¡ Viva mi pareja !

-- ¡Vivan los novios!

-- ¡Una copa al que no grite!

Y cuando resolvieron hombres y mujeres formar campamento separado en el baile, estas alzaron la nota

más aguda:

— ¡Vivan las mujeres!

— ¡Vivan los hombres! — repetían a continuación los calzonudos, debatiéndose por abrirse campo en medio de las alegres contendoras.

Ordóñez era el requerido por la mayoría a cada paso. Ordenaba la santa, que era *muy milagrosa*. Copas rebosantes aceptaba el muy bendito sin protestar, con la singularidad de que, como nunca, decía estar con gusto, satisfechísimo con el último perro de la casa.

Bailaba espontáneamente, o le cedían la pareja, cuando no era llevado en peso a la cantina, por haberse dejado arrebatar la prenda.

° ° °

A eso de la media noche, sintiéndose en mal estado, manifestó querer retirarse. Iba a descansar unas horas, en vista de que tenía que efectuar pagos a la gente.

Angela se presentó con un gesto de extrañeza a prevenirle que no se iría, así tuviera muerto a su padre en la hacienda.

— En mi casa mando yo! . . . . . Si quieres hacer una mala noche, te prepararemos adentro. . . . .

Seguía insistiendo el caballero, haciéndose el ocupado, el que no quería molestar a nadie, mucho menos a esa hora. Debía saberlo ella, que él no dormía nunca en otra cama. ¡Podían fusilarlo!

— Pues esta noche quebrantarás tu palabra, durmiendo en mi cama.

— No puedo.

Los ojos de Angela se encandilaban de una fervi-

dez inusitada.

— No te has de ir. Lo dice tu patrona.

— ¡Ajá!

— Yo te lo digo con el poder que tengo.

Y le fue tomando del cuerpo medio desvencijado. Ordóñez se dejó conducir a una alcoba preparada con una sola cama de antemano. Había que cruzar el comedor y el patio con dirección al cuarto trasero de la casa, cabe una quisicosa de jardincillo frontero a la cuadra.

Se acordó el magnate *de ciertas pasadías* un poco truculentas con ella, como aquello de ser ésta un aji *rocoto* con cualquiera, elevada a la cuarta potencia con el alcohol. No le placía que la llevaran la contraria, so pena de recibir una caricia pastusa en la boca o ser bañados con un asperges de agua sucia, sin esperar mucho.....

Talvez le aconteció a él mismo una cosa igual por sobre su nombre de Ordóñez y todo. Sea de esto lo que fuese, la verdad que la tenía en mucho, cuando estaba bebida.

Y ahora casi no conoció a nadie. Se la vió bailar, cantando, chapuzando y propinando golpecitos en la cara de los hombres.

Con una bota en la mano se sentó a la vera del lecho de Ordóñez, acostado ya, pero rematadamente borracho.

— ¿Te imaginas que te soltaría yo sin consumir hasta el caseo? Bebe, amor mío, patroncito querido. Aunque no te merezco.....

El otro no hacía más esfuerzos que intentar volverse de un lado, ahito ya de todo. Abrió los brazos en ademán de buscar a alguien. Ella se escurrió como un pescado mojado a la sala del jolgorio.

Beberían los de allí una o dos botellas más y después salvarían el bulto.

La noche parpadeaba con el escintilar de las estrellas que tiritaban de frío. Mostraba su desnudez metálica, semivelada por un palor de luna en menguante. Ni un rumor de vida en la infinitud dormida, ni el crujido siquiera de una rama. Los seres pequeños se habían guarecido en la sombra, en huida de la congestión helada de Julio.

Sin embargo, por el camino gredoso que seguía a San Antonio los arrieros silbaban a las mulas resoplantes; se anudaban las bufandas al cuello, sacando baho de sus bocas como sus mulas para calentarse, siempre dicharacheros, optimistas aún con el tiempo que amenazaba arrasar de cuajo sus sembríos.

Y con la carestía de maíz de ese año. Y con el precio que habían alcanzado las papas, por causa de los *enhacendados* que ocultaban en sus trojes los víveres con segunda intención.

— Los capataces nos matarán de hambre.

.....Angela palpó en las tinieblas escalofriada con el propósito que traía entre manos.

Se esforzó cuanto pudo por disipar el peso de embriaguez con unos tragos de agua caliente. Era bueno también lavarse las manos y la cabeza, y acudir al café puro. Estaba pues en sus cabales con tales preservativos.

El patrón de *La Dehesa* dormía como un tronco de *huántug*.

Angela se dió trazas de hacerle volver al escenario del conocimiento, sacudiéndole con viveza.

— Nunca pensabas estar conmigo, ¿verdad?

— ¡.....!

— Te has esquivado de mí, me has despreciado, porque tienes tantas. Sabes—porque sí sabes bien— que te he querido y te quiero, y te haces el rogado. Al fin, lo que siento es que estamos ya en la calle.

Y empezó a gimotear como un animalito casero que rodea la casa. Se dió cuenta de que se había despertado el otro un poco, y que la mimaría después.

— Así son los hombres grandes—exclamó luego con intención— Tienen en qué escoger; no recuerdan los mejores tiempos.....

— Angela, no llores. Fue, digamos una ligereza. Te quiero, pero.....

— Sin peros.

— Sepárate del todo de tu marido. Me lleva el diablo cuando te veo con él. Ya le hubiera muerto a palos.

En fin.....

La mujer se estrechó más contra él, medio concitado ya por la lubricidad, y le tomó las dos manos fofas, guiándolas hacia la morbidez tentadora del busto.

Ordóñez se creyó señor y dueño de la mejor de sus mujeres, con no sé qué privilegio de dominación sobre ella, que olía mejor que nunca, y nunca jamás envejecería, porque estaba hecha de una materia incorruptible y con una gracia sin igual.

— No es que me engañas para abandonarme por tu novia de Quito?

— ¡Eso nunca! Pero tú sola... Tú sola....! Nos iremos a *La Dehesa*.

Y no es que se imaginara dueño de la redondez de la tierra en forma de mujer, sino que la pasión en plena efervescencia cambiaba los objetos de dimensión. Y por ello ofrecía el oro y el moro, y por eso se rendía

humildoso entre los brazos fornidos de Angela, de esta Angela opulenta en disposición de consumirlo como una brizna de papel de estraza.

En efecto, ella le abrumaba a besos, mordiscos y manoseos cosquilleantes, hasta que tocó un punto con ambas manos:... y, sin darle el menor tiempo a la víctima, imprimió un estrujón tan brutal en los órganos pecadores, como si se tratara de dos melocotones inaduros, que con poco esfuerzo cedían su almendra.

Ordóñez gritó como un toro herido en el corazón.....!

Y todavía tuvo fuerzas para dar un empujón viril a su verdugo.....

.....

En medio del silencio estrellado se helaron los rugidos subsiguientes de dolor, de crudísimo dolor del hombre borrado ya del escalafón sexual por la propia lujuria, vuelta reparación punitiva en el espacio de unos segundos!.....

# LA ROMERÍA DE BAÑOS

---



## I

Atado lo tenían al perro bravo del viento.

Podían a sus anchas echarse á cuestras la travesía entera, que dormitaba a oscuras sobre la rocosidad agreste.

Los duendecillos silentes del barranco habían buscado su escondite detrás de los chaparros de chilca o dentro de los socavones de las acequias.

Un sendero, un lineamiento de sendero ideal, que trazaban los pies a esas horas, se insinuaba hacia el Sur, y por ahí enderezaron las narices los madrugadores devotos.

¡Dios mío! Y ¡qué fe la suya cada año,! Acarician-do su desnudez unos, con solo un pingajo de jerga sucia, color de lodo; otros con el poncho o ponchos de Guano, que ceñían el pescuezo, terciándose por el hombro, formaban grupos alegres. Y como en tiempos de no sé qué erranzas caballerescas, los sombreros semejaban por la copa cascos guerreros. Copa aplastada, chata, de humilde aplanadura de calabaza, como la mentalidad mestiza. Al aclarecer se veía si estaban ribeteados, de *surac* negro con varios respuntes enrevesados por la falda, como lo usan los indios de S. Felipe; Pujilí, Saquisilí o si eran como azafates disformes de indios otavaleños, que llevan allí todo el ajuar de su prole.

Atravesaron parcelas sembradas de chochos, de ar-

vejas, con ese su florilegio mariposeante, poniéndose a tono con el carmín de la flor del espino. Más acá o más allá las parvas de cebada alzaban su lealtad a la hacienda antañona, segregándose intactas. Laderas estiradas como cuero de res mojado, retazos esquilados por el viento de Agosto, colgados en el brócal de una quebrada, sembríos mustios desmazalados; llanos y llanos cubiertos de romerillo estéril, jamás removidos por la azada, pertenecientes a un Sr. hacendado tal o a la Sra. Beneficencia; chacras de papas esmirriadas desde su crecimiento, reducidas como un pañuelo de nariz, y sin embargo honradas con la presencia de una choza, y a veces, con una vivienda formal, visible por el oterillo, en donde jugaban a la *macoma* con el huracán; campos areniscos como de más de una legua, levantados como vientres indigestos, como túmulos históricos; fortalezas rocosas custodiadas a perpetuidad por los hombrudos *chaguarqueros* en profusión tumultuosa, y en general, la esplanada infinita del horizonte semipoblado, semiarborescente, descompactado a trechos, con un suelo requemado y tamizado centurias por el mal tiempo, eran Huachi, Picaigua, Salasaca, Benítez y más aldeorrios anónimos, cuyos moradores estaban de romería a Baños.

° ° °

- Micaela, ¿guardaste todos los borregos?  
 — La *Gertrudis* se ha casado bien con su mismo primo, dejándole chasqueado al *cuico* del Andrés Aldás.  
 — La comadre Petita es una bruta. ¿Por qué no le deja al grosero del marido? Si la vieran ustedes; parece un S. Lázaro..... Por *adefesios* la pega. La semana pasada

la sacó dos dientes. Y eso que ella hace todo. Con dos quintales de máchica ella solita se viene desde S. Miguel de Latacunga. . . . . Y con tamaña barriga. . . . . Y no ha malparido porque Dios es bueno.

El grupo de indiecitos de Mulanleo reforzaron su trote menudo. Cinco perritos sin dueño, mojados de pies a cabeza, sacudían la lana de sus zamarros. Eran mayores de hacienda que hacían su peregrinación como todos. Más cierto era que el frío del páramo les plegó la boca, entumeciendo las mandíbulas. Pedro Maliza, Lucas Uña, Julián Taxo y los dos restantes que no tenían nombre, hablaban de lo atañadero del patrón, como si se tratara de un dogma intocable. Habían tomado la catadura inno-ble del sapo. Y era también porque andaban a saltos. Se metían a la boca puñados de mote con cáscara, habas co-cidas y pan crudo de Sta. Rosa.

Otra era la runfla que descansaba sobre el barran-co muelle baboseado por la agüita de acequia.

¡Qué asco de ponchos, de *anacos*, de calzoncillos y caras!

Las hembras cargaban a sus vástagos con sus lienzos blanquísimos y rebozos colorados; dichararacheras, son-rientes, reilonas, dulcemente arropadas por el optimismo de llegar pronto. Risoteaban a coro, azuzándose, empu-jándose como cachorros traviosos, haciendo por exhibir su codiciada soltería, elastizándose en el ambiente fresco que ya venía con la aurora.

Por un visillo de niebla, y oreándose en la penumi-bra plateada, se pegaba un ojo avizor, que desde arriba obligaba a la tierra a desperezarse pronto.

Había que ponerle en pie muy temprano, a fin de que los devotos de la Virgen de Agua Santa se miraran

las caras y se viera cuántos y quienes eran.

La conversación se hizo calurosa. Ya amanecía despacito.

— ¿Usted ha salido por primera vez?

— Por primera. Voy a pagar una *manda* de hace cinco años. La Virgen me hizo recaudar unas diez mulitas que me *requisaron* los soldados de Alfaro. ¿cómo no iba a cumplir con una deuda tan sagrada?

— Y yo que me he levantado con bien a los ocho meses. . . . . ¡Ah esas madrugadas Sr. mío!

Poco o nada se habían dado cuenta de las distancias.

— Cuando se camina conversando ni se siente el camino.

— Deveras,

Pasaban ya de Pelileo. ¡Qué bueno! La perspectiva más risueña, quizá la más asombrosa del trayecto. ¡Qué turgencia de extensión azulada! ¡Qué variedad de montes y colinas acostadas como cetaceos gigantes sobre cojines de nubes errabundas!

Las crestas andinas tocaban el descampado del cielo. Los cerros de Pillaro, Mundo, Leito, los Llanganate, el Altar, eran pagodas de Budas milenarios, rotondas de granito diluyéndose al sol oriental, monolites egipcios recién descubiertos en la planicie bahosa de un Mar Bermejo.

La alegría olía a retama. Los semblantes rezumaban candor animal. Las voces tintineaban como arroyitos límpidos.

Empezaban a verse en las transparencias del firmamento ángeles, querubines, vírgenes de Murillo, apareciéndose solo a pocos predestinados, coros de Virtudes y Dominaciones, misas celestes oficiadas por santos y santas de especial advocación.

Los del pueblo de Pasa se acordaron de su San Fernando de España, los de Santa Rosa de Miñarica de la Virgen de la Elevación, manifestada en la loma de Chiquicagua; los de Tanicuchí, del Sr. del Cuicuno; los del Norte traían a mano maravillas y portentos de la Virgen del Quinche. Y los que sabían más de milagrerías en el suelo ecuatoriano, se habían encomendado a la Virgen del Guaico, a N. S. del Consuelo, a San Bartolomé, disputado a tirones por los indios de Salasaca, Sigualó y Chiquicha.

La Virgen de la Nube en Guápulo, del Cisne, de la Escalera, de Cueva Santa; N. S. del Monte, de los dos Puentes en el río Sn. Pedro y el del Terremoto de Patate — para no citar sino muy pocos — atraían peregrinos también.

No había mas que conocer el libro de Julio Matovelle, por pronta providencia. Allí estaba el encanto completo. Porque sí debían saber algo, siquiera de oídas.

Una preguntita: Para poder leer en las nubes, en los collados, en las crujías peñascosas, en el tronco de ciertos árboles resinosos como el roble, ¿era necesario haber abierto un libro de lectura?

Sentían crudo despecho los que hacían el recuento de injusticias cometidas en sus cortos bienes.

— Me ha quitado el pan de la boca D. Cristóbal.

— ¿Cuál Cristóbal?

— El dueño de *Carrizal*, don Cristóbal Ruiz. Me arranca los linderos de cabuya cada y cuando le da la gana. ¡Quién le va a decir nada a este Sr.! Es un tigre. Pero la Virgen me está viendo. Por eso me voy a Baños.

— Oiga, compadre Pepe, ¿qué le parece con el hijo del Sr. Justino Vega? Es muy abusivo. Lo que ha hecho con

mi hija. Pero mis lágrimas no han de caer en el suelo. Le ha dejado con hijo, y ni un centavo para sal. Como es hijo de rico?

— Ay señor! A un pobre le hacen cera y pabilo los grandes. Nadie sabe lo de nadie. El Sr. Luis Miño se queda con cien sueres míos. Dios mío, ¡sin haber comido ni bebido.... Me iré derecho a la cárcel.....!

-- Por amigo de salir como fiador.

— Fiador, ni de mi padre— rezongó un cholo que echaba humo de un *papelillo* mal envuelto.

— Si no se duele uno mismo, le arrastran los perros.

Silbaban unos aires tristonos con afluencia infernal unos tipos de Angamarca o Toacazo. La visión de su negro sufrimiento. La nota deslayada de su desgracia anónima, la inerte desesperanza del indio desarrapado del páramo.

*«Mañana me iré de aquí  
solito como he venido,  
porque cuando uno está pobre  
hasta el perro es enemigo».*

-- Me voy a Baños a ver si la Virgen me da la salud. Tengo un incordio en las ingles que no me deja con vida. Eso de cargar hierba años en casa del patrón.... Y luego para no sacar nada.... La mujer, hijos, y uno, piojos y deudas.

— Cierito, cierto. Lo que yo digo: al burro siquiera le quedan las mataduras.

Pasaron unos a caballo. Llevaban premura de combatientes en seguimiento del enemigo. Unos caballejos suecitos de bríos y muy a compás de la juventud acomodada, que adopta otra conducta en las romerías.

En efecto, tenían razón de llamarse escuetamente turistas. Iban sólo por curiosidad, por distraerse un poco, o por algún negocio pensado por ahí con tal o cual destilador de aguardiente. Tenían pues algo que ver con la Reina de los afligidos y menesterosos.

Las ocho de la mañana. ¡Qué bochorno de sol, ávido de seguir en compañía! Rebrillaba la llanura ocre cuadriculada aquí y allá con las zanjas. Y se embarraba el tráfago de la extensión como los hornos de una fábrica. Licuábanse los montes macizos. Desbordábanse las correntadas de humo por los flancos pelados, llenando de abstracta evanescentia el espacio. Y por aquel antro neblinoso, distendido como telón de boca en blanco, se podían fijar imágenes fotográficas desde larga distancia. Diríase que el verdadero espejo, en cuyo fondo se retrataba el día adolescente. Era el río Patate por el lado de la cordillera excrutante, emporio de la bienandanza hacendaria de unos pocos mortales.

« ¡Qué bonito es el Patate  
bien mirado desde aquí;  
por sus aguas corre el oro  
del dueño de Puñapí! »  
« Los Dávalos en Riobamba,  
el Mazorra de Patate,  
sólo ellos como cebada  
avientan el oro en panes » (1)

De la tierra se desprendía un halo de levadura fecunda. No había llovido una gota, y con todo, en los claros de sombra brotaba humedad.

1 — Coplas de la época. Siglo XVIII con sus incoherencias históricas.

Rumiaba el rebaño trepado a gatas. El aire caliginoso se bañaba en el agua del río atiborrado de espesuras habitadas. En derredor, y hasta perderse en una lon tananza impresionista, la mitad campiña de recreo, se destacaban Yataquí, Puñapí, Tontapí, San Javier, Guadalupe, lo mismo que huertos cerrados de aguacatales, guabales, limoneros, caña de azúcar, espesa floración de mandarinos, plátanos, café, viñedos frescos, plantas y plantaciones favoritas de ambos climas, con evidente adaptación familiar.

Leito.

Allá arriba estaba Leito, la heredad cruenta de tantos campesinos despojados, semidueños por derecho de posesión y cultivo. Pitula, Tunga, La Delicia, Mundo, ahora y siempre lozanas como compotereras rebosantes.

¡Alabado sea Dios! ¡Cómo se vivía allí! Aquello sí era cosa de envidia! La tierra era de todos y a poca costa ¿verdad?

Capaces eran ellos, los que venían del lejano Sanaecajas, verbigracia del olvidado pueblo de Ilapo, de bajar, hasta caer en Patate. Podían trabajar en los trapiches de tales haciendas.

° ° °

Soltaron al viento, que como perro gruñón de pastoreo, carraspeaba en el silencio, cavando en derredor de las matas. Corría desaforadamente por el desgrefío del ribazo cogitabundo. Comenzó a injuriar a todos. Levantándolos la ropa, les tiraba de las orejas. Hizo hipar un poco a los árboles, y se puso a las ancas de los borricos color de guaba que llevaban sobre sí, en vez de uno, dos jinetes, cada cual con su correspondiente maleta a la espalda. Por lo regular, el marido se había en-

caramado muy campante, y la pobre mujer con su guagorro a cuestras seguía a pie, alzándose el bolsicón por delante para apretar el paso.

Después se vió que la cadena de peregrinos constaba de muchos eslabones. Gente barata brotaba como por ensalmo de los poros del suelo. Más parecían entre chicos y grandes cangrejos extraviados de su escondite llevando consigo auxilios de vida para unos ocho días.

Por el declivio de las lomas ariscas se resbalaban como piedrezueas de un peñasco, y no eran pocos los que ganaban la delantera por los chaparros crinados de ortigas, cardos de chamico y tunas alpestres.

Les tocó hacer alto en un corredor frontero al camino real, en espera de sus viejos conocidos con quienes debían juntarse como en una sola familia. Gastarían por igual, y ni en la posada separarían su cama, si es que estuviera de Dios encontrarla en un rincón misericordioso.

A buena hora querían estar en Baños.

Entre tanto, y andandito al trote, se embaulaban maíz tostado con manteca, pinol, cuyes asados, biscochos de Pelileo, el pan de huevo de Ambato y de tanta fama, arepas de Patate, bollos de plátano maduro con queso de Llangahua.

Se amistaron después con la chica de *misia* Concha Paucar, casi al descender al puente de Lligua.

Es que nadie hacía ascos a la chica de *misia* Concha a esa hora del medio día, que cambiaba en héroes de la Independencia a los *runas* más pesados. ¡Que lo dijera el mismo Tungurahua allí presente!

Como era febrero, era planta parásita el buen humor, el buen humor de Carnaval, mezclado con la licucente añoranza aborígen, que se tiende de espaldas don-

de quiera que hay un arpa y un barril de chicha, como paso previo.

De modo que ya los teníamos danzando por parejas y en sartas disparejas dentro y fuera del patio apisonado de la chichería. Tamboriles, pífanos, rondadores, rondines y la vihuela otavaleña se obstinaban en coordinarse y llegar a ser músicaailable.

Clarinetes de palo, hojas de capulí y varios bombos de retumbo seco eran toda una banda de música nacional. El arpa pudibunda de los bodorrios indígenas, cuyas quejumbrosidades tenues se confunden con el humo de los cobertizos de ramas, apuntaba al corazón de los romeros. Ello es que se creían sacerdotes de aniversarios, novios consanguíneos o danzantes con ropa de alquiler para todo un mes.

El arpa, con arraigos tiernos en la provincia del Tungurahua, desentumecía las piernas de los pobres mitayos viejos, todos ellos sollozo y lagaña. Las conversaciones se hacían confidencias hermanas. Y el escenario de la vida venía a convertirse en un huracán minuto de congestionada tristura, mal extinguida, con depositos rotos, crudos en torno del mismo árbol insólito del camino, considerado como persona agraviada.

— Vamos, vamos ¡Jesús! ¿qué les pasa? ¿Han venido a quedarse aquí?... Rigorio, alza arriba! Ni que fuera aquí la fiesta.

En Lligua vendían un *guarapo* infernal.

— Desde ayer taita Ramón por aquí?

— Ahí verá.... cuando nos ponen en capricho. Bueno pues, no debo a nadie. Tengo mis pies.



Doña Lucinda Ramos sabía atender con alma y vida a su gente. Un museo de antigüedades era su tenderete surtido de todo. Impregnado de telarañas, de trastienda murmurona, de complicaciones horribidas, pecaminosas, pintorescas, los mosquiteros de papel del tumbado testificaban su duración de casona pajiza, semi-blanqueda desde afuera. Vivienda sórdidamente familiar, con etiquetas de botella pegadas a las puertas, cuernos de venado colgados en fila, con aderezos de montar, uno a modo de conjunto grotesco de comodidades caseras y amasijo de reliquias campestres: barro, humo por el sobrado de carrizo, corredor desmedido a lo largo de unos cuantos pilarejos cilíndricos sobre bases de piedra y rematado por una gradiente de sillares sobrepuestas, caras abotagadas de seres bebidos, trasnochadores, ambigüos por su edad, que eructaban y hacían cumplidos, como éste de obligarle hasta a un gorrión a que tomara asiento en el poyo de lodo oreado por la resolana de la tarde.

El guarapo hizo sus efectos espléndidos. Tomado entre pecho y espalda por diez veces, bailoteaba la esfera del mundo con sus cholos en masa. Dábase el mentecato bebedor a los mismos diablos, sintiéndose tentado de arrojarse por el puente de San Martín.

Allí era el desespero creciente, viéndose pobre, plagado de hijos desnudos y deudas. Lloraban los indios *chumados* su soledad oscura; se hallaban como en el fondo de una cisterna, y zapateaban dando puñadas en el aire.

A ratos se hacían firmes en una resolución generosa: eran hijos de Dios; al fin saldrían con bien de su cometido. Para eso se había preparado con plata, pasando trabajos sin cuento, trampeando y empeñando hasta la camisa.

— ¡Guay! guarapo lindo, haces hablar hasta a los mudos— exclamaba un tal Pablo Manzano de Quero, despoja dode su poncho morado a listas y con el sombreroñ seboso en la mano.— Ocho hijos grandes tengo. ¡Qué trabajen, ajo! No he de vivir siempre. ¡Que suden y sepan lo que es el *medio*! Yo me he criado sin padre, aprendiendo a conocer muchas caras.... A ver, ¿cuál es el que se pone conmigo? .... Soy.... ¿a qué no sabes lo que soy?.... Me he criado con el Sr. Mariano Robalino — no vayas a creer — una gran persona.

¡Basta de gritar! — decía otro golpeándole en el hombro — Estás con dos sombreros.

— Bien hecho con mi plata, y sin pedir favor a nadie. Sra. ¡otro pilche de guarapo!

El infeliz se había quedado escueto de recursos. ¿Qué haría más tarde?

° ° °

Ya se fueron destacando los monolíticos órdenes de collados partidos con cincel. ¿Quién ha dicho que son moles de piedra a secas? Bloques de acero, piñones de cobre, obeliscos de varios metales bien fundidos durante siglos parecen. Eso es aplastante. Eso desequilibra los nervios. Vense en un largo trayecto, hasta llegar y pasar de Baños, varias roturaciones de montañas y montañas arrolladas al mismo tiempo por aluviones espantosos o trituradas por un acreolito más grande que el globo terrestre.

El que ejecutó semejante trastorno geológico quiso acabar con la cordillera andina desde sus bases. Descalabró sus fuerzas de gravitación, socavando por el vientre; hurgó en sus ámbitos, excavó sus entrañas, calcinó sus pulmones, pulverizó sus miembros, abrió cauces profundos, hasta dar con las capas escoriadas por el fuego plutoniano. Hizo menhires, esfinges y dioses bracmanicos con los picachos. Poema granítico, abracadabrante, infrangible a través del tiempo.

Apenas si el Pastaza tremolineante y vertiginoso hasta el cataclismo, se ha llevado consigo figuras druidicas, capiteles, crestas carbonizadas, pedrisco metálico, la carne y la sangre de los peñascos dialogantes, aparentemente inabordables en su morbidez omniscular.

— ¡Baños a la vista! — gritó una voz con anhélito de satisfacción.

Precisamente había de ser la loma del Calvario, con sus tenduchas de pan negro, de chicha dulce y baratijas arrumadas dentro de una estantería apolillada, el punto de mira hacia el pueblo mismo.

Y éste un inconexo conjunto de casas pajizas flotantes como nidos de gorrión en espacio evanescente, ávidos por asirse a los pelados riscos que en infinitas protuberancias y depresiones llegan a integrar el cuerpo de mando del Tungurahua.

Una barriada en cuesta y en bajada, con tendencias a convertirse en huerto familiar, con árboles rumbosos a vuelta de pared. Zábilas y geranios florecidos en los techos bajos, aguacateros atisbadores, guabos sombríos, limoneros con sus azahares alerta, floripondios, chamiburos, granadillos, como personajes locales en los patios

caseros, en la chacritas de camotes, en los solares subdivididos con el sembrío de caña,

El suelo duro, pedregoso de aluvi3n, el ambiente en perenne sicsta, fondo anubarrado, primaveral, con grupos rampantes de verdura, mucha verdura, la que se distiende hasta muy all3 por el ilusorio descampado oriental, con el culebreo de platino de los mil y tantos r3os y la verdosidad de los umbrajes cercanos y la otra vegetaci3n impresionista, en la que predomina el azul oscuro, que no se disuelve nunca, pesadilla de humo galopante que se mezcla con el sopor tropical de la poblaci3n.

En los valles, fiesta de color, en los abismos de las cañadas, zarabanda de aguas encendidas, rebullicio de torrentes salutiferos, que van recogiendo las sustancias minerales de toda la 3poca paleontol3gica, descostrada en un gran circuito, y que luego con los señores r3os tributarios del Pastaza, del envolvente y dirimente Pastaza, servir3n de piscina, en donde se purificar3n todos, antes de entrar a entenderse con los genios bienhechores de la selva.

° ° °

La mayor3a de los romeros eran creyentes hasta la alucinaci3n.

Su alegr3a fue a clavarse en la fachada del templo. ¿Qu3 les importaba lo dem3s? Vieron y revieron la iglesia de tres torres, acurrucada en el fondo del cuadro gran3tico; la iglesia albergadora como bas3lica, una especie de torre de marfil con su ruedo de plaza pintoresca, hervorizante con la irrupci3n de la romer3a.

El arbol3n de la plaza — dios lar del preblecito

muchos años atrás --abría sus brazos velludos a todos.

Desde lejos parecía plaza de feria formada con pueblos de distinta cepa.

La bohemiada rural en actitud de entrarse al Empíreo, cehábase al colete copitas inspiradoras de plegaria y de buena cara. Se despejó un poquito más el cielo, como si alguien — la misma Soberana de Dios quizá — se descubriera desde el ampo de una nube.

Unos palpaban las cuentas del rosario de sus pensamientos punzantes, encomendándose a su divina protección; los otros se enfocaban en un júbilo anticipado, llamado seguridad, de alcanzar grandes bienes de alma y cuerpo de un momento a otro.

Había en muchos dolencias ocultas de años, y por lo mismo, respiraban una fe que se acrecentaba y se iba adensando como nube de lluvia.

Los indios, aunque tundidos por la perra suerte des de su nacimiento, se arrojaban con más confianza en el azulado mar sin rompientes de la espera. Sus deudas crónicas, sus hijitos, sus dos o tres animales mal pastoreados en predio ajeno, su desnudez sórdida frente a los escamoteos mezquinos de los patrones, su lacra social inmodificada aún por los hombres, en una palabra, su vida misma, que se deshilachaba como jerga mugrienta, se iba remediar de plano. ¿No era pues que la Virgen de Agua Santa se dolía de los pequeños? Sería pues ella la protectora de los ruines, la justipreciadora de acciones vacuas, por más que se exhalasen en el incienso con la hopalanda del culto y en medio de una estruendosa fanfarria de himnos y rituales de severa imponencia?

Fuera del maremagnun de necesidades caseras, se abría el estoreolero de la vida, viciada por enfermedades, y lacerías imponderables.

Cojos, tullidos, leprosos, idiotas, mujeres atacadas como la hija de Jairo, de un flujo de sangre, tísicos, lisiados de reuma, la fauna de la muerte se acercaba al Lourdes del Ecuador. Era más seguro que cierto su rehabilitación física. Al igual de siempre, en que las cosas cambian de cariz por obra y gracia de un milagro.

Las jeremiadas de los pobres hicieron causa común con la chocarrería en franca faena febril. Reían, cantaban, charlotecaban al aire libre en esa plaza típica, abarrotada de cuescos de frutas, cerdos hampones, perros husmeadores, cestos desbaratados y tanto borrico gandul.

La gente deglutía a dos carrillos. Como un día de camiao a pic abre el apetito, los más desanudaron sus ataditos de friambre. Y por ahí trenzaron corros fraternales. ¡Qué reacción de ánimo! Con la vitualla por delante olvidaban la fatigosa proeza de haber arribado por caminos inacabables, casi despernancándose, siempre detrás de la acémila pachorruda.

¡Qué recorrido tan parabólico a través de medio mundo, según lo decían las cumbres aquellas, que indicaban con su inelencencia el soñador, y al mismo tiempo, torturante cielo de la lejanía! Mas, con la ayuda del cielo, nada anormal había ocurrido. Se hallaban sanos y salvos, como en su propia casa.

¡Ni cómo decidirse por el cocido, cuando cada uno llevaba una despensa! Patatas fritas, cuyes asados, gallinas adobadas desde la antevíspera, pan amasado expreso, y el consabido pinol con que reforzar la caminata, formaban montones sobre la mesa espartana de un corredor cualquiera.

Comerían, comentando a su sabor los sucesos desvaídos del día, siempre humedeciendo el gañote con chicha respondona.

La conversación era succulenta por el ruedo, especialmente entre los indios. cuya risa palurda se escapaba como esputo de tísico a la caída de cada palabra mal intencionada.

Decían unánimemente que la fiesta iba a resultar espléndida. Ni para comparar con el elenco priosteril de años anteriores.

Había que ver cuántos y quiénes eran los devotos: don Prudencio Cañas, dueño de tres trapiches allá por el río Ulba; la Sra. Rosario Lizano, una de las más caprichosas, en eso de gastar plata en alumbre; Juan Sanipatín, del pueblo de Patate, chagra ricacho *podrido en plata*; Rogerio Villegas y la Srta. Edelina Valencia, hija única de sus padres, y por lo tanto, manirrota por tradición.

Ornamentación nueva de iglesia buscada en Ambato, sólo para esos días, muchos, muchísimos globos, juegos pirotécnicos, tres bandas de música, con repertorio novísimo, y que lucirían sus habilidades, apostándose frente a frente, un orador de renombre, con una celebridad no desmentida, el oro, la plata, el incienso, las flores, los cantos argentinos de las hijas de María, lo más costoso y brillante a fuerza de retoque, se preparaba, y se preparaba con arrebatos palpitanes, con indescriptible incentivo de dar forma esbelta, cumplida y original al compromiso.

Se descansaba en que la gloria de Dios se alcanzaría mediante efectismos lucidos y que era incuestionable

darle una aleación translúcida de acto teatral a la festividad.

La parla se desperdigaba por poyos y aceras, girando en torno del temita aquel del predicador.

— Es un pico de oro— decían, y corroboraban ponderativamente los que mucho conocían de oratoria sagrada.

— Ni el padre Salcedo tan recordado, ni el padre Aguirre, que dizqué hace llorar a las piedras.... como este santo sacerdote. Acaba de predicar en el santuario de «Las Lajas» y *casito* lo llevan a Colombia.

Preludió un sanjuanito ibarreño el cornetín en si bemol, un sanjuanito que estaba de moda, *Chola bolsicona*, y tocaba sólo la banda de Pasa.

Muchos se lo silbaban de memoria, así como *El Chumadito*, un yaraví de sacarse el sombrero.

Varios tipos de poncho arremangado al hombro formaron parejas.

Se acordaban de sus *deudas* los muy sensitivos, es decir, de sus amores fracasados o por fracasar, de sus pe, rrerías y resbalones de juventud al margen de su moral consabida, gastándose sus realitos en aguardiente de caña.

¿Qué fuera de la vida sin tales portentos de audacia?

— ¡Uyuyuy! Y ¿qué será de mi huambra? Hombre, yo no atino cómo he venido hasta aquí, sin traérmela al pecho como un escapulario del Carmen.

— La mía está criándose.... Por este Corpus pienso regalarla un sombrero de paño color guaba.... Lo primero que Dios me dé.....

Iba cayendo la tarde. En las cantinas canturriaban con acordeón, y con el punteo temblón de la vihuela.

-- Mucho que comer y que beber; lo que falta es plata.  
— La plata lo tapa todo. Bien dicen: un burro con plata, un gran señor, y un caballero sin plata, linda paratarata.

Si bien, pocos se quejaban en tal forma. Por fortuna, se equiparon con tiempo, vendiendo hasta los calzoncillos.

¿Cómo se habían de figurar que en una fiesta así se presentaran sin *calé*?

El repiqueteo de las campanas abrió los oídos con undosa suavidad.

Las cholas apostaron sus *posturas* domingueras.

En las posadas se removían los que se preparaban a lucir sus trajes guardados en el fondo del baúl. Por esta ocasión bien valía abrillantar el rostro y tocado con una rociadita de *agua florida*. Y vengan los fustanes azulados, tiesos con almidón de yuca, los botines de nonato con caña de elástico, el pañolón de seda, color de rosa seca, más bordado q' una capa de coro y con lentejuelas apiñadas y el bolsicón de paño azul cayendo del tallo hasta media cuarta encima del tobillo.

La otra banda tocó en la puerta de la iglesia un valse bastante *alhaja*. Lo q' congregó de mayor a menor. Querían ver y oler a los músicos dispuestos a desgarrar la epidermis del aire con el fuelle de sus pulmones.

Es q' ya era otra cosa verse en obligada competencia con los del oficio. Hacían prodigios con sus piezas recién aprendidas y que en boca de ellos vendrían a ser una como revelación nunca oída.

Realmente que se condensaba el ambiente del pueblo con tanto recién venido. Por las cuatro esquinas irrumpían hacia el consabido punto de mira: la iglesia que se iba llenando con cuerpos sudorosos femeninos y

masculinos en incesante adentramiento. ¿Bastaría la cavidad del templo para albergarlos a todos? ¿Lo tomarían por asalto, en caso dado, por ambas puertas?

A la comitiva de los pueblos vecinos se sumaban gentes hasta de Colombia y de la costa ecuatoriana. Y seguían llegando, y se aumentaban pelotones y pelotones azorados por no hallar posada a ninguna costa.

Se enfilaban por un lado de la plaza con sus trebejos de viaje, con los carrillos llenos por una parte, y por otra, con el oído atento al repique incisivo que llamaba a las vísperas.

## I I

La mañana de la fiesta se revistió de mayor encanto por el aspecto que tomaban las cosas.

En primer lugar, se habían dado modos de enardecer la piedad del primero y del último con la celebración de unas cuantas misas desde la madrugada.

Como se contaba con muchos celebrantes venidos en calidad de peregrinos, nadie iba a verse privado de conocer la Sagrada Imagen, de oír su primera misa y más de suscribirse con dos sucres para cargarla en hombros un corto trecho durante la procesión.

Por fin, se vió el templo repleto.

Rielaba el sol de las nueve pasadas por entre un cortinaje de incienso. Un sol optimista y hospitalario que caía sobre la alegría de miles con el mismo refinamiento que sobre el Sagrario del Altísimo expuesto.

Nimbado el interior del altar, no sólo con el incienso de los turiferarios, sino con la plegaria del sensitivo conjunto, era un mar de almas en vuelo. Con las manos plegadas y los ojos clavados en la Divina Patrona de Agua Santa, pedían con lágrimas milagros visibles, el milagro o milagros que testimoniarían sin lugar a duda, la eficacia cierta de la Romería.

Tal como sucedió en años anteriores. No se dió un solo caso baldío. Las mercedes de lo alto llovieron en distintas formas. Muy a la vista estaban en muchísimos cuadros al oleo, en las inscripciones de las naves y en la crónica respectiva, que el párroco Rodríguez, siguiendo a los dominicos, enhilaba con exerpulosidad suma.

Por allí en cierto año la curación rápida de un matrimonio atacado de parálisis. En otra época ya muy lejana la Virgen salvó a tres individuos que cruzaban el paso difícilísimo del puente de las Juntas. El armatoste de palos de capulí, arrasado por la corriente infernal se llevaba a los infelices, quienes sin la intercesión de María, hubieran ido a parar al Amazonas.

Otra vez sucedió que un devoto se moría fulminantemente. Agonizante ya, apenas modulaba el nombre de la reina del Cielo, pidiéndola la salud de su numerosa prole destinada a la horfandad. Efectivamente, el enfermo reacciona, se incorpora, se levanta inopinadamente y echa a correr como un gamo.

Además, fresquito estaba el recuerdo de unos sacrílegos que intentaron mantenerse a caballo, y con el sombrero puesto, mientras recorría la procesión. Caro lo pagaron ahí mismo. Se endiablaron los caballos de súbito, yendo a parar desbocados lo menos una legua adelante, llevando colgados hacia abajo a los delincentes.

Y así por este orden, la Virgen obraba y seguiría obrando prodigios, aún en lo pequeño. Ella intervenía en las interioridades de matrimonios descalabrados por falta de comprensión; pasaba su manita lilial por sobre el dorso de situaciones desairadas, como pleitos de aguas,

reparto de herencias entre yernos ambiciosos; se ponía del lado de la pobre chola burlada, obligando al albedrío del pretendido Tenorio a volver sobre sus pasos; saneaba el aire viciado por el borracho, por el mujeriego soez; hacía descubrir el paradero de una quisicosa cualquiera; en suma, no se quedaba con la súplica de un pecador;acorría al indio, al negro, al pudiente, al sibarita, al holgazán, al pequeño, con tal que la pidiesen con fe.

° ° °

A eso del canon de la misa un chichisbeo de mujeres hizo volver la cabeza.

Conversaban en animada locucla. Eran unas damas del pueblo, de compunción beatífica al parecer, con una cinta de cofradía sobre los hombros.

Los susurros del rezo, los suspiros agostados al salir, tal cual plegaria quebrada en una exclamación, y un sin fin de bocas que respiraban con esfuerzo a causa del calor que se intensificaba como el humo hollinoso de los cirios, repartidos en mil lugares diferentes, fatigaban hasta causar asfixia

La música gregoriana suavizaba el sopor con la cadencia de voces blanduchas de mujeres en turno con el maestro de capilla y con los músicos adosados a la puerta. Versos octosílabos desmanuzados con modulaciones atristadas, coplas a la Virgen, compuestas para ese día por algún estro piadoso de barata virtuosidad poética, brotaban en falsete, y desde el pecho tortuoso del tenor mencionado, ya como antifona suelta, ya para que acoplara el pueblo a su manera.

— ¿No es esta la primera misa que se viene anunciando

do? — preguntaban por ahí.

— Debió celebrarla hoy día el diácono que acompaña al canónigo Andrade.

— Y ¿quién es el diácono?

— Uno, menos que joven, de apellido Bastidas, educado en Colombia.

— Talvez una indisposición a última hora.

— Todo estaba listo. Los padrinos de vinajeras han venido desde Quito. Uno de ellos es sacerdote de la fiesta. Lo que ha gastado en *volateria* y alumbrado. Como en ningún año se han visto verdaderas maravillas en obsequios a la Virgen. Parece una reina oriental. Le han regalado desde los zapatitos. Tiene joyas valiosísimas por millares.

Éra de verla para convencerse. Semejante a una visión sidérea aparecida en el primer efluvio matutino, estaba sentada en su poltrona de peluche azul morado. Dos ojos dulcísimos, ensuavecidos más por la alegría, que por el puñal de los siete dolores.

Madre de todos, sí, pero con una frescura de semblante, capaz de infundir anhelos de cielo a quienes la mirasen desesperados.

Enjoyada de pies a cabeza, escintilante, vaporosa, soberana en su escabel de estrellas caídas a sus pies, se iba a desprender de su asiento en las vaharadas de incienso, a confundirse en una especie de constelación, sumida en la escarpa dorada de sol que inundaba el último intersticio.

Con el Infante Divino, se elevaría muy alto dejándolo como primicia celeste en brazos de los puros de corazón que la devoraban con su ternura empapada en preces consoladoras.



Eudocia respiraba fatigosamente. Con el oído atento seguía el comentario de las mujeres encintadas.

Eudocia— porque había una Eudocia en el conglomerado de congregantes ordenado en las bancas del pavimento— se dió a sus reflexiones arduas.

Su memoria se puso a recordar con pelos y señales. Iba y venía desde su niñez hasta el minuto aquel en que se veía allí sin objeto y sin rumbo. Porque si era que la fe en Dios la fortalecía, una amalgama cruel de sentimientos contrapuestos la devoraban sin tregua.

Bastidas. ¿De qué Bastidas se trata?— se dijo— Sería increíble que pudiese ser el mismo.... No, no, yo estoy aturdida. ¿De dónde acá se me viene que puede darse un caso semejante? Lo que sucede es que el apellido es muy común, y como yo estoy con la idea.... Idea nó, ni siquiera recuerdo, porque en realidad ahora no me acuerdo de él solo.... Eso sí, me agradaría saber que existe y nada más.

Quiso deshacerse de su preocupación y volver a la misa, rezando con el mismo fervor del principio.

— Virgen de Agua Santa! ruega por mí. ¡Ayúdame en este trance! Tengo no sé qué desazón, Madre mía. Presentimiento de una desgracia, de algún percance cercano. He venido por tí. sólo por tí. Pero, ¿qué me pasa? Siento que la nave se mueve con el altar y que se desfonda el coro.

Había venido de Quito, como los demás rigurosamente a pie. Y al decir Quito, eran tres o cuatro días de caminata, sufriendo desventura y media, como un beduino por el desierto.

Pero no le pesaba tamaño sacrificio, con tal de agradecer a la Virgen del cielo. Su llegada fue como siempre, a la posada más espontánea, con el ánimo suelto, con una soltura de voluntad capaz de algo mejor. . . . ¿Se saldría de su programa y pasaría a conocer la famosa chorrera de «Agoyán»?

Bonito el tiempo, encantadores los campos, bien abonados con sus chacritas verdegueantes, despiertas a la abundancia, con sus sembríos murados por la misma configuración pétreo del suelo.

Y luego el tono jovial de su gente, hospitalaria, laboriosa, hábil en una zona tan feraz. Como que de allí el hombre podía transportarse al Dorado oriental, con solo un esfuerzo mínimo, con la bendición de Dios y la ayuda de María.

Podía quedarse por ahí. ¿Qué importaba el resto? Ya no cabía en su cabeza seguir luchando en vano en Quito. En otro tiempo hubiera valido la pena bregar con alguna ventaja. En otro tiempo sí, porque contaba con risueños halagos. Era casi una niña; se sentía fuerte en el amor a un hombre, a ese sólo hombre que le gustó mucho, el único que pudo y debió hacer su felicidad. . . . Bueno, . . . y no lo hizo. ¿Por qué no lo hizo?

Su devoción se paralizó durante el curso de la sermón. Más parecía escuchar a la distancia el animado barullo de la calle.

Por los rincones de su alma descampada divagaban imágenes difusas, aspectos de vidas ejemplares con la florescencia de un amor satisfecho, lapsos de tiempos felices a través de campiñas alegres. Se figuró deslizarse en poder de una dicha posesora, absorbente, ella muy joven, siempre dueña de sí misma y de los acontecien-

tos. Y era ella la que se creyó envidiamente afortunada ya, cuando la luz maléfica de un astro influyó en mala hora, haciéndole desviar de ruta.....

De esto hacía años. Después cayó un silencio oscuro en su alma. Cuando creía en su reacción moral, volvió a caer con más facilidad. ¿Qué clase de suerte era la suya? Salió del atolladero para descender a otro a poco menester.

Automáticamente dejó la iglesia y se puso andar por las calles soleadas. No la distrajo la animación borbollante dilatándose en la furiosa combustión del día. Pasaban por su retina hombres, cosas, episodios banales, trozos de vida humilde, sin despertarla una emoción real. Con especial intuición entrevió y se afirmó en la creencia de que era el mismo Bastidas, Rafael Bastidas, el diácono llegado a Baños.

° ° °

Quizá se había enardecido el hombre al verla en la Iglesia. El desconcierto por haberla reconocido después de tanto tiempo, no era para menos. Contra lo que ni se imaginó siquiera, el diablo le arrojaba a esa mujer, la arrojaban hacia él, que se creía seguro, escudado en su vocación.

— No me engaño un ápice, quizá lo sabe ya que estoy aquí, comenzó a repetirse pesarosa— La cosa se va a poner mal. Claro que se va a poner mal. Yo le conozco íntimamente: no es un hombre frío.... Me habrá visto, y no ha podido contenerse.... Que su vocación; su dudosa vocación no le habrá borrado de la memoria mi nombre. Soy la misma.... Una de dos: o me detesta como al enemigo malo, o tendrá a la hora de la hora

que aceptar los cargos que tengo que hacerle con justa crueldad.....

Bueno, ella no quería nada de él. Al contrario, su temperamento se inclinaba por la venganza. Por la venganza, sí, como suena.

— Quiero vengarme, suscitando un mal encuentro con él y no con otro— exclamó resueltamente, a fin de probarle que vivo todavía, y que la ofensa sigue latente, por lo mismo que he sido tan desgraciada. Y es que él debe saberlo..A nadie habrá preguntado por mí, pero ha leído en mi vida. «Mucho tiempo ha transcurrido» — dirá él— Así es. Y luego que ya es un elegido por el Señor No me asusta con esto. No se ha desvanecido mi afrenta, la llevo a todas partes.....

En verdad que a él, sólo a él debía echar la culpa de su destino. ¿Había reparado en ello Bastidas?

— Lo repito, casi no me importa su nueva posición, si él no ha saldado sus cuentas conmigo. Vive su hijo, un hijo de él, oculto a la vista de mi esposo, un anónimo hasta ahora, y por el cual sufre el rechazo definitivo. ¿Qué ha hecho por su hijo? ¿Qué hará algún día?

Los hombres subidos a las altas dignidades vienen a ser los mismos, y todavía peores... Su estado, según él, le salvaba ante Dios.

Ella no lo vio así. El padre, antes que el sacerdote. Debían reconocerse de veras, explicarse.

Eudocia no atinaba a ciencia cierta qué exigirle al diácono, o mejor dicho, lo sabría con el derecho de mujer burlada.

A él le tocaba atenderla un instante. Ella lo buscaría antes. No le quedaba otra cosa.

### III

He aquí que todo cuanto quería Eudocia Cáceres era verdad.

El mismo Rafael Bastidas, su camarada de juventud, ahora destinado al servicio de Dios, estaba en Baños

Había venido con la santa intención de celebrar su primera misa en el Santuario de la Virgen de Agua Santa. La cosa más natural. Hechos los preparativos del caso, eligió el día mismo de la fiesta para la ceremonia.

Y como era el acto por demás edificante— sin esperar otra cosa mejor— por fuerza exacerbaba la atención y mantenía ferviente la curiosidad.

Se trataba de un levita de muchos quilates, ya por su inteligencia, ya por sus contornos morales.

Una verdadera primicia en la viña del Señor. De todas maneras, la romería iba a revestirse de novedad como nunca, constituyendo un timbre de orgullo para el pueblo, cuyos anales religiosos se guardaban con celo-cuidado.

Fue para su desgracia que le tocó officiar como diácono a Bastidas en una de las misas de rumbo de la ante-  
víspera, a la que asistió Eudocia.

La reconoció enseguida. La misma, sin haberse desfigurado un ápice.

Parecía que fue ayer, cuando a su lado se veía orgulloso, con la dicha de poseer tamaño cuerpo de mujer.

¡Qué ojos! ¡pero qué ojos! ¡qué finura de labios! ¡qué lineamientos reales de rostro! ¡qué cutis, por los dioses del Olimpo! ¡cuánta suavidad en la mirada! ¡qué ritmo de andar, casi sin rozar el suelo! Airosa, de talla imponente, sus gestos revelaban desenvoltura, firmeza de acción, dulce temeridad.

Y no era por ser la primera mujer que conoció, ni porque un estudiante se embelesa con suma facilidad. Fue conociendo después muchas mujeres. Mordisqueó algunas manzanas, pero ninguna . . . . . ¡oh ninguna! Ahí estaba la gracia ¡con ser quién era él ahora.

— No sé dónde voy a meterme — se advirtió, empujado otra vez a la estepa sentimental de otrora — Temo, realmente temo, que vuelva a preocuparme de ella . . . . . ¡Qué conflicto, Dios mío!

Y la vió, y volvió a mirarla al disimulo desde donde estaba, con los ojos semicerrados, un tanto absorto en la oración.

No había cambiado nada. Supo que se casó bien, pero que fue rechazada de plano desde el principio por aquello de . . . . . que tuvo él toda la culpa. Se enteró además con cierto remordimiento de que existía el fruto de su liviandad, y por quien no se interesó nunca. Que esa mujer le maldecía y roquetemaldecía, que era muy ambicionada . . . . . no ignoraba, y sin embargo, que su situación no había ganado un paso.

Y sobre toda consideración, se, dió cuenta de su temple de carácter. ¡Ella, Eudocia Cáceres? ¡Cáspita!

No había que andarse con bromas con-esta beldad. Por encima de todo estallarí, se atrevería a enfrentarse. .... ¡Quién lo dudaba!

Por eso tuvo él que alejarse a Colombia. Con ella no cabía más componendas que enseñar el rostro o aprontar un arma.

Con estos temores — mejor dicho presentimientos dominantes — pasó gran parte del día. Quiso hallar consuelo hojeando las páginas de su breviario nuevo. Salió al jardín emparedado del convento parroquial a respirar un poco de aire. Recitaría el oficio divino en voz alta, dejándose de sentimentalismos perturbadores propios de un alma desmantelada y fría. El demonio era el que le incitaba volver a recordarlo. ....! El demonio que se mete en el alveolo íntimo de un pobre sacerdote, desempolvando recuerdos arrumbados, pintorreando ocasiones pecaminosas, y avivando el ambiente mundano con mil tonalidades llamativas.

Se acogió al auxilio divino por medio de María. Ella, que le librara de percances arduos a través de su carrera estudiantil, y que no le dejaba de la mano un instante, siempre que el ardor de la carne le cosquilleaba, pues ella le retendría a su lado, no permitiendo su enfriamiento, mucho menos su deserción sacerdotal. Al contrario, le infundiría mayores fuerzas defensivas contra los tres enemigos del alma, que le andaban asechando en su delante.

° ° °

Momentos antes había recibido no sé qué papel, bien plegadito de manos de una criada. En seguida cayó en la cuenta lo que contendría.

Con mano convulsa lo palpó unos segundos. No lo abriría así no mas. ¡Quién le decía que podía ser de ella, a poco menester, y en tales circunstancias! ¡Vaya! ¿No se iba a respetar su nuevo estado? ¿Persistiría la buena mujer en llamarlo a cuentas todavía, después de lo ocurrido con él, que era otro por disposición de lo alto.?

Se lo guardó en el bolsillo de la sotana para leerlo después. Fuese o no fuese de ella, había que leerlo despacio.

Unas dos horas habrían transcurrido cuando fue noticiado con una visita urgente. No tuvo por menos que dar un paso adelante, seguro de salir airoso en su nave en medio de la tormenta.

Flotaba cierta penumbra tibia en la salita. Podían hablar a sus anchas, contando con el permiso de ese silencio rural, apenas intrigado por el viento clandestino que soplaba el polvillo de las vidrieras,

Bastidas alcanzó a fijarse en el continente de la mujer que lo esperaba. Los ojos decían haber llorado, después de perderse en la contemplación de algo remoto. De su boca se desprendía o iba a desprenderse, una queja dulce contagiada de ternura arrobadora.

Más que joven, límpida, pomposa, intocable en sus formas, con una tez suave, musical su acento, hendía como una daga, aunque no llegaría a hacerle daño alguno en su cuerpo.

— O es que recién despierto de un sueño.... pero si eres el mismo— comenzó ella.

— A mí me ha ocurrido cosa igual— dijo Bastidas asido por el cuello— como si dijéramos.— Dudaba de que podía ser Ud. La ví.... ¡no sé como la ví! Después me distraje.... En fin, cosas que le pasan a uno.

— Dices... dice Ud. bien: no valen la pena recordarlas.

— Por Ud. nó, Eudocia.

— Y ¿por qué nó? Qué más da toparse con un rostro conocido, que le trae recuerdos desagradables?

— Mire Ud. no me suscitaba nada por lo pronto. La ví una vez sola ... es decir, nunca me imaginaba que iba a ser Ud.

— Pues yo soy, Rafael. ¿No permite llamarlo así?

— Y ¿a qué viene esta pregunta?

— Como ha pasado el tiempo y Ud. ha cambiado de vida. Además que yo esperaba.....

— El tuteo como en otros días. ¡Ah no! Hasta por cortesía.

— ¡Cortesías conmigo!

Bastidas empezó a moverse pesaroso en su asiento, a tiempo que la hermosa interlocutora acercó ruidosamente su silla.

-- Eudocia, siéntese en el sofá, es más cómodo.

— Bien estoy así.

— Siéntese en el sofá.

— Déjeme, que sin el tuteo vamos a ser amigos.

— Es que lo somos. ¿Juzga que no lo somos?

— Tanto que Ud. Rafael, ha visto por conveniente no recibirme. Le escribí esta mañana, y no por otra cosa que por satisfacer una curiosidad.

— ¿Nada más que por una curiosidad?

— Y ¿por qué otro motivo? Ud. ya no se pertenece al mundo; tiene trazada una ruta distinta. Ud. es una cosa sagrada, a quien debo respetar de hoy en adelante.

— Nada de sagrado, Eudocia. Soy humano y pecador como todos.

— Bueno, así dice Ud. Pero el sacerdote merece un si-

tio especial entre las gentes, mucho peor que una como yo ha de venir a distraerle.....

— Una como Ud.

— Claro, yo, que nada tengo que ver con el sacerdote Bastidas.

— Todavía no lo soy, Eudocia.

— Pero lo será. Mañana celebra Ud. la primera misa. ¿No es verdad?

— Mañana— suspiró el diácono sin ningún disimulo, bajando los ojos.

Eudocia quería ironizar un poco, hasta ver por dónde despuntaba el hombre.

— Pues siendo esto así, no es justo que mire con indiferencia al mejor amigo.....

— Gracias. Ud. siempre ha sido noble....

— ¿Lo cree Ud.?

— Quiero felicitarlo, sí, porque en buena hora se entrega al servicio divino, dejando atrás este mundo infame... Pero ante todo,— y esto me ha traído, créamelo, hasta aquí— me permito recordarle sus deberes de hombre..... Fíjese en esto.....

Bastidas experimentó una sacudida. Se sonrió apenas, y aguzó la mirada en el vacío.

— Ud. Rafael, debe saber que tiene un hijo, y que éste hijo vive conmigo sufriendo iguales necesidades, iguales injusticias... Nada menos que siete u ocho años. Desde entonces he tenido que luchar sola, si luchar puede llamarse el que una mujer emprenda con tanto capricho del destino. El resto lo sabe Ud.

— Y ahora ¿qué me exige? Porque en este momento mi situación es muy delicada. Por caridad ¿qué piensa hacer conmigo? Y en un pueblo.... Ud. sabe lo que es un dueblo.

— No se anticipe a nada. No voy a despojarle de la sotana. Soy cristiana de veras, y por ningún título atentaría contra su vocación.

— En otro día hubiera sido bueno hablar de estas cosas. Ahora no, no. Mi situación actual no lo permite.... Convengo a todo, con tal que me deje libremente celebrar la misa de mañana.

— Celébrela, sin temer nada, celébrela. Lo único que le pido es que se acuerde de su hijo, de Rafaelito, Rafaelito Alberto, cuando Ud. disponga de medios en su parroquia. No le pido más. A eso he venido.... Ni ¿cómo imaginarse otra cosa, si vive mi marido, y Rafaelito lleva su mismo apellido, por haber nacido dentro del matrimonio, como dicen? Un apoyo cualquiera, porque soy pobre. Creo que le será fácil, en vista de que no tengo a quién volver los ojos en Quito.

— Debía ser un caballero tu marido— asentó Bastidas, optando ya por el antiguo tuteo.

— Y ¿quién lo ha sido con una mujer que cometió una falta? Apenas lo sospeché él, sin decirme un término, tomó su portante.

— Que yo mire por tí, muy claro. No faltaría más. Sin embargo, antes de saber cómo disponen de mi persona, sería bueno vernos.... Tenemos que vernos.

— La cosa no tiene prisa, Sr. No veo la necesidad de entrevistarnos ya.... De Quito no me muevo, escríbame allá. No nos queda otro medio.

— Una vez siquiera, Eudocia.

— No es posible. En Quito recibiré cualquiera ayuda..

— Pues yo te buscaré yó.... No es posible romper de una vez para siempre. Necesito explicarme....!

La voz de Bastidas se adelgazaba.

Eudocia se levantó para irse Inmeditamente

cruzó por su mente la idea de haber interesado al hombre, de haberle interesado sobremanera. Luego, era criminal detenerse, aguardando largas disquisiciones, cuando ya había conseguido su objeto, aún cuando en su fuero interno estaba palpitante algo como una intención malhadada . . . Al fin, era mujer joven y sus pasiones estaban en suspenso.

Con todo, rechazó de plano sus pensamientos emboscados, considerando la magnitud del hecho con un personaje de iglesia, terminando con estas palabras:

— ¡Adiós, Rafael! Sea Ud. feliz en su ministerio, más que feliz, bueno.

— ¡Nos veremos después!

-- Creo que ya nó.

Y con su ligereza de mujer mundana logró desprenderse de los brazos de Bastidas, empeñado en prolongar la entrevista.

---

## IV

Era día sábado, dedicado a la Virgen, día bañado todavía por el plenilunio.

La fiesta se anunciaba con repiques de campanas desde las cinco.

En la iglesia había animación inusitada, por aquello del *retiro* de unas cuantas congregaciones, que comulgarían antes de la misa.

Se acercaban al confesonario en grupos. La piedad cristiana revolaba con el destello auricolor de los cirios encendidos en muchos altares. Un solo sentimiento, un íntimo contentamiento de almas devotas movía el acto dentro y fuera de la iglesia, mientras los demás por calles y plazas daban rienda suelta a su buen humor. Habían gastado la noche entera en divertirse de lo lindo, y querían seguir en la demanda, agotando el *puro* de Baños, el famoso guarapo del trapiche de los Velástegui, de una baratura y calidad increíbles.

¿Qué importaba un dipta más? No se acabarían los baños calientes, cuya fama los había traído a rompe sincha desde Pekín.

Mas sucedió que se encontraron, sin pensarlo ni soñarlo, con el compadre, con la comadre, con el tío y el

sobrino, etc. y ahí fue cuando se *agarraron*. Se comenzó por una copita, solo para probarla. Después, y ¿quién respondía de ese después?

Se compondría el negocio encaminándose a cualquiera de los baños, como *El Cangregito*, *El lecho de la Virgen*, *el poquío del Niño*, por ejemplo, y se ganaba el doble.

En la plaza hervía la chuzma con vestidos chillones. Resaltaban el color cardenillo, azul celeste, patito, solferino, *maigua* de tanto rebozo y bolsicón, desplegados airosamente por las chagras de Quero, Huachi y de Totoras. Las cholitas de Tisaleo, de Patate, aquese señoritas de pelileñas, pillareñas y un sinnúmero de talles femeninos con sayas de seda y que las lucirían en la procesión con hachones de a libras, no se quedaban atrás. Asentaban con desplante el pie encerrado en botines de satén que rechibaban como coles. Buscaban acomodo en el puesto más visible, cerquita del comulgatorio.

Que las vieran que eran las primeras, las bienquisitas con el lujo de ese día, y que se habían acicalado de arriba abajo del cuerpo, comenzando por los zarcillos de perlas, con piedras falsas, hasta las enaguas de ampulosos encajes.

Eudocia debía comulgar, obedeciendo a su intención prima.

Ataviada como su ex-amante de negro, sintió que su fervor se amenguaba, a medida que corrían los instantes de contemplar el deseglaramiento de Rafael ante las miradas humildosas de tantos.

¿Qué haría el hombre suyo viéndola a pocos pasos del altar? ¿Contaría con el valor necesario para renunciar

al mundo en la persona de la que fue un tiempo el principio activo de su vida moceril?

Y era ella, Eudocia Cáceres, la que le seguiría paso a paso en la ceremonia, la que aceptaría el reto de eterna despedida.

Iba a renunciarla para siempre él, ahora que la tenía en el dintel de la memoria, sin lograr expulsarla.

Llegó el momento de ardua expectación en el templo. Esperaban al misacantano como cuatro mil personas con la boca abierta. Querían conocerle y oírle.

Una personalidad futura en el gremio del clero, según algún decir autorizado. Precisamente el orador escogido entre muchos para la piadosa jornada.

Saldría con bien de su cometido, pues que no le iba en zaga ninguno de sus compañeros ahí presentes. Su preparación databa de días, en unos libracos enormes, allí en el convento, en muda consulta con los pajarillos anónimos del jardín, con las mariposas de hopalanda azul, coladas a las bardas de las tapias, escoriadas de musgo.

Presentóse por fin en el altar el levita del señor, seguido de sus acólitos especiales, padrinos de vinajeras, diáconos y monaguillos pequeños.

Eudocia entre estupefacta y miedosa, hizo un esfuerzo por seguir impaciente. . . . . Quería inmovilizar su intención en el acto aquel de acercarse a recibir la hostia divina. ¿Qué tenía de extraño la presencia de Rafael, investido con su carácter sacerdotal, ahora que ella también enderezaba su vida por otra senda? Muy lejos estaba de creer que lo amaba, que llegaría a interesarle, cohibida como estaba de recordarlo siquiera.

Apartó sus ojos de él, deslizándolos por encima del ara, pero por no sé qué suerte de fascinación, su mirada

buscó al celebrante.

Ya no le cuadró seguir mucho tiempo luchando con sus inquietudes. No sabía a punto cierto qué es lo q' pasaba, si es que le tocaba servirle de blanco nefasto al ungido de Dios o de golosa impostura, llegado el caso.

Se dió comienzo a la misa cantada.

La armonía de los cielos abiertos buscaba los eorazonas creyentes, con la magnificencia del culto estereotipado en el rebrillar de las luces, la fluencia grave del canto llano y el aspecto magnífico del conjunto.

El incienso del altar aureolaba a los sacerdotes esfumándose dulcemente en el oro y la pedrería del tabernáculo.

Y María llena de gracia, la Virgen sin mancilla, renuevo purísimo de la vara de Jessé, arca del Testamento, elevada al rango de Reina y Sra. de los vasallos del Eterno, recibía a torrentes preces sencillas y el incienso remiso de los devotos que la invocaban gimiendo y llorando como hijos de Eva, madre legendaria de la desgracia humana.

— ¡Virgen de Agua Santa, ayúdame en esta hora! — clamó Eudocia, sin saber por qué lo hacía. Le dominaba la idea de que no había motivo de inquietarse, llevando como llevaba al esposo divino en el pecho.

Bastidas aparentemente ecuaníme cantó el *Gloria in excelsis Deo*.

Le tocó volverse al pueblo con el *Dóminus vobiscum* del Ofertorio, que lo hizo casi cerrando los ojos. Lo que no pudo evitar en el *Orate frates*, pues irresistiblemente sus ojos fueron a clavarse en el busto de Eudocia.

Sintió algo como un mazazo en la cabeza. Ya no las

tuvo todas consigo. Leía y no leía en el misal. Al querer modular el canto del Prefacio, se le opacó la voz, decayendo el acento en un quejido lastimero, como si hubiera recibido la punta de una daga en el corazón.

Cayó sin más ni más al suelo, atacado de un síncope subitáneo, en medio de convulsiones nerviosas. Inmediatamente fue recogido del altar por los acólitos y sacerdotes, en tanto que el fatigoso público, presa de pánico sollozaba por lo bajo. Minuto conmovedor y espeluznante. ¿Qué ocurría? Combustión momentánea del cerebro, epilepsia parcial? Nadie pudo saberlo.

El murmullo en oleadas, como la espuma alborotada va contra el peñasco, se fue de bruces contra la reputación del pobre Bastidas,

Talvez no tuvo vocación desde el principio, y obedecía solo a conveniencia personal. Acaso no era el llamado como Melquisedec y S. Juan Evangelista, y por meros excrúpulos de conciencia no le produjo hablar la verdad clara, antes de dar ningún paso.

Rumores gratuitos de criterios oscuros, que volaban de boca en boca, se ramificaron en murmuraciones manifiestas, conjeturas, falsos supuestos, mentiras traídas sin objeto.

— ¿No será talvez un renegado masón, que ha ingresado en la iglesia sin las disposiciones convenientes?

Protestante es lo más cierto que sea. — opinaron muchos. Dios no permite su acceso al sacerdocio, antes de probarlo primero despacio. . . . . Esto no se ha visto nunca. El día del Juicio se acerca. ¿Cuándo se ha oído tamaño sacrilegio? La Virgen de Agua Santa no debe consentir el menor desacato en su día.

Y alguien se acordó de Laménais, el famoso abate francés, autor de las *Palabras de un creyente*, incómoda

profesión de fe de un cristiano para el clero católico, que lo ha repudiado de su seno, con aquello de que se inició mal en su ministerio. Dicese que cada vez que decía la misa, de allá por el lado del Evangelio, salía una voz misteriosa que le repetía: *Te condenarás, te condenarás!* El hombre encogió su fe con éste temor y llegó hasta ahorcar la sotana.

Lamenais fue el que escribió con la misma mano en su obra citada: *Si un lobo se arroja sobre un rebaño, no lo devora todo entero de una sentada: hace presa de una oveja y la come. Más tarde, reconociendo su apetito, se hace de otra y la devora también, y así hasta la última, porque renace su apetito sin cesar.*

Y en otra parte:

«*Nadie es perfecto, todos tienen sus defectos; cada hombre es pesado a los demás, y solo el amor puede tornar libre ese peso.*»

Y más allá:

«*¿Qué piedras son esas que giran sin cesar y muelen? Hijos de Adán, esas piedras son las leyes de los que os gobiernan, y lo que muelen y reducen a polvo, vosotros!*»

Y por ahí:

«*Joven soldado, ¿a dónde vas? — Voy a pelear para echar por tierra las barreras que separan los pueblos y los impiden abrazarse como hijos de un mismo padre, destinados a vivir unidos en un mismo amor. ¡ Benditas sean tus armas, joven soldado! »*

## V I

Bastidas con su conducta posterior no se abocaba a los principios socialistas más puros como el abate Lemenais, pero eso sí no iba a arrojarse como el lobo sobre el rebaño en calidad de cura de almas, haciendo presa de la oveja perdida.

Fuese temor, cobardía, quizá una certera intuición del fondo de su vida, quiso rectificar a tiempo su conducta, escogiéndose el camino que le estuvo señalado desde el principio. Abrigó una falsa vocación sintiéndose por un momento tocado por la mano de Dios para su servicio, pero otra era la realidad, otro el fallo del destino. ¿Por qué pues alarmarse? No era un apóstata, si no un desviado moral, que se retiraba del palenque sin los bríos del verdadero luchador. Un accidente efímero fue basta. Era nada menos que un aviso de lo alto. Debíó creerlo así cuando rehuyó, por sobre toda consideración y ante el porfiado reclamo y solicitud de superiores e inferiores, volver a celebrar misa alguna.

Y pasaron días. Y llovían insinuaciones, protestas y súplicas de Norte a Sur. ¿Qué clase de aberración era esta? ¿Qué demonio de obstáculos obraban en él? Quién iba a permitir semejante renunciación sacerdotal? ¿Qué dirían los enemigos de la fe?

El diácono ni por estas ni por las otras se dejó convencer. Se desanimó de su misión aciagamente iniciada, importándole poco lo que dijeran de él aqueno de o allende el clero.

Privado de un consuelo que le hiciera ver otros caminos, solo, envuelto en la duda, y con planes vastos de vida, sin saber a punto fijo qué hacer después, salió del pueblo una tarde.

Caía el sol detrás de una colina acribillado de dardos. Grave y brumoso se extendía el poema campestre. Lo primero que se le ocurrió a Bastidas fue huír. Como quiera que lo arreglase la suerte, tendría libertad de acción, dando rienda suelta a su dolor. Pensaría maduramente. Por ahí en una choza rodeada de cañaverales se buscaría un rincón de paz. En el silencio rudo de una roca está la sabiduría. El torrente desgrana su lenguaje revelador. Y la parla del viento, como a tienta paredes, se desgrena con sus consejas familiares, haciendo las veces de confidente.

Bastidas se decidió.

¡Qué caramba! No sería el primero... ni el último. El mundo estaba compuesto de buenos y malos. ¿Dónde estaban los buenos? En las parroquias servidas por curas sin asomo de vergüenza, extorsionadores de indios priostes? ¿En el seno de la grey creyente con el poder de las apariencias y las ceremonias? ¿En el hogar cristiano formado por los pobres de espíritu? Tal vez en este. Y ¿por qué nó? los ángeles habitan con los hombres en los apriscos, comiendo con ellos mal y, acostándose en el santo suelo.

La pobreza seglar era lo mejor, y nada mejor todavía, que la sencillez de costumbres dentro de un plan

laborioso de conducta, sin necesidad de adentrarse en los atributos de la Divinidad.

No hacía mucho que el cura Morales optó por casarse más bien. El canónigo Batallas hizo otro tanto. Un sacerdote Chiribega tuvo que salir del país y tomar para la Argentina por no ser el blanco, después de su palinodia.

Y él, Bastidas, a buenas cuentas no era ni réprobo. Se detuvo a las puertas del lugar santo juzgándose indigno. ¿No era un retroceso caballeroso? Pues bien, a eso se atendería, cuando los canes de la maledicencia quisiesen arrojarle la primera piedra.

— Es cosa hecha. Me voy a Quito. Esa mujer no me dejará nunca.

Y las emprendió casi a pie. Había estado vacilando cosa de una semana. ¡Qué bueno el chagrito *guarda!* ¡Cómo le aconsejaba casi llorando! — No haga eso, doctor; déjese de resentimientos. ¡Sólo porque le obligaron a explicarse en público? Razonable que se sincerara o se arrepintiera de lo hecho... aunque en realidad de verdad, no hubo aplastado una pulga.

Pero no era todo. Se dejó llevar del mal rato, y es que volvió a enamorarse de su negra y... él sabría el resto.

Después llegó a la casa, a una casa de paja asentada en pura tierra como un hongo, muy a la entrada de la hacienda *Yataquí*. Como que lo habían conocido.

— Y ¿cómo así por estos trigos, Dr.?

— No soy Dr.

— Taita curita... entonces.

Bastidas se sonrojó

Hasta los chagritos tenían razón. Son los que no pierden de vista ni el orinado de un burro. Siguen el

rastro a través de cien leguas, y no es q' siguen, leen clarito en la cara *fiarusa* del suelo.

Apostarían el pescuezo que el buen señor (no se atrevían a llamarlo *santo secerdote*) fue el que cayó con un accidente en el altar de Baños.

En el pueblo de Totoras pasó una semana:

Cerca de San Miguel de Latacunga contrató una mulita de montar a un cholo arriero de Machachi. ¡Ahl el trompudo Miranda que fletaba costales y jáquimas de cabuya a tales o cuales! ¡Qué boca de infierno del bruto! Vomitaba carajos y carajos como saliva del hocico. Una muestra de arriero valiente y de borracho decidor. — Si Dios me ayuda, el año que viene haré la fiesta de Corpus con mi compadre Pacho. Así como da la llaga da la *medecina*. A Baños me he ido como unas diez veces. Este año, . . . en este año con las cosas que se han dicho de la romería. . . . ¿Estuvo allí, patrón?

¿Quería sacarle de mentira a verdad?

— No . . . no estuve.

— Pues, Sr. muchas novedades. ¡Caracho! ¿Quién sería ese mal cristiano para haber hecho tal cosa? ¡Abandonar el altar a medio decir misa! Eso por una parte. Por otra, dos *runitos* del alto se han ido en el río de las Juntas.

— ¿De veras?

— Dicen así Quién sabe. Y luego la muerte bárbara que le han dado al juez de Quero cerca de Pelileo. ¡Lo que hacen las copas! Lo mismito que a una res degollada. ¡Pobrecito! Alguna venganza. . . . .

— Malos. . . . . pero ¡qué malos indicios! No era poco lo sucedido en la iglesia.

Bastidas se helaba de pavor. Claro que no era poco. ¿Acaso no habrían de saberlo en Quito? Y supo-

niendo que la cosa quedara oculta--que no había de quedar— el dolor, el dolor inahogable de ser un tráfuga, un prevaricador público, un ingrato con su Dios. Era capaz de... de matarse nó, de correr a los pies de un confesor y decirle todo, todo. Le había de confesar con lágrimas definitivas, se había de golpear el pecho con una piedra, como S. Jerónimo. Pero si es que estaba consumada su apostasía. ¿Su apostasía? No, Sr, no había tal. Era tan diácono como cualquiera, así le partieran por la mitad con un hacha. Llevaba sotana y muy pegada al cuerpo. Su sotana ¡ah! como un talismán misterioso, como un cobertor paternal que le calentaba de una manera....!

Solo que no era digno de conservarla como antes. Había pecado, ya había pecado tantas veces contra la pureza. Luego, el traje sacerdotal estaba desgarrado, debía cambiarlo con la indumentaria seglar por ahí no mas.

Le remordía solo el pensarlo. ¡Cómo! El que sacrificó su vida allá en Colombia cerca de doce años? Y la excomunión consiguiente? ¿No habría excomunión? Bueno, el odio, un odio crónico que le cobrarían los de su clase.... todos a una. Repugnancia más bien. Hasta los malos le asquean a un renegado, lo toman entre dientes como causante de calamidades. Siempre le asignan a puesto ínfimo en la procreación ¿no es cierto? Dan a decir que los suyos nacen contrahechos, idiotas, tan fatales como el judío errante.

Llegó a Quito.

En la plaza de Santo Domingo le dejó la cabalgadura del bocón Miranda. Se quedó alulado, sin saber por donde *empuntar* los pasos. Si de verdad tenía amigos, muchos parientes unos cuantos condiseípulos, no

se creía con valor para buscarlos. ¡Qué horror! ¿Y qué dirían?

Reflexionaba andando despacio. Pues ¿qué habían de decir, si lo veían con sotana? Además, que no era una decisión rectilínea la suya. Dios le estaba viendo, Dios que le guiaría de la mano en aquel trance.

Y se puso a recorrer las calles con el ánimo desvenejado, roto.

Temía caerse de debilidad moral, tropezaba como un borracho por las aceras ásperas horadadas, por los aguaceros. ¡Qué calles! Tortuosas como callejones, descoyuntadas, grises, con una llovizna persistente, inocua, suscitaban un mal encuentro, al torcer una esquina.

Esa calle de *La Ronda*, la del *Cucurucho*. La hoy carrera Guayaquil, como la Chilena, la *Guaragua*, una especie de viacrucis por lo empinadas. . . . .

¿Dónde estaría su primo? Su primo Tito Julián era una caja de música, y de seguro que se hallaba parrandeando por Carnaval. El, que no dejaba escaparse un domingo, el onomástico de un amigo ¡qué esperanza de hallarlo en sus cabales! No, era algo como imposible ir hasta la quebrada de Jerusalén. Por allí no respetaban a nadie. Jugaban con lodo las cholitas del barrio, esas *guarichas* del Aguarico, más borrachas que mandadas a hacer.

A buena cuenta que se acordó que era día martes de Carnaval. ¡Qué confusión de gente tonante por las calles! Se embarraban con maizena, con azul de Prusia, hasta con huevos, desde un balcón a otro a veces.

Y agua! al que pasaba. Agua! al que corría a escape. Agua de la pila. Agua en tarros de querosín

baldes buscados en la cocina.

Los muchachos *churrientos* eran los protagonistas, los priostes interesados en hacer el agua lodo en la cabeza del más bendito.

Dentro de poco llovería con más fuerza.

El cielo de Quito clareaba por el lado Sur. Parecía un cuadro bíblico semiborrado de Mideros, un cuadro con mucho sol y colorido.

¿Quién creía en el cielo de Quito, tan engañoso como el amor de una *chullita* de tres al cuarto? Cabalgatas en derrota eran las nubes. Se descolgaría la lluvia menudamente, estando el día claro, pintarrajado por el halo del arcoiris. Y luego se verían los nubarrones disgregarse como recuas de burros cansados. Del horizonte saldrían parábolas de relámpagos, rugirían unos monstruos alocados de un confín a otro, como sobrecogidos de cólico miserere.

Y nadie optaría por atreverse a abrirles las entrañas. Morirían lanzando bufidos lastimeros.

De súbito iban a decir que el rayo—se pondrían a rezar en la ciudad devota—cayó sobre la Basílica, que destrozó la torre resquebrajada de la Merced.

Bastidas había andado sin ideas, vaciada la voluntad por espacio de tres horas.

Y ya se sentía perurgido por la oscuridad, por el abandono brutal en que se encontraba. Quizá eran cerca de las ocho de la noche, de una noche que lloraba como él para dentro, ¿A qué se decidía el fin? Se arrojaría en brazos de su Señoría Ilma, convicto y confeso?

A dos pasos estaba el Palacio Arzobispal. Todavía

le quedaba tiempo, aunque lo dejase para la mañana siguiente. Solo así podía rehabilitarse, sufriendo un castigo fuerte, una reprensión en carne viva que le aprovecharía con mucho.

Ahí tenía también al P. López de S. Francisco, que lo conoció desde seminarista. Le haría llamar a la portería como para un caso de emergencia.....

Muy apenas se movió hacia allá. Ya era mucho animarse un poco.

Pero no iba realmente empujado por su propia voluntad, por el deseo de volver sobre sus pasos.....

Sintió un vuelco en sus arterias dolorosas. Y Eudocia, su Eudocia que talvez estaba en espera suya? ¿No era la que le hizo venir desde Baños?

Mas bien dicho, él se movió por ella, porque la volvió a querer más que antes, hasta tocar con la demencia. Así pues que, si no le dejaban obrar sobre ella, se le revolvería el seso.

Vivía por allá por S. Roque en una casita de alquiler por el entresuelo. No estaba sobre aviso. No se habían dado palabra de honor. Más claro, ella no miraría bien semejante aspecto de cosa, y a ser posible, intentaría meterse en una quebrada.

Cruzó la plaza de S. Francisco, ciego ya de irresolución, enfrentándose a tientas, buscando en el aire esa silueta de mujer que se perdía de sus dominios de hombre.

Cogió la calle Imbabura, dejándolo atrás el rincón de la *Cruz Verde* y halló con la vista la casa de un solo piso de su codiciada Eudocia Cáceres; casonal colonia con

dos entrepattios moriseos, empedrados como el lecho de un río serraniego.

Miró con ciega ansiedad y entró.

La sotana se le iba a enredar en los pies, al traspasar la puerta de calle.

La sotana venía a ser, al fin, la intrusa intentona de querer disuadirlo por un segundo.....

Pero ya estaba adentro.

La consumación trágica de su vida sacerdotal, casi al comenzarla. La voz de la sangre del otro, o de otros hijos suyos que estaban por nacer.

---

# POR UNA JOCHA

---



## I

Más inquieto que un gorrión espantadizo, se puso a cavilar sentado en el surco de papas. Con los pies terrosos, como pezuñas de buey viejo, hurgaba en el suelo.

A ratos con una rama seca arañaba, haciendo por querer delinear, no sus pensamientos, porque nunca supo pensar, ni le habían enseñado a trazar la primera letra. I sin embargo, era una especie de A la que le salía de tanto escarbar, hasta con el dedo sin uña.

Se le clavó una obstinación en la cabeza, lo mismo que una espina en el cuero del talón, con la diferencia de que le era más fácil hacerse un tajo con un trozo de vidrio, en tanto que.....

— Ahora. ¿qué hago? Mi compadre Lucho no me ha de perdonar *la jocha*.

Justamente la fiesta en cuestión estaba a las puertas. ¡Y qué fiesta! Ni con diez barriles de chicha quedaría bien. Le habían asegurado que con chicha y trago no se llenaban las aspiraciones del prioste, una vez que él por su cuenta y riesgo, y como para dar de baja a sus compañeros, se estaba preparando en forma. Lo que hacía falta era alumbrado, claro que sí. Unas cuantas arrobas de espermas de a una y dos en libra el paquete, y si a mano viniese, *volatería*.

Buscaba con la imaginación algún medio posible

de reunir *Dios dando licencia*, siquiera unos diez sucesos en plata. Basta. Un gran tapaboca, para tantos envidiosos, habladores y malquerientes, y aún del mismo compadre que antes de tiempo andaba por ahí ridiculizándole, volviéndole al revés y al derecho, sin respetar el parentesco sagrado que existía, por sus dos criaturas, por más señas.

Dos semanas que le habían zumbado de la hacienda. Y él no quería reconocer su falta, por más que le hacían ver su inutilidad.

— Por ocioso, bien hecho— graznaba su mujer— ¿Acaso el patrón es loco?

— Te haces al ño Alfonso, pedazo de bruja. ¿Qué más quería él? Ahí está la yegua que me hizo buscar hasta en la iglesia.

— Dízqué le has respondido en delante del mayordomo.

— Mentira.... No le faltaron pretextos.

Un puñado de polvo recibió en los ojos. No que ría llorar ni era cosa de aburrirse del todo. En último caso, ya lo tenía pensado.... Eso sí, saldría del apuro, y como nunca, haría ver que él, Tadeo Chango, no se quedaba con una triste jocha. Al contrario, era hombre de pundonor, que devolvía el doble.

El rocío de polvo peinaba los *yuyos*. Más allácito las matas de sauco se daban abrazos afectuosos al borde de la acquia alfombrada.

Los maizales mustios de la cuesta blancuzca, entre tanto, tiritaban como largos desarrapados, Y los euliptos, dispuestos a trechos desiguales en esa especie de tola de piedra pómez, lo mismo que los capulíes macilentos, se repelían unos contra otros de rabia. Había avanzado la tarde con un bordoneo de viento húmedo. A-

sí era el friecito penetrante, una racha prófuga, quebradiza, que atrofiaba los norvios cansados.

Tadeo quiso accionar un poco, arrancando malas yerbas para los animales que pastaban en la ladera seca. Y se resistían las raíces, y el suelo cretino no cedía al empeño, como no cedería nunca el dueño del predio en volver por él, que era un buen *concierto*, honrado y con unas hojas de servicio admirables.

Todavía los runas vagabundos entraban y salían en las chicherías. Y como era día lunes, natural que se dieran gusto con su plata, y sin pedir favor a nadie.

Eran tantos, que no cabían en el sotabanco de carizos. Estos siquiera promiscuaban a dos carrillos mondongo envuelto en ají con la infaltable ponchera a medio llenar. Y se pasaban de mano en mano un tasajo de fritada, un puñado de mote, los chochos en la cuchara de palo, en son de picarse para el brindis con el pilche lleno.

No habían de ser muy expresivos los Pacari, los Quinatoa de Salache, los Pacha, Pillajo, Poaquiza del lado de Rumipamba, acostumbrados a lidiar a ño Gustavo Proaño, *más* malo que un toro bravo.

A corta distancia, y siempre al filo del camino que conducía al páramo, había ventorrios de chichá madura, cuyos clientes próximos eran las moscas, elevadas a la milésima potencia. Danzaban en torno de los barriles, de los bancos apollillados, de las mesitas cojitrancas de tres patas, de las paredes bruñidas de hollín. Los bebedores dejaban esa comparsa, en posesión de los desperdicios y los innumerables asperges con el dorado licor.

Ya se veía acogotado del todo el Mariano Puñú

cerca de la clásica pocilga, mientras la Trini hablaba golpeándole sobre el hongo seboso del *llapango*. El Gabino Taço como que era el prioste malferido de la función, porque se erguía aún desafiante, arriándose el poncho insu-miso al hombro. Le habían hecho gastar todo. Pero no importaba. Tenía crédito, y seguiría dando de beber a tanto malagradecido, más limpio que un hueso de borrego.

Después ya no se contuvo. No era posible que lo dejaran solo. Muchos dormían agrupados como calabazas podridas en el regazo frígido de la arena. Y la sombra cobijaba a uno que otro, que haciendo piruetas, aullando, insultando al vacío, pegando puñadas al aire, llamando a la *huarmi* a cada paso, tomaban la delantera.

Iba a pasar el Tadeo con su *sobaco de yerba* cuando le cortaron a quema ropa.

— ¿Qué hacís a estas horas? Ven tomarís una copa.

— No tengo medio.

— Si no te pido . . . . . Ya me conoces que no necesito del saludo de nadie. Estoy acostumbrado a gastar.

Le vino como una luz a la mente. Cuando así hablaba el borracho a queste, era porque esperaba que le dieran mas bien y sobre la marcha. Alargó el paso y desapareció. Estaba tan de malas, bien se conocía que hasta los perros de la calle se levantaban a insultarle. Y ahora este bagazo, más endeudado que él y más que todo charlatán, traposo, amigo de buscar riña, sin tener un adarme de fuerzas.

Se santiguó por último. Las voces venían de atrás y le escofían la piel.

— Perro, sinvergüenza, ladrón! Yo cá sé trabajar duro, duro.

— ¿Y yo no sé? — se dijo entre dientes — sería capaz de regresar y romperle... pero nó, yo soy el que pierdo...

En el alero de su choza había girones de bayeta a secar. Las púas de las pencas mirábanle como diciéndole que alguien había registrado dentro, ¿Tal vez su misma...? ¡Ah, nó! Ella rondaba por la hacienda de ño Alonso ayudando en el *desnave*. I todo para que la viera el patrón. Siquiera por un real se quedaría ella, o se aguantaría látigo sin miedo, con tal de contar con algo seguro.

Tadeo aguzó los ojos, expurgando con las manos en el techo de *sigse*. Como que la llave de palo de la puerta no daba vueltas. A ver, ¿dónde estaban las tres gallinas que dormían en un *larguero* de *muelle*? Ni la puerquita de la estaca, ni los cuatro borregos que soltó en la cuadra vieja, ni el burrito que dejó maniatado al *guántug* de la *cocha*. parecían. ¿Qué le sucedía, por el amor de Dios? Sobre lo que estaba arruinado, hasta no más, esto... ¿sería posible?

De un puntapié abrió la hoja de la puerta. Se conocía que lo querían allí, cuando una bocanada de aire tibio salió a recibirle. ¡Qué suave silencio el que le esperaba, colado a las paredes, a las paredes no, a la ramada con amasijo de lodo amarilloso en los intersticios! Así grotesco y bajo como su cobertizo de cabuyos, era su casa propia, que le abría los brazos protegiéndole del viento, que silboteaba por cada hendidura de las pencas mal sobrepuestas.

No se imaginó que estaba consumada su desgracia con el abandono de la que debía estar allí junto al fogón humeante. ¡Como! ¡la Chepa? ¿Y por qué? Si ni siquiera habían chocado como otras veces a eso de la media noche. Se había compuesto él desde cuando el mismo

patrón le amonestó con el calzoncillo a la corva. ¡Qué iba a repetir un término a su *pobre unguay*, cuando la veía más flaca que una lagartija, enferma y lisiada de la rabadilla! Por sólo pisar mal se iba en sangre, y sería él quien la pondría en pie. Además que estaba *empeñada* en la hacienda. Bueno, eso de estar *empeñada* era cosa de ella. El ni siquiera lo intentó, entre tantas cosas por no volver a sufrir palizas, hambres, una mar de injusticias, a cambio de un realito por día.... Lo dijo él con juramento, que ni muerto se acercaría a la hacienda, aunque le adjudicaran dos varas de *huasipungo*, que mucha falta le hacía.

— No es ningún ladrón de a fuera—exclamó revolviendo el último trapo de la cama pringosa. Cuando el corazón me anuncia.... porque si nó, se habrían cargado con todo. Ya mismo me voy *donde* el hijo.... Allí debe estar. Vea el pago que me dá.... ¡Soy capaz de contramatarla de una vez!

Y reconstruyó la trama.

La Chepa era de mediana edad, como tenerla por delante. Viéndola bien, no estaba muy ajada como él. le pasaba con unos veinte años. ¡Pobre Tadeo! Ni con la primera mujer anduvo de suerte. Bien lo recordaba, cuando allá entre parientes y entremetidos le hicieron alto a la muy perra. Esta otra con razón, con justa razón, por ser menor de edad, y más que todo, porque con ser india mal vestida, se finchaba con sus carnes intactas, y clavaba unos ojos endiablados en el fondo. Dos hijos y nada más lanzó al mundo. Daban a decir que ni uno solo era de él. Y cuando borrachos se decían las verdades, ella, ella le enrostraba con frío desparpajo. Perradas así no le enfriaron nunca, más bien le llevaban loco

como un can hambriento de *bebida en bebida* achicándose, tornándose en una especie de animal huérfano, que pidiese cobijo y adulo, lejos de todos. Con ella hizo viajes a Quito a buscar trabajo. En hombros la hubiera llevado desde la cuesta de Santa Rosa, aún cuando ella era más fuerte. Con ella hizo la fiesta de San Vicente gastando lo que había y lo que no había. Con ella *pasó* el Corpus, en unión del Melchor Sinche, a quien le hizo correr con tanto preparativo, en fin, con ella, que pidió por la salud de su primer *guagua*, hizo una romería al Quinche a piecito, se hizo apuntar para la fiesta de nuestra Madre y Señora del Tránsito, y ahora estaban con semejante compromiso!

Y al pensar en esto, se le enfriaron las puntas de los pies. La cabeza le daba vueltas. Tuvo ímpetus de gritar fuera de la choza.

Tal vez estaba por ahí cerca oyéndolo; tal vez era la misma voz lejana que medía a esas horas la longitud de la loma vecina. Muy bien podía andar en busca del maldito borrico, de la gata andariega que cargaba a sus cachorros de casa en casa, hasta que daba buena cuenta de ellos por el llano.

Quiso entrever en la oscuridad, oler en el frío del infinito, adivinar en el caos esparcido en la soledad incolora.

Los objetos se presentaban deslucidos como el cielo agreste; se iban alejando, se convertían en humo, en ceniza, volaban hasta el éter. Solo quedaba fantasmas atisbadores, tómulos aviesos en torno, formas desvaídas, en cuya inmovilidad enterraba el cierzo sus garras. De rato en rato por la puna resbalaban quejas insólitas, ayes de almas condenadas a divagar como lucecillas e-

rantes. El suspiro de la noche hacía temblar el pajonal, subía por el antebrazo de las parásitas adosadas a la quebrada. Y sobrecogidas de miedo se agrupaban las ovejas en el redil, sin barruntar en las tinieblas el vaho enemigo q' se mezclaba con el sopor de los *chilcales* dormidos.

Los runas de los huasipungos lanzaban sobreavisos con un grito prolongado, persistente, fragmentado en ecos. Y los que descansaban con sus críos bajo techo soñaban episodios siempre fatales. Se veían perseguidos por el patrón a través de un vericuetto sembrado de piedras. O era la res manca que ganaba la pendiente, vista de lejos por el linco del mayoral. Otras, entre dormidos y despiertos, las tenían con el blanco abusivo, q' medía las ancas de la longa tonta, cazada detrás del *sig-sal*; y el atadizo de ropa mugrienta que entintaba el agua, rodaba por la corriente, llevando un mensaje, tal vez la delación misma al *taita* ignorante del hecho.

Se creían también con cuatro dedos malos bailando el *yumbifo* en un bodorrio, al son de un tamboril seco, en el intestino del cerro.

La Juana, la Micaela, la *paya* de la Manuela Chima habían trezado un baile en el camino, jurándose amistad eterna, enterradas hasta la ingle.

¡Conque todo era por su ineptitud! ¡Quién le había dicho eso? La Chepa. La que le dejaba a tiempo, confinado en medio de deudas y con un compromiso brutal. Y no era que hubiese oído ella, sino que lo sintió con su criterio de zorra.

No era hombre para ella el Tadeo, ni por el tamaño, ni por sus energías que se iban acabando. ¡Cuánto le habían hecho ver! Que se alejara de él, que lo botara como a cacharro roto. Tenía a su hijo Julián, que

estaba criándose a toda leche donde el Administrador. Su hermana Rita se había *metido* con un blanco de la hacienda *La Poza* y se estaba levantando como espuma. La cuestión estaba resuelta desde que uno y otro la instaban, descubriendo a sus ojos maravillas de lo visto a lo pintado. Fuera de que, para sus adentros, ella ya le iba *tragando* a cierto hijo del mayordomo, que en el *cave* de papas dió por tirarle terrones. El *huambra* no intentaba buena cosa, cuando se permitía pasarse de bromas. ¡Qué importaba después de todo! Pasaban de veinte los que le hicieron cosquillas con sus palabrotas. Y no faltaron también golosos de su carne morena.

Bien se acordaba de lo que pasó con el amo Rafael, cargado de copas el día de su santo. No era cosa pasajera. A fuerza de hacerle tomar la cerveza sobrante, vino a exigirle unas cuantas más, palpándola con interés en el hombro, hasta que en un momento tal le dijo todo con claridad. . . . . ¡Qué lujo de patrón! Cada vez que se encontraban, no le faltaba con su peseta. Y ya fuese en presencia de gente, ya al darse el cruce en el camino, solo con Dios y María Santísima.

---

Chango caminó al azar gran parte de la noche. El terreno se presentaba como un lomoso arenal, perdiéndose en el circuito de montañas. De vez en cuando había que esguazar acequias fronterizas de *agua comprada*, llanadas sin barbecho, veteadas de grama estéril, pendientes *cangaguosas*, en forma de bola, senderos borrosos al través de sembríos agostados.

De súbito se daba con un callejón de cabuyos, repleto de arena, que sesgueaba en torno de enormes retazos apenas laboreados para la siembra de maíz. Y comenzaba la sucesión de potreros, y potreros y potreros con sus brotes pajizos arrollados por las heladas. Comprendían centenares de cuadras en varias direcciones estriados de yerba de janciro en partes, con pozancos de agua estancada, y abarcando una flora inclasificable, por no existir ninguna en el conjunto. Matajos, yerbazales ruines, formando un cercado monótono, arbustos enraizados como escolopendras en el talud de la peña, raigambres invasoras puestas al desnudo en el brocal inundado, vallas de cabuyos, apuntalados como lanzas en resguardo de la concavidad del valle, éste sí con la humedad del reguío frecuente, todo él apelmazado de árboles señoriales. No era un disgregado irregular del bosque

en pleno llano, sino la arboleda equidistante con dispositivo de huerta frutal. Y es que ahí dentro, en una esplanada risueña, con vista a la proficua redondez del horizonte, se levantaba la hacienda de ño Alonso. Una casona en cuadro con corredores amplísimos, patios como plazas rurales y una decoración infaltable de jardines bucólicos encerrados en el santuario de las tapias florde-lisadas o cubiertas de tejas.

El indio conocía perfectamente la entrada. Sin más que dirigirse a tientas habría llegado hasta la cama del patrón. No era un extraño para los perros, que le sentían venir desde lejos. Los caballos relinchaban de gusto en el corral y las gallinas cloqueaban congratulándose a su modo.

Pero, antes que otra cosa, soñaba con su mujer que la había dejado sin motivo. Quería ver qué cara ponía después de semejante hecho. No le diría «Dios le pague» aunque interiormente se moría por ella.

Con ayuda de su olfato de indio *conocedor* fue a dar de bruces con la casucha de la Rita. Una semilumbre tenue bajaba del ciclo raso blanquecinado por el oeste. Sin golpear el puertajo de cuero, entró,  
— ¿Y mi Chepa?

La Rita no respondió. En la misma yacija de paños se amontonaban hasta diez. Encendieron el unto del mechero.

— Aquí no hay ninguna Chepa—replicó con acritud somnolienta la Rita, atizando la luz— Ayer estuvo por aquí.....

— No la he tocado ni el pelo de la ropa. Ella misma debe decirme en mi cara. Ahora que ya se haya cansado de mí, es otra cosa.

— Ella no dice nada.

— Bueno, que no dice, pero allá va a dar. ¿No es cierto, Chepa? ¿Qué te he hecho?

— Taita Mateo cree que le engañamos. *Helé éntre y vea de uno en uno,*

— Allí está, allí está.

No podían disuadirle de lo contrario. Si la palpaba dentro de la bayeta caliente. Si era capaz de ir a levantarla de en medio de los cachorros que roncaban como serpientes.

En la plataforma del patio se encuadró en su proyecto anterior, toda vez que no quedaba otro remedio.

Se había despejado un poco el ambiente nocturno. El brumaje sucio adquirió un claror de platino, y se vieron las estrellitas guiñándose al trasluz del pingajo roto del nubarrón. No era el escalofrío de lo alto, sino el susto que le cogió desde que entró. Le estiraban las vértebras. Apenas se sostenía en pié, y sin embargo, rumiaba la mala intención en sus menores aspectos. Se ladeó a un rincón, alorado y balanceándose. ¡Cómo llevar a cabo nada, si le martilleaban a dos manos en el pecho? La boca reseca, tapiado el conocimiento, con una mole encima del cerebro, roído de tristeza, oprimía su intento, como si lo tuviera pegado al vientre, y luego con más gana su sangre corría aceleradamente infundiéndole un valor febril.

Hasta que se decidió.

Era la primera vez que sentía la necesidad de lo ajeno, y por eso gastó más de dos horas mortales.

Una vez más sondeó en la oscuridad. Más densa era la que proyectaba la pared, con más esa runfla de ár-

boles, entre cuyas sombras se alargaba la suya unas cuantas varas. Capaz de creer que eran espías inmóviles y que contaban el mínimo paso del intruso con las manos en la masa.

¿Por cuál iba a comenzar? Cambió de idea en un segundo, al recordar que por el relincho darían con bola. Pues bien, dirigió las narices en otro sentido. Por ahí se había fijado en dos pollinos que no hacían mucha falta entre más de una docena. Los palpó previamente, juntólos con un ronzal grueso, montó en el uno, y seguiría el otro detrás.

Cuando estuvo a diez cuabras de distancia le sentó el corazón.

El firmamento suspendió su gravitación, y las colinas y las prominencias enormes con su cauda de humo cesaron de seguirle fatigosamente. Entonces pudo darse cuenta cabal del hallazgo. Una sencilla operación aritmética. Algo como decir cuarenta más cuarenta. Estas dos cantidades colosales vibraban en su cabeza, sin darle tiempo. Cuarenta más cuarenta. Cualquier otro hubiera borrado esa suma de dígitos que mostraba ahora la pizarra de platino del cielo.

Apretó el galope a todo lo largo del camino escueto, entizado con el caolín de la peña. Había avanzado hasta un punto que no conocía ya, y por cuya extensión se empujó con placidez de triunfo, seguro de que al romper el día llegaría a la plaza de Angamarca.

Apareció la luna en menguante, y tuvo luz suficiente con que afrontarse por el páramo, y a rompe sincha siguió el muy temerario.

En efecto, eran las cuatro cuando se abocó al pueblo, montado sobre pelo, trasudando más que de cansancio, todavía de flojedad, de uno como ahinco de arrancar del bolsillo del primer negociante los cuarenta más cuarenta patacones, que pediría por los dos borricos, sin permitir ofertas.

---

### III

Durante más de un día había trajinado con la boca seca. Apenas se acordaba del escenario que iba dejando: Angamarca, El Corazón, los páramos cejijuntos, vistos al trasluz de una lumbrecilla húmeda de invierno, pastos, llanuras secas, prominencias ariscas, amarillentas, fumosos arbolados, con una que otra chocilla ruin, uno como horizonte semiapagado y movedizo.

Revisó con el recuerdo la feria de animales y se crispó de espanto. Si por un acaso le hubiesen visto!. Pero nó: El chagra comprador, un chagra gruesote, de poncho, de poncho leonado, brusco de mirada, gangoso, que decía ser de Cusubamba, le compró los borricos y se marchó. Manifestábase él también avaro del tiempo.

La fatiga le secó la saliva, sintiendo que las fuerzas no le obedecían. El calor meridiano se le metía por las costillas. Y no es que había sol para uno sólo. Toda la ilimitada pampa hervía y rebrillaba. Los esqueléticos arbustos danzaban sobre la fragua, saliéndose un poco hacia un reguero de sombra. Con una ansiedad enteca recorrió el vasto tramo que tenía que seguir, y no pudo resignarse a descansar un segundo. Ya no venía hacia él la barriguda subida del páramo. ¿Bus-

caría un sitio sombrero para pensar mejor? Y ¿qué pensaría él, que de puro aguzar su pena, sin compensación alguna, corría desalado, tragándose el ventarrón desabrido de la puna? Su mujer, su mujer que le acompañaba, sin acercársele nunca, la *longa peste*, más arisca que el gato ageno, le obligó a desenredar sus cavilaciones.

—Tal vez con plata, porque por la plata baila el diablo.....

Y se dió a planear su proyecto, más que proyecto, resolución de buscarla de buenas. Ahora sí que conseguiría ablandarla. No hay mal que por bien no venga..... Los dos borricos de ño Alonso..... gracias a ellos se portaría de lo lindo con ella. Casi, casi le hizo caer de gusto el presentimiento de que lograría atracerla fácilmente. La vió clarito dibujarse complaciente con el hallazgo; un hallazgo jamás adivinado por ella. Ya contaba con más de lo necesario. Ambos, recién anudados con el cariño, forjarían la forma d'agradar al compá Lucho. Más que jocha, resultaría un obsequio pingüe, como para un abogado, en vísperas del término de prueba. ¡Qué ojazos pondría el tal compadre! ¡Cómo se afanaría en repetirlo a los demás, con la pócima en la mano!

—Mi *compá Tadeyo*, ¡qué portado ha sido! ¡Viva mi compá Tadeyo, que honra mi casa!!

Sin mucho esfuerzo buscó el herbazal húmedo para sentarse.

Le instigaba un apetito rabioso. Como dos días mortales que no probaba bocado. Podían ensayar un tamborileo ruidoso para una minga en su desmantelada barriga. Ni máchica, ni un puñado de maíz. ¿Con qué

pensaba aventurarse durante su caminata? ¿Se olvidó por ventura, al salir de Angamarca, o era que su cuerpo no reclamaba nada en tal percance? ¿Su sangre de indio, afebrada, enturbiada por la desgracia, se oponía también a una reacción?

Más que el abinco de buscar alimento, le perur-gían los revuelos de su mente. A cada paso daba en con-tentar a su mujer, a su Chepa. ¿Le compraría un ter-no de bayetilla morada? ¿Le regalaría una cabeza de ganado? ¿No sería más acertado abrirle la palma de la mano y dejar ahí lo ganado en buena guerra? Este pen-samiento revoloteó en su delante, se dejó coger como pe-druzo quemado con las dos manos, y así fue cambiando de la una a la otra algunas cuadras.

Ya bien cimentado en el fondo de su voluntad, lanzó la piedrecilla escoriada de humo del proyecto contra un copudo capulí, enflorado ya antes del exilio de setiem-bre.

— Vamos a ver qué ladra ahora.... Antes por que me vía más limpio que una pepa de guaba. Como dice mi comadre Angela, en ese espejo no se han de ver.... En último caso, de las orejas la saco como a un conejo.

La Rita era la más interesada en dañar el ma-trimonio. Tarde y mañana le golpeaba en el magín de su hermana Chepa: que no le volviera a ver ni de lado; que era un perro, un sin provecho, un hueso pelado; que ella debía haberse fijado bien; que la mujer por algo es mala, y si llega a ser casada, no tiene por qué vivir atada a un poste, pariendo solamente, sin ver un *medio* del hombre. Que ella, con tiempo le había hecho entender a su marido, y que éste era un burro de carga.... Jamás le escondía bajo el poncho lo que conseguía, mucho peor

dentro del ceñidor lo que ganaba sudando del sol a sol. Y si no ¿dónde le hubiera dado el agua al muy infeliz?

— Un blanco da harto, cuando es bueno, para que sepas. ¿No ves a la Luisa Aguagallo, a la hija de mama Inés Cumba? No seas tonta; no le hagas caso. El Tadeo... tu Tadeo está como perro dado en la cabeza, viejo, inútil.

La Chepa, antes de nada, hizo lo que hizo. No iba ahora a ser catequizada por su hermana menor, más bullanguera que una lora. Se había comprado un espejito de mano. Nadie, sino ella misma se decía que iba a interesar al *huayna*; por eso lo guardaba en el seno dentro de un pañuelo de nariz, color canela, en donde se apretujaban unos pocos reales y centavos con qué acudir a la fritada los martes. Se miraba orondamente en el espejito, deprimiendo los labios, pasándose las manos por la frente retostada y con subrayados surcos. Las fimbrias del pelo grueso se resistían tenazmente a ensortijarse, y con todo, ella hacía dengues, remilgos y fruncimientos con vista a la imaginada apostura del amante que llevaba en su mente.

° ° °

Tadeo fue contando los pasos, antes de llegar al chozo jorobado de su cuñada.

— ¡Rita, cuñada Ritaaá!

El perro gazmoño, puntuado por las orejas, no era lo que él buscaba. Dió un ladrido de sorpresa el animal, luego ondeó la cola familiarmente, buscando de nuevo el rincón.

— Como que ven al diablo, todos se esconden.

— No debo a nadie para esconderme.

— Cada uno busca lo suyo. Si no supiera que está aquí la Chepa.....

— Aquí no hay ninguna Chepa.

La voz del Tadeo se suavizaba hasta la súplica:

— No sea así, cuñada Rita. Ud., sobre todo *amarcó* a mi Felipe. ¿No tiene alma? ¿Qué hace tapando a una mujer casada?

La Rita le soltó una mirada iracunda. Capaz de creer que con su empaque rollizo se iba contra el intruso. Hizo por entrar y salir en los dos boquetes en forma de cuartos, anubarrados como sus ojos. Y se dió después a esparcir maíz podrido a las gallinas.

— ¡Chepaaá!!!

Después empezó a levantar polvo en el patio. Barría con un manojo de ramas, vapuleando la parte terrosa. El desdichado Tadeo no se movía, viendo ir y venir los ademanes bélicos de la india. Ya la sentía encima con un palo. Reculó un poco, sin hacer caso del copo sucio de polvo que le atosigaba los ojos.

— Oiga *comá* Rita, ¿no es bautizada?

— Borracho creo que está.... Ya mismo le hago comprender.....

— Ud. a lo menos sabe leer. Dos años estuvo en la escuela. *Distinto* uno que se ha criado como perro. Yo mismo no he visto la cara de un libro. Pero, no por esto ignoro que tengo que morir.

La Rita no se contuvo.

— Ave María, como si fuera *guagua* tierno. Si es hombre, ¿por qué no busca con una vela?

Y entró desaforadamente, como en pos de alguien.

— Aquí está.... Aquí está.

— Como es un *alfider* — rezongó desde adentro.

— Chepaaaá, vamos, hija, vamos. *Oite, oite*.

— A ver ¿qué *querís*? — preludió la Chepa, sacando al aire la forma fecunda de la barriga, forrada con una camisa de *bregué*.

Tadeo dió dos pasos jubiloso.

— Nada.... Sino que nos hagamos de *a buenas*.

— No necesito.

Sin embargo, fue saliendo del patio.

— Todo se olvida. Además, que no te he hecho nada.

— Bueno, yo no quiero saber que soy casada. Dispara-té, para seguir sufriendo.... ¿Qué sombrero de paño, qué bolsioción de bayetilla, qué camisa de manga larga para decir: ¿«por esto me sacrificué»?

— Ya te daré, pero vamos a *la casa*.

Tadeo puso la dureza de su mano sobre la india que le hablaba con los ojos bajos. Y después de un rato de indecisión, ella se dejó tomar de la mano, ladeándose, haciendo alto a cada trecho, a fin de que el o-

tro repitiera los mimos y las ofertas, las ofertas nó, sino tal o cual promesa intangible, pero que iba a ser realidad.

La prueba que él se palpaba el ceñidor de lana en donde guardaba sus billetes, que pugnaban por convertirse en centavos en sus manazas sudorosas.

Las de ella sudaban más al contacto del sudor viril, que embadurnaba un rostro humilde, cogitabundo, color de moyuelo crudo.

— Si supieras lo que he sufrido. No te puedes figurar . . . . . Un hombre solo es peor que un animal ¿de dónde acá se te ha puesto . . . . . ?

— Es que no te quiero.

— ¿No temes condenarte?

— Aunque me condene . . . . Deveritas que ya no me enseño contigo.

— Y ¿por qué? Debías saber que nunca me trago solo un bocado. De dónde quiera que vengo lo primerito vos . . . . .

— Ahora mismo teniendo la fiesta del compá Lucho a las puertas.

— Y eso ¿qué importa? Tengo lista mi jocha.

— Saqué de la tienda un corte de bayetilla.

— También pagaré yo. Sólo que tengas quién te dé.

La Chepa se apartó a todo lo ancho de la carretera gredosa. Con los ojos en vilo fue escarbando en las capas de tierra. Se paraba unos segundos para arrancar crines de yuyos deslayados por las ranuras del talud, o desprender piedrecillas, con disimulada desatención a lo que el indio enhilaba de rato en rato.

— Yo no tengo quién me vea ni de lad. Como no bus-

co a nadie. Lo poco que tengo o he tenido se lo debo a mi sudor y trabajó. Desde que aprendí a ser hombre ¡carajo! en casa de mis patrones.... Y así y todo..... me trataban como a un propio: Dios se los pague. Después me casé ¿qué iba a ser? Me casé pobre, y con la ayuda de la mujer fuimos levantándonos.... Por algo dicen los que saben que con ambas manos se lava la cara....

— Por eso, por eso mismo, no quiero vivir con vos. Con una ociosa, con una golosa ¿para qué?

La carretera había admitido un cortejo interminable de zanjas. Y se estiraba en una extensión abrumadora, estrechándose, ahondándose, a medida que se espesaba el matorral y los árboles aldeaños ganaban en talla, estirando el cuello como jirafas

— Yo bruta, yo animal. ¿En dónde estaba mi juicio?

— ¿De qué te arrepientes? ¿Por qué hablas así?

— Como no *pues*, habiendo tantos.....

— Tantos, qué? Bien digo que tienes.....

— Sí, tengo.

— Sí tengo, ¿dices? Vuelve a decir que.... — rugió el runa, cogido en el filo de la angustia.

Se fue hacia ella, mas con la mirada turbia, que con el cuerpo, alulado, contuso con el golpe recibido. Quiso empuñar de nuevo la mano arisca de la Chepa.... pero ésta se contentó con pegarse al mogote de espinos.

— ¡Déjame!

— ¿Por qué dices que tienes ótro?

— No he dicho que tengo, sino que me da rabia de óírte. ¡Disparate!, he sudado como una burra. ¿Qué crees? La fiesta de los Reyes *pasé* yo sola. Mías son las dos

cabezas de ganado que están en el cerro; yo gasté en el entierro de taita Juancho; hice lo que pude en el pleito con tu hermano. Vos qué tenís? Ahora no soy tonta. Allá.... cada uno.

— ¿Y tus hijos?

— Ellos tienen su padre. Y luego que ya son grandes. El uno, sobre todo.

— ¿Y qué piensas hacer a estas horas?

— Vivir sola.

— Como no tienes alma.... No digas eso, por Dios, Chepa. Yo soy tu marido legítimo, yo.

— Así parece.

— Vos, me has de enterrar ¿no es cierto?

Lanzó una carcajada la Chepa midiendo la estatura del hombre quejumbroso, medio envalentonado con sus razonamientos. Luego, con una bocandaa de saliva, aguzó la burla:

— El buey solo bien se lame.

— Eso el buey ¿pero la vaca?

— Adónde vamos ahora?— cortó ella, intentando dar saltos y brincos de soltera.

— A Saquisilí. Con un zurroncito de trago, me parece que basta. Mi compá Lucho ha de *considerar*.

— ¿Y para esto no más vamos a Saquisilí?

Antes de terminar la pregunta, ella creyó oír lo consabido — Allí te compro el bolsicón de bayetilla.

— Yo no quiero de bayetilla.

— Aunque sea de paño.

Le sorprendió la calidad de la palabra, y por ello se dignó mirarle con interés. ¿Lo decía de veras? ¿El se había preparado para tanto? ¿En dónde y cuándo se agenció los medios? Y con su penetración mundana

ahondó el caso. Lo desmenuzó y lo saboreó, aunque le provocaba náuseas de tanto saborearlo delante de él. Sin duda alguna había echado mano de las cosas del patrón, cuando de buenas a primeras le ponía en sus manos la jocha y el bolsicón de paño. Tal vez estaba bien *arriñonado*, si bien es cierto que un indio por la nada se emporca y se convierte en criminal.

Hizo un recorrido ligero desde un mes para acá, antes de que ella abandonara la choza sin más ni más. Al verse solo y sin alma de medio, buscó la forma de quedar bien con ella. ¿Y cómo conseguirlo? Claro lo venía viendo. Nadie le quitaba del magín su aventura sucia comenzada a deshora en la hacienda, escarbando por lugares requetekonocidos, con la complicidad de algún *mañoso* como él y que a la hora de la hora se hallaba tranquilo empinándose chicha madura con sus amistades.

No sabían los muy zonzos que al fin se llegaría a descubrir todo. Pues para el olfato avizor del patrón nada queda en el misterio. Los mismos que comen y beben con uno son los primeros que soplan.

Bien o mal hecho, la cosa tenía sus bemoles. ¿Por quién, o por causa de quién, Tadeo cometía semejante brutalidad? Ella misma se encargó de responderse, ¡por quién iba a ser! Por ella en persona, por ella, esquivada, roñosa, exigente y desabrida con él. Por ella él era capaz de salir al camino real, así viejo como estaba. ¿No era para enter necerse? Pero le vino a suceder lo contrario. En vez de reconocer la magnitud de alma de su marido, ella sintió que la suya se negaba a enardecerse. No podía quererle. No le era posible soportarlo en su pre-

sencia. Si cuando ausente le ahuyentaba de la memoria ahora viéndolo allí, con su caraza de lacería, cubierto de hilachas, de lagañas, encervado de tristeza, enclenque, como perro sarnoso, le producía repulsión incontenible. Buscaba con la vista en otra parte. Se adentraba en su interior y exploraba. Y el recuerdo le devolvía una silueta adolescente, la de Rafico, del Rafico Villacís, hijo del mayordomo, con quién una vez -- ¿una vez? -- tuvo que habérselas en un cave de papas. Bailaron hasta la media noche y él obsequioso, y tierno, puso toda su atención en su modo de ser, pegándose muy luego como pernillo meloso. Y unos quince días después pasó lo que pasó. . . . . ¿Como no había de recordarlo dulcemente?

Con este lineamiento de persona siguió caminando, sin chistar un término.

Tadeo, entre tanto, buscaba sus huellas a través de la sombra, apenas caldeada por la tarde. La miraba detenidamente. Tal vez parecía otra. Esta que iba delante, deslizándose con sutileza de lagartija, era más fresca, más airosa, con un atractivo perurgente. Y era de él, y fue de él toda ella, hasta el extremo de haberle dado algunos hijos. De seguro, que no era poco. ¿Quién más venturoso ahora que la volvía hallar?

Tadeo hizo lo mismo que su mujer: sentarse sobre la jiba húmeda del barranco. El sol les daba de frente, invitándoles a cambiarse ternezas, una vez por todas, el sol de los viajeros incómodos en el mundo, de los anticipados navegantes del crepúsculo. Antes que el astro prodigue su romanticismo a las cosas, los que han amado y aman siempre, deben apurar sus besos y quemar su mirra votiva. Después ya no será tiempo. Vendrá la segunda espera, la de la muerte.

— Chepita, ven acá.

Los dos estaban a considerable distancia para creer que seguían el mismo camino.

— Siéntate más acacito. Más parece que te han *brujead*o. ¿Quién te hizo así?

— No hables *tonteras*. ¡Brujeado!

Divisaron el pueblo desde la cresta peluda del cerro.

Al día siguiente era la feria, y que gozaba de fama como la de Ambato.

Tadeo había formulado su plan. Regalarla con distracciones durante el día, con talo cual hartazgo, remojándolo con chicha, allá en un sitio más soledoso, sin dejar de amainarla con palabras recordativas, plenas de unción marital: «la mujer, el marido, la cruz de Cristo, el Juicio Final, etc.»

Nada la entusiasmaba. Ni la plaza abarrotada de gente, de curiosidades, comestibles, de planes tangibles de negocios. A la fuerza iba a su lado. El viento maligno lo había traído para que la sirviera más bien de estorbo. Creía tropezar a cada instante con los suyos que iban a recriminar aceremente. ¿Quién le había dicho que debía permanecer con él indefinidamente? Mas bien le chocaban en lo vivo sus suavidades obsequiosas, sus requiebros llorosos, todo él, pesadilla miserable, recostado encima de su destino de mujer extraviada de estado sin culpa suya. Todo era ver a un joven tocado de un sombrero de paja y sobre un caballo airoso para creerse atraída por la sombra del Raficó. Si no le despistaba un momento. . . . . Le hacía señas con su sonrisita juvenil desde la cuadra de la hacienda. Los potros bisbisaban con las orejas en el dorso de la vertiente; se paraban maliciosos al pie de los eucaliptos lechosos, que

tapiaban el descampado. Y otra vez él en el patio que servía de era y plazoleta. Vestía como su padre un casinete plomo claro; ajustadas las piernas con las polainas nuevas y con el mismo poncho de Otavlo, de cuello rozagante, con botones de concha y perla, con que él la conoció.

— Rafico, ño Rafico— gritaba su alma, mientras el pobre runa se apartó un poco dirigiéndose a un almacén, embutido en el pisito bajo de una casa esquinera.

## “LISANDRO BUSTOS, MERCADERIAS POR MAYOR Y MENOR”

Ni más ni menos que mercaderías de relumbrón exhibía el tal Bustos, un chagra plagado de cejas y de barba, atontado en su magrura, pero displicente, duro y avieso con los que se apretujaban a la entrada.

— Bájeme la bayetilla celeste.

— ¡Vas a comprar? Y si no.... por desgracia, indio del diablo.

Tadeo pagó por el corte y voló a la *vereda* en donde se sentaban los feriantes con sus compradijos, y echaban al aire palabrotas adiposas y fofas como las cáscaras de chochos y de guineos morados que arrojaban.

— Aquí tienes, Chepa, Chepita.....

Y desdobló el paquete con la idea de deslumbrar a su mujer.

— ¡Qué disparate! Bayetilla azul. ¡No te decía que no me gusta?

Pero en el fondo aceptó de buena gana.

## IV

Llegó el mes de junio.

Nadie pensaba en el mes de junio, sino en la fiesta de Lucho Pacuri; en lo que traería este acontecimiento con el concurso variado de los de su amaño. Por la mente clara de los runas, pegados a las festividades ruidosas, el tal Lucho, prioste de Corpus, pasaba por un magnate. ¡Qué hombronazo! ¡Qué inclito gastador de doscientos sueres para arriba! ¿Habría tenido algún hallazgo? ¿Habría robado? ¿Cuánto aportaba el patrón Julio Dueñas, dueño de las costillas del runa, desde cuando era longo *hierbatero*?

Todos se daban al comentario febril, viendo venir por la loma boquiabierta, apenas festoneada con una hilera de chozas achuchadas por el viento, un buen porqué de leña seca a hombros de indios y blancos al son de la banda de Poaló. *castillos. chiguaguas*, globos de todo tamaño y la alegría enroscada en el poncho garboso de los mas jóvenes, que lo terciaban con majeza por esa ocasión.

Y no vaya a creerse que era día nublado ese miércoles, víspera de Corpus. A fin de que se festejara con tiempo, mostrando buena cara al menor heraldo de ven-

tura, un sol de verano acuchillaba en los altiplanos, en las rotundas quebradas deprimidas por el frío. Había asumido el difícil papel de concertista joven, haciendo arabescos de notas, variaciones y arpegios, sin ser visto. Atriles espectaculares eran los oterillos homónimos, apenas roturados. Más acá o más allá se agrupaban meznadas de chiquillos, buscando en los aires, en las lejanías, en los recuestos azulencos de los cerros el asomo de los priostes, por sí estuvieran animados a venirse en medio de allegadizos y curiosos.

Per fin, repercutió en el tambor del horizonte un rumoreo.

Después repitieron los ecos acompasadamente. Las orejas se estiraron hacia el lugar presentido. Aún no eran las seis de la tarde. El ambiente se constreñía en una añoranza friolenta. Humeaban las nubes retcñidas de oro carbonizado. Nubes fatigadas que se acostaban unas sobre otras. Grumos de nubarrones, temerosos de caer en los precipicios de las colinas; desflecaduras algodonas, que hicieran honor a algún altarcillo de Mayo, en torno de una Inmaculada constelada de cirios y pomas silvestres. Se desleía el crepúsculo, y de trecho en trecho se entintaba de plomo sanguíneo, después de haberse desperdigado el oro de las pirámides y obeliscos en la litera del sol vencido.

Pero ¿quién alzaba la visual hacia el escenario celeste?

Los golpes broncos del bombo, los redobles de una musiquilla desabrida, el galope de sonidos sin expresión o expresados en un pasodoble vulgar, atraían a chicos y grandes. Era para despertar la sensiblería de los pobres chagras de Toacazo, acondicionados en su mísera monoto-

nía de vida. De cuando en cuando los más *platudos*, a costa de unos cuantos sueres, hacían ver lo que es bueno, siempre extremando una visible rivalidad con los antecedentes.

Comenzaron a surgir las ratas caseras de los escondrijos de bareque.

Ya se aproximaban los priostes del Corpus, sin duda alguna, arrastrando una cola interminable de gente de los contornos, trayendo a cuestras los infaltables armatostes de pirotecnia y llamarada.

El escenario estuvo dispuesto en la plaza, lugar de expansión, charlotería y sentina pública. De allí subirían en alas de gritos, bravatas y estentórcos berridos, los globos, cohetes, petardos zumbones y todo el remanente caliginoso de animación rural, después de las visperas cantadas por los tres diáconos, expresamente buscados en las parroquias vecinas, lo que significaba que iba a enardecerse la devoción con el acopio de incienso, alumbrado, gasas colgantes, papeles pintados e imaginería chillante.

Y para llenar tal programa de festejos, hacía falta dinero, dinero bien repartido y menudeado, dinero en circulación bulliciosa por estancos y tiendas; y con tal motivo, desde muy temprano los hacendados, que llegaban a una media docena, se vicieron en apuros.

— Patroncito, no me ha de negar siquiera unos cinco sueres. Ya ve al Macario le dió diez esta mañana.

— ¿Al Macario? Porque no tiene *llevado* nada.

— Siquiera tres.

— Ni medio partido por la mitad. Palo mercedes.

— ¿Y por qué, *amu* Alberto?

— ¿Dónde has estado la semana entera? ¿Qué te hicis-

te *botando* la paja de la era?

Otro, un indio de apellido Quinatoa, envuelto en piojos y deudas, se abalanzó con esta andanada:

— A mí también amo Pepe.

— ¿A vos?

— ¿Cómo he de pasar el Corpus sin *nicle*? Puedo quedarme vendido ¡qué remedio! Mi cuñado Lucho, ante todo. ¿Qué diría la gente? Siquiera un barril de chicha.

Ya era tiempo de inportunar con peticiones de la laya. A cual más gemebundos gruñían los *conciertos* desde quince años arriba.

En el patio de «La Recua» se reunieron como cincuenta en demanda de *socorros*. Gañían, gritaban mosqueaban en grupos. A los unos les faltaba plata, a los otros, grano. Se quejaban de su poca estrella cerca del patrón, a pesar de su asiduidad conocida. Alcanzados como nunca, se achicaban a todo, aunque fuese a dejarse quitar los calzoncillos en medio patio. Quién que había feriado su borriquito viejo, solo por veinte pesos; quién que tenía compromisos redobrados con el prioste, más orgulloso a la hora de la hora que el mismo gobernador.

Andrés Tinoco estaba dándose al diablo por no atinar cómo salir del aprieto. Decía que la boca de la mujer del prioste hervía más que una caldera, si no se le llevaba la jocha.

Lucas Caisa, con su caraza de piedra pómez, desdentado, rengo, se atusaba las dos cerdas del bigote desmenuzándole al mentado Lucho. Semejante cochino, cuando no le daban. Lo que haría con él en su casa. Se tragaría de punta todas las jochas, devolviendo, a guisa de caldo, un bocado de agua sucia. ¿Quién no le conocía al muy tacaño? Y aducía ejemplos a porrillo.

Don Julián Sánchez se encerró con llave dentro de casa. No le iba a dejar con vida tanto pedigüeño. Se habían figurado los mitayos ociosos que era millonario. Todo era que se casaba o se moría alguno, para querer exprimirle el zumo. ¡Sinvergüenzas, más allá de sinvergüenzas! No valía la pena ser bueno. ¿Qué provecho se derivaba, en suma, de tanta condescendencia? Atrasos, embrollos sin cuento.

— El Domingo piden, el lunes piden para beber; el miércoles de mala gana asoman refunfuñando; jueves y viernes apenas se mueven. ¿Qué clase de gente es esta? Y si no se les dá, roban. Roban *del* traje, roban en crudo, roban en el *rejo*, roban al mayordomo, y cuando no roban ellos, sus mujeres resultan más hábiles. Ya no tengo vida. Colgándolos de una viga como cuyes, no me quedaría contento.

Sin embargo, a cosa de las ocho de la noche, la india recorría las calles cegadas por la oscuridad, con sendas botellas de aguardiente.

Los cumplidos se sucedían entre trago y trago. Bebían los indios, sorbiendo la copa diminuta, excrutada al trasluz. Bebían las longas, ocultando la cara balconica dentro del sombrero achatado de la lana.

Las botellas a medio llenar pasaban de mano en mano. Y a medida que el licor, chupeteado por los más remisos, hacía su efecto, los mas rezagados hasta por los propios, sesgueaban su rencor los que departían unos pocos pasos, aparte, tratándolos con pungentes calificativos mascullados entre dientes.

— ¡Que se traguen todo! Para eso sudó taita Bruno.

¡Como si no fuéramos gente! Ni de broma nos brindan una gota:

-- Eso mismo se espera de la familia. Yo también he sido hombre de *obligaciones*. Yo también he gastado harta plata. Gastando *duro* me casé, gastando estoy.. . . . ¡Bien conocido me tiene el *chueco* del Lucho: Nazario Chaco. ¡Soy Nazario Chaco!

A tiempo había asomado el tal Chaco con sus reclamos. Con la chuzma postergada hizo causa común, con ser que le dieron una buena pócima. Mejor hubiera sido meterle de cabeza en un tonel de alquitrán, a trueque de enseñarle una copa llena. ¡Qué gaznate! ¡Qué lenguaraz, sino tenía una *torina* a su disposición! Bebía día y noche, a costilla del más tonto. No le daban por tontos, sino que el hombre infundía terror donde entraba. Empezaba por querer endulzar la parla con chicoleo a las *huarmis*; luego se encargaba de repartir apodos y desgranar pullas sanguinolentas sobre el más débil, o sobre quien tuviera la mala suerte de estar empinando con los suyos. Mordía tanto, hasta que le extendían una copa, de mal grado. Después seguía los pasos, se encajaba en cualquier grupo, se cuadraba valentamente en toda discusión metía cuchara al filo de una gresca, tan sólo por volcar unas gotas sobre el hocico. Si no lo conseguía de buenas, arrancaba, claro que sí, de las getas ajenas, con estas o con las otras:

«Oveja que bala  
pierde bocado;  
el que bebe de balde  
beba callado».

El decía que tuvo sus buenos tiempos, cuando fue mayoral de ño Gerardo León. Entonces valía la pena

servir en una hacienda! Cada sábado un barril de chicha a los peones. En las fiestas no faltaban diez botijas de *puro*, una vacona, diez fanegas de máchica. Y así por este orden ño Gerardo no sabía qué hacerse. ¡Cuándo iba él a fijarse en un *huacho* de papas, en un borrego, en un quintal de morocho? Una vez dió para quince días de toros. El último día se propuso gastar doveras, enamorado como estaba de una bolsicona de chuparse los dedos. Andaba loco. Desde el tablado le mandaba limas, bollo maduro, pasteles, y hasta una colcha de terciopelo azul.. La chola no hacía más que taparse la cara redonda de manzana, perurgida por los piropos de León. Su marido no andaba muy lejos. Ella quería y no quería decidirse por el hacendado; pero el maldito rebozo *rosa seca*, ceñido a la boca, le ahogaba las palabras. Una sonrisita tontuna embelesaba al otro, que ya no pudo disimular. Se sentó a su lado, y comenzó a pasarle la mano por los pliegues escurridizos del bolsicón nuevo.

Antes de esfumarse la visión de la chola de marras, Chaco dió dos pasos atrás alélado. ¿Quién le quemaba las pestañas? Quién había de ser sino la Chepa, sí señor, la Chepa Chiluisa, transformada en señora de Tadeo Angos! ¿De dónde había salido con semejante empaque?

— ¡Caráspita, la Chepa!— gruñó Chaco, haciendo ademán de retroceder asombrado. No necesitó de otra cosa el descosturador de vidas ajenas. Casi me caigo muerto. ¿Habrás visto? Ahora sí que con esto no nos queda sino meternos en un *cacho*. Vé..... Tadeyo Tadeyo.....

El aludido Tadeo no podía volver la cara, aplastado como se hallaba con el improvisado mestizaje de su mujer. Para su proverbial pequeñez estaba demás un sobrecargo de enaguas almidonadas, lolsicón celeste y un sombrero redondo, de terciopelo negro, que caía sobre la boñiga de la cara desafiante, con una picaresca enjundia de maldad revelada más bien en los surcos de la barbilla.

Apenas delataba treinta años escasos.

Cada uno de sus movimientos, su mirar, su modo de ver al marido, tenían una expresión recién aprendida. Buscaban los ojos respingones en lo desconocido. Una inquietud dominante serpeaba por las venas hinchadas de la frente, y en vez de amilanarse ante los de su clase, que la trituraban de envidia, les respondía con un mohín despectivo, dando a entender que no por su marido— que significaba tanto como un palito de fósforos— sino por la incógnita privanza de algún blanco, tenía derecho de estar a flote de la tal escoria humana,

## V

Al día siguiente el público de Toacazo no cabía de gusto con tanto indio y cholo arrebujaado en su poncho de bicolor.

Sombreros, ponchos, polleras y rebozos nuevos eran la nota cromática del día.

Encendían la retina, quemaban la pupila, escandecían la sangre.

Era la fiesta del colorido, la sinfonía de los tonos violados, de los tintes agudos, de las tonalidades opacas, hialinas, prismáticas, un duelo de mirajes, perspectivas, licuescencias dormidas en un vago atardecer de otoño, debido a un superrealismo pictórico.

El poncho había ganado en jerarquía, calidad, vanidad y capricho. Ponchos de lana con zanjas zodiacales; ponchos con surcos morados, rojos, verdes, remedando las parcelas pobres; ponchos con arabescos, con mosaicos en los hombros; ponchos leonados, atigrados de alpaca; muchos de lana de castilla de puntas acombadas, con pespunte vistosos al ruedo; otros de cachemira con ribetes de paño, otros de algodón estampado, con fleco exhuberante a todo lo largo; ponchos de casimir; ponchos asargados, y en el menor resquicio los de telar in-

dígena, *abrigados*, durables, familiarizados con el duro suelo, con la faena tosca cotidiana.

El indio del páramo usa el suyo de una sola cara, con surcos horizontales, a modo de latigazos subrrayados sobre su piel. El gañán busca por tener más de uno. Ni menos deja en el olvido la bufanda de bayeta del cuello. El arriero se apresta con el burdo y corto, sin admitir otro color que el gris sucio de la neblina cerril. El sacerdote conoce ya el poncho entrefino, suave, angosto como la casulla sacerdotal. El alcalde o el señor alguacilado, que se apoya en la vara del mando con láminas colgantes de plata en señal de cacicazgo conferido anualmente por el párroco, busca el capisayo de paño, menos que la ruana colombiana, un buen toquilla arriscado por delante, junto con un calzonete ajustado por el tobillo, recordando en esto a algún Pizarro, Almagro o Lorenzo de Aldana de hórrida memoria.

En suma, sin el poncho no hay persona decente; no existe adobo completo. Poncho para lucir en las fiestas de Reyes. Ponchos dentro del templo atestado de luces, santos, oropel y sahumerio. Poncho en las plazas cubiertas de yerba y jugadores de pelota de cerda. Ponchos en los juzgados civiles, y por último en el tribunal de la penitencia. Es la característica oficial de nuestro pueblo fiestero, pudibundo en parte, inmodificable en sus costumbres y creencias. (1)

El Tadeo también se había echado encima uno de algodón, con flecos entretejidos por los extremos. Pantalón de Chillo, alpargatas nuevos y un basinete de lana llamado sombrero, el mismo de todos, pero que le daba o-

---

-1- En romance vivo pudiera el poeta alzar el tono en honor de poncho en esta forma:

tra cara. Con lo que resaltó un poco la facha del marido atontado por el desgaire imperioso de la hembra.

Orgullo sentía de seguir paso a paso el señorío de su Chepa, que llevaba la jocha de estilo para su compá Lucho.

Nunca se mostró a sus ojos tan provocativa. Un baño de juventud, un halo de pubertad la rodeaban, siempre que se desternillaba de risa. Porque la risa se le había incrustado en los dientes; salía a borbotones de la garganta. No hablaba un término sin reírse, buscaba cualquier pretexto para anegarse en risa; jugaba con ella como con una pelota de jebe; dando saltos repe-

### ROMANCE DEL PONCHO

A. J. GONZALO ORELLANA

*D. sábado, D. domingo,  
el campo parece feria,  
ponchos y ponchos a cuadros  
tremolan las sementeras.*

*No son ponchos, es el viento  
que oye misa desde afuera,  
oye el sermón parroquial  
y a la mitad cabecea.*

## NOVELAS DEL PARAMO Y DE LA

---

tidos iba a dar contra el menos risueño, lo  
sin motivo.

El día de la fiesta tuvo para dar y presen-  
tarse con más de veinte, inventando novedades  
a varas. Se supuso que era la dueña de casa, la  
del prioste, la novia requerida para el baile, la chola  
moda, en suma. Después de recibir atenciones a cu-  
más expresivas y de dar vueltas y mas vueltas en el  
patio de la posada con los primeros envites de la ban-  
da de música, los priostes dieron la señal de partida.

En su casa propia les tocaba completar la diver-  
sión. ¿A quiénes sino a sus queridos compadres y coma-  
dre les cumplía seguir hacia allá *andandito* con la luz  
dudosa de la tarde, que se despedía de ellos?

---

*Domingo, Sr. domingo  
viste de poncho canela  
a rayas, a veces surcos  
negros y verdes sestean.*

*Ya es el cobijo del chagra,  
ya la fallida bandera  
de algún regimiento vacuo  
de campestres quimeras.*

*Atavío señorial  
que manda y grita en la hacienda,  
casa de tejas del runa  
cosido a doble bayeta.*

Chango optó por quedarse, sumiso al parecer de su mujer, que suponía muy concurrida la diversión del día siguiente.

Por experiencia se sabía que el bodorrio del tercero o cuarto día, y mejor del último, tiene más condumio, porque llueven las cuotas de los concurrentes, las segundas jochas, decidiéndose por mayoría echar el resto, volcando el barril vacío, es decir hasta consumir el concho.

Bien visto, el retardo de ella en casa del prioste, iba a obedecer a otra causa. Su Rafico debía llegar sin falta a la hacienda. Ocho días mortales en un cave de papas equivalía a un siglo. ¿Volvería más suavecito y querencioso como nunca? La vez pasada estuvo agrio

---

*Verdean los huasipungos,  
tiritita la choza tuerta:  
hay un poncho en el hierbajo  
hecho una tasa fresca.*

*Carne, poncho color carne,  
el runa nunca la prueba;  
debajo del poncho hierven  
mil intenciones aviesas.*

*Siña la fiesta del lunes,  
San lunes exige ofrendas,  
y nadie trabaja, si está  
corroído por las deudas.*

como un limón *sutil*. No le producía detenerse con nadie ni un segundo. Cuando ella le hizo llamar, la cosa se vino a complicar en forma; porque el mozo, herido en su amor propio, bufaba como un toro. ¿A cuenta de qué se le buscaba con tanta insistencia?

Ahora lo que convenía era enviar por él. Podía venirse en seguida, sabedor de que en casa del Lucho Tacuri se bailaba con la banda de música, y era el mismo Lucho el prioste, sí señor, el prioste de Corpus. Con tal deseo punzante en la cabeza se mantenía inquieta.

La concurrencia rebosaba hasta el patio. Y ya no cabía ni el patio.

Sobraba gente. Se iban multiplicando las amistades. Hervían los encuentros, sorpresas y besamanos

---

*San lunes: tantos recuerdos,  
tantas chinganas dan vueltas  
en el magín de un borracho  
tumbado en ruanas de jerga.*

*Ponchos y ponchos; de gana  
no es rey con uno de felpa.  
¡Qué donaire! ¡qué elegancia!  
de don Luis maestro de escuela!*

*Ponchos de obraje ¡qué miedo!  
con sus vetas paralelas;  
hasta ahora el látigo muerde  
del gañán las ancas prietas.*

El indio Lucho no atinaba cómo atender tanto cumplido. Manos le faltaban para recibir los centavazos calientes de los que venían a su casa, con ánimo de derrocarla desde los cimientos.

¡Taita Lucho!— por aquí— ¡Compá Lucho!— por ahí— el hombre juzgábase pequeño a ratos, enorme, con una enormidad de rico por momentos, a medida que iba correspondiendo saludos, abrazos y brindis con jícaras llenas y que vajaban gorgoriteando por el declive de la garganta.

— Baltica dale una copa bien llena a mi compadre Tomás. A los años ha venido a mi casa.

Después del compadre Tomás llegaron los Crisantos, los Fermínes, los Lorenzos, los Damianes, Ma-

---

*Y el poncho bate sus alas,  
puede avivar su candela,  
y a filo de media noche  
aplicarla a una vivienda.*

*¡Cuidado! que el emponchado  
pare un mundo de secuelas,  
y sabe tomar venganza  
en una chicha bermeja.*

*La chicha pungente, chicha  
del mitayo sinvergüenza,  
que se arrebuja hasta el hombro  
odios con cara do penas*

rianos, Vicentes. Felicianos, con sus caras aciduladas, aliviados de todo temor, llenos más bien de personería fiestera, la de su querido compadre. Porque, para ayuda de costas, todos eran compadres, y si no lo eran, debían serlo por concomitancia o por adherencia con el tío, el primo o el cuñado.

La Chepa se aburría.

La diversión fue haciéndose turbia, ruidosa, mareante. Unos la miraban con aviesa curiosidad; otros la requebraban desde lejos con dicharachos endilgados a segunda o tercera persona. No faltaron pullas, adjetivos zumbones, que incitaban a la pifia rayana en carcajada.

Después comenzó el bailoteo. Trenzábanse las parejas; los ensombrerados bailarines ocuparon espacio y atención.

El bullicio encrespábase por instantes. Bailaban, charloteaban, turnábanse bromas pesadas. Los largos solterones olvidaban su timidez y se inclinaban a los

---

*Poncho, ese poncho fino  
de puntas y esquinas tensas:  
toda la Colonia en lista  
y en rayas la Independencia.*

*¿Te hicieron, indio, justicia?  
mestizo? está satisfecha  
tu ambición? Quizá mañana  
cuando reviente la idea.*

hombros de las *huarmis* pudibundas semitapadas. Y en medio del vaivén de frases, de chillidos, de gritos ensalmadores a las parejas rebrincadoras, la Chepa divagaba con el magín por la hacienda.

Se necesitaba tener los ojos cerrados para no fijarse en la presencia de unas cuantas personotas. Empezaron a modular el nombre de don Manuel Santacrúz, de ño Cristóbal Pinto, Rafael y Alberto Araujo, del chiquillo *Agusto* Larco, bien *portados* todos, cuando se ofrecía.

Alguien pronunció el nombre de un Rafico.

— ¿Rafico? ¿talvez Rafico Villacés?— sonó en el corazón de la Chepa.

Y por qué nó, si el mismo Rafico era el que matizaba la reunión con su prestancia recién adquirida de hijo mimado del mayordomo, aún cuando fuese o llegase a ser, un pillastre de siete suelas ahí donde le vieran.

— Raficó!..... ño Rafico, venga aquí— dijo o iba a decir ella, antes de verle bien.

*Y alces arriba tu poncho  
requemado de soberbia,  
cuando los Andes al grito  
del insumiso se hiendan.*

*Y más arriba la ruana,  
la deshilachada jerga  
suba a mezclarse en el nublo  
que vomita la tragedia.*

¿En dónde estuvo el muy pillo? Pues en la cocina ni más ni menos, en la cocina, con los demás convidados de preferencia, quienes se engolosinaban con el humillo que despedían las ollas, y más todavía con el hálito sulfuroso de las solteras rechonchas que juzgaban a dicha cambiarse con los de la otra clase unas cuantas desvergüenzas.

---

## VI

Todo fue presentarse el Rafico para que la Chepa abriera tamaños ojos. Abrillantados con el júbilo, con la perplejidad gozoza, le siguieron en sus menores movimientos.

Fue lo primero que hizo comunicar la nueva a la que dormitaba a su lado, una india indiferente a cuanto ocurría, con la carga de su rorro que le estiraba los senos fofos, sin dejar de manotearle la cara con sus manitas mocoseadas.

Después dióse a reír desatadamente. Celebraba con risotadas gruesas las ocurrencias de tal o cual chusco, el sesgo que tomaban las burlas y tomaduras de pelo y cuanta indecencia caía sobre la cabeza de una soltera, de un soltero, o de un par de casados, entregados al instinto de vivir carnalmente, según los demás.

Río la Chepa para sí, aún cuando dizqué tomaba a su cargo el motivo de la hilaridad general. Y es que reía de todo y por todo, siempre remirándose en el hijo del mayordomo, todavía ajeno a tales incentivos, mas bien dicho, desafecto a ello, por sí hubiera alguien que le llamase la atención.

—¿Qué le ha pasado a la Chepa? Más parece gata frente a ño Rafico. Le traga con los ojos, sin reparar en

el pobre Tadeo.

— ¡Pobre tonto! Creo que sabe todo, y se hace el; ordo. Los cuernos le tienen así.

— Y ¿será verdad?

— Más verdad que mentira. ¿No la ves cómo ha cambiado de *cáscara*? El bolsicón que *carga* no cuesta *medio*. Fíjate en la *polca*, en el par de zarcillos, en el sombrero. Un longo *llucho* no tiene ni para una media vara de jerga. ¿No te acuerdas cómo andaba?

El comentario fue desbordándose de boca en boca. Brotaron alusiones a porrillo: que con el Rafico se *veían* en el ordeño o en la cuadra, que ella le *mandaba* a buscar; que ella se arbitraba los medios y las ocasiones, y por último, que hasta el patrón lo sabía.

No sólo que lo sabía, sino que por *díceres* de muchos y que eran la verdad, se vió en el caso de salir de la Chepa.

Se había refinado en frecuente ratería de papas gruesas, leche y más cosucas, que iban a parar *donde* el Rafico. Este sufrió dos palizas formales. No era su padre el que llegaría a aleshúctearlo; siendo tan buen *serviente* en casa de los señores Portillas, Navarros y Enríquez una barbaridad de años,

Con este correctivo vino a correrse un poco, cambió de camino; pero la india era torpe, porfiada. Burlando de la vista ajena, se metía de rondón en los sobacos del muchacho.

Muchos afirmaban que ya la tenía asco; que daba por huír de ella. Pero ese día casi se vió lo contrario. Por lo menos él dió a entender que su presencia venía a llenar una ansiedad, la de la adúltera, ataviada

para él, sólo para él.

-- Baile ño Rafico, no sea así,— se oyó en la boca de la misma, al ver que el mozo le perurgía confianzudamente— Baile no se haga de rogar.

Se conocía que ella era la más afanada en ser su pareja.

Corroboraron a una. La gritería entusiasta recalcó sobre el baile deliberado de los dos.

— Claro está, con ella, con la suya.

— ¡Cómo con la suya!

— Pues si está a la vista; que no vengan con disimulos a estas horas.

— Pero si él es *huambra* todavía.

— Y ¿qué tiene que sea huambra? Una longa vieja sabe mucho.

Dos indios descocados la pusieron en manos del Rafico. Eso quería ella: hacerse la aludida y conseguir su objeto.

El mozo sonrojado no atinaba qué giro dar a sus excusas.

A fuerza de chicolearle las mismas longas con estímulos y espolazos, le obligaron a mirar a la Chepa, que ya hacía tremolar un pañuelo, como para iniciar un baile *suelto*.

— ¡Vivan los novios! ¡Ahora se casan! ¡Viva la parejaaá! ¡Chicha al que se canse! Dale no más, no tengas miedo, que tienes tieso el dedo.

Llovían de este modo los dicharachos que la zahurda se convirtió en una loquera. Gritaban, palmo-teaban, chasqueaban con la lengua, daban saltos en sus asientos, viendo a la requetesabida pareja dar vueltas y revueltas al son del sanjuanito tristón, requerebrado por el arpa del ciego Landeta, de feliz memoria, puesto que

a él acudían cien semanas enteras.

¡Qué garbo de la Chepa! Con el pañuelo, con el meneo provocativo de las ancas, con cierto desparpajo insistente, acentuando rato a rato en la mirada seguilo-lona que le disparaba, le obligó a sostenerse y continuar.

Bien claro que el hombre estaba en su elemento.  
— ¿No ven? Más que si se hubieran conocido.  
— ¿Qué le parece taita Tadeo? *Vusté no echa nada.* Se necesita usar calzoncillos de joven..... Ahora verán cómo se la quita.

El pobre Chango se calcinaba de vergüenza. Por donde volvía la vista le clavaban en carne viva. No es que le hicieran ver, ni que le machacaran a cada paso. Lo había sabido, lo venía viendo clarito. Por eso quería sacarlo de allí; librarse del público, huír, huír.

¿Acaso no tenía ojos? ¿Acaso no lo comprendía en los ademanes, en las palabras que soltaba ella, en la actitud desafiante que observó con él a diario?

— Bueno, bueno, así como vos dicees, con él vivo.

Y ahora estaba con el mismo en persona, con él bailaba horas enteras, con él iba a tomar dos o tres jarros llenos de chicha, El colmo. Y nadie, que no fuera él mismo, saldría por sus fueros.

Más bien era motejado. Desde que entró con su jocha en el bolsillo comenzó a soportar mazazos de insultos. Poco hubiera sido aquello. Se le puso que el mismo *compá* Lucho no le mostró buena cara, y que al salir, guluzmeaba un reproche al oído de uno de su confianza. ¡Venirle con una porquería de *jocha*, cuando la mayoría se portaba de lo lindo a lo mejor! ¿Qué valían las dos botellas de trago y el sucre de guineos en comparación con el barril de chicha, mejor que de chicha, de tra

go, del Melchor Poaquiza, y los dos borregos gordos de su comadre Dionisia?

Con dos copas de trago querían comer y beber, bailar y darse gusto? ¡Pedazo de perros! ¡Ni un momento más debía tolerarlos! ¡Una fiesta semejante debía contar con el apego de buena gente!

Esta forma de lenguaje hería sus oídos. Y si no hablaba así el sacerdote, podía pronunciarse el rato menos pensado. Experiencia, harta experiencia le quedó en las continuas *tambarrias*, en donde le tocó su parte, una tanda de golpes, pasada la media noche, o siquiera la pérdida de su poncho nuevo.

Pues ya lo estaba oyendo! El tal sacerdote estaba masticando su nombre para emporcarlo con insultos delante de tanto malalengua. ¡Qué diversión, ni qué diversión para él, q'no había merecido deferencia alguna desde cuando pisó el dintel de la casa y veía con ambos ojos lo que estaba viendo, sin poder abrir la boca.

—¿Han visto? Ya no quieren despegarse. Mejor sería que.... Oyes, Tadeo, ve a tu mujer.

El interpeiado no pudo chistar un término. Veía los objetos de un enorme tamaño, deformados o fuera de sitio. El torbellino de bultos pasaba ante sus ojos ofuscándolo, aturrullándolo. Oía palabras, trallazos de palabras groseras rozarse con él; porque a él iban dirigidas por los menos ofensivos.

¿Qué había hecho? ¿qué tanto de maldad abarcaba su actitud de marido pospuesto? ¿Cómo venía a suceder que él tuviera la culpa de su misma desgracia?

El ambiente iba enrareciéndose con el anhélito de

más de cincuenta y tantos?

Intentó modelar una palabra, levantarse, y hasta impulsarse contra ellos con un garrote. Para el caso lo mismo daba protestar contra los murmuradores, o a empujones arriarse con su mujer, sin fallar explicaciones con nadie.

— Buen tonto, eres vos, que la dejas a su capricho.

— Y ¿qué quieres que haga? Matarla y comérmela no puedo.

— No se necesita de tanto. Con meterla en casa....

— Oyes, animal, buen cabrito eres.....

— ¿Quién?

— Tú, tío.

La Chepa sintióse cansada.

El Rafico había desafiado a cielo y tierra, reteniéndose a una mujer tan aplomada y exigente.

— Ahora que baila el marido— asentó Juancho Sigcha, grucote como él sólo. Cargaba audacia por libras con que despechar a un santo

Estaba en varios lugares. Cerca de la ponchera de chicha avivando el humor con sus frases saladas. A ratos toqueteaba a su modo el arpa, o en su defecto, tamborilleaba sobre ella, asintiendo con la cabeza en cada nota. Sigcha el multiforme y cargante. Sabía exhibir tantas habilidades, como lunares tenía en su máscara morena y lacras en las piernas. Se había meztizado desde su primer viaje a la Costa; conversaba por diez y a más de diez les sacaba de sus casillas.

— ¿Vos le *diste* el bolsicón?

— Y si no ¿quién?

— Algún comedido con la bendición de Dios. Deveritas, dime, ¿de dónde tiene tu mujer?

— Dónde dejó el anaco?— completó el menos pensado.

Picado Tadeo murmuró entre dientes; nada más que murmuró.

— ¿El bolsicón morado?

Pues, a decir verdad, fue él quien lo mercó.

Podía darse el caso de recibir también de otro. El hijo del mayordomo pensó en obsequiarla, pero no pudo, porque vivía a expensa ajena ¿Se quería más?

— Este no baila, ni come, ni dice nada ¿A qué ha venido?

— Deben saber que no he venido a quitarles un pedazo de *cuy* a Uds. Yo también estoy gastando.

— Asco, y ¿de dónde?

— ¿De dónde? Solo Uds. tienen.

— Claro. Y si no, que lo diga el sacerdote.

— El que sabe *agachar* los lomos tiene lo suficiente— afirmó un tercero— No vive del sudor ajeno.

Estas y otras expresiones sirvieron de acicate a la tremolina, que se avecinaba ya.

Eran indios casi todos de una irascibilidad suma, a medio beber, y más cuando tenían a la mano una víctima.

— ¡Chepa, *vení*— prorrumpió el *runa*, corroído por los celos, y mayormente por la acritud de chicos y grandes.

— *Vení!* Van a creer que estamos con la barriga llena. ¡Disparate! Para no más de un *huallo* de chicha!...

No dijo ni sí, ni nó, la interpelada. ¿Iba a moverse un paso ahora que se encontraba al abrigo inmediato de su amante?

Por tercera vez Tadeo repitió lo mismo, sin que ella se notificara siquiera.

— Has hallado tu casa aquí, pedazo de perra— añadió, esforzándose en aparecer duro por esta vez.

— He venido a divertirme, a comerle al prioste un lado del cuerpo ¿Sabes?

— Yo no quiero estarme aquí.

— Yo sí,....! Bonita gracia, salir como hemos venido .....con la boca seca.

— ¡Vamos, te digo Chepa!

Todo fue oír su nombre en público. Se volvió hacia él con ira y le acomodó un *soplamocos*.

— La mujer no se ha criado con el hombre, por último. Puedes irte... a un cuerno. No.o.oó me voy.

El Chango cerró azorado los ojos. Por toda protesta dió dos pasos afuera. Pero le rodearon unos tantos.

— ¿No eres hombre? ¿Aguantas que tu mujer te ensille y te monte?

— Cobarde, flojo, dejarse *chirlear* de una pollera!

— De sobra se te conoce que no tienes pantalones.

— Y qué? Yo no quiero *peliar*, no quiero *peliar*. Respeto donde estoy.... ¿Vienes o nó?

La Chepa aguijoneaba al arpista, echando de menos la animación de hacía poco. A seguida empezó a querer sacar a tirones al propio prioste. Que bailara él también; que se desperdiciaba la pieza; que habían tantas buenas mozas con quienes *asentar* el polvo del cuarto.

El Lucho, en vez de avenirse con la importuna, con un agrio mohín buscó a una soltera de tantas, la que a la menor insinuación, pudorosa y agachada, hizo que bailaba.

La gritería no bajó el tono. Por el prioste, por el humor del prioste bien valía la pena que lo acompañaran hombres y mujeres. ¿Qué hacían los más viejos, los que ocupaban sitio y bebían de balde?

— ¡Adentro! que el toro es *mocho*— reventaron a una. ¡Viva el prioste! ¡Viva la *torina* del prioste!

¡Como si hubiera necesidad de llamarle la atención por este lado! ¿No se había consumido chicha y trago hasta la exageración? Lo testificaban todos los borrachos y parlachines hueros en sus loas al prioste, a su mujer, a su larga familia. ¿Qué faltaba, entre tanto? Dar ocupación a los dientes; comer la pechuga de la gallina, *conocer* el sabor de los *macabeos*, que se criaban en el corral junto con los conejos olvidados unos cuantos años atrás.

En el curso de la comilona se hizo ostensible la mala catadura de la diversión indígena.

Hablaban a destajo, más que comían. Se habían propuesto desollarse sin tregua.

Ya no eran chistes, sino bruseas arremetidas, pungentes alusiones que se originaban en el fiesterío, en el consabido tema del fiesterío, y por ende, en el modo de gastar, llegada la ocasión. Cual más, cual menos hizo hincapié en sus priostazgos. A ninguno le había tocado gastar poco y tener poca gente en su casa. Estaban acostumbrados. Tanto que al oír sus nombres se sacaba *todo el mundo* el sombrero.

— Acaso somos *pichicatos*? Harta plata nos ha comido taita cura. Que nos devolviera sólo lo empleado en *espermas*, ya seríamos millonarios y tendríamos para dar y prestar.

— Yo también conozco la casa del cura — replicó la Chepa.

— ¿Quién pues? ¿vos?

— Yo y mi marido aquí presente.

— ¿Vos? ¿vos? ¿cuándo? ¿Han sabido ustedes que el Tadeo haya gastado *medio*?

— Nunca, nunca— corearon muchos— Pobre largo. Ni un *chaupi* hemos oído en su poder.

— ¿Y la fiesta del Smo? ¿Quién hizo la fiesta del Santísimo?

El indio dispuso de unos ojos saltones al decir Smo. Los demás sus de risotadas.

— Ajál! jál! jál! jál!

— Calla *runa peste*. No conoces lo que se llama fiesta. Habrás soñado.....

— Y ¿qué se ha hecho mi retazo de tierra.... cuatro cuadras *alfalfares*.... en el socavón? En *Yanacucho*, en *Caspichupa*, en el mismo lindero de mi patrón tuve dos solares con agua.

— ¡Calla perro! ¿quién te ha visto?

— ¿Quién me ha visto? Dios y Mama Virgen; a Ellos tengo que dar cuenta.

Se habían alzado de su asientos. Las manos eran abanicos cortantes, después de plegar las hojas del poncho. Eran nada menos que el Patricio Chuspi, Ambrocio Toasa, Dámaso Tibango. ¡Qué temeridad! Conque el Tadeo, el pobre Tadeo Chango les sustentaba en su cara que era hombre de bien! ¿Dónde, cuándo, cómo adquirió un centavo partido por la mitad? Sin duda estaba loco. Sin duda ignoraba el lugar y el significado de la palabra para pronunciarse así!. Pedazo de bruto, venir con q'él también era gente de pro! Eran capaces de torcerle el gaznate. Indio *Igartijero*, a lo más un yerbatero en casas grandes, jamás podía conocer

el tamaño de un suere. Estas cosas eran imperdonables. Por menos se desgraciaban los hombres..... ¡Que se fuera, o se colocara un candado, so pena de que le rompieran el hocico.

— ¡Cuidadito! Ya sabes que nuestro compá Lucho nos ha de perdonar.

— A ver, alzáme la mano, *carapacho*. — dijo el Tadeo encarándose con el Chuspi—¿Qué crees? No estoy en tu casa.

— Sinvergüenza, *cachudo*. Yo no vivo por mi mujer. ¿Oíste?

— ¿Quién es sinvergüenza?

— A vos, te digo.

Chango se había asido ya del gargüero del atacante.

Los demás estrecharon el corro.

— Hay que güantearlo de una vez—mosconcaron por ahí—¿Quién le ha traído? Apostemos que no carga medio.

No quedaba más que impulsar la fogata o dispersarla.

Mujeres, allegados curiosos, empezaron a soitar la lengua. Se olvidaron de su condición de huéspedes y tales y cuales motivos de parentesco. Se daban por lastimados, sin saber ni lo originario del disgusto. Las huarimis estaban por defender los fueros del marido y siempre acababan en el mismo punto: la fiesta, el casorio, los *lienzos* de tierra comprados al contado, con dinero propio, etc. etc.

En fin, las hembras disparaban a los hombres, las solteras a las solteras, las viejas a sus congéneres en edad, aplicándose sombríos epítetos y sacando a relucir episodios y debilidades pueriles.

Ya no contra Chango, a quien de por ahí le cayó un garrotazo, contra el propio prioste llovió piedra menuda. Sí señor, hasta él se tenía la culpa, al dar entrada en su casa a tal bazofia, el Chango, la puerca de su mujer y unos cuantos *masiantes* o buscavidas, alzados a la categoría de racionales.

Minutos después Tadeo se cubría la boca atorado por un chorro de sangre.

Más allá dos tipos rollizos hacían ademán de partirse el alma, viéndose con los ponchos rasgados. Indias derribadas en el suelo, con la adehala de su maleta, sin lugar a duda, el rorro cochambroso; longos quinceañeros que se desgñaban y se mantenían con las calabazas en el aire; empellones, puntapiés, puñados de tierra, propinados a la cara, pedradas y la presencia de un palo nivelador que asomó tundiendo varias corvas, fue el impensado cuadro que vino a ofrecerse al prioste, por culpa del Tadeo, de semejante *sin provecho*, metido allí, sin ser llamado, ni buscado.

— No diga eso, taita Lucho. Yo a lo menos calladito estaba.

— ¡Fuera de mi casa! No necesito tener aquí.....

— Oiga, taita Lucho— repitió Chango salmodiante,

— ¡Fuera! Sobre todo ustedes. ¿Qué han traído? Una *puchuela*. Así no se viene *donde* un prioste de Corpus ¡Porquerías! ¿Creían pasar con dos botellas de trago y nada más?

— ¿Dos botellas?

— ¡Váyanse! A vos, a lo menos, no quiero verte. Dios me perdona.....

Chango sintió revolverle el estómago.

La Chepa dió dos pasos adelante.

— ¿Qué tengo, taita Lucho? Sea franco, diga— insistió Tadeo.

— Mejor me callo: «en boca cerrada no entra mosquito....»

El grupo de contendores se había acallado un tanto. Porque el joven Rafico de la Chepa se abría campo.

— Déjense de disparates. No son indios para ponerse con cosas. Dicen que los indios a la entrada o a la salida pelean.

Estaba en la verdad: los indios. Precisamente porque nadie les hacía ver lo innoble de su conducta; porque nunca tuvieron espejo en qué remirarse. Peleaban y requetepeleaban y volvían a pelcar por un ardite. Se aporrecaban y se volvían a abrazar. Acudían al insulto, a la baba, y luego de un par de segundos, se trataban con adminículos dulces. Daban en calles, y plazas y caminos un espectáculo risible, y por mil motivos, lastimoso, con sus caras mitades, borrachentas, agresivas, deshechas en trapos, y en el huecarrón de una quebrada estrechaban recuerdos, devanaban lágrimas, se divinizaban llorando su pequeñez, su poca suerte.

— Chepa, Chepa, saca a tu marido. El tiene la culpa— mandó Rafico.

— ¡Chaica, marido!

— El tuyo ¿no es tu marido?

La india frunció el hocico desdefiosa. Ella no tenía más hombre que... ya se sabía quién. Con los ojos abruptos le iba a comer dulcemente. Ya le tenía envuelto con la aňagaza temible de su sonrisa.

— Saca al Tadeo.

¡Iba a pensar en él! ¿Quién le había dicho que c-

ra persona? Podía jurarlo en Dios y en cruz que para nada le servía, y que más bien le estorbaba, le daba asco. ¡Marido! Talvez un día, algún día, por su desgracia. Porque en la juventud se comete tonterías. Una longa bruta se lanzó con los ojos cerrados. Nadie le hace ver y notar la burrada, y peormente los padres, empeñados en ello, por dar gusto a su bajo interés de tener hombre en la casa, o por haber recibido algún obsequio insignificante por parte del difuso pretendiente.

A ella pues le ocurrió lo corriente y moliente entre indios. Vino uno con poncho al hombro y sombrero de lana, de medio uso, rondó la casa, se entendió con los «viejos» y entre copas de trago y *huallos* de chicha, arreglaron el pastel. ¿Ella la conoció bien? ¿Supo, pudo saber lo que hacía? ¿Le dejaron sondear al sujeto con quien la *amañaron*, sin consultarla siquiera?

Quince años no cumplidos no daban sino muda resignación, un subyugamiento tímido al macho que la embestía sin ternura, sin buscarle entorno de su voluntad. Cuando apenas se dió cuenta, ya tenía dos hijos, uno por cada año, y ya era un bagazo inservible. Apenas logró recibir sobre sus carnes el vestuario consabido del mal trato y la doble carga del niño, emporio de orina y berridos, y la alfalfa mojada infiltrándose por la espalda prieta magullada.

El indio intentó tomarla de la mano.

Por fin, había visto que estaban demás en la reunión, y eso que hicieron por ahí preparativos para volver a pensar en comer.

—Puedes irte vos. Yo no vine con nadie resoplé arisca, haciéndose a un lado con una sacudida brutal.

— Me estás buscando, Chepa. Vas a ver..... No vale ser bueno con nadie..... Ya veo que no vale.

Desde el otro día vengo notando que abusas.....

Con una *tranquiza* santo y bueno.

— ¿Tranquiza dices? A ver dame perro muerto.

Aleazaron ver los otros la actitud de la Chepa puesta en jarras. Se agachó buscando una piedra.

— ¡No hagas burla, animal.

— Oiga a su *cari*, ñora Chepa— balbuceó uno— Para eso es mujer.

— Cómase..... cebolla, pedazo de entremetido.

— El hombre es hombre — repitió el mismo — y cuando alza el brazo. Las mujeres saben a quién lo hacen.

Chango se atarugaba de cólera. Miraba en torno, azorado, pálido. Su mirada iba debilitándose en el naciente vocerío, una mirada de perro acosado por más de uno. — ¡Chepa— musitó esta vez inclinándose a la súplica— ¡No ves que nos desprecia el mismo dueño de la casa? En nuestra choza no nos ha de faltar una presa bien asada.

— No necesito, no me voy.

— Tienes que irte.....

El dueño de la casa comenzaba a *portarse* de veras. Platos llenos cruzaban de mano en mano. Era muy natural que el *mote* hirviente se prodigara entre los convidados junto con los reverendos pilches de chicha dulce. Ya se había exhibido al aire libre. *runaicho*, el pan zangoloteado en canastas barrigudas, y hasta dos o tres, que iban a caer en manos de ciertos compadres de *sangre*, los mismos a quienes debía el prioste jochas atrasadas.

Mientras desfilaban platos y recipientes de comi-

da por las narices de Chango, su mujer husmeaba en aire la posibilidad de arrinconarse de lado de una tal Inés. Inés daban a decir a una indiaza, circuída de lunares, parlera y brindona como ella sola.

No le faltó una insinuación parecida al hombre ínfimo, sobajado en su situación.

— Mejor, tómate una chicha. Muy pendejo es el hombre que teniendo hambre no come.

Y fue a él con un puñado de mote. Con la otra mano hacía ondular el licor amarillo.

Y lo fue atrayando por la esquina del poncho.

— No quiero una gota de nada— dijo Tadeo—. Hasta el compá Luecho me ha visto la cara ¡carajo! Como si uno no supiera lo que es una fiesta. Causado estoy de gastar pólvora en gallinazo. ¡Vea pues él solo ha sido gente!

— Hay que hacerse el sordo, el cojo y el mudo. Hay que saber vivir.

— Yo no valgo para eso.

— ¡Así es que voy a quedarme en ayunas? No soy ningún tonto. Juan Chicaiza me llamo..... Con un gran pavo me vine. Mi mujer ¿la ve? una buena torinera tiene en la mano Es la tercera o cuarta. No: otros no esperamos correspondencia. Cuando queremos gastar, gastamos.

Ya no le sentó bien al Tadeo el tono incisivo del tal Chicaiza, adjunto a su cuello, haciéndose el confidente sin más acá ni más allá. Inspiraba grima su catadura envolvente. Por demás viejorro y torpe, se le escapaban unos ojos requemados, con cuajarones de lagaña. Cuatro cerdas se apuntalaban al filo de su jeta tatuada por la viruela. Ni un solo diente en su boca descuajada, en

donde se movía la lagartija de la lengua que salpicaba saliva aguardentosa contra el infeliz vecino. Y cuando hablaba— porque él siempre hablaba por todos— lo hacía por medio de codazos, manotadas, en un continuo des-  
pernancarse y alzando el tono y aumentando la acritud de los cocablos.

---

## VII

Había vencido la noche.

Los que manducaban dentro del toldo, que no eran menos de diez ni veinte, habían recibido los efluvios fiatulentos del sol, menos fiestero que ellos. Ya se iba del patio azulenco de arriba. ¿Que iría a contar, después de haber presenciado horrores en el bodorrio del mencionado Lucho?

Gaznates sedientos, mitayos nambrones, insatisfechos, exigentes con la bazofia de la murmuración en la boca, armaban un griterío descomunal. Y ¡qué graznar, qué canturrear y vociferar dentro y fuera de la casita enclenque de paja fustigada por el viento paramero de los grandes contornos! Todito el día habían cercado el vecindario del horizonte nubarrones pachorrenotos. Ya llovía, ya no llovía. Una densa neblina cobijaba las costillas de los cerros; y después de poco, iban recubriendo la reducida llanada que tiritaba de tristeza. ¿Qué debían hacer entonces los huidizos personajes de poncho largo y bufanda de jerga? Guarecerse entre sus amistades. Buscar el motivo, o el pretexto de algo como festividad o que olicra a festividad, para calarse a un barril de chicha o a la barriga flaca del arpa.

Huir, claro que huir del frío cortante, porfiado e inconforme. Por qué no se acomodaban a su fiereza de trato? ¿Hasta cuándo, hasta dónde tendrían que enseñar sus carnes escoriadas desde la niñez en el diario afanarse por riscos y ventisqueros ajenos?

Bebían, cuando tenían qué beber. Los que no tenían la buena estrella de alcanzarlo al paso, quizá de pedirselo, se metían de hocicos, se enfrentaban con algún bendito, llamado pomposamente prioste, y allá se entregaban con alma y cuerpo días y días. Para beber debían empeñar hasta la hoja de poncho que cargaban. Bebiendo se habían criado. Bebiendo pasarían el lapso de vida, fiando, trampeando, volviendo por el mismo acreedor, por el mismo dueño de sus pulmones, que les prodigaba palo y agua caliente a cambio de sus desvelos, en la hacienda defendiendo la pajucla de *amu* señor Justino Domínguez.

El joven Rafico era un héroe. Ya lo había sido desde que amansó a la Chepa, y ahora que apaciguaba el temporal indígena. ¿Podía imaginarse cosa fácil obligar al silencio cordial a unos cuantos berrachos?

De nuevo cohonestaron voluntades. Era de ver con qué gana jugueteaban con granos de mote evadiéndose tal o cual de las manos certeras de las longas.

Al gran público femenino le tocaba actuar. Mucho hacían con dejarse cortejar en las vueltas del baile, durante la comilona o desde una distancia considerable. Darían por reírse de todo y por todo. La Justa, la Concha, y por más allá las tres hijas de Tránsito Llullac.

En uno de los rincones buscaba a su hombre una rechoncha patata *leona*, con formas de mujer, Felicia

Caina, ofrecida ya a Melchor Quillaguano, alcalde del año corriente, hombre de influjo entre los suyos y muy allegado al Sr. Cura.

La Damiana no quedaba atrás. Anastacia Cumba era la que bailaba como un trompo con indios y blancos. Para una chilena se prestaba la primera, como para dejarse pulsar las ancas en un *pasillo* triste.

Una Mariana Quishpe vivía con un blanco como casada. El Teniente Político le pisaba los talones, pero sin éxito visible, porque no era ninguna caída de la hamaca. Desde el principio «esperó sacar los pies del lodo» pegándose a unos pantalones bien cosidos. ¿Qué sacaría del mundo infame? Hijos, deshonra, miseria. Que la Manuela Pisque, la Vicenta Taco, la bruta de la Chepa. . . . . Así eran ellas, mala cabeza. Caían como piedras, sin saber cómo ni cuándo. ¡La Chepa! Por ahí andaba la muy borrica siguiendo la sombra de un mocoso, que no tenía qué darle, a menos que la desgracia.

En efecto, por allá pichoncaban a sus anchas el Rafico y la Chepa, sin darles una higa oliese o supiese el marido y se armara un *chivazo* formal.

— ¡Déjame tranquilo, Chepa.

— Joven Rafico, Rafiquito, esta golosinita.

— Bueno, basta.

— Usted no me quiere. Se hace el melindroso conmigo. ¿Para qué se hizo querer? ¿No sabe de lo que es capaz una mujer, aunque sea pobre?

— Y ¿qué quieres? ¿Somos casados, por ventura? ¡Quitate, por último, antes de que te largue con un. . . . .

— A ver dele. ¿Y yo no tengo manos?

En vez de correrse un poco, se le fue acrecando salerosa.

- Este vasito de chicha.
- Otra vez.
- Pero vea, no depende de mí. Me muero por Ud.; soy capaz de pelearme con todo el mundo. ¿Qué me ha hecho? Desde el cave de papas que le ví, fue basta. No puedo vivir sin Ud., créame.
- Y yo al contrario, te odio. Bien dicen que basta *agarrar* la mano para.....
- ¿Así dice Ud.?
- *Agradecé* que soy educado ¿qué te has creído? Busca uno igual, si no te llena tu marido,
- Con Ud. me he de ir a donde quiera.
- No hables estupideces. Voy a romperte.....
- Aquí estoy. De Ud. lo recibo todo, todo.

El mozo no se hallaba ecuaníme. Intentaba escurrirse, pero había dos expresamente comisionados para no permitirle la portante.

- No se ha de ir. ¡Qué *haciendo* se ha de ir nadie!
- ¡Una doble para el que lo intente siquiera!
- ¡Chicha! ¡chicha.a.á! — gritaron unos.

El arpista templaba su instrumento por la parte atiplada. Algunos bultos bailaban solos manoteando en el aire.

La ponchera vacía fue volcada en señal de que había que llenarla pronto.

Los vivos se multiplicaban haciendo reiteradas peticiones por la dueña de la casa. Por seguro tenían que no se presentaría nunca. El Lucho no tenía sino una, q' desempeñaba el oficio de mujer, pero por una coincidencia fatal la infeliz se hallaba postrada en cama. ¿No era abominable y digna de la horea la conducta del priorote el haberla inhabilitado con una trompiza mortal ocho días antes de la fiesta?

Pues que viniera solo, solo.

A nadie se le puso que estaría como un santo. Corría el rumor que la entenada del Andrés Curco vivía con él.

A tiempo que lo supieron.

— ¡Que viva el prioste con la Guadita! ¡A ver, taita Lucho, ahora es tiempo con la Guadita!

— No se haga el nene, ¡que venga la *biringa*!

A tirones vino la Guada, soberbia longa de chuparse los dedos.

No se hizo de rogar y comenzó zarandcando, antes que el prioste diera la señal.

— ¡Viva! ¡que viva la huambra Guada! Esto es bueno.

— Hasta puede enseñarte, Lucho. Así se aprende, y no a robar burros.....

Por lo pronto, nadie se dió por notificado. ¿Qué significaba soltar sin qué, ni a qué: «Así se aprende y no a robar burros?»

Rodearon a la pareja parejas improvisadas.

De súbito, el ámbito del cuarto temblaba con el estrépito zumbón de chicos y grandes.

Algo había oído el Tadeo que no pudo contenerse. De un salto se mancornó sobre su mujer.

— ¡Verduga, sinvergüenza, *jafari*! ¿no tienes orejas?

Y le echó mano a las dos trenzas. La india borracha como estaba, se dejó llevar gran trecho y por encima de unas cuantas.

— ¡*Matame, mátame*, auxilio!

— No quiero matarte. Vamos *¡ucta rí!* Estás oyendo que le echan a uno y todavía sigues.

La Chepa ofrecía tenaz resistencia con su corpazo

fofo, y luego porque ya comenzó la meznada a interponerse.

— Deje, don *Tadeyo*; no se ponga así.

— Vamos, bandida, vamos. Para vos ha sido la diversión. Con segunda me has traído, para que me insulten, y no solo que me insulten. . . . . Per no quedarme reo no les hago entender, que yo también soy hombre, que yo también tengo sangre en la cara y me duele. . . . Fuera de que en mi delante está con el patituerto. . . . fuera de que me ha hecho perro desde el principio. . . . Más bien quiero evitar. ¡Vamos, animal, vamos!

Pero no logró arrastrarla dos pasos más.

Fatigado, babeante, temblándole la voz, hacía esfuerzos por levantarla por el torso. Ella se distendía, alzaba los puños. Bufaba enroquecida, ahita de embriaguez. Colgando la cabeza gangoscó:

— ¡Suéltame, suéltame que yo misma. . . . . No me hagas vomitar todo.

— ¿Qué puedes decir? A ver. . . . .

— ¡Suéltame! Ya mismito. . . . .

— No la trate así, don *Tadeo*— dijeron indistintamente— ¿No ve que no puede pararse?

— Así se porta conmigo— rompió ella entonces— Así es este. . . . . ladrón. Sí, sí, ladrón; en tu cara te digo, aunque me contramates.

— Bien dice ñora *Chepa*. No hay que tener agua en la boca. Los hombres abusan siempre y cuando se encuentran con una. . . . .

— Ladrón de los burros de la hacienda— corroboró en seguida— Ya verás cuando sepa ño *Alonso*.

— ¡Conque ladrón! ¿Así me dices?

— Sí, sí, ahora vas a uegar.

— ¿Qué va a negar, si todos lo saben?—asentó uno—Lo que pasa que fio Alonso es bueno.

Chango se vió impotente. Y mucho peor cuando se levantaron contra él más de cuatro. Soltó la presa, y comenzó a repartir pescozones, patadas, mordiscos, puñados de tierra.

El cuarto había quedado a oscuras, y a oscuras se atacaba los unos a los otros. Porque volvió a repetirse la gresca, sin que pudiera distinguirse quiénes estaban contra quiénes.

— Matías Tacho, Matías, ¿y a mí me pegas?

— ¿Es posible compá, Chombo que me haga así?

— Y usted, de cuándo acá me viene con indirectas?

— Yo no creí que el prioste recibiera en su casa semejante pago.

— El que tiene la culpa es Ud.

— ¿Por qué tengo yo la culpa?—inquirió el prioste.

— Porque no le puso de las orejas en la calle.

— ¿Yo iba a sacarlo de mi casa? Y luego que no me daban tiempo las atenciones.....

Habían salido hasta el patio apelotonados, cogidos por el cuello propinándose guantadas al azar. ¡Qué confusión! Las mujeres clamaban por los suyos. Los guaguarros lloraban en las espaldas, pendientes cabeza abajo, porque las madres también intervenían con sus dos manos.

Despejado estaba el horizonte remoto, enlucido de luna. La luna rielaba sola, a pesar del aciago frío que le pungía la cara.

El arpista, orfebre siempre de la tristura a su modo, miraba el plenilunio insinuándose por una retirada.

Diez pasos fuera del patio iniciaba un sanjuanito,

ahora más tristibundo y agreste ¿Lo habrían compuesto en Otavalo, en Ambato, o en las idílicas noches lunadas de Sangolquí?

Lo habían oído los muchachos, ellos también influidos por la ternura de la pieza, igual q'la de su extirpe. Bailaban sin ser vistos, mientras los viejos se sacaban tirones de poncho y se hartaban de injurias por cada hilo de la ropa.

Chango se iba escabullendo.

Talvez— según lo decía su corazón— estaba en flagrante peligro.—De dónde se sabe que ya ha olido el patrón y se viene, se viene—pensó entrando en el toldo desocupado ya. Desde allí alcanzaba ciertas palabras q' gangoseaban a media voz :

— Y no han de ser dos burros. No Alonso tiene dicho que es basta cuando comienzan con los burros — dijo uno.

— Con razón anda como loco, culpa al uno, culpa al otro — corroboraron de por ahí.

— Ya debe saberlo. ¿No le has dicho nada?

— El *cachi* se fue donde él ahorita.

— ¿El *cuchi*?

— El *cuchi* Jacinto y mi huarabra. Veremos dónde le da el agua, ¿Has visto? ponerle de punta en blanco a la mujer.

— ¡Qué bruto! Bien hecho que le *coja* ño Alonso.

Oyó esto último de no sé dónde, como debe escuchar su sentencia de muerte el reo.

— Conque . . . . . ¿qué me hago? Corro . . . . . ¡pues yo no corro!

Con todo, el miedo le hizo tiritar los pies. Daba vueltas buscando la salida. Pudiendo echar pie afuera, se mantenía atrapando en el vacío. ¿Qué hacía que se

precipitaba de un brinco?

Sintió — lo que probaba que su temor no mentía — que se acercaban a galope tendido. Aguzó los oídos de nuevo. Se acentuaba el rumor. Bien podía ser que estuvieran a dos pasos.

Se empujó hacia fuera tomando el aire del infinito.

— ¡Cójalo al Tadeo, al Tadeo! — fue el grito precursor.

— ¿Dónde está el Tadeo? ¿Quién le tiene al Tadeo?

— Patrón, como brujo lo adivinó.

— Y ¿no hay quién le pise los talones? ¡Ueho, vos o si no el Juan..... *Vení montate.*

— No, patrón, con mis santos pies lo doy alcance.

El tal Juan Caisa llevaba antimonio en los pies. Así lo decían sus amigos. Desató la carrera sin consultar el derrotero.

— No Alonso, no Alonso — dijeron — no sería malo que *sumercé también* por otro camino.....

— Bien dicen — y escupiendo la cola rojiza del pitillo, añadió guturalmente:

— Pero no solo yo. Que le sigan siquiera unos cuatro por distintos lugares. ¡Carajo, con el yál.

Chango nada tenía previsto. Tragó la bocanada de aire, y siguió, sin saber a dónde, ni por dónde. Era un píelago de sombras apenas bañoseada de platino. Después la semilumbre del ambiente se apagó, y el indio a trompicones tuvo que buscarse suelo firme. Bien estaba que se oscureciera, porque él no iba a dejarse atrapar fácilmente, así fuera un regimiento el que lo expurgara. Con todo, agachado fue siguiendo el filo de una acequia. Era una como cinta floja de medir, que ondulaba y ondulaba, lo mismo que cuando tendía la

suya el agrimensor, don Roberto González.

Por la ceja de las acequias arteriales de los grandes predios, abiertas por quienes venden y arriendan el prolífico elemento a las poblaciones pobres, se deslizan unos cuantos caminejos de tentadores de la distancia. Por allí nó; porque podía ocurrírseles. Se desvió inmediatamente y dió por querer arañar en la pendiente del potrero, abierto de par en par a la mirada lejana, no de los bueyes que triscaban en los pantanos, si no del mayordomo, con los números dígitos en la boca.

Trasmontó un barranco en forma de bola. Otro y otros se alzaban de trecho en trecho. Se tomó el trabajo de descender de nuevo al mismo punto. . . . . ¿No era una temeridad volver a comenzar? Fuera de que apenas se acordaba de la topografía del terreno, la oscuridad no le permitía hallar su derrotero.

Iba pensando en que lo habían arreglado a gusto y sabor del patrón. ¿Serían más de dos los que venían empuñándolo en el aire? A ratos creyó que habían desistido y que todo no venía a ser si no un juego de su imaginación. ¿Iba a suceder que un hombre como ño Alonso soltaba a esa hora un solo hombre por solo decirse dudosos de que era él, Chango, el ladrón de los borricos? Sin dejar de pensar en ello, corría sin reparar en que no hacía mas que dar unas vueltas en torno del mismo punto. Divisó la espesura de unos chilcales que hacían cortejo al camino real. Sintió una aguda puñalada de terror, al barruntar el camino, para él lleno de luna, de sombras animadas, como que acurrucadas y en acecho en los claros de sombra. Más parecía que el tumulto estaba a dos pasos y que lo señalaban con la mano.

Abandonó la espesura, y a tientas se fue escurrien-

do por una especie de cañada, al descender la cual fue a dar de bruces, a causa del pelambre gatuno del lomo. Hasta reponerse del golpe oyó en la vorágine negra. Nadie ¿Estaba seguro de que nadie le contaba los pasos? ¡Quién pudiera decirle de que él solo tenía toda la culpa! Si no hubiera sido que a ella se le antojó cumplimentar al compá Lucho! Pero ni esto. Ella ni siquiera se puso de su lado cuando se trató de la *jocha*! ¡Criminal! Pues por ella estaba enredado así, por ella iba a caer quizá en manos de su verdugo. El corazón le tañía con presentimientos atroces.

Bueno, a todo se conformaba, pero que le dejaran un respiro, que no le hicieran desgarrarse como una res enferma por los breñales endiablados.

Se tapó la boca reseca, a fin de apagar la respiración. ¡Demonio! Los latidos rotundos le trepanaban los oídos. ¿O es que talvez venían a corta distancia siguiéndole las pisadas?

El suelo le negaba apoyo, ondulando en una especie de *sismo* insólito.

\*\*\*\*\*

## VIII

Entre tanto, los perseguidores zapaban en el silencio. Se habían dado a una otra de topos, sin mas que oír la voz autorizada de Juanchito: « ¡Por ahí, por ahí no mas! »

Y sin perder el rastro escarbaban. Y luego bajaban y subían buceando fatigosamente en las vísceras del vacío. Ya lo atrapaban en el crujido de una hoja seca; ya lo miraban trepado en la esquelética ramazón fustigada por el viento, o le veían cruzar con la velocidad meteórica de un perro andariego.

La noche deformaba los objetos. Por eso, cada cual comenzó a fantasear en alta voz.

— ¡Más allacito! ¡más acacito! ¡qué bandido enroscarse en el cogote del barranco!

— ¿ No es que desde allí nos está viendo?

¿O bien era el que iba delineando una curva con el resuello sobre sus mismos hombros y al dorso del enorme ribazo que tapiaba la vía? Y luego los matajos, los andamiajes de arbustos, los laberintos de hojas y ramas en una gran extensión, sin dar lugar a un ligero resquicio exploable. ¿En dónde estaban ellos? ¿Iban a gastarse una noche entera royendo en las tinieblas?

— Hasta aquí no he perdido las huellas — resongó Lucho, reputado zahorí entre los suyos — Sin duda ha tomado por el barranco del frente.

— Vamos por el frente.

— Por aquí ha dispuesto hasta de las manos. Mira, ¿no es cierto que.....?

— Y ¿vos creís que se puede notar ahora? yo voy al tanteo y nada mas.

El patrón Alonso resoplaba como su caballo.

De vez en cuando, lanzaba una de estas:

— ¿No parece? ¿Ya lo vieron? ¡Amárrenlo los cojones!

No era posible q' Tadeo oyese nada, pero se figuraba que le hurtaban el vaho, cuando se caía asfixiado para volver a arrastrarse de nuevo.

Sí, le sorbían la saliva, le lanzaban una cuerda a las piernas, le palpaban los lomos. Y si no ¿cómo es q' le daba vueltas la cabeza y a ratos le tundían los huesos, cual si ya dejase caer sobre la reverenda tunda?

— ¡Por Diosito misericordioso! ¿en dónde me encuentro?

Ahora eran voces errátiles que le punzaban en lo vivo:

— ¡Por aquí! ¡vamos, dos pasos más!

Cobró impulso y reanudó la carrera casi por medio camino dando zancadas, brincos y haciendo como que hollaba panochas de espinos tendidos al través! De súbito divisó un tapial en cuadro. De los casquetes se deslizaban hierbajos friolentos. Por un devaneo de su voluntad quiso guarecerse allí, por sí hubiesen cejado... Pero una iluminación interior le dijo que ni volviera a verlo. ¡Tocarían con él al paso. Entonces se puso a dar diente con diente, cogido por el cansancio, por el definitivo cansancio. A poco brotaron de la tierra unos ladri-

dos delatores repetidos a sus espaldas como martillazos. Su cerebro se disgregaba.

— Ahora sí estoy perdido— se dijo — Hasta me han visto, no queda duda.

Porque una lumbre artera se esparció por la escoria frígida del infinito. A él le pareció que adrede se a-somaban los astros más lejanos, o que una racha de luna les iba guiando, y merced a ella, ya medían el terreno.

Por ahí no estuvo engañado.

— ¿No les parece que el Tadeo se mueve muy cerca? ¡Caracoles! O es que yo estoy soñando.

— Ya lo creo, patrón,— asentó Lucho— casi le he visto yo resbalarse como *jambato* con no sé qué enjalma al hombre.

— ¿Dices que ves?

— Que veo mismo nó. Pero, amo sumercé, en sus manos está picar un poco en esa dirección.

— No me digas nada de dirección.....

— Pero si está clarito.

El lo veía así. No se le esfumaban del todo los aguardentosos humos de todo el día.

Habían cruzado llanos hirsutos, laderas ilimitadas, apenas con la roturación para el sembradío. Los matorrales fronterizos, en su cometido laudable de resguardar la heredad ociosa de ño Gustavo Terán por el norte, y del patrón Alfredo Tufiño por el sur, fueron para ellos lugares de escondite de una legión de Tadeos, capaces de burlarse de regimientos enteros. Y no era mas que la espesura variada, recreativa y repleta de ensoñación para los transeuntes, que dejaban pacer a sus acémilas durante sus veinte minutos de descanso.

Y por el bajo fondo de esos rincones dormivelaban las lechuzas, avcs de corral y los canes atorrantes de los contornos, empeñados siempre en impropieriar a los extraños, precisamente porque no les hacían caso. ¿Por qué no se fijaban en el tortuoso sendero, dispuesto a propósito para ocultar al Tadeo? ¡Qué porción de matajos inverosímiles, todos ellos cuajados de floripondios, saucos y una red inalcanzable de cicuta al mayor y menor?

A continuación se avistaban en línea de tiradores los lanceros de maguey. ¿Quién iba a practicar inspección alguna en la falanga crinada y que no aceptaba luchadores de a pic? La chilca, los helechos, las gramíneas en eclosión caprichosa, el cardumen de plantas y familias de trepadoras, enredaderas, lianas, todo el montuoso aparato de los lugares agrestes, les había salido al encuentro. Y allí permanecían quizá formando un dosel triunfal en homenaje del ratero, de semejante pieza. ¿Por qué no hablaban en algún lenguaje claro, o abrían de par en par sus rinconetes en son de empujar hacia afuera al ladrón?

— Ni que fuera pulga para que nos haga buscar tanto. Se ha de haber metido por allí mismo.

— Y ¿qué sacamos con decir eso? Siendo otros ya lo hubieran divisado siquiera.

— Y ahora ¿por dónde, cómo?

— Si parece que ya mismito le tengo cogido por el poncho. ¿Te acuerdas qué clase de poncho.....?

— ¿Vuelves con las mismas? ¿Cómo piensas distinguir el color del poncho?

— Fijate, Matías, ¿no es gente ese bulto?

El heroico Lucho se había fijado en un punto.

Y dió por lanzar silbidos. Lo que quería decir que las miradas aguzaran en el abismo o se dieran el alerta.

Los silbidos del prioste coincidieron con la voz de barítono de ño Alonso:

— Ya, parece que lo han visto. Oyes Juan.....

— Así digo yo.

Y él también se emocionaba con la idea de ser el primero.... Porque Juan era el que hablaba y venía hablando hasta con los matorrales saboreando la idea del triunfo. ¡Qué cosa más estupenda! ¡Qué proeza! ¡Qué corajudez!

No obstante, el cuchillo del cierzó le pellizcaba la boca.

Bien podía irse a la.... cumbre el tal frío! Que en cuanto a él, era muy hombre para dejarse aflojar los calzoncillos.

— Patrón, lo que es ahora, yo no lo suelto.

— ¡Qué ¿deveras que es él?

— Ya digo que no lo suelto. Aunque se haga lagartija. ¡Ajá! Conque ya te metes de nuevo en el chilcal? Ahora ya sales de nuevo.....Ya te pones a buscar..

....¿Qué te pones a buscar? ¡Carajito! Ahora escápate!

— ¿Lo distinguiste? Dime.

— ¡Carambitas! El buen hombre perdió la vista. Más parece tórtola apedreada.

— Quiso subir, no digo subir, quiso volver a arrastrarse por sobre un charco y no pudo.. Está cansado. ¡qué animal! Y ahora ¿qué hace?....Ño Alonso, ño Alonso, alcáncelo, alcáncelo Ud. Unas dos cuadras y me alargo demasiado.....

— ¡Ño Alonso....!

— Que yo lo alcance. Yo no veo nada.

— Entonces ¿qué hacemos?—observó Lucho arriando el

poncho hasta los hombros.

Change oía el runruneo a poco trecho. No se engañaba un ápice. Eran ellos. ¿Habían logrado dar con él por sobre más de veinte o treinta cuadras de recorrido, como para despistar al diablo?

El número de cuadras no hubiera podido terminarlo nadie, pero sí la falta de agilidad de un indio vencido por los años, y más que otra cosa, aturrullado por el miedo.

— ¡Lucho! ¡Matías!

— Ya volteó la peña, patrón. ¿No le dije a sumercé que a caballo era mejor?

— ¡Monta tú! El prófugo efectivamente arañaba en la pendiente con la frígida sensación de llevar el viento de la caída mortal en las narices.

— Mama Virgencita ¡ayúdame!

Al querer asirse con la uñas de una especie de poyo se desolló los dedos y descendió. Habrían sido tres metros de altura. El suelo seguía inclinado. Otro forcejeo, pero con pocas fuerzas, temblequeante, alelado, siempre con el sonsonete de oír a los que se acercaban, aunque no anduviesen cerca, vacilaba y vacilaba. Notó que las ramas se le enredaban y le burlaban el paso, y que al apoderarse de una, la arrancaba de raíz. Y él siempre desfilizándose hacia abajo.

Por décima vez Alonso recalcó:

—Ahora es tiempo; Lucho, Lucho!

Nadie respiraba.

El terreno se presentaba escalonado, sorpresivamente abrupto. Y con la oscuridad que espesaba el aliento.

Pensaban: «ya mismo sale la luna». Lo decían,

porque cerca del plenilunio conspiran las sombras, hasta un extremo increíble.

Los chacareros repiten su cantaleta hablando muy alto detrás del trote de sus acémilas, un poco alegros con el rezago de aguardiente que sorben de la media bota.

— ¡Lucho, Lucho!

Era el Lucho, a quien se dirigía el patrón. Le sobrevino la duda de que fuese el mismo Lucho quien dió aviso. Pero, ¿de qué dió aviso?

No era posible escarbar en las aguas lodosas de la oscuridad. Más bien, con la respiración anhelosa buscaban, parecía que buscaban, hasta que les tocó zapar en el mismo repliegue del terreno.

Efectivamente, tuvieron que dejarse aunar de la pendiente. Y siguieron descendiendo como de una caña untada de sebo.

Alonso, Alonso no, el olfato del caballo se encabritó por ahí, leyendo en el silencio de los demás, o bien olizquendo en el roce de ramas que descuajaban.

El hombre era buen jinete para amilanarse fácilmente. Picó más al animal, que estuporoso asentaba los cascos. «Talvez estamos al borde de una quebrada— pensó. No bien lo asintió cuando con una sacudida aguda del caballo resbaló, dando sin réplica en el suelo.

El golpe no era mortal. A tientas buscó el equilibrio y otra vez trepó a la montura. La ira lo ahogaba.

-- Ni Juan, ni Lucho, ningún hijo de perra!

Es que se habían enzarzado en la maleza y hacían esfuerzos mayúsculos de abrirse trocha. El azo-

ramiento que les fatigaba no era para menos. Habían divisado al Tadeo, y para su colete le tenían asido por el gañote. Ya mismito iban a gritar de gusto, ya mismito mordizqueaban el poncho lodoso del fugitivo, más éste se les escurría de las manos.

Una sombra benéfica le socorría, poniéndole sobre seguro, y otra vez se veían en el vacío.

Cuatro bultos se dieron la mano en el caos, repeliéndose contristados. Iban a toparse de nuevo y se reconocían sin chistar palabra.

Alonso no veía a nadie. Solo su caballo resoplando se dejaba arrastrar por la parte del barboquejo. Se le puso que así sucedía, hasta que se convenció que la vía no daba para más. En esas vueltas y revueltas se enredó con los mismos bultos. Le corroía el miedo, perdida la noción dominante.

— Inmediatamente se repuso.

— ¿Qué hay?

— Creo que es el mismo.... Tadeo.

El pobre Tadeo tenía genios protectores.

De la maleza surgieron voces, garras, uñas, tentáculos. Eran las protestas mudas (¿mudas?) contra tan inicua persecución.

— ¡Sinvergüenzas! Como si solo el Tadeo fuera el único culpable!

La rama o ramas de eucalipto se plegaron al tronco, después de soplar con iracundia, y aún varias veces: ¡Sinvergüenzas!

Y por eso, el mismo caballo de ño Alonso quiso detenerse alelado.

Al indio Lucas, el garfio de un tronco seco le de-

tuvo para decirle:

— ¿Y tú no has robado nunca? ¿te acuerdas?

En esto pasó uno hollando el tronco gruñón.

— Juan ¡ah! ¿tú eres Juan? ¡Bonita cosa! Tú que como sacerdote debías divertirte con los de tu clase, en especial con los que carecen de aperos nuevos y gaznates rollizos.

Iba a contestar el aludido, pero se creyó alucinado, como a veces ocurre que un retintín insólito se nos viene de huésped al tímpano.

— ¡Arrarray! ¡arrarray!— gruñó otro, cogiéndose por el juanete.

— ¡Toma, adulón! ¿quieres más? ¡Como si valieran gran cosa los dos borricos! ¡Adulón, adulón! ¡Lameplatos deño Alonso!

Iba a durar unos minutos largos la crispadura en la planta de los pies.

Los dientes de la ortiga clavan en lo vivo, sin hacer brotar sangre, pero la soliviantan toda.

¡Qué ganas de volverse con un garrote tras ella! ¡Como le produce a uno crecenar la cabeza del reptil!

Atravesaban un campamento enemigo. Tal si el propio Tadeo hubiese aportado fuerzas mercenarias.

La trinitaria se puso en jarras para impedirles el paso.....

— ¡Qué bascas producía tener que rozarse con unos cuantos grupos de cardo morado!

El Baltazar pensó lo mismo que el Andrés y el Gumicho:

— Con unos tragos de chamico, ahí le veríamos al verdugo Tadeo!

Y los chochos. ¿Por qué alzaban sus castañuelas

a tiempo? Así nadie podía atrapar ni una mosca. Por ellos iba a escaparse el ladrón riéndose a carcajadas.

— No hagan tanta algazara; por diez tantos de rapiña que sacan Uds. de la hacienda, nadie abre la boca.

Más allá se iba espesando el matorral, espesándose de malos olores, de emanaciones carnales, nauseabundas como los malos pensamientos de la Chepa.

— ¡Bandida, vos, bandida!— exclamó un señor floripondio, que guardaba rivalidades de familia, por haber sido intoxicada una mujer.

El *guántuc* se alzaba de hombros a corta distancia. Apenas si guardaba memoria del sucedido.

— ¿Dónde está? ¿Por ahí está?— fue la voz de un desconocido.

Ya volvían a su empresa los perseguidores.

— ¡Qué! ¿ya le tienen cogido?..... ¿no oye, sumercé?

No mentía el desconocido.

En una de las fatigosas maniobras de correr y resbalarse, Tadeo dió de bruces contra dos manos que le esperaban. Lanzó un grito de susto, y comenzó a forcejear. El compá Lucho le iba apretando el cuello. Tadeo a su vez le propinaba empujones, patadas, mordizcos. Después acudió a un recurso supremo, que le resultó espléndido. Se esforzó cuanto pudo por llevar la mano hasta el suelo y empuñar tierra. Sin parar mientes un segundo, la espetó a la cara del que lo acogotaba, y en seguida sacó libre la cabeza por la boca del poncho, dejándolo en manos del otro.

Dió dos, cinco, diez pasos. Quiso correr con más ímpetu, cuando una cinta metálica hirió sus ojos.

Midió mentalmente su extensión y hondura. No era una acequia despreciable: era el mismo cauce negro del río..... ¿Qué iba a ser de él entonces? Ya le tomaban de nuevo los que hollaban sus últimas pisadas.

— Lucas, ¡carajo! Lucas, ahí está. Echale mano por el ceñidor!

Cierto que por las puntas del ceñidor de jerga era cosa certera. Si no el Lucas, otro alargó el brazo, a tiempo que Tadeo dió el salto no esperado.

Se oyó el chapuzón.

— Pero ya se jodió— aullaron en coro.

Alonso repitió lo mismo alborozado, acercándose rápidamente al abismo, que centelleaba al relente difuso de la noche.

— ¡Qué bandido! Se botó al agua— añadió.

Esperaron unos segundos.

No rebrotaba de la superficie.

Entre tanto, Alonso preparó su arma. Ahora podía hacerlo, sin temor de errar el golpe.

El runa Tadeo batallaba con la corriente arrolladora, medio tumefacto ya con el agua frígida que ganaba la concavidez del corazón.

La caída contra una gran piedra era decisiva.

¿Cabía reponerse, atirantado como se hallaba en la silla eléctrica de la muerte?

— ¡Pim! ¡pim! ¡pim!

Sacó la cabeza el Tadeo muerto, en medio de la vorágine turbida que llevaba a rastras yerbajos, *chambas*, troncos de *sigse* y las piedras curiosas de la orilla.

Y otra vez un poco más allá reapareció el Ta-

deo muerto para ser impelido lejos por la crudeza del agua, plateada desde ese momento, porque como cosa hecha adrede, asomó una lunita furtiva. Se plantó de redondo sobre la barriga del otero contiguo, entregado por entero al sueño.

La comitiva persecutora optó por repetir su salmodía de insultos e imprecaciones, pegándose a la cola del caballo nalgudo, que olfateaba la tragedia.

La Chepa navegaba también con su magín.

Se creyó más gente que nunca.

Ahora que se hallaba libre— porque barruntaba que su marido no volvería a ella— se plantaría su bolsicón de bayetilla.

Mañana era domingo. La verían de pies a cabeza habladoras, envidiosas y malquerientes.

Vendría el lunes. Llegaría otro domingo. El huambra Rafico Villacís llegaría a quererle del todo y darle otro bolsicón azul celeste, un sombrero tabacundeo, con cintillo de terciopelo.

Y si le viniese la gana de alzarla en peso, lejos muy lejos del pueblo, dando un tapaboca a todos? Podía suceder.



° ° °

Al día siguiente siguió la bebezona en la casa del sacerdote.

— ¡Viva el barril de chicha de ño Alonso!

Realmente a ño Alonso le tocaba portarse, quieras o no quieras.

No fue chicha, sino trago *puro* la *jocha* de ño Alonso, quien hizo la merced de bailar un sanjuanito en el toledo, alzando el poncho de Castilla con las dos manos y cortejando a la más juncosa de las solteras con el salero del buen arpista que iba disparando al hilo:

*«Ni el hombre ni la mujer  
no deben de ser celosos,  
porque se arruina la casa  
y fracasan los negocios.*

*Así es, . . . mujer . . . ,  
no debes de ser celosa;  
anda lavate la cara  
que te hagas más buena moza.*

*Te digo que los celosos  
no tienen tranquilidad;  
es una vida de perros,  
dime si no es la verdad.*

*Así es . . . . mujer,  
me voy y no he de volver,  
lo que siento es por mis hijos  
que quedan a padecer»*

¡Qué pareja aquella! El ño Alonso era también solterito y más libre que un mirlo. Con razón no le cabía en el cuerpo la creencia de q'un dios estaba bailando con ella y que se le estaba metiendo todo él en el pecho.

¡Qué cascós de la longa, con ser que era quién era, la mismísima Concha Yacchirema, con sus *quince* añitos mal contados!

Fin de las «NOVELAS DEL PARAMO Y DE LA CORDILLERA»

---



# INDICE

*De las novelas contenidas en esta obra*

PAGINAS

Huasipungo.....	7
Contrabando.....	41
Máchica.....	81
La Pena de Talión.....	109
La Romería de Baños.....	151
Por una Joecha.....	205



Este libro se acabó de imprimir el 18  
de Setiembre de 1.934 en la Imprenta

«ECUADOR»

al cumplirse los 21 días del IX Centenario  
de la muerte de Atahualpa; símbolo vivo  
de la Raza.